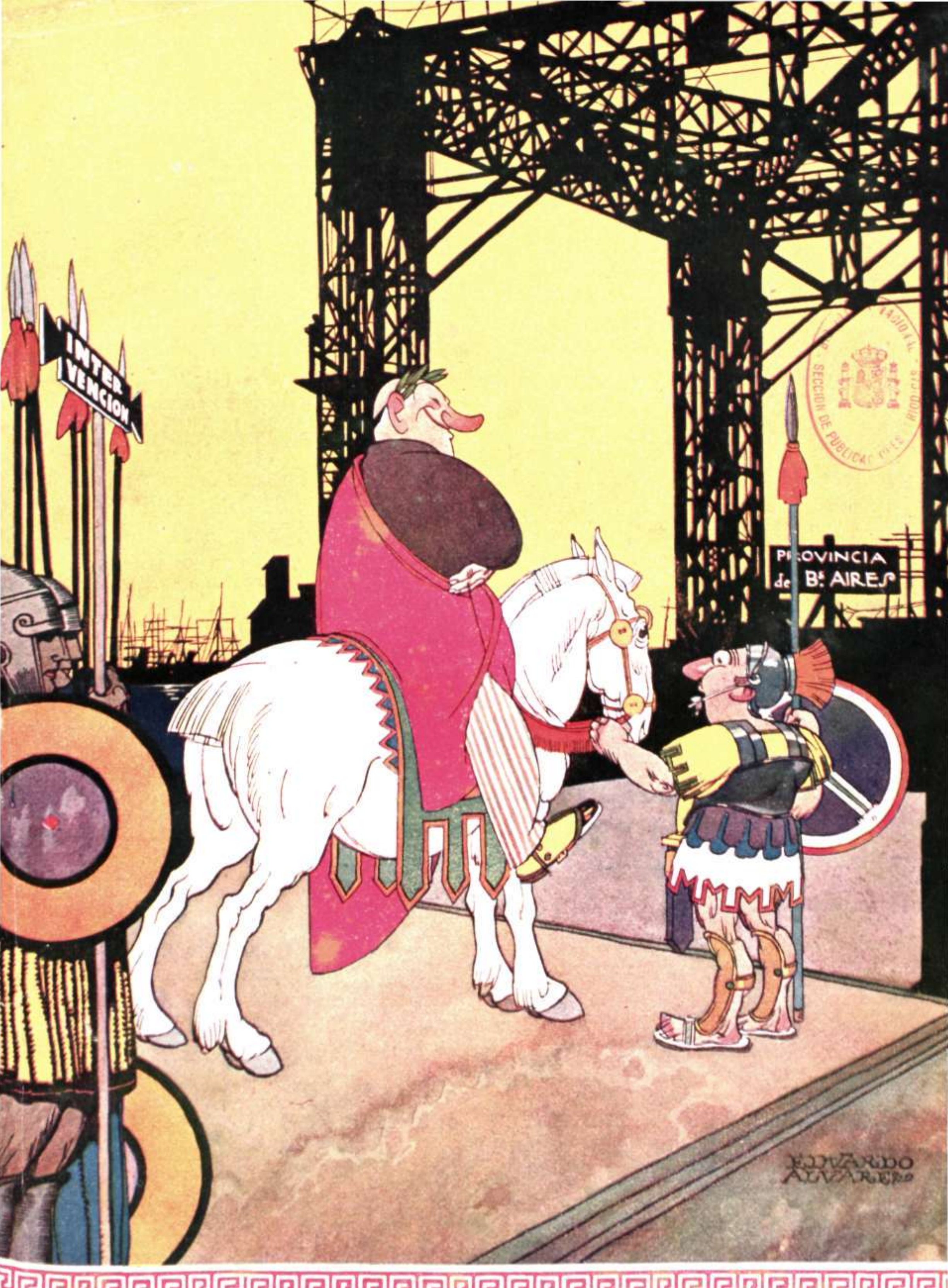


Caras y

¿Convertirá el Riachuelo
en Rubicón, Don Marcelo?

Dicen, con ira o desdén,
en el campo radical:

DE MIS RECUERDOS DE PRENSA

(AL TRAVÉS DE CUARENTA AÑOS)

Con el doctor Juan Coustau fundamos en 1885, un periódico que se llamaba «Gil Blas». Coustau y yo éramos empleados del Ministerio del Interior, a cargo de don Bernardo de Irigoyen, Coustau llevaba el archivo y yo el Registro Nacional. «Gil Blas» aparecía los domingos y constaba de dos hojas diminutas destinadas sobre todo a los apuntes universitarios de Coustau, que estudiaba Derecho, a sus ya meditados escritos sobre asuntos de interés general y a mis primeros ensayos en prosa y en verso, que desde luego nada prometían... Para llenar nuestras funciones de periodistas noveles nos ocultábamos detrás de las cajas del archivo y por mi parte trabajé sin éxito más de una estrofa rebelde sobre el enorme libro destinado a conservar los decretos del Poder Ejecutivo.

Cuando leía al pie de estos decretos la consabida frase:... «insértese en el R. N. y archívese», pensaba que sin Coustau y sin mí todo acto gubernativo resultaría falto de eficacia inmediata y de transcendencia histórica y me sentía más vinculado aún a mi compañero de tareas ministeriales y periodísticas, con quien los sábados por la noche, y en la misma casa de Correos, poníamos en fajas postales, escribiendo «sur le champ» las direcciones, los doscientos ejemplares de la circulación bien compulsada de nuestro pequeño «Gil Blas». Al poner en los buzones el fruto de nuestros desvelos, sentíamos primero una especie de desgarramiento y luego una enorme satisfacción.

Habíamos bautizado con el nombre de «Gil Blas» a nuestro periódico por simpatía con el diario de París en que escribían Catulle Mendès, Armand Silvestre y otros deliciosos literatos de Francia, cuyos cuentos intencionados nos llenaban de admiración. El héroe de Lesage no nos preocupaba mayormente.

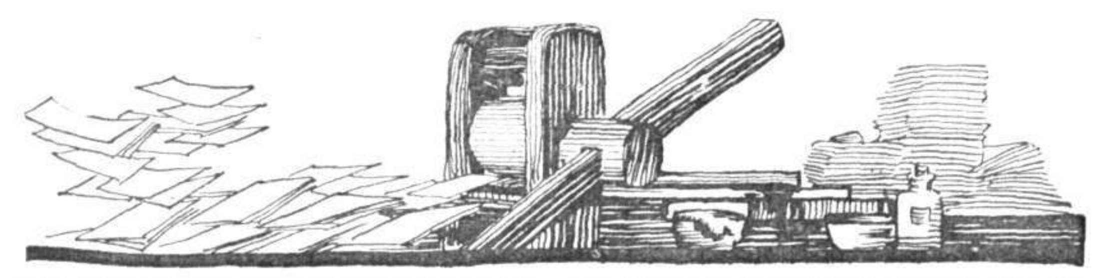
Nuestro rumbo, con todo, debía ser otro. La política nos solicitaba con apremio y en ella debíamos caer a título de partidarios de la candidatura presidencial de don Bernardo de Irigoyen, nuestro gran ministro, tan señor, tan amable, tan distinguido... pues hay muchos señores que no son ni distinguidos ni amables... Pero no había llegado aun el momento de la definición cuando ocurrió un suceso extraordinario en nuestra modestísima vida de empleados que también queríamos ser escritores. Llegó a la oficina cierta tarde un joven muy simpático, bajo, delgado, movedizo y de pelo revuelto, preguntando con toda decisión y en alta voz:

— ¿Quién es Vedia aquí?

Con menos sorpresa y menos susto hubiera podido responderle sin jactancia pero con verdad: «Yo, aquí y en todas partes», pero como para eso estaría el saber que







quien me buscaba era nada menos que el secretario del presidente de la República, general Roca. Y Alberto Navarro Viola — el poeta amigo y compañero de Adolfo Mitre que constituye con éste y con Benigno Lugones la trinidad de espíritus que tiene en la Recoleta un monumento común — se me aproximó sonriente, como si quisiera tranquilizarme, y me dijo:

— Pase un momento por la presidencia; el presidente quiere hablar con usted...

Asombro de los asombros, pero yo no podía ir a la presidencia sin presentar el caso a la consideración de don Bernardo. Este general Roca tenía fama de travieso y no debía exponerme a caer envuelto en una celada política... Pero don Bernardo me calmó a su vez.

— No se alarme usted — me dijo. — El presidente es un hombre muy amable. No se lo va a comer usted . Vaya no más.

Y de ese modo me vi por primera vez delante del general Roca, a cuya figura histórica y a cuya personalidad íntima debía vincularme tan fuertemente más tarde.

El general, viéndome tan joven y tan sorprendido, me miró con bondad y me dijo en un tono afectuoso:

— ¿Usted es periodista?

— No señor, — le respondí prontamente, como defendiéndome.

— Pero tiene un periódico...

— Un periódico sí... y traté de explicarle cómo era y con qué objeto se publicaba.

— ¿Y cuántos números tiran?

— Nada más que doscientos, señor.

— Bueno. Manden otros doscientos a la presidencia. Y sigan así no más. No se empeñen por alcanzar una circulación mayor. Después hablará con ustedes mi secretario...

No acertaría a pintar mi curiosidad, mi creciente sorpresa, la aflicción de mi ignorancia, después de aquella entrevista, cuyo misterio nadie pudo aclarar. Don Bernardo, que debía conocerlo muy bien, fingía hallarse en nuestro propio caso y comentaba con nosotros tan extraña incidencia.

Unos días después fuí llamado de nuevo por Navarro Viola, que me condujo otra vez a la presencia del general. Yo había tomado cierta confianza y me dejaba acariciar por la secreta sospecha de que era actor de importancia en una combinación política reservada y transcendente. El general me preguntó:

— ¿Dónde imprimen ustedes, el «Gil Blas»?

— En «Le Courrier de la Plata», señor.

— Yo soy amigo de M. Walls (M. Leon Walls era el director de «Le Courrier»). Hablaré con él. Entre tanto ustedes deben aparecer el 1.º de junio, aunque no sea domingo, y salir a la calle anunciando con bombas el «acontecimiento»

El general se detuvo, riendo de su propia expresión y de mi cara de no entender jota de todo aquello, y nuevamente me hizo saber que Navarro Viola hablaría más tarde con nosotros.

— Y hagan un buen número, agregó.

Supimos al fin de qué se trataba. El general Lucio V. Mansilla tenía pendiente un arreglo con una imprenta para publicar un diario que debía llamarse como nuestro periódico y nosotros debíamos prepararnos para entablarle pleito por el título. Mansilla se hallaba arrestado en el Cuartel de Artillería por orden del ministro de la guerra, general Victorica, en razón de alguna actitud poco disciplinada, y se proponía hacer una campaña opositora.

Entre tanto, así que nosotros tuvimos la clave del asunto, el propio Mansilla lo conoció íntegramente. No lo conoció por traición de alguien que militara en nuestras filas, sino por la vanidad de los que, sintiéndonos parte principal en el drama, debíamos referir en reserva, pero a todo el mundo, nuestras entrevistas con el presidente de la República, o sea con el mismísimo general Roca.

Y no hubo caso, y las entrevistas cesaron, y nuestra reputación de hombres discretos debió quedar apenas atenuada por los diez y siete años que sólo tenía el actor que ahora escribe estos recuerdos.

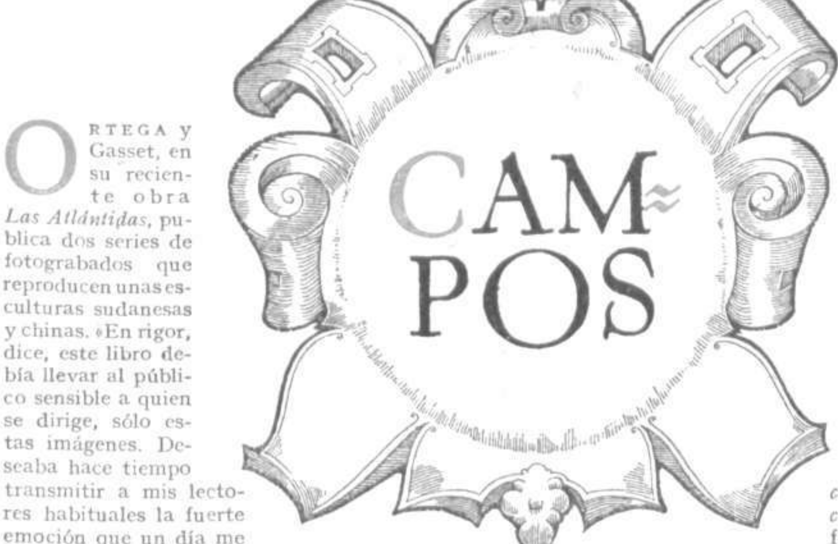
Pero «Gil Blas» siguió viviendo y creciendo. Más tarde, proclamadas las candidaturas presidenciales, fué diario de combate. Alguna vez ocupó su primera columna el doctor Delfín Gallo, prestigioso dirigente de la campaña en favor de don Bernardo de Irigoyen y ciudadano que sin duda hubiera alcanzado los más altos destinos, si la muerte no lo arrebata a su país cuando su simpática personalidad empezaba a adquirir contornos consulares. Nuestro «Gil Blas» decía entonces todo lo que no convenía que «El Orden» dijese, siendo «El Orden» el diario oficial de la candidatura de don Bernardo. Dirigíalo don Julio Llanos.

El «Gil Blas» había sido muy amigo y compañero de «El Fígaro», diario que redactaba Benjamín Posse, escritor de gran talento y de mucho espíritu, cuya memoria se ha perdido en el tiempo, como tantas otras que parecen estrellas hundidas en el mar... Pero el «Gil Blas» se declaró partidario de don Bernardo y «El Fígaro» proclamó la candidatura del doctor Juárez Celmán. Con ese motivo, pronto quebraron las relaciones y los platos, presentándose a Posse la ocasión de un bello suelto, que habremos de reproducir más o menos de memoria: «Nos ha pasado con este colega, decía, lo que a las señoras de las provincias, que adoptan una chinita del campo, la enseñan a vestirse, la educan y la hacen gente. El día menos pensado la chinita se les alza y las cubren de improperios.» Por mi propio recuerdo habrá de advertirse la injusticia del mordaz escritor tucumano, que tenía el arte de la frase incisiva, de la caricatura en una línea y de la buena gracia provinciana.

Cuarenta años han transcurrido, pero todavía me parece que empiezo a escribir y siento el amor de la carilla que debe ir al taller...

 M. DE VEDIA 

APELLIDOS ARGENTINOS



Ortega y Gasset, en su reciente obra *Las Atlántidas*, publica dos series de fotograbados que reproducen unas esculturas sudanesas y chinas. «En rigor, dice, este libro debía llevar al público sensible a quien se dirige, sólo estas imágenes. Deseaba hace tiempo transmitir a mis lectores habituales la fuerte emoción que un día me proporcionaron.» Y más adelante, añade: «He querido, sin embargo, agregar estas páginas como a la melodía se añade un acompañamiento. Mi propósito es que estas figuras, con el *poder insubstituíble de la intuición*, envían al lector la lírica clara de su canto.»

Dejando para otros escritores o para otra ocasión el examen de *La Atlántida*, saquemos de este libro hoy las consecuencias que necesitamos. Allí, como una de las atlántidas o culturas desaparecidas, se habla de Tartessos, ciudad andaluza, fundada y desaparecida muchos siglos antes de que Andalucía se llamara así. Schulten, un sabio arqueólogo que remueve la desembocadura del Guadalquivir para exhumar la arcaica villa, ha escrito un libro titulado: *Tartessos. — Contribución a la historia más antigua de Occidente.*

Ahora bien: *el poder insubstituíble de la intuición*, como dice en original y vigorosa frase Ortega y Gasset, enlaza la historia de Tartessos a esta historia de los apellidos.

No tratamos de relatar las hazañas felices o desventuradas de los mantenedores de los cogónmenes *Campo, Del Campo, Campoa, Campúa y Campero.* Eso pertenece a la historia, y el lector tendrá dónde enterarse a poco que busque. Aquí se trata de formas atlántidas, es decir, de formas originarias, ya desaparecidas.

Vea si no el lector (a quien suponemos curioso y regularmente ilustrado, o propicio a contagiarse de curiosidades nuevas) lo que a propósito de los apellidos susodichos dice el abate Hervás:

«De la palabra latina *campus* (campo) se señalan varias etimologías: Terencio Varrón en el libro IV de la lengua latina la hace derivar de *capio* (coger o estar en sitio.) San Isidro, en el capítulo VIII del libro XIV de sus orígenes, la deriva de la unión de las palabras griegas *chamai* (en tierra o en el suelo), y *pedion* (llanura, huerto, etc.) Varios etimologistas modernos, citados por Vossio en el artículo *campus de su etimologicón*, buscan en el griego otras etimologías, que Varrón no encontró, y por eso dijo que *campus* provenía de *capio*. En vascuence la palabra *campo* tiene su radical, y muchísimos derivados; se dice *campoa* (campos, campiña y campaña); *campochoa* (campito); *campotarrá* (campesino, campestre); *camporá* (fuera, afuera); *camporatu* (echar o salir fuera); *campocoa* (forastero, o el de fuera); *camporatu* (echar o salir fuera); *campocoa* (forastero o el de fuera); *camporoni* (fuercacia); *campotic* (de fuera, o fuera de). En el dialecto vascongado de Francia se dice *campoa* lo de fuera. Por estos nombres se conoce claramente que *campo* originariamente significó fuera, o lo que está fuera de casa, y de la población. En Navarra hay el pueblo Campeao, y otro llamado Campero en la provincia de Alava; y *Campo* es apellido común, y nombre de muchas poblaciones en España. En esta vulgarmente se llama también *campo* toda haza.»

Hervás no era un señor cualquiera. Sabía muchos idiomas, y, sobre todo, supo inventar un método de investigación filológica. Cuando él lo afirma mediante *el poder insubstituíble de su intuición*, sus razones debe tener. Medite el lector, sobre todo si se apellida Campo, del Campo, Campoa, Campúa o Campero en ese problema lingüístico. Por lo menos no perderá sus ocios.

Veamos una cosa, por ejemplo. Tartessos estaba emplazada a orillas del Guadalquivir, próxima a la desembocadura del histórico río. La cubren las tierras del coto de Doñana, y Schulten ha descubierto sus muros. El Guadalquivir se llamó antiquísimamente Tartesos, luego Betis.

Tartessos significa, según opiniones clásicas, *occidental*, o cosa parecida. Betis se asegura que, de acuerdo con el griego, quiere decir *hondo*. En el vascuence hay una palabra *tarte* que vale por las ideas expresadas con los vocablos españoles *intervalo, paréntesis*. Si a Tartessos la edificaron los iberos sobre el antiguo delta formado en la desembocadura del Guadalquivir, la etimología propuesta tiene algunos visos de intuición. Bet significa en vasco *siempre*; *iz* o *itz*, *mar*: *siempre-mar*, o sea *río navegable*, tampoco nos parece una mala etimología. *Betiko, agur*, o *adiós para siempre*, dicen los euskaldunas, porque *beti* vale tanto como siempre o eterno; *Betikoa, Betikúa, Betika*, el nombre arcaico de Andalucía cuando era vasca o ibera.

Las romeras de Zalamea la Real.

DE LO PINTORESCO ESPAÑOL

LA SIERRA ARDE en FIESTAS



A Sierra de Aracena, en los comienzos de la que inmortalizaran con sus hazañas los antiguos bandoleros José María «el Tempranillo» y Diego Corrientes, ha sido testigo en estos días de un maravilloso espectáculo.

Quisieron cien pueblos serranos consagrarse su patrona y pusieron su pensamiento y sus fervores en la Virgen de los Angeles que se venera en un santuario erigido en las alturas de la Peña de Alajar, pueblecito hundido al pie de la famosa montaña.

En ella vivió aquel genio de la sabiduría, maestro en la Cátedra de la Universidad de Alcalá de Henares y representante del rey de España en el Concilio de Trento, Arias Montano, alejado de *las pompas y del ruido mundanal*, mas como un faro de ciencia y de humildades. Y a ella vino también en aquellos remotos días para visitarle y rendirle la pleitesía de sus admiraciones, aquel rey taciturno y grave que se llamó don Felipe II, dando con ello el más alto testimonio de reconocimiento hacia las virtudes y talentos del insigne abad.

Llegado el día de la fiesta vinieron a la Peña de los Angeles innúmeros romeros, llenando todos los caminos: por las hondonadas frescas y umbrías, por las quebradas sembradas de encinares, por las huertas plenas de verdores de maíces y pereros y frondosos pámpanos; por las carreteras que parecen blancos festones cosidos a las extensas faldas de los montes gigantescos; por las crestas de las altas sierras empenachadas de castañares y alcornocales; por los humildes senderos entre bardales de peñascos guarnecidos de yedras y de zarzamoras; por caminitos, en fin, a que daban sombras las higueras y los nogales de los huertos, las largas ramas de los chopos y los verdinegros álamos.

Venían los romeros en carretas y carros engalanados con sábanas blancas y vistosas galas de papeles multicolores, sobre las poderosas ancas de los potros inquietos y sobre los mansos asnillos tan sabios en el andar entre las honduras y los peñascales; conducidos en amplios carros también adornados con plantas olorosas de los montes y en los ligeros automóviles, ansiosos por las distancias.

Las muchachas eran un primor de belleza y sus trajes maravillas de cosa típica y lujosa. Vestían amplias faldas con corpiño de terciopelo, delantalillo de seda con ricas blondas y pañuelo de crespón con filigrana de bordados. El pelo peinado en moño sobre la nuca y con un lazo rojo que parecía una ancha herida sangrante. Casi todos los muchachos lucían calzones y chaquetillas cortas a la usanza sevillana, sombrero de ala ancha y zahones también con vistosas bordaduras.

Llegaron los danzantes de Cumbres Mayores, para bailar ante el *paso* de la Virgen pequeñita, llamando



Llegada de romeros.

poderosamente la atención de todo el concurso. Casi todos eran ancianos fuertes y ágiles que no se cansaban de danzar. Sus trajes, granas y verdes, con sombreros adornados de lazos y flores fueron muy elogiados.

Sus Altezas las Infantas doña Luisa de Orleáns y doña Isabel Alfonsa, doña Esperanza y doña Dolores de Borbón y los Infantes don Alfonso y don Carlos, presidieron la fiesta, entre la admiración y los aplausos del público. Las Infantas lucían sus bellos trajes andaluces de volantes y vistosos colores, tocándose la cabeza con pañuelo de seda a la usanza de las mujeres que van a la romería del Rocío.

Cada pueblo llegó escoltando el «sinpecado» de su Hermandad, signo de su fe y de su afirmación religiosa y acompañado del tamboril festero, cuyas notas tenían ecos en el fondo de todos los valles, como voces que dialogaban dulcemente sobre la alegría que pasaba elevando un cántico fervoroso a la reina de los ángeles que, sobre la ingente Peña de Alajar es como un águila caudal, así como es la blanca paloma en la ermita de Almonte bajo la advocación de Nuestra Señora del Rocío.

Al pasar los romeros a lo largo de todos los caminos con tanta abundancia de colores, parecíanos que los montes habían florecido o que se habían adornado con guirnaldas en gracia de la fiesta que se celebraba. Y, luego, en lo alto de la Peña el espectáculo nos maravilló como el de las peregrinaciones a Covadonga. Toda la fe de la sierra rindiendo su más apasionada oblación a la Virgencita de todos sus amores; toda la alegría de la sierra desbordándose en raudales de risas, cantares y músicas; todo el sentimiento de confraternidad de los serranos proclamando a la faz de España su acendrado patriotismo y su deseo y noble afán de vivir enaltecidos.

Y en un constante gozar se pasaron las breves horas del día, volviendo otra vez los romeros a llenar los caminos en bulliciosos retornos, como caravana que vuelve del reino de la alegría, convertido para otros años en reino de la Ilusión.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando usted demostró que se podía ser héroe careciendo de memoria.



Cuando los artistas buscan sitios apartados y pintorescos donde pintar a gusto.



Cuando su esposa insiste en que se ponga usted un majestuoso gabán de pieles para hacer el personaje.



Cuando, después de salir del restaurant, camina tres cuadras sin advertir que va de rigurosa servilleta.



Cuando nota usted a la puerta de su adorada que los crisantemos del rival eclipsan a sus humildes violetas.



Cuando, contra su voluntad, lleva usted al suegro a una partida de pesca y... pasa lo que pasa.



ERA muy joven aún, y ya la gloria le había ceñido sus sienes con la más fresca de sus coronas de laureles... privilegio que sólo alcanzan los señalados por el dedo inconfundible de Dios.

Sus poesías se recitaban de memoria en las calles de la ciudad, produciendo efectos de éxtasis entre la muchedumbre que las escuchaba. Su nombre era venerado y pronunciado con respetuoso temor, como si se tratase de una divinidad cruel y vengativa. Una turba de corifeos le rodeaba en los sitios públicos y se encargaba de diseminar por todas partes los próximos frutos de su inmenso ingenio.

Atraído el poeta por la belleza de la vida de los tiempos bíblicos, comenzó cantando las epopeyas pastoriles, la paz de los campos, el amor de los pastores, la melancolía de los atardeceres en las tranquilas aldeas, el ruido encantador de los arroyos rumorosos en cuyas aguas los pececitos entonan himnos a la creación. Pero era veleidoso, y pronto le pareció que su lira sonaba monocorde. Dió un salto tremendo y se situó en los tiempos actuales. Ensoberbecido por las turbas que le adulaban sin tasa ni medida, y a las cuales despreciaba en el fondo de su espíritu, se prometió hacerlas vibrar de odio y entusiasmo. Se aburría de la paz y tranquilidad que producían sus versos.

Un pequeño libro, casi ignorado, titulado «Filosofía del anarquismo», llenó su alma de barricadas, clarines estridentes, blusas ensangrentadas y horizontes incendiados. Su musa, antes plácida y pastoril, se hizo violenta y sanguinaria. Y ya no hubo atardeceres violetas sino crepúsculos color sangre; no hubo lunas románticas sino noches tremebundas y conspiradoras; los hombres no cantaron endechas amorosas sino himnos de oprimidos y canciones de rebelión y odio.

Los corifeos que le rodeaban eran menos numerosos y ya no le acompañaban en sus exhibiciones públicas. En ciertos lugares se murmuraba acerca del cambio operado en el poeta máximo del tiempo. Las mujeres suspiraban y exclamaban: «¡Qué lástima!», sin acertar a explicarse el origen de su compasión.

Algunas reparaban ya en su nariz achatada y sin gracia, en su vestimenta poco elegante y en los gruesos cristales tras de los cuales se ocultaban sus pequeños ojos grises.

Un poco abandonado, el poeta sublime siguió componiendo himnos revolucionarios. Sus admiradores eran entonces hombres sucios, de semblantes intranquilizadores, sin medios de vida conocidos, y que hacían sonar en los barrios apartados sus botines pesados y toscos. Eran policías disfrazados que vigilaban al bardo, pero éste los creyó revolucionarios hechos por él y los hizo partícipes de de sus sueños demoledores.

Transcurrieron así algunos años. La situación de la república no cambió en lo más mínimo a pesar de los furiosos embates destructores del poeta. Desesperado por esta falta de éxito y por la indiferencia de la mayoría formada por los zapateros, almaceneros y tenderos de la ciudad, sintió que sus ardores se entibiaban considerablemente. Y entonces su musa lloró quejumbrosamente sobre el sepulcro de sus ambiciones muertas de pura consunción.

Volvió a sus antiguas amistades. Frecuentó los círculos aristocráticos: probó las exquisiteces de la buena mesa y de la vida confortable. Olvidó las miserias del mundo y se dejó deslumbrar por el oropel. Templó de nuevo su lira casi abandonada y compuso con éxito un poema inmortal a los estómagos satisfechos. Este poema, primorosamente impreso, que se conoció en todas las casas ricas, le conquistó la simpatía decidida de los poderosos. Le nombraron bardo oficial, distinción jamás otorgada, y se le encargó enmudecer a las muchedumbres hambrientas con versos gastronómicos en los que se exaltaba el gusto por las buenas salsas.

Pero las turbas desposeídas, lejos de apaciguarse, se enfurecieron, y un día las calles de la ciudad se tiñeron de sangre, y los frentes de las casas aparecieron como atacados de viruela por el rebote de las balas homicidas.

Corrió el tiempo. El poeta engordaba y su miopía aumentaba, a pesar del brillo cada vez más considerable de sus blasones.

Y un día de un año dejó de respirar, atosigado por un soneto cuyo último verso se negó a salir de su cerebro.

Las honras fúnebres fueron gloriosas. Todos los notables de la ciudad se congregaron, para llorarle, en la necrópolis. No faltó ni uno solo, ni siquiera los enfermos graves. Las casas cerraron sus puertas, y durante tres días la ciudad pareció abandonada. Una comisión de acongojados vecinos proyectó honrar su memoria colocando una inscripción en su tumba. Se declaró abierto un concurso de epitafios. Debían ser breves y vibrantes. He aquí el que obtuvo el primer premio:

Don Fulano de Tal aquí te advierte
que ninguno se libra de la muerte.

Sin saberlo, y sin quererlo, la comisión de honorables vecinos acongojados había plagiado al señor de Anquetil, camarada de Jacobo Dalevuelta, ingenuo y humilde discípulo del más ilustre de todos los abates: Jerónimo Coignard.



PRIMER GRADO INFERIOR

NÚMERO I. — EJERCICIOS CONCRETOS.

1. — Presentar grupos de *muchos* objetos y hacer separar la menor cantidad posible de ellos, repitiendo el ejercicio con bolsitas, piedritas, figuras, juguetes, lápices, etc.

2. — Presentar láminas y hacer señalar *una* sola de las personas o cosas representadas.

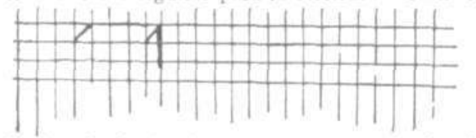
3. — Dibujar un cuadradito, un arbolito, una guinda, un globo, etc. (siempre que puedan, por su sencillez, ejecutarlos los niños, valiéndose de la cuadrícula).

4. — Representar uno de esos objetos, por el núm. *1*.

5. — Hacer buscar el *número 1* en el pizarrrón y cartoncitos.

6. — Enseñar a escribir el número *1* por medio de dos *reglitas: una inclinada de un cuadradito y otra* derecha de un cuadradito y otro más.

7. — Pasos a seguirse para la escritura del número.



Cuídese desde el primer momento, que en el palote inclinado siga el niño la dirección de abajo arriba.

PROBLEMAS MENTALES

8. — Juancito está en el patio y nadie le acompaña. *¿Cuántos niños hay en el patio?*

9. — Luis juega con una pelota. ¿Con cuántos chiches juega?

10. — La muñeca de Julia se rompió. ¿Cuántas muñecas se rompieron?

Estos problemitas inician en el alumno ejercitaciones muy saludables y permiten ir graduando tan sencillamente los enunciados que se llega sin esfuerzo, lentamente, a ver el problema, a comprenderlo con toda claridad.

CHARADAS ILUSTRADAS



POESIA

Yo me robé una flor, Pepe decía,
Y no me vió el simplón del hortelano.
De las muchas espinas que tenía,
Ninguna me pinchó, gritaba ufano.
Entonces, de la flor, ¡oh suerte impía!
Saltó una araña y le picó la mano.
Moraleja: Tarde o temprano, el vicio,
Ha de encontrar, al fin, justo suplicio.

X. X.

Solución de los rompe mates del N.º anterior

1. — Pasamano.
2. — Dositeo.
3. — Patotero.
4. — Repartir.

Solución de las charadas ilustradas

1. — Rematado.
2. — Planchadora.
3. — Tomatera.

PIENSA Y

Piensen sobre las preguntas que voy a hacerles, traten luego de escribir una pequeña composición, recordando un grupo de ellas. La composición que se intercala puede servirles de modelo.

EL PATO



¿Dónde han visto patos? ¿Viven en gallineros como las gallinas? ¿Los han visto en el agua? ¿Qué hacen? ¿Los han visto caminar? ¿Caminan del mismo modo que la gallina? ¿Por qué no? ¿Qué se nota entre los dedos del pato? ¿Qué hace con el pico al pasarlo por las plumas? ¿Qué se nota si acariciamos el cuerpo de un pato? ¿Cómo es el pico del patito? ¿Qué come? ¿De qué modo lo hace? ¿Cómo grita el pato? ¿Escarba el suelo como la gallina? ¿Por qué no puede hacerlo? ¿Cómo duerme? ¿Es más o menos manso que la gallina?

COMPOSICION

Tengo en casa *muchos patitos*.

Les doy todos los días, gusanos, granos, hierbas, y restos de comida.

Cuando me ven, acuden; sus pasos son pesados y su cuerpo se mueve mucho.

Gritan todos: «¡croac, croac, croac!»

¡Hay que verlos cómo se apuran!

Cuando han comido, los espanto y entonces se zambullen en el agua; juegan, se corren como si fueran niños y luego salen al sol a secarse las plumas.

Es entonces que las alisan y las engrasan con el pico para no humedecerlas y evitar el frío.

¡Cuánto me gustan los patitos!



MAPA ROMPE-CABEZAS



Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo. Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego, un hermoso mapa de tu patria.

(*Véase el número anterior*).

ARCADIA DE

E J E C U T A

GEOMETRIA. PASATIEMPO

Recortad con cuidado estas dos figuras, dobladlas luego por las líneas marcadas con los números 1, 2, 3, 4 y 5 en la figura N.º 1 y 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8 en la figura N.º 2.

Pasad un pincel engomado por las aletas A, figura 1 y A. B. C. y D., figura 2, y al pegarlas al plano correspondiente, tendréis dos cajitas; una en forma de pirámide cuadrangular y otra en forma de prisma de igual base.

Observad ahora, que el cuadrado de la pirámide es igual al del prisma y que el alto de las dos cajas es el mismo.

Llenad la pirámide con arena fina y vaciadla luego en el prisma; veréis cuantas veces tendréis que hacerlo para llenar el prisma.

Y *cuando aprendáis en la escuela* el volumen de estos cuerpos, recordaréis esto y os explicaréis claramente la diferencia de sus fórmulas.

A 1 2 3 4 5

Fig. 1.

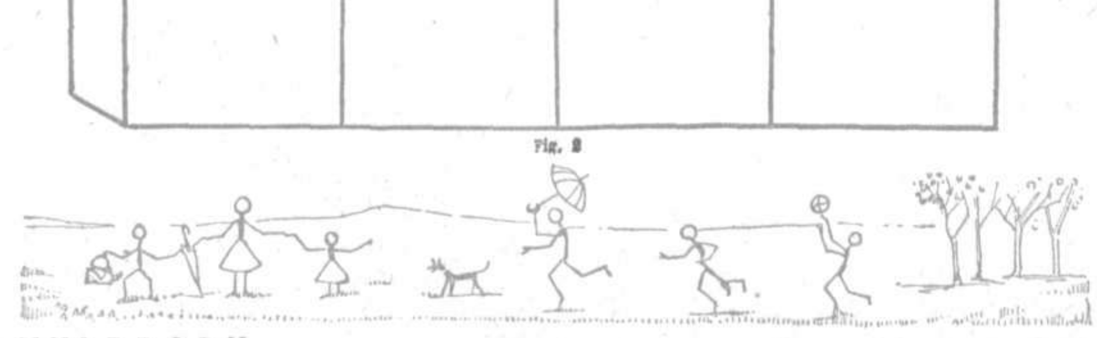
FUGA DE VOCALES

1.º — N.d. s. c.ns.g.. s.n p.rs.v.r.r
2.º — N. t. d.j.s v.nc.r p.r .l pr.m.r .bst.c.l.
3.º — L.s .bst.n.d.s s.n l.s s.bl.m.s

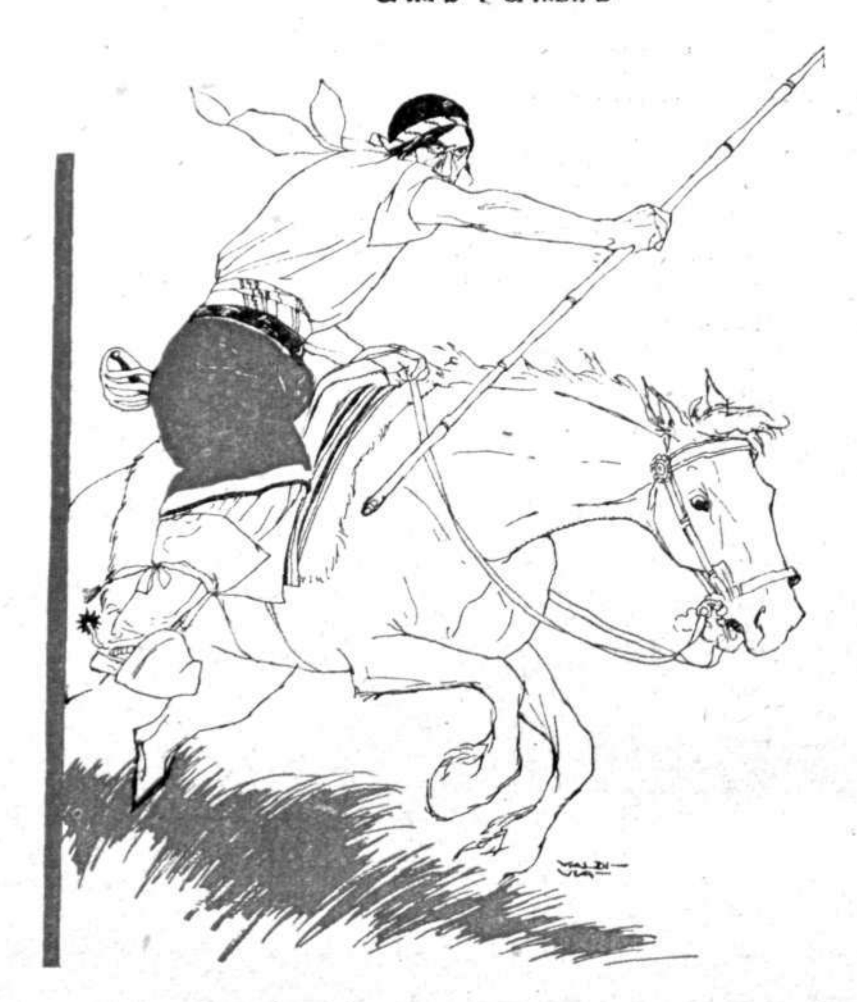
V.ct.r H.g.

B 5 6 C 7 D 4 A 1 2 3 4

Fig. 2



MULBRODH



La Muerte del Lancero

En sus últimos años parecía haberse aplacado su odio a los enemigos, pero conservaba todavía, y conservó hasta su hora postrera, el gesto bravío y la mirada penetrante que, en el trance difícil de los «entreveros» legendarios, aguzábase como flecha, para dar golpes y hacer quites de lanza con perfecta seguridad, con movimientos de acerados mecanimo, pues los guerrilleros de su temple, más que músculos, tuvieron sutiles retinas, en donde chispeaba avasallador el fuego del coraje de sus almas impenitentes.

Los años habían cumplido en él su función demoledora, y el veterano de cien campañas rebeldes agonizaba en el silencio y la paz de aquel «rancho», que tantas veces abandonara a objeto de reunirse con los suyos, primero guareciéndose en los montes inextricables, y, más tarde, en campo raso, cuando la partida de montoneros engrosara lo suficiente para presentar sus pechos al enemigo — jamás la espalda, — en aquellos «encuentros» mortíferos donde las «medias lunas», al chocar, despedían reflejos escarlatas. Su vieja y destartalada «cuja» le ofrecía la comodidad del último reposo, a él, que siempre durmió con «el caballo de la rienda», sobre la hojarasca del bosque o sobre las «pilchas» de su «flete», con el «recado» de almohada, cubierto por el «cojinillo» de piel de carnero.

Acostado boca arriba, las líneas de su rostro se iban acentuando nítidamente en el aflojamiento de la carne, pero el entrecejo — aquel entrecejo, que reconcentraba sus ideas inflexibles de partidario, no había sufrido alteración alguna — presentaba dos rayas profundas, dos zanjas que cavó a fuerza de mirar la lejanía y de ejercitar la cólera, que a mí se me antojaron escondrijos de sus impulsivos sentimientos.

La gravedad de su estado no le impedía hablar y reconocer a los amigos. Cuando alguno de estos entraba en el cuarto, parecía sonreir gustoso, y sacaba de debajo de las cobijas la diestra huesosa, ancha y larga, llena de rama-

zones de venas y cartílagos, y apretaba las de sus visitantes, aun con fuerza suficiente para hacer sentir sus efectos.

El rancho, de vencidas paredes de adobes, no tenía más que dos aberturas: la puerta angosta y baja, y una ventana sin vidrios, del lado del lecho, por la que penetraba, intensa y viva, la claridad libre del campo, iluminándole un costado de la cara, que daba a su hermosa cabeza el aspecto de un grabado al aguafuerte.

Afuera, el calorcito primaveral del medio día animaba la vida silvestre, tejiendo activamente los verdes tapices «esterales», y cubriendo las llanuras de puntitos multicolores. Se oía distintamente el rumor de los élitros, mientras en el ombú del patio una calandria repetía su romanza melancólica.

Me pareció que él apreciaba el cuadro con tristeza, y, para desviar su pensamiento, le dije:

— Creo, jefe, que una vez más va a salir vencedor. Este, al fin y al cabo, no es más que un entrevero como los otros...

— Gracias — me contestó — por el güen deseo, pero d'este lansaso no me libra naide...

Intenté reirme, para infundirle confianza, pero ¿quién va a engañar a estos seres, acostumbrados a leer en la obscuridad de los corazones? Por eso, volvió a sacar la mano y tomó la mía, apretándola con la fuerza que le restaba.

Entraron varias personas, viejos gauchos, antiguos servidores, compañeros de andanzas guerreras, que aun mantenían recta la espina dorsal, a pesar de los años, porque estos hombres conservan rectilínea la osamenta, por un milagro inexplicable, como los árboles que se crían en el monte, acaso porque desde pequeños aprendieron a no agacharse...

A todos los saludó, reconociéndolos sin esfuerzo. Ellos le «clavaban la vista», tal vez para hacer su diagnóstico, habituados como estaban a ver morir y a conocer la línea justa, precisa, que separa la vida de la muerte, sin que les engañe la apariencia de los aspectos.

— ¿Cómo se siente, coronel? — le preguntó uno de los visitantes. — Su cara me dice que está peliando...

— Ansina es — respondió, interrumpiéndole; — estoy peliandolá... pa ver si alcanso al casamiento e mi nieta... esta tarde... Va a venir acá... con la madre y el prometido... Va a darme ese gusto... El cura también... Por lo consiguiente, ellos los pobres, empiesan... cuando yo acabo... Cumplen su ley... lo mesmo que yo...

— No embrome, amigo — adujo otro, — y dejesé di hablar de cosas tristes. Entuavía va a hamacar el primer nieto...

Ensayó un chiste, diciendo:

— Dios l'oiga... y el diablo se haga el sordo..., pero...

— Acuerdesé las ocasiones que ha güelto del otro mundo...

— Era joven..., fibra e quebracho... sin ñudos... que mellaba... tuitas las hachas...

Cerráronsele los ojos, para cavilar, tal vez, a solas, y los amigos enmudecieron. Yo me levanté sin hacer ruido y salí al patio. Junto a la puerta estaba echado el perro, el fiel amigo... Viejo como su amo, descansaba en todos los sitios en que había un poco de sombra. Tenía la cabeza entre las patas y los ojos abiertos. Quizá ya sabía que su amigo le abandonaba...



Poco tiempo después llegaba a caballo la comitiva nupcial, y mientras el sacerdote desmontaba, ayudado por su acólito, yo volví a penetrar en el cuarto del enfermo, para darle la noticia, a fin de que no se sorprendiera. Pero mi precaución resultó frustrada, pues el guerrillero ya se había dado cuenta de todo. Le encontré empeñado en sentarse, sostenido por los amigos.

— No hay necesidad — le dije — de que se siente. Lo mismo puede ver acostado.

Pero él no me hizo caso y se sentó, apoyando el dorso y la cabeza en una almohada.

Entraron la hija, los novios y el cura. Este, un hombre sencillo y alegre, les dijo desde la puerta:

— A ver, comandante, cómo se porta en este encuentro. No hay que dar vuelta cara...

Sonrió amargamente, como si se alegrese llorando...

La nieta se acercó a la cama y lo abrazó. El la retuvo, besándola, como si no quisiese separarse de ella... nunca... nunca...

Cuando la dejó libre, ella le dijo:

— Tata viejo, hoy lo encuentro muy güeno... Tiene lindo color, y se me hace que pronto va ir a visitarnos.

— Sí, m'hijita — contestó él, componiendo la fisonomía: — ya lo creo que los voy a visitar... en cuanto pueda... Dios me ha de dar juersas... pa cumplir... con...

Y calló de pronto, porque la fatiga y la emoción le ahogaban.

Cuando terminó la ceremonia del casamiento los novios se aproximaron al lecho y lo besaron calurosamente, pero él, con los ojos desmesuradamente abiertos, ya no podía mirarlos...

El cura se acercó a la cama, lo miró un momento, le cerró los ojos y le bendijo.

Estallaron los gritos desgarradores de las dos mujeres, y el perro entró lentamente en la habitación, echándose a los pies de la cama. En un rincón de la pieza se veía, entre correas de charol, un sable, y, tocando la paja del techo, una lanza con grandes «medias lunas» y la roja banderola arrollada.

DIBUJOS DE VALDIVIA







LOS DE AYER

ANTONIO MONTEAVARO

Un espíritu claro, una mente lúcida. Quizás, también un gran dolor errabundo, uno de esos dolores, identificados y acon el propio vivir que nos siguen al azar de la andanza como un perro fiel a las miserias del amo. Tal era Antonio Monteavaro, aquel bohemio impenitente que veinte años atrás desgranaba en todos los cafés nocturnos de Buenos Aires las perlas finas de su ingenio incomparable. El ignorado dolor de su alma fué siempre un misterio para sus amigos. Monteavaro estaba celoso de aquel dolor, tanto como un doncel puede estarlo de su amada; comunicativo y confidencial por temperamento, no quiso jamás comunicarlo a nadie. Tenía el pudor de su pesadumbre, pero quizás, cuando quedaba a solas, nutría con ella su espíritu como los pobres vergonzantes roen ocultamente su mendrugo. Es posible también que sus lágrimas hicieran el prodigio de la levadura, porque el dolor de Monteavaro le acompañó y sostuvo hasta el momento supremo de la muerte. Con él vino de Entre Ríos cuando los años mozos de «El Ateneo», con él vagó sin tregua el fervor de la ciudad noctámbula mucho más espiritual entonces y propicia al meditativo recogimiento de los soñadores. Con él, por último, se extinguó serenamente, sobre un lecho de hospital.

¿Se extinguió acaso? ¿Sabemos, por ventura, de dónde vienen y adónde van nuestras penas del alma? Recoged un rayo de sol sobre la superficie de un espejo y retirad luego el espejo. ¿Váis a negar la realidad del rayo luminoso porque nuestro pobre espejo no lo refleje más? Así es nuestra vida miserable: captamos una chispita de Absoluto en la ilusoria red de nuestro espejo y cuando éste se rompe — porque es fuerza que alguna vez se rompa — la chispita remonta, como una paloma blanca hacia la plenitud del éter azul.

Cuando se nos fué Monteavaro era una tarde gris y triste. Gris y triste era también su espíritu. Su vida desordenada, fabulosamente excéntrica como esas ruedecitas que giran — los mecánicos sabrán por qué — con un ritmo incoherente, contrario y desigual al de las otras ruedas de la máquina, no le permitió jamás sistematizar en obras formales la copiosa fluencia de su vida interior. Tenía él todo lo que se necesita y requiere para ser un brillante escritor: impecable el estilo, pulcro el léxico, donosas las imágenes y lúcida la mente como ya he dicho. No le faltaba sino la voluntad de coordinar la maravillosa solifonía de su instrumento lírico; esa imperiosa disciplina del yo que los hombres occidentales consideramos a menudo — y no es exacto — como un sacrificio de nuestra ubérrima libertad espiritual.

«— ¿Piensan enterrarme bajo una montaña de rosas líricas? — preguntó Soussens una noche atajando pro fórmula el florilegio que cuatro o cinco muchachos, todos poetas simbolistas y enemigos acérrimos de Max Nordau, preparaban en su homenaje para desagraviarlo de no recuerdo qué incidencia baladí con un agente de policía.

«— Yo no — exclamó Monteavaro con su franqueza un poco desconcertante. — Si te tiro con mi «Maestrita» te deshago el túmulo!

Aludía a un hermoso cuento publicado días atrás en las páginas de esta misma revista que siempre, digámoslo de paso, le fué hospitalaria y aprovechó la favorable coyuntura para lanzar al bondadoso Soussens este flechazo envenenado según la atávica receta charrúa. Porque Soussens y Monteavaro, a pesar de ser tan camaradas, a pesar de los hábitos comunes y la asidua concurrencia a los mismos lugares de reunión, no se querían bien y estaban siempre de pique.

Para Monteavaro, el incurable lirismo de Soussens era, según su expresión, «una pavada escrita en alejandrinos». Para Soussens, la prosa acerba y ática de Monteavaro era, según la suya, «un abominable panfleto contra la gloria de Nuestro Señor Hugo».

Y, sin embargo, ¡qué delicado lirismo había en el dolor de Monteavaro! ¡Cómo se espejaba en todos sus artículos el alma candorosa y tierna de aquel niño grande que jamás consiguió conformar su espíritu al mundo de la realidad y de las formas!

Dulce como un cordero, lleno de mansedumbre en su aspecto huraño, aceptó resignadamente la tortura del vivir incierto y arduo sin una sola protesta en sus pobres labios temblorosos bajo el bigote hirsuto y desaliñado.

Su dinamita era puramente verbal: deflagraba en sátiras y se iba toda en humo de paradojas. Pero luego daba al primer venido lo que tenía y lo que no tenía. Yo lo he visto escribir en diez minutos un artículo admirable, llevarlo a una imprenta, cobrar por él veinte pesos en una época en que los periódicos no eran tan liberales ni pródigos como ahora y entregárselos, sin tocar un céntimo para él, al pobre Arnó (otra vida enigmática y dolorosa en la bohemia artística de aquellos años) que se moría consumido por la tuberculosis con todo su enorme talento intacto y casi inédito.

Los últimos años de Monteavaro fueron sencillamente dramáticos. El temblor de la mano complicóse en él con una abulia enfermiza que lo arrastró al abismo de la inacción. El delirio aprisionó su espíritu en las redes de la locura hasta el punto que, en pleno día, le asaltaban pavorosas alucinaciones. Días antes de morir recuperó su extraordinaria lucidez mental. Decía cosas admirablemente profundas. La agonía le embelleció el semblante y entregó su alma a Dios con la serenidad de un Buddha.

Si sus pobres huesos no han parado en la fosa común, podría ponerse sobre el nicho que los guarda este epitafio que una mano anónima escribió en el cementerio de Berlín: «Aquí yace un hombre sin historia. La muerte fué el único momento serio de su vida».

MANUEL ROJAS SILVEYRA

EL PAGO

CANTO PRIMERO

Es un rincón de patria vigilado por los teruteros.
Tiene un río charrúa
con bellos saltos de agua e islotes encantados;
los indios en su lengua le llamaban
el «río de los pájaros pintados».

Las olas al correr deletrean su nombre
ahuecando las *úes* y puliendo las *íes*...
¡Cómo endulzan la boca los nombres guaraníes!

Tiene (digo) tenía, una mujer hermosa
que lloró al despedirse y a quien nunca más vi;
una mujer que les gustaba a todos
y sobre todo a mí.

Aunque en él nada ocurre que le interese al mundo
todo allí es comentado como acontecimiento:
que han aullado los perros porque anda una «luz mala»;
que el río no da paso; que ha cambiado el viento;
que murió la calandria guachita que cantaba en el tala.

Quejándose de pobre,
quejándose de vieja,
allá de tarde en tarde
pasaba una carreta,
con sus bueyes guampudos de pinta criolla,
y el carrero, jinete en caballo maceta,
alegrando el camino con la picana al brazo,
con un canto en la boca
y una flor colorada en la oreja.

En sus campos verdes, en sus campos oros,
cuando los días caen sangrando su color,
ante el rojo horizonte los cuernos de los toros
le improvisan paréntesis al sol.

Fernán Silva Valdés

LA PENA DEL TALION

Te vi, te amé; la razón
de aquel amor incipiente
la sabía solamente
mi sensible corazón.
Aproveché una ocasión
y en lenguaje torpe y llano
te dije el profundo arcano
del amor que me inspiraste,
y tú de mí te burlaste:
—¡Que Dios te socorra, hermano!

El tiempo — buitre insaciable —
por todas las cosas pasa,
y trunca, borra y arrasa
lo divino y perdurable.
Como un hálito inefable
pasó por mi corazón,
y segó en él la ilusión
que amándote me forjé;
y, sin sentirlo, olvidé
aquella infausta pasión.

Hoy que, contrita y llorosa,
sin pan, ni amor, ni alegría,
te acercas a mí en la orgía
de la vida tumultuosa,
harta ya de ser piadosa,
mi alma sencilla y humana,
y temiendo que mañana
la juzgues livianamente,
te rechaza dulcemente:
—¡Que Dios te socorra, hermana!

José M. Braña



La Cúpula de la Catedral de Córdoba

La Cúpula de la Catedral

Y los ruidos de Buenos Aires? ¿Y los hombres y las mujeres presurosas de Buenos Aires? ¿Cómo no sufre hoy tortura el alma y no es la mente hervidero estéril de pensamientos? ¿En dónde está el hormiguero humano? ¿En dónde la estridente y heridera polifonía de la mecánica tranviaria y automovilística? ¿En dónde la confusión y el espanto?

Hoy no soy el ciudadano de la ciudad populosa y febril;

me envuelve un ambiente de paz; baja a mí el silencio y con él ansias de holgar, de vagar, de ver y meditar. Y camino, a paso lento, con las manos a la espalda y la cabeza ligeramente inclinada hacia uno de los hombros, por las calles de esta ciudad pensativa, saturada de emociones, retiro venturoso, meditativo asilo... A las veces, me detengo; miro un balcón, una puerta, una ventana de reja; me miro el alma, y me entristezco muy dulcemente y sueño.

No recuerdo el punto de partida; tampoco sé adónde voy. Así se ha de andar por las ciudades y los pueblos que no conocemos; es la única manera de sorprender el escondido espíritu que rara vez halla el extranjero. Y ninguna hora es más propicia para este vagar sin rumbo que la del anochecer; los seres animados y las cosas adquieren inconsistencia de sombras, y las sombras no molestan nunca, porque no hablan.

Andando por una calle de aceras estrechas, he venido a dar a una plaza, a una de esas plazas de bancos verdes, palco para banda municipal y estatua ecuestre. Y me he sentado en uno de los bancos y he mirado a lo alto, es decir, hacia donde miran siempre los desterrados.

He aquí que sobre la cúpula de la catedral brilla, azul y temblorosa, una estrella, bajo el cielo, de un azul menos fulgente y más tenebroso.

Una suave claridad nimba de luz argéntea los planos de los contrafuertes, y a un sector de la semiesfera de la cúpula. La pátina, que a la luz del sol es rosada y verde, truécase en uniforme, y casi invisible, velo gris en esta hora del anochecer. Las aristas de las cruces que rematan los cuatro torreoncillos y las de la central dan la impresión de hilos luminosos; el símbolo cristiano es un encaje sutil en medio de las sombras. Los pilares de la balaustrada que la circunda en su parte superior, quebrando la monotonía de la curva perfecta, se destacan blancos sobre los muros, las ventanas y las columnas planas adosadas al torreón principal. Los ventanucos y las claraboyas son huecos negros, de sombra interna.

Ante la cúpula de la catedral de Córdoba se sueña y se medita, en las horas nocturnas, cuando la ciudad se ahonda más aun en su silencio tradicional. Podéis ser religiosos o no serlo, poco importa. Lo cierto es que, pensando en Dios, porque lo lleváis muy adentro, o no pensando, porque hace tiempo que lo desterrásteis de vosotros; si aun experimentáis regocijo entregándoos a contemplar lo que por vuestro interior pasa: nada mejor, si tenéis la fortuna de hallaros en la ciudad mediterránea, que detener vuestro paso ante la catedral, cuya cúpula, armoniosa como ninguna otra obra arquitectónica de la república, es sugeridora de pensamientos hondos y fuertes. Y, vuelvo a insistir, para mayor gozo, después de la caída del sol.

A esa hora escucharéis, al mismo tiempo que vuestra voz interna, el tañer de las campanas; las de la Merced, las de San Francisco, las de Santo Domingo, las de las Teresas, las de la Compañía de Jesús, las de la catedral, las de todas las iglesias de la ciudad austera y, por su austeridad, triste y melancólica; graves unas, ligeramente alegres otras, éstas pausadas, presurosas aquéllas; poblando el aire de sonidos, el alma de recuerdos y el cerebro de ideas.

Yo, al escucharlas, evoco otra ciudad, lejana, y la figura de un hombre, de un tan grande hombre que lleva en sí a su ciudad toda, como si ella le perteneciese o él fuese todo entero de su ciudad; me refiero a Salamanca y a don Miguel de Unamuno.

Esta Córdona nuestra y aquella Salamanca exclusivamente suya tienen semejanza, salvando, se sobreentiende, una distancia de diez siglos. En ambas la vida sigue un curso aparentemente apacible; por sus universidades, las dos ostentan el calificativo de doctas; sobre las piedras de sus casas de estudio, de sus iglesias y de sus conventos pesan tradiciones de talento y prejuicios religiosos que el tiempo detiene y no borra. Sí, que los fije y no los disipe; que no nos derroche, malgastándolo, el caudal de la emoción, tan exiguo en estos tiempos de sordidez y chatura espirituales. Que nos deje el gozo de dialogar con la piedra, en las horas de silencio y de tiniebla, que son de sonido y de luz para los que sólo hallamos esparcimiento en el laborioso holgar de la meditación. Que nos deje, como a don Miguel de Unamuno su Salamanca, esta Córdoba de rincones tristes, esta fuente de pensamiento, este oasis de paz, esta ciudad fuerte, austera y viril, cuyo espíritu se refleja en la sencilla, recia y armoniosa cúpula de su catedral.



KNUT HAMSUN ÍNTIMO



Knut Hamsun quiere reflejar el lado sensual de la vida, las fuerzas instintivas del hombre y de la naturaleza. Y ese sentir dinámico no va sin determinar en él un concepto de la cultura y de la historia. Cree que se ha exagerado la importancia de los hombres de genio. La civilización debe también mucho a existencias anónimas, de humildes, de obscuros seres, que bregaron su destino en silencio. Ciertamente Hamsun no es un pensador. Es un artista. Sus teorías derivan de un temperamento que se complace en la soledad. Todo al hechizo de sus sensaciones, prefiere negar los valores sociales.

Se pintó Hamsun en los rasgos del protagonista de «Pan». Aquel cazador huraño y tierno, a la vez, que embriagan, con las emanaciones de sus savias, las florestas del Norland, en el crepúsculo del verano hiperbóreo, se cansa un día de vagar y se convierte en labriego. Pero nunca se departirá de cierta misantropía ingénita.

El repórter de un diario sueco hizo un viaje de día y medio de tren, hasta la pequeña población de la costa meridional de Noruega, donde Hamsun habita con su familia. En una casona, mitad residencia solariega, mitad granja, vive allí Hamsun, entregado al cultivo de sus árboles y de su huerta.

Al llegar, divisa el visitante, a cierta distancia la silueta de un hombre alto, cargado de hombros, que desaparece detrás del portal. Es cuanto consigue ver de Hamsun. A su campanada, se asoma una sierva azoradiza. Corre a prevenir al amo y vuelve con una negativa inexorable. La señora de Hamsun, en cambio, hace los honores de la casa. Hospitalaria, convida al huésped a merendar. Tres criaturas travesean en la amplia habitación. «Son un poco incivilizados, explica la madre, pero así los educa Hamsun. En el piso superior, se oyen pasos de largo en largo. Es Hamsun, que se ha encerrado a doble llave, mientras dura la visita del forastero. ¿No se recluyó voluntariamente Juan Gàbriel Borkmann, durante diez años, en los altos de su casa, sin ver a ninguno de los suyos? Pues bien, el periodista se arma de paciencia. Prolonga lo más posible su visita. Se queda a cenar de una abundante mesa ordenada por el amo invisible, con manjares de la granja, fruta de la quinta y pescado fresco de la bahía vecina. Al obscurecer, se declara vencido. Se despide y emprende la vuelta a la estación del ferrocarril. Sin embargo, lleva del hogar y de la vida íntima de Hamsun una impresión personal, que no fuera más fuerte si hubiera llegado a departir con él. Porque el novelista noruego es de pocas palabras. Ha publicado más de veinticinco tomos, en prosa y en verso. Las ediciones de cuarenta mil ejemplares le han producido un bienestar seguro.

HECTOR DIAZ LEGUIZAMON

El hombre futuro

No son meras conjeturas el predecir que llegará el tiempo en que el hombre se haya elevado tanto sobre el nivel que ahora ocupa como ha avanzado hasta nuestros días del que ocupaba primordialmente en la escala de la naturaleza. En otras palabras, la raza humana continuará desarrollándose en ciertas líneas de refinamiento, las mismas que siempre ha seguido, pero proyectándose hacia lo futuro. Dentro de los límites de la misma esquema, *su manera de pensar y de vivir* cambiará completamente. En esta etapa de progreso el hombre dejará de comer, de beber y de ejecutar otras funciones animales que ahora pone en práctica, y muchas cosas usuales en nuestros días se considerarán más tarde primitivas y poco delicadas.

El hombre demuestra una tendencia constante a refinar el proceso de alimentación, hasta que llegue al punto en que rehusará comer como los demás animales. En vez de poner el alimento en su boca con ayuda del tenedor y la cuchara, como quien atiborra de combustible un horno, masticándolo o triturándolo como un molino de hacer pulpa, el ser humano absorberá su alimento.



El nuevo muy rico.— No sé si es un Murillo o un Rubens. ¡Ya miraré la factura!

Cuando el hombre se perfeccione desarrollará una nueva facultad apenas sospechada al presente. En vez de expeler el aire de los pulmones a través de sus órganos vocales, creando un pequeño ciclón para hacer vibrar el tímpano de los oídos humanos, hablará mediante las ondas telepáticas y podrá conversar con sus amigos, ya se encuentren éstos presentes o ausentes. Esto no es más imposible que la telegrafía inalámbrica, y probablemente se habría ya puesto en práctica si hubiera sido indispensablemente necesario.

Cuando el hombre alcance este estado, habrá eliminado muchas de las dolencias que le afligen en la actualidad y que son debidas casi todas a desórdenes de la masticación, digestión y secreción. Librándose del imperfecto funcionamiento de estos órganos, amenguará el ser humano las causas de enfermedades en la medida proporcionada; y al mismo tiempo el desgaste y la reconstitución del cuerpo se efectuarán en forma mil veces más suave y armoniosa de lo que sucede en nuestros días. En efecto, todo el proceso vital se encontrará simplificado y acelerado. Es posibe también que a la par de la telepatía, desarrolle el hombre otras facultades, como la visión y la audición a distancia, o cualquier otro sentido que aún no se haya descubierto. Y coincidiendo con todo esto, la religión y normas de moral experimentarán cambios correspondientes. El espíritu humano se habrá ensanchado a tal punto que formulará nuevos ideales del bien y del mal. Confiará más en sí mismo y será más capaz de dar vuelo a su personalidad.

¡ POR ULTIMA VEZ !

Gran Tango de Moda

Original de C. PIBERNAT

(Disco N.º 6320)

Por la Orquesta Típica

ROBERTO FIRPO

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles "Nacional" de 25 cms. a $ 3.25

DUO GARDEL - RAZZANO
Con 4 guitarras RICARDO - BARBIERI

18118 { **La Sulamita.** Shimmy. Solo Gardel. Caruso-Canaro.
Si supieras. (La cumparsita). Tango. Solo Gardel. Contursi-Matos.

18117 { **Griseta.** Tango romanza. González Castillo-Delfino.
Destino. Tango. Solo Gardel. A. Polito.

Discos Dobles "Nacional" de 25 cms. a $ 3.00

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica.

6320 { **POR ULTIMA VEZ. Tango. Carlos Pibernat.**
Linda criollita. Tango. Carlos Pibernat.

6318 { **Manos blancas.** Tango. José Bohr.
Pero hay una melena. Fox Trot. José Bohr.

FRANCISCO CANARO
Orquesta Típica y Jazz Band

4046 { **Falta envido.** Tango. Típica. J. M. Ruffet.
That's the Tune. Fox Trot. Jazz Band. Darewoki.

4047 { **El 11.** (A divertirse). Tango. Típica. Osvaldo Fresedo.
Hopa - Hopa. Shimmy. Jazz Band. C. Romanelli.

ORQUESTA TIPICA PACHO. (Juan Maglio).

7437 { **Viciosa.** Tango. F. Matino.
La tijera. Tango. J. A. Calvi.

Disco Doble "Nacional" de 25 cms. a $ 3.25

JOSE BOHR. Con acomp. de Jazz Band FRANCISCO CANARO

16110 { **I Love You.** (Te amo). Barros-Acher.
Indianópolis. Fox Trot. Pataro Conte.

NOTA. — El tango "**Por el camino**" de **J. Bohr,** que aparecerá en el número de la próxima semana de CARAS Y CARETAS, ha sido grabado en *Disco NACIONAL (N.º 4024) por* la orquesta Canaro. Próximamente aparecerá cantado por el **Dúo Gardel - Razzano,** con letra de González Castillo.

CONDOR

LA PUA IDEAL para sus DISCOS. Caja con 200, $ 1.—. Exija la palabra "CONDOR" grabada en cada púa.

Visite el Pabellón del Disco Doble "NACIONAL" en la Exposición de la Industria Argentina.

CREDITOS CON FACILIDADES DE PAGO SOLICITE DETALLES



La montura y su colocación correcta

La montura debe de estar construída y colocada sobre el caballo, de tal manera, que queda eliminado todo contacto con la parte superior del lomo y con la cruz. El peso debe estar igualmente repartido a uno y otro lado. La posición hacia adelante debe quedar limitada por las consideraciones anteriores, así como por la de que no se debe impedir el libre movimiento de las paletas del caballo, lo que se consigue dejando un espacio como de dos dedos entre la parte anterior de la montura y la parte alta posterior de las paletas del animal. El límite hasta el cual se puede echar hacia atrás la montura se establece por la circunstancia de que no debe quedar ningún peso sobre los riñones del caballo; en primer lugar, porque éstos no quedan protegidos por las costillas y mecánicamente no están adaptados para soportar cargas, y en segundo, porque esa parte es la que necesita tener más movimiento, con excepción del cuello y de la cola del animal. Los riñones tienen que flexionarse en sentido vertical para permitir, por ejemplo, la acción de las ancas cuando se detiene la marcha a un paso rápido, o cuando se hace cejar. Los riñones se flexionan lateralmente cuando se cambia de dirección en poco terreno, a la derecha o a la izquierda. Además de eso, los riñones adquieren un ligero movimiento de rotación, debido al movimiento de la pelvis al andar o trotar; este movimiento de la pelvis se puede comparar con el de un barco que se inclina alternativamente a derecha e izquierda al avanzar.



Esta figura muestra la correcta posición de la montura sobre el caballo y la del jinete en la montura. La línea "A" es la vertical del centro de gravedad del caballo, establecida por Goubeaux y Barrier. La línea "B" indica la vertical del centro de gravedad del jinete.

La montura, cuando está bien colocada, hace que el peso del jinete quede más cerca del punto en donde hay menos flexión en la columna vertebral.



La Playa y los Niños

Los niños se refrescan en el mar y se ensucian en la playa. Una vez concluídos sus juegos, hay que lavarlos de arriba abajo.

Y sólo con el empleo de un jabón que no se corte con agua salada puede lograrse el propósito.

El Jabón de Sales Naturales de "La Toja", no se corta; comunica, además, al delicado cutis infantil, una tonicidad y frescura envidiables y lo defiende contra cualquier infección.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

CONCESIONARIOS

POLLEDO & C^ía^

Bme Mitre 1352

Buenos Aires

LOS NUMEROS EXTRAORDINARIOS DE "CARAS Y CARETAS" Y "PLVS VLTRA" DEDICADOS AL PRINCIPE HUMBERTO DE SABOYA, JUZGADOS POR LOS REYES Y LAS MAS ALTAS PERSONALIDADES DE ITALIA

CASA DI SUA MAESTÀ
LA REGINA MADRE

Salsomaggiore, 17 de octubre de 1924.

Egregio señor:

Satisfaciendo con mucho gusto su deseo, he tenido el honor de presentar a Su Majestad la Reina Madre el homenaje que la Dirección de «CARAS Y CARETAS» deseaba le fuese hecho, de algunos números de esa Revista, que ampliamente ilustran el reciente viaje de Su Alteza Real el Príncipe Heredero a Sud América.

La augusta Señora ha acogido con el más vivo interés y con particular complacencia el gentil obsequio y muy sensible a la delicadeza del pensamiento que lo ha inspirado, quiere llegue a usted, gentil intermediario, y a la Dirección de «CARAS Y CARETAS» la expresión de su vivo agradecimiento.

Al rogarle quiera interpretar el gracioso agrado de Su Majestad, le confirmo, estimadísimo señor, mi distinguida consideración. De orden,

CONDESA DE PESS

Dama de Palacio de Su Majestad

R. AMBASCIATA D'ITALIA

Buenos Aires, 27 de enero de 1925.

Hon. Dirección de la Revista PLUS VLTRA
Buenos Aires.

Esa dirección ha hecho llegar a S. E. el Hon. Mussolini, por intermedio de su corresponsal en Roma, el número de PLVS VLTRA dedicado a la visita de S. A. R. el Príncipe Heredero de Italia a la Argentina.

S. E. el Presidente del Consejo me ha confiado el grato encargo de expresar su agradecimiento por el cortés homenaje.

Aprovecho la ocasión para renovarle, señor Director, los sentimientos de mi particular consideración.

EL REAL EMBAJADOR

S. E. ALDROVANDI DE MARISCOTTI

IL GOVERNATORE DI S. A. R. IL PRINCIPE EREDITARIO

Roma, 22 de noviembre de 1924.

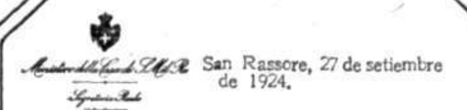
Sr. Comendador Rafael Símboli, Roma. —Ha llegado a Su Alteza Real el Príncipe del Piamonte el ejemplar de la Revista «PLVS VLTRA» que, publicado con ocasión del viaje de Su Alteza Real a la Argentina, usted le ha enviado por encargo del propio director del periódico.

El Augusto Príncipe ha hecho al obsequio la mejor acogida, y me ha dado el grato encargo de comunicárselo a usted y de transmitirle con la expresión de su vivo reconocimiento la de su complacencia por la hermosa y artística forma en que la Revista ha sido publicada.

Aprovecho la oportunidad para rogarle reciba la expresión de mi distinguida consideración.

El contraalmirante de división, Gobernador de Su Alteza Real el Príncipe Heredero,

ALMIRANTE BONALDI



San Rossore, 27 de setiembre de 1924.

N.º 6572.

Apreciadísimo señor:

He recibido hoy su carta de 20 del corriente y la publicación que cortésmente me remite para Sus Majestades.

Con mucho placer he llevado el envío a su alto destino.

Los Augustos Soberanos se han mostrado muy gratos al gentilísimo pensamiento y agradecen vivamente a la administración de la revista «CARAS Y CARETAS» y a usted, que ha sido el cortés intermediario.

Con distinguida consideración,

Señor Rafael Símboli,
Roma.

COM. SECRETARIO REAL MATTIOLI



Roma, 22 de noviembre de 1924.

Querido Símboli:

El magnífico número de «PLVS VLTRA» que me ha enviado usted es una prueba visible del ardor que anima a la joven hermana latina en toda manifestación simpática y buena.

En la brillante acogida ofrecida al joven Príncipe se siente vibrar el afecto por toda nuestra Patria. A ese afecto corresponde Italia y lo prueba confiando a las Repúblicas Sudamericanas la suerte de tantos de sus hijos.

A usted, querido Símboli, mis aplausos por la labor continua y paciente que contribuye a mantener viva la cordialidad entre nuestros dos países, y que usted realiza en el *solo* nombre de Italia.



LUIS LUZZATI, SENADOR DEL REINO



1-12-24.

Querido comendador Símboli:

Le estoy muy agradecido por el «PLVS VLTRA» que es verdaderamente bellísimo y digno de la grande Argentina.

Obtuve otro ejemplar de un amigo y lo llevé a S. M. el Rey que lo apreció mucho.

El número del Príncipe Heredero puede verdaderamente compararse y quizás superar al de cualquier otra revista.

Agradecido a su atención le saludo con el voto de, *Siempre Plus Ultra.*

Luigi

ING. LUIS LUIGI, SENADOR DEL REINO



IL PRIMO SEGRETARIO DI S.M. PEL GRAN MAGISTERO MAURIZIANO

Roma, 25 nov/1924.

Ilustre señor:

Estoy reconocidísimo a la cortesía de usted, a la cual debo el número de «PLVS VLTRA» dedicado a Italia.

Es un trabajo espléndido y un precioso documento artístico, tipográfico, de buena voluntad hacia Italia; precioso y se podría decir incomparable.

Al pasar y leer estas páginas siento cada vez más estrecho el vínculo que une el alma latina más acá y más allá de los mares que Colón hizo comunes a las dos Naciones.

Como la obra de usted realza las glorias italianas, siento italianamente la gloria ideal que estas páginas significan y representan para la Patria Americana.

Con particular respeto, agradecido

Ilustre señor Juan Alonso, Director de «PLVS VLTRA».

P. Boselli

P. BOSELLI, PRIMER SEC. DE S. MAJESTAD



Roma, 23 de noviembre de 1924.

Muy estimado señor:

He recibido su carta del 20 junto con el ejemplar del magnífico número especial de «PLVS VLTRA» que con tan gentil pensamiento el Director señor J. Alonso ha querido enviarme. Junto con mis agradecimientos le expreso mi más férvida admiración, así por el contenido como por la forma, que representa una verdadera maravilla de las artes gráficas. Yo, además, durante mi residencia en esa noble y querida tierra argentina, había notado los progresos logrados en esa rama de la industria, que íntimamente toca al arte y se confunde con él, y había formulado votos porque la Argentina estuviese representada en la Exposición del Libro que se celebrará en Florencia en la próxima primavera. Me es grato renovar tal augurio en esta ocasión, y entre tanto, con nuevos agradecimientos y saludos cordiales, me repito,

V. E. Orlando

HON. VICTOR MANUEL ORLANDO

Roma, 17 de diciembre de 1924.

Egregio señor Comendador Rafael Símboli.

He recibido el número especial, dedicado a Italia por la Revista PLVS VLTRA de Buenos Aires, en ocasión de la reciente visita a Sudamérica de S. A. R. nuestro amadísimo príncipe heredero.

Al paso que le ruego quiera hacerse intérprete de mis agradecimientos cerca del señor don Juan Alonso, por el gentil envío que me ha hecho por su intermedio, me es grato expresar mi viva complacencia por la manifestación de férvida simpatía a nuestro príncipe, ofrecida por la Revista en forma verdaderamente elegante y cuidada.

La Revista continúa así la labor de propaganda y de recíproco conocimiento que va desarrollando en sentido amistoso para con nosotros, contribuyendo noblemente a mantener cada vez más unidos, en íntima comunión de espíritu, de intereses, de tradiciones, a los dos nobles pueblos.

Me complazco en manifestárselo al paso que ofrezco a la importante publicación, el augurio de todos los más felices éxitos. Reciba al mismo tiempo distinguidos saludos,

A Diaz

GENERAL DÍAZ, DUQUE DE LA VICTORIA.

Qué son las bacterias y dónde están

Las bacterias sin vegetales. Son las plantas más pequeñas que existen; diez mil bacterias colocadas a lo largo, una después de otra, apenas abarcarían el espacio de un centímetro. Son tan pequeñas que se necesita usar un microscopio para poder verlas. No tienen raíces ni hojas. Las formas que adoptan estas bacterias son variadas.

La mayor parte de las plantas grandes, como los árboles, el maíz y el trigo son, como sabemos, bien útiles, en cambio otros vegetales son venenosos. Entra las bacterias hay centenares de clases enteramente inofensivas, pero otras son venenosas, como las que producen la fiebre tifoidea, tuberculosis, inflamación de la garganta y difteria. Las bacterias venenosas se han adaptado a vivir en la temperatura caliente y húmeda del cuerpo humano y del de los animales. Dentro del organismo desarrollan substancias venenosas, que ocasionan diferentes enfermedades clasificadas patológicasmente.



PRECOCIDAD
— Cuando seas grande, ¿qué vas a hacer, Pepita?
— ¡Señor! ¡No le permito preguntas tan íntimas!...

La mayor parte de las bacterias viven y se multiplican en cualquier lugar húmedo, que contenga alimentos, ya sean animales o vegetales. Toda putrefacción es el resultado del crecimiento de bacterias y moho, que producen la descomposición.

Así como el frío detiene el crecimiento de las plantas, igualmente entorpece el de las bacterias. La temperatura del cuerpo humano hace que las bacterias crezcan y se multipliquen rápidamente.

Cada uno de los gérmenes se dilata, se divide en dos partes, y en el espacio de veinticuatro horas doblan su número cuarenta y ocho veces. Si se deja a las bacterias en libertad de multiplicarse, en cuarenta y ocho horas un sólo gérmen se habrá transformado en 281.474.976.710.656 gérmenes.

CANAS



En el gran mundo

se ha difundido tanto el uso del Agua de Colonia "LA CARMELA" contra las canas y para la higiene del cabello, que hoy — podemos asegurarlo sin jactancia — ese producto ha desplazado totalmente a sus malas imitaciones y a los viejos métodos de tintura.

Millares de personas de buen gusto, cuidadosas de su salud y de su buena apariencia, están palpando diariamente la enorme diferencia que hay entre el empleo de tinturas químicas de molesta y peligrosa aplicación, que jamás dan un colorido NATURAL al cabello encanecido, y el uso sencillo y agradable de una loción higiénica y original como es el

AGUA DE COLONIA

"La Carmela"

Esta se aplica al peinarse, en forma de fricción, y da a los cabellos canosos bellas y exactas tonalidades naturales: doradas, rubias, castañas o morenas. Además, extirpa la caspa totalmente en cinco días.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías del país
El frasco en la capital: ..... $ 8.—; en el interior: .... $ 8.50

J. L. CONDE & Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 426 — BUENOS AIRES

Venta en el Uruguay: Soriano, 780 - Montevideo. Venta en el Paraguay: General Díaz, 402 - Asunción.

Regalo de Propaganda

Válido solamente hasta el 28 de Febrero.

Con el fin de que no haya un solo hogar argentino donde falten las CARTERAS "MARTI".

OFRECEMOS por SOLO $ 2.- m/n



Una Cartera "MARTI" para ropa exterior de señoras, conteniendo

140 FIGURINES lo más "chic" en vestidos, trajes de calle y soirée; blusas, abrigos y capas con sus **Y** **140 PATRONES** correspondientes, trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles, desde el 42 hasta el 60.

IMPORTANTE. — Sólo atenderemos pedidos de una cartera por cada persona. Es indispensable enviarnos recortado este aviso al hacer el pedido.

J. L. CONDE & Cía. Carlos Pellegrini, 426 - Buenos Aires.



RUMORES ABSURDOS

UNA VOZ. — Se aproxima,
Cantilo, pudibundo.
¡Ya se te viene encima!
OTRA VOZ. — ¿Ha llegado el fin del mundo?
VARIAS VOCES. — Olvida tu optimismo.
¿No ves que estás al borde del abismo?
CANTILO. — ¿Qué me importa? Yo, señores,
desprecio esos rumores.
Seguiré siendo el mismo.
UNA VOZ.— ¡Desgraciado!
¿Es que quieres cavar tu propia fosa?
OTRA VOZ. — ¿Hás pensado
en una intervención poco amistosa?
CANTILO. — ¿Acaso acertarán por chamba?
¿Esa es la voz del Sinaí? ¡Caramba!
UNA VOZ. — Hombre obeso,
tu actitud inconsulta,
prueba tu poco seso.
CANTILO. — ¿Y qué hay con eso?
Si no te callas, te impondré una multa.
Dejadme gobernar serenamente
y hacer la digestión tranquilamente.
UNA VOZ. — En La Plata
hay alguien que tus planes desbarata.
CANTILO. — ¡Cómo! Yo, precisamente
nunca he tenido planes. ¡Qué inocente!
OTRA VOZ. — ¡Pobrecito!
Pese a tu fantasía y tu apetito,
vendrán a desinflarte sin clemencia.
CANTILO. — ¡Qué insolencia!
¿Me quieren desinflar? ¡No lo permito!
VARIAS VOCES. — Sería
inútil protestar, porque ¡está escrito!
UNA VOZ. — Tu tragedia o tu sainete,
va a terminar de pronto, cualquier día.
Prepara, pues, tus bártulos y vete.
CANTILO. — ¡Bah! ¡No es nada lo del ojo!
¿Sin ningún miramiento,
me obligan a cerrar por desalojo
o desalojamiento?
¡Eso es una invención! ¡Eso es un cuento!
Yo soy inconmovible.
¿Yo, abandonar mi puesto? No es posible.
VARIAS VOCES. — Se impone el sacrificio
CANTILO. — Tengo bula
y puedo conjurar el maleficio.
UNA VOZ. — Eso dice el que te adula.
OTRA VOZ. — Si demuestras poco juicio,
podrían arruinarte el frontispicio.
CANTILO. — ¡Lindas gracias de palurdo!
Todo lo que me cuentan es absurdo.
¿Cómo quieren que viva con recelo,
después de visitar a don Marcelo?
¿De qué ingenio tan burdo
nacieron semejantes invenciones?
¡Es ridículo hablar de intervenciones!
UNA VOZ. — ¡Ay, Cantilo,
pendiente estás de un hilo!
OTRA VOZ. — ¿Por qué te haces ilusiones?
CANTILO. — ¿No me ven que estoy tranquilo?
UNA VOZ. — ¡Y se duerme!
OTRA VOZ. — Mira
que lo que tú supones que es mentira
puede que no lo sea.
CANTILO. — Macanea
a tu gusto. Yo estoy bien convencido
de que siempre seré gobernador.
¿Es posible que sea intervenido
el que fué interventor?

DIBUJOS DE MACAYA.



LUIS GARCÍA



CARNAVAL



¡Música! ¡Música!

Alegrará su hogar en estas tradicionales fiestas de Momo.

Compre ahora el instrumento que desee, pues estos precios tan excepcionales son nuestro obsequio de

CARNAVAL

VIOLINES tipos de auténticos STRADIVARIUS

N.° 4100 bis. — **VIOLIN** de estudio, terminación esmerada. Con estuche, arco y pez a........ $ **33.-**

Otros modelos, desde pesos 25.— hasta $ 2.500.-

Solicite catálogo ilustrado N.° 24.

N.° 4101 bis. - **VIOLIN** tipo Conservatorio, buen barniz, ligeramente sombreado. Completo con estuche arco y pez, a $ **38.-**



GUITARRA "AMERICA" N.° 3.007.

Instrumento fino, construído con todo esmero en ricas maderas de nogal y con elegantes adornos de mosaico en la boca y cabeza. La ofrecemos con el método "AMERICA" para aprender sin maestro y embalaje gratis, por solo .... $ **13.90**

Otros modelos de Guitarras Nacionales y Españolas, desde $ 12.— hasta $ 500.—

Solicite catálogo N.° 23.



Con este precioso **Acordeón a Piano** de la afamada marca **"PIEMONTE"**, 36 bajos, voces de acero finísimo que ofrecemos por solo

$ **190.-**

REGALAMOS

un elegante y sólido estuche en similcuero con herrajes niquelados y el método «AMERICA» para aprender con cifra y música. Este obsequio representa un valor de más de $ 30.

AMERICA

Regio Acordeón **"AMERICA"**

8 bajos y 19 voces, sonido armonioso, fuerte y vibrante. Construcción sólida y perfecta en todo sentido. Lo remitimos con el método «AMERICA» para aprender sin maestro y embalaje gratis, por solo

$ 21.-

Todos los demás modelos de Acordeón ofrecemos a precios incompetibles. Solicite gran catálogo número 26.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

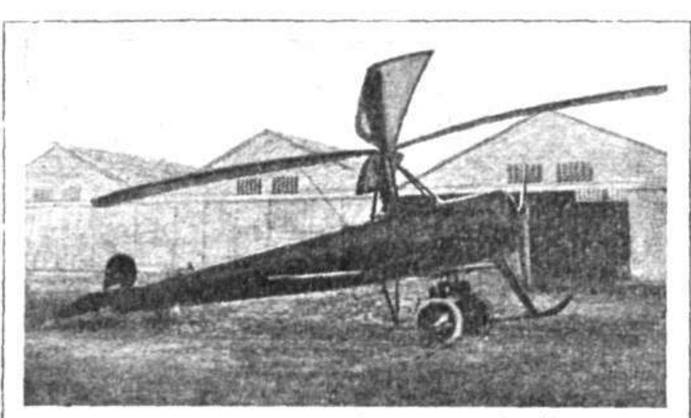
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

Nuevo aparato volador: El autogiro

La prensa cotidiana ha dado a conocer el éxito alcanzado por el ingeniero español La Cierva con su *autogiro*, máquina voladora que no se debe confundir con los *helicópteros*.

El *autogiro*, es un avión provisto de un motor de 110 caballos de fuerza, en el cual *las alas fijas han sido reemplazadas por alas giratorias*, cuatro en el último modelo, semejantes a las alas de tipo corriente, pero dispuestas alrededor de un eje vertical de rotación, que forma una especie de hélice sensiblemente horizontal.

Al ponerse en marcha el avión accionado por la *hélice del motor*, las alas del autogiro, *automáticamente, giran* sobre *su eje*, de aquí el nombre *autogiro*, impelidas por el viento resultante del desplazamiento del aparato. En el momento en que estas alas o velas llegan a moverse a razón de 80 vueltas por minuto, adquieren un poder sustentador capaz de elevar el aparato y permitirle todo género de evoluciones.



El autogiro - C - 6 piloteado por el capitán Loriga efectuó en 8 m. 12 sec. el recorrido de 12 kilómetros en Cuatro vientos, Jetafe, realizando después toda clase de maniobras con sorprendente facilidad. El inventor del aparato, ingeniero La Cierva, ha sido muy fecilitado y la Sociedad Aeronáutica de París le ofreció un banquete como homenaje.

El nuevo aparato ha resuelto, a lo que parece, el problema del aterrizaje, pudiendo ascender y descender en espacios limitados, y la estabilidad es automática, resistiendo perfectamente las rachas y los remolinos de viento. Los vuelos realizados en el aparato último, demostraron las condiciones antedichas. El capitán Loriga, ha recorrido 12 kilómetros en 8 minutos 12 segundos, elevándose evolucionando y descendiendo a plomo en los puntos prefijados. El *autogiro*, en igualdad de peso y poder, alcanza velocidades mayores que el avión.



EL FONOGRAFO DE CALIDAD

La Marca "BRUNSWICK", consagrada y reconocida su superioridad en Europa y EE. UU., ha tenido igual aceptación en la Argentina, por lo que se conceptúa hoy día como la marca preferida por el público exigente.

LO MEJOR DE AYER HA SIDO SUPERADO HOY

Nos permitimos insistir sobre las cualidades exclusivas y únicas de los discos y fonógrafos "BRUNSWICK". Por esa verdadera superioridad se han impuesto hoy en todas partes del mundo. Al comprar su máquina parlante, fíjese que lleve la marca "BRUNSWICK", que toca cualquier marca de disco, dándole así un repertorio de más de 10.000 discos de los artistas más afamados del mundo.

Ya hemos recibido una fuerte remesa de aparatos "BRUNSWICK", que nos permite ofrecerles desde hoy el renglón completo de 30 modelos, a precios para cada gusto, desde pesos 95.— hasta pesos 1.000.— moneda nacional cada uno. Venga a oirlos hoy. Usted será el juez.

Solicite catálogo ilustrado de discos y aparatos "BRUNSWICK". Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso, se despachan en el día. A todo comerciante en el ramo le interesa conocer las condiciones de esta Agencia.

Maipú y Córdoba
Rosario

Pratt & Cia.

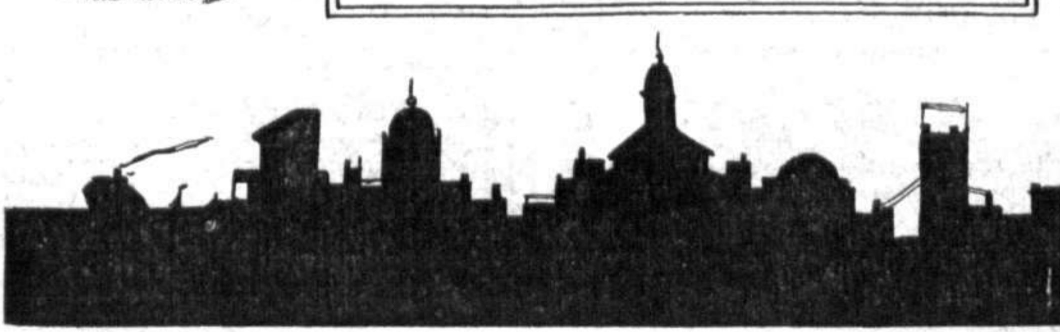
89, San Martín
Córdoba

626, Sarmiento, 636—Buenos Aires.

Anexo: Galería Güemes.

Las principales casas del ramo tienen en venta los aparatos y discos "BRUNSWICK".

MARCA REGISTRADA



LA FUNESTA ALONDRA

Cuento

POR JOSE Mª. SALAVERRIA

Cierta mañana de domingo paseaba yo por la margen izquierda del lago de Zurich, no lejos del puente rumoroso que pone en comunicación a los dos núcleos importantes de la ciudad, cuando un espectáculo gracioso y pintoresco me obligó a detenerme.

Estaban sentados en un banco del paseo, un viejo y una niña. El anciano arrancaba de su violín, bastante roto y mugriento, alegres notas de antiguas baladas alpestres, en tanto que la niña cantaba con la voz más fresca y deliciosa que puede imaginarse.

Un grupo de burgueses endomingados y de pacíficas señoras rodeaba el banco. Yo me agregué al grupo, atraído por el aire simpático y extraño que ofrecía aquel concierto en plena mañana estival, dulce y luminosa, y bien pronto me convertí en el más atento, en el más fervoroso de los auditores.

Pero al mismo tiempo que escuchaba, mis ojos iban del viejo a la niña y de ésta a aquél con una expectación creciente. Ambos personajes eran, la verdad, buena materia de conjeturas para una imaginación algo predispuesta al ensueño. El anciano tenía una actitud verdaderamente espectacular con sus barbas blancas pluviales y su media melena que se desbordaba de un sombrerón de fieltro artísticamente encasquetado. Sus facciones correctas, su bien trazada nariz y sus grandes ojos azules dábanle un tono de esencial nobleza, y aunque sentado, fácilmente se comprendía que era de elevada estatura.



La niña no tendría más que ocho años, y era regordeta, linda, la cara redonda, y en la cara, toda expresión y entusiasmo, unos ojos grandes y negros que brillaban como dos inocentes soles. En seguida conquistó mi curiosidad. No podía separar mi mirada de aquella graciosa figurita que por el traje y el tipo se mostraba como una paradoja viviente. Mientras sus ojos, en efecto, eran obscuros y grandes, su hermosa cabellera, rematada en trenza, tenía el más rubio claror de las razas septentrionales. En cambio su cutis era de ese moreno mate que sólo conocen ciertas tribus meridionales de gitanos.

Todos estos contrastes, en fin, hacían de la encantadora chicuela un ejemplar tan bello como original y desconcertante.

En cuanto a su trajecillo, además de unos zapatos algo toscos, se componía de un refajo a pliegues de color rojo y una especie de blusa rameada de tono azulado. Llevaba desnudos los curtidos bracitos, y se adornaba el pescuezo con un collar de perlas — no hacía falta decirlo — infinitamente falsas. Y cantaba, cantaba... ¡Pero con qué emocionante formalidad! ¡Con qué cómico y enternecedor entusiasmo! Se conocía que tomaba muy en serio su oficio de concertista, y sobre todo su misión de aportar a casa el peculio necesario.

A veces se turbaba, y el compás o la letra de la canción se le iban al cielo. Entonces el anciano, por lo bajo, le ayudaba a recordar, y la pequeña cantadora reanudaba con más brío que antes su concierto.

Cantaba antiguas baladas alemanas, canciones alpinas, marchas y trovas tirolesas del más puro encanto. A las canciones tirolesas sabía darles sobre todo, un aire tierno y alegre que conmovía.

Como en Suiza no se consiente la mendicidad, ni el viejo ni la niña mostraban el gesto de pedir. Pero desde luego se comprendía que no estaban allí cantando a la orilla del lago, por un simple y puro amor a la música. El público, sin embargo, no se daba prisa en comprender esto; ni una mínima moneda había rodado aún a los pies de la linda cantadora. Entonces yo, más impaciente que los otros por mi naturaleza de meridional, arrojé al suelo una monedita de níquel. Y, en seguida, como un pujador en una subasta, lancé a los pies de la niña una moneda de un franco. Surtió pronto efecto mi ademán, porque del grupo de los es-

pectadores empezó a caer una verdadera lluvia de monedas de níquel, y también algunas de plata.

El anciano me dirigió una mirada de reconocimiento y la niña me dedicó, sin interrumpir su canto, una sonrisa. Con esto me creí harto pagado. Después, sea porque era preciso recoger la cosecha de limosnas, los concertistas hicieron un paréntesis.

Parte del público se dispersó y yo me alejé también de aquel banco del paseo donde había sentido por un momento tan tiernas emociones.

Me alejé, como digo, por la hermosa cornisa del lago, y mientras caminaba con la vista en las remotas cumbres nevadas de los Alpes, iba construyendo imaginariamente la historia de aquel viejo y aquella niña. La figura de él, y sobre todo la desconcertante mezcla de matices que mostraba la niña en su tipo y en su traje, estimulaban de tal modo mi fantasía, que a los pocos pasos logré *reconstruir* la dramática historia de aquellos dos seres.

Los lectores podrán conocerla a continuación.

Fritz era un hombre de avanzada edad, lo que no impedía que fuese también uno de los más hombres sanos y simpáticos de Insbruck. Ejercía dos o tres profesiones extrañas que le daban para vivir con cierta holgura. Hacía, por ejemplo, de cartero, y de violinista máximo en todas los arrabales y aldeas del contorno.

Los domingos, las tardes de gran fiesta popular, a Fritz se le encontraba siempre recostado en el grueso tronco de un tilo con el violín entre el pecho y la barba, en tanto que las alegres parejas bailaban alrededor suyo con el mejor entusiasmo juvenil. Tocaba los más viejos y bellos aires del Tirol, las elegantes danzas de otra época, las canciones graciosas y sentimentales que él aprendiera en su niñez y que ya sólo podían oírse a su lado, bajo los tilos en cuyos troncos se recostaba el simpático violinista de las nobles barbas.

Y el más ágil y alegre bailarín de todos era su propio hijo, Hansen el postillón. Conducía Hansen, efectivamente, la diligencia que iba de Inspruck al pueblo de Domen, allá, al pie mismo de las altas cimas de los Alpes. Detrás del pueblo de Domen empezaban las vertientes que conducen a tierras soleadas del Mediodía, y por esta razón el pequeño pueblo tenía un aire singular, como de frontera etnográfica. No era raro ver en Domen italianos de la parte del Véneto, dálmatas de las orillas del Adriático, o gentes todavía más remotas y originales, con la marca de los ardientes soles del Sur en los pintorescos rostros.

Hansen era un muchachote alto y rubio que apenas contaba veinte años. Era guapo y gallardo, risueño y generoso, buen amigo, buen bebedor, y las chicas de la tierra no disimulaban su simpatía por él. Tampoco Hansen disimulaba su entusiasmo por las hermosas mujeres, y en su ruta de Inspruck a Dolmen sabía detener su diligencia precisamente en las ventas donde nunca faltaba una linda moza. Pero, ambicioso de todas, en realidad su corazón no había escogido aún el pecho femenino en el que abandonarse.

No tenía madre. La esposa de Fritz el violinista abandonó una mañana este mundo de los vivos con una especie de estupor, como sorprendida de la orden del imprevisto viaje, y el padre y el hijo, al verse solos en la casa, se consolaron amándose todavía con más fuerza. Viéndole crecer y hacerse un hombre tan cumplido, el padre solía decirle a su hijo:

—¿Por qué no te casas, Hansen? Me gustaría hacer bailar a mi nieto al compás de mi violín.

—Todo llegará, padre. Déjeme escoger todavía un poco más. Conozco muchas muchachas; pero la que yo espero no ha venido aún...

Y el gallardo y jovial muchachote se reía, tomando el asunto a broma. Pero decía después de todo la verdad, y era cierto que de buena gana habría metido en casa una honrada y guapa mujer que le diese algunos rapazuelos, aptos para brincar al son del violín.

Una tarde de primavera, al llegar a Dolmen con su coche, vió Hansen que el pueblo estaba ocupado por una caravana de gentes del Sur. Espectáculos parecidos no eran raros allí. Constantemente llegaban bandas de titiriteros, músicos o gitanos de toda especie que hacían alto en aquella etapa de las montañas para internarse después en el populoso mundo de la Europa Central.

La caravana, sin embargo, era aquella vez más nutrida e interesante que nunca. Se componía de unos gitanos auténticos, que hablaban un lenguaje desconocido. Alguien del pueblo aseguró que venían de España, tal vez de Andalucía. Lo cierto es que había en ellos un algo de remoto y sugestivo que conquistó la curiosidad y la admiración de los habitantes de Dolmen.

Hansen quedó también prendido del raro encanto de aquellas gentes, y fué, como todos, a contemplar unas danzas que las jóvenes de la tribu ensayaban en su extremo de su improvisado campamento. Allí, al son de guitarras y de castañuelas, y al compás como misterioso de unos cantos nunca oídos, una de las jóvenes danzaba de la manera más seductora que puede imaginarse. Haría falta ser insensible como un miserable bruto para no quedar prendado por la gracia de aquel prodigio de mujer. Y Hansen, seguramente, no era de los que tardaban demasiado en emocionarse cuando una joven reune en su persona la gracia, la belleza y un inexpresable encanto.

Hansen había visto bailar a muchas mujeres; conocía una por una a todas las chicas guapas del país. Pero ante aquella joven extraordinaria tuvo que reconocer que hasta aquel momento de su vida no supo de veras lo que valía una buena y perfecta obra de Dios.

Y desde aquella tarde, con sorpresa de todos, el coche de Hansen salía mucho más temprano de Inspruck y llegaba también mucho más pronto a la plaza de Dolmen. Asimismo se pudo observar que Hansen, mientras restallaba su látigo desde el pescante de su diligencia, ya no desgranaba por el camino su acostumbrado rosario de variadas canciones. Una sola e invariable canción salía ahora de sus labios.

Por la mañana ha volado la alondra,
la más bella alondra.
Yo la he invitado a entrar en mi jaula,
¡oh, la más bella alondra!...

Estos y otros síntomas instruyeron a la gente sobre lo que convenía pensar. El gallardo y alegre Hansen, en efecto, estaba enamorado.

IV

Un día le propuso Hansen a su padre:

— Padre mío, muchas veces me ha pedido usted que metiera en nuestra casa una mujer, para que con el tiempo pudiera su nietecito bailar al son de su violín. Padre, yo conozco una joven que me ha robado el corazón. ¿Quiere usted acogerla en nuestra casa?

— ¿Pero estás loco, hijo mío? — contestó el viejo Fritz. — Esa joven pertenece a una raza extraña, ignoras su pasado; tiene el instinto vagabundo y voltario... Sólo desgracias puedes esperar de ella.

— No, padre, no. Estoy seguro de que me ama y sólo desea mi felicidad. Yo la amo por mi parte con locura. ¿Por qué hace usted caso a esos vulgares prejuicios de raza? Mi adorada se llama Carmen, y es buena como la más buena joven de nuestro país, y más graciosa y linda que todas las jóvenes que yo conozco. Está dispuesta a quedarse conmigo...

— ¡Pobre Hansen! ¡Pobre Hansen!...

Y como el viejo Fritz adoraba a su hijo, y como comprendió que nada podría impedir que el muchacho llevase hasta el fin sus propósitos, terminó por ceder. Hansen y Carmen se casaron. La caravana que había acampado en Dolmen desapareció.

Las cosas marcharon bien al principio. Carmen llenaba la casa con sus canciones y hacía saltar la risa en el rostro del viejo Fritz, por más que éste se esforzaba por evitarlo. Al llegar de vuelta de su diaria excursión a Dolmen, lo primero que Hansen distinguía era el brazo desnudo de su mujercita que le saludaba desde la ventana. Todo era alegría, canto, amor, en aquella casa que parecía bendecir alguna misteriosa divinidad del júbilo. Y la canción que más le gustaba cantar a Hansen...

Por la mañana ha volado la alondra,
la más bella alondra.
Yo la he invitado a entrar en mi jaula,
¡oh, la más bella alondra!

Hasta que la felicidad de Hansen se completó con la aparición de una niña morenucha y gordezuela.

— ¿Qué nombre le pondremos?... Hansen quiso que se llamase Carlota. Pero como parecía un nombre excesivo para un ser tan pequeño, le llamaron Lota.

Y el camino que va de Insbruck a Dolmen se llenaba todos los días con los trallazos, las voces y los cantos de Hansen, el cual declaraba continuamente que no se cambiaría ni por el propio emperador.

En cambio Carmen fué perdiendo gradualmente aquel exuberante júbilo del principio, y aquella graciosa movilidad de pájaro por la casa. Más de una vez se le pasaron las horas inmóvil tras los cristales de la ventana, viendo cómo caía la nieve o dejando que la mirada se perdiera en la lejanía de los montes, hacia la parte del Sur.

Un día le preguntó a Hansen bruscamente:

— ¿Cuándo aparecerá la primavera?...

Y Hansen le respondió: un poco aturdido por la extraña pregunta:

— ¿Quieres que llegue la primavera, tesoro mío? En nuestro país de grandes montañas se retarda bastante. Pero, ¿no ves allá abajo, en el valle, aquellos arbustos?... Creo que los espinos no tardarán mucho en florecer.

También dejó de acompañar a Hansen por el camino de Dolmen, como acostumbraba con frecuencia al principio, sentada alegremente en el pescante del coche.

— ¿No quieres venir, Carmen? Hoy vamos a tener un hermoso día de sol...

— No, Hansen. Quiero quedarme con Lota.

Pero la verdad es que el mismo entusiasmo delirante que sentía por la pequeñuela fué desvaneciéndose poco a poco, y Lota, ante el desvío incomprensible de la madre, tuvo que buscar abrigo en los brazos del viejo Fritz, el cual, apenas la pequeña pudo sostenerse sobre sus pies, esgrimía su violín y le dedicaba su más exquisito repertorio, cantándole al mismo tiempo aquellas canciones tirolesas que él sabía y que la niña celebraba con grotescos aplausos.

De pronto, el viejo Fritz soltaba su instrumento para secarse furtivamente una lágrima, y estrechando a la pequeñuela contra su pecho, la mecía y arrullaba con una ternura más bien de madre que de abuelo.

El único que no comprendía nada, el único que no sentía languidecer su desbordante júbilo, era Hansen. Su

látigo seguía restallando alegremente por el camino de Dolmen, y al entrar en casa, alto y gallardo, mostraba su eterna sonrisa de salud y felicidad.

Llegó la primavera. Florecieron los manzanos. Llegaron las fiestas de San Juan, y con el buen tiempo pareció que se agravase aquella extraña melancolía de Carmen.

De repente corrieron por el pueblo alarmantes noticias sobre una posible movilización de tropas. Todas las madres y novias del país pusiéronse a temblar. ¿Qué ocurría? ¿Qué se preparaba?...

La orden de movilización llegó, efectivamente, al pueblo, y Hansen tuvo que presentarse a la autoridad.

— No te asustes, vida mía; esto no será nada. Cuida a nuestra pequeñuela, y hasta pronto...

El viejo Fritz no era tan confiado, porque había vivido mucho y no ignoraba la forma con que empiezan los grandes dramas. Sin embargo, supo disimular delante de su hijo, y le prometió que en su ausencia cuidaría de Lota.

— Cumple como los hombres honrados, hijo mío...

Hansen, que vestido de soldado estaba más guapo que nunca, se incorporó al grupo y desapareció entre las aclamaciones de la multitud. Era el que descollaba en el destacamento, por estatura y por el brío que ponía en agitar las manos a modo de saludo. Ya no reía como siempre. Estaba pálido, y al arrancar el tren cayó como atontado sobre el banco del vagón.

Pronto se conoció la verdad. Había estallado la guerra, pero la guerra más formidable y pavorosa. Empezaron a pasar tropas, cañones, aeroplanos, dirigidos apresuradamente hacia la frontera. Las calles de Inspruck resonaban continuamente con el estrépito de los convoyes militares, y oficiales a caballo, mensajeros de órdenes misteriosas, iban y venían de una a otra concentración de fuerzas.

Entonces, con los primeros destacamentos de soldados, se vió llegar al pueblo una confusa gente que parecía brotar de todas partes como la espuma en un remolino. Eran extranjeros, hombres y mujeres del Sur, vagabundos, artistas, aventureros. Todos se apresuraban a ganar la frontera antes de que fuese tarde para pasar. En carros, a caballo, caminando a pie, en grandes caravanas o en pequeños grupos, los fugitivos formaban una especie de marea dirigida hacia allá, hacia los montes, hacia las tierras y los cielos del Mediodía...

Y envuelta en esta marea, una noche desapareció Carmen del pueblo para no volver jamás.

El viejo Fritz dejó caer la cabeza al conocerlo. Cerró los ojos para pensar mejor en su pobre Hansen, y murmuró:

— Yo esperaba esta desgracia. La alondra ha volado...

Pero puso todo su afán en hacer que Hansen ignorase su desdicha, y mientras en el pueblo contaba que Carmen había marchado a una ciudad del interior para resolver cierto asunto, a Hansen le escribía como si su mujer siguiese habitando la casa.

El pobre Hansen no perdonaba correo. Escribía largas cartas, tan pronto a su esposa como a su padre y a éste le recomendaba sobre todo que no privase del menor mimo a Carmen, a su querida y bella alondra. Y transcribía su célebre canción:

Por la mañana ha volado la alondra,
la más bella alondra.
Yo la he invitado a entrar en mi jaula,
¡oh, la más bella alondra!...

El viejo Fritz bañó la carta con sus lágrimas y abrazó estrechamente a Lota, como buscando en la pequeñuela un sostén al que asirse.

Después vinieron las noticias de las grandes batallas en todos los frentes de guerra y el desplazamiento de las tropas de un lado a otro. El viejo Fritz, tras un paréntesis largo, recibió una carta de su hijo fechada en un campamento de los Cárpatos. Era cabo de la artillería de montaña.

«Aunque pasamos nuestras penalidades y la ración de comida no es muy abundante, yo me considero feliz. Creo que me ascenderán a sargento y que podré volver pronto al lado de mi querido violinista, de mi mujer y mi Lota. Cuídeme usted a mi alondra...»

Al cabo de unas semanas de angustia, el viejo Fritz recibió otra carta de su hijo.

«Estoy en el frente del Carso, decía. Todo marcha bien, pues si es verdad que las penalidades no escasean y el fuego resulta muchos días horrible, cuando menos me consuela el pensar que estoy mucho más cerca de mi linda alondra...»

Hasta que las cartas se interrumpieron del todo. En lugar de las cartas de su hijo, el viejo Fritz recibió una comunicación de las autoridades militares en la que se le anunciaba la muerte gloriosa frente al enemigo del cabo de artillería Hansen, propuesto para sargento...

Entonces el anciano, en la imposibilidad de ocultar por más tiempo la fuga de Carmen, y no pudiendo sufrir la vista de unos lugares que le recordaban tantas tristezas, tomó en sus brazos a Lota, empuñó su violín y fué en busca del olvido a otras tierras, a otras ciudades...

Aquí llegaba yo en mi tarea de *reconstruír* la historia de aquel anciano de las barbas grandes y de la gentil y desconcertante cantadora que le acompañaba. Cuando, próximo al banco del paseo, vi que los dos músicos habían desaparecido. No quedaba ningún rastro de ellos, pájaros libres que cantaban y volaban al azar de su destino caprichoso.

En cuanto a mí, había recorrido hasta el final la hermosa explanada que da sobre el lago, con la vista en las rosadas cumbres de los Alpes, y luego desandé el mismo camino, de cara a las torres agudas y las amables colinas de Zurich. Al tropezar con el banco, fué como si despertase bruscamente de un sueño. Porque toda la historia del viejo y la niña no había sido más que un sueño.

¿Pero qué importaba? La historia estaba concluída. ¿Y por ventura las historias que crea la imaginación no son muchas veces más veraces y dignas de vivir que las que produce la misma realidad?



DIBUJOS DE PARPAGNOLI

Los Privilegios de la Mujer Norteamericana

Como en estos tiempos están siendo debatidas cuestiones en referencia a los derechos de la mujer en todos los países, encontramos muy apropiado insertar algo referente a los derechos y privilegios que tiene la mujer de los Estados Unidos.

Las mujeres casadas tienen derecho a conservar su nacionalidad. Las mujeres del mundo entero envían sus felicitaciones a las mujeres de Estados Unidos, por haber obtenido con tanta rapidez, después de la reforma a la ley federal del sufragio, el voto del «Cable Act», que da a las mujeres casadas el derecho de defender su nacionalidad después del casamiento. Esta reforma ha sido secundada por todas las sociedades feministas de importancia nacional, y es causa de esto una de las reformas en que los candidatos a la presidencia, no importa de qué partido, se encontrarán obligados a hacer figurar en su programa de las últimas elecciones. El acta firmada por el presidente Harding, el 22 de diciembre de 1922, está concebida en estos términos:



— ¿Que edad me da usted, señor?
— Ninguna, porque no le agradaría la que le dijese.

1.º—Una mujer americana, esposa de un extranjero, no pierde su nacionalidad, a menos que: *a*) Ella renuncie formalmente, delante de un tribunal aceptado, a ser ciudadana norteamericana. *b*) Si su marido no tiene derecho a ser ciudadano norteamericano.

2.º—Una mujer extranjera que se casa con un norteamericano, no se hace por esto norteamericana; pero puede adoptar esta nacionalidad naturalizándose en el país. No será necesario que declare su intención, ni que haya habitado en Norteamérica durante cinco años y un año en el territorio o estado donde se hace su demanda. Simplemente bastará con haber habitado un año consecutivo en Estados Unidos o Hawaii, Alaska o Puerto Rico, antes de hacer su demanda de naturalización.

3.º—Una mujer norteamericana casada con un extranjero antes de la promulgación de esta ley, y que, por consecuencia, ha perdido sus derechos de mujer norteamericana, puede ser naturalizada con las mismas ventajas que una extranjera, esposa de un norteamericano, a menos que su marido no tenga derecho de ciudadano.



LA NATURALEZA·ES·CIEGA

y avanza recta e inflexible hacia sus fines. Empujado por ella va el hombre. Pero ella ni lo ve, ni lo oye, ni lo siente. Con idéntica impasibilidad lo halaga o lo tortura, lo levanta o lo derriba, lo crea o lo destruye. El hombre, sin embargo, usando de las mismas fuerzas que ella le otorga, ha ido, poco a poco, aprendiendo a defenderse. Así, por ejemplo, tratándose de los dolores físicos, la ciencia humana ha luchado hasta llegar al descubrimiento de la

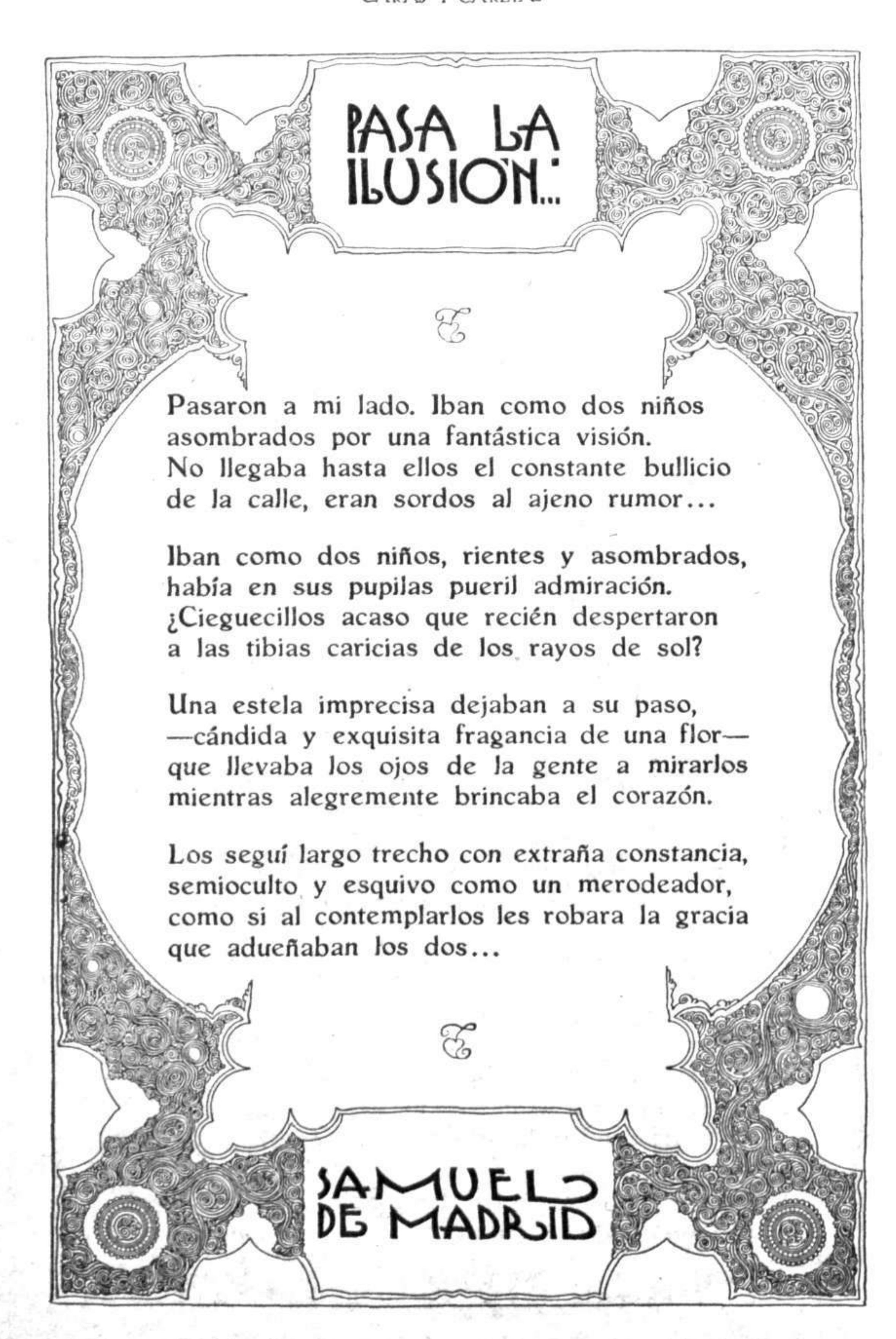
CAFIASPIRINA

que es el analgésico perfecto, pues no solo alivia rápidamente los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por los excesos alcohólicos, etc., sino que levanta las fuerzas e imparte al organismo una grata sensación de bienestar.

NUNCA AFECTA EL CORAZON

En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.

BAYER



PASA LA ILUSIÓN...

Pasaron a mi lado. Iban como dos niños
asombrados por una fantástica visión.
No llegaba hasta ellos el constante bullicio
de la calle, eran sordos al ajeno rumor...

Iban como dos niños, rientes y asombrados,
había en sus pupilas pueril admiración.
¿Cieguecillos acaso que recién despertaron
a las tibias caricias de los rayos de sol?

Una estela imprecisa dejaban a su paso,
—cándida y exquisita fragancia de una flor—
que llevaba los ojos de la gente a mirarlos
mientras alegremente brincaba el corazón.

Los seguí largo trecho con extraña constancia,
semioculto y esquivo como un merodeador,
como si al contemplarlos les robara la gracia
que adueñaban los dos...

SAMUEL DE MADRID

Cómo los indios fabrican sus pipas

Uno de los inventos precolombianos que América ha impuesto al mundo entero es el de la pipa para fumar tabaco.
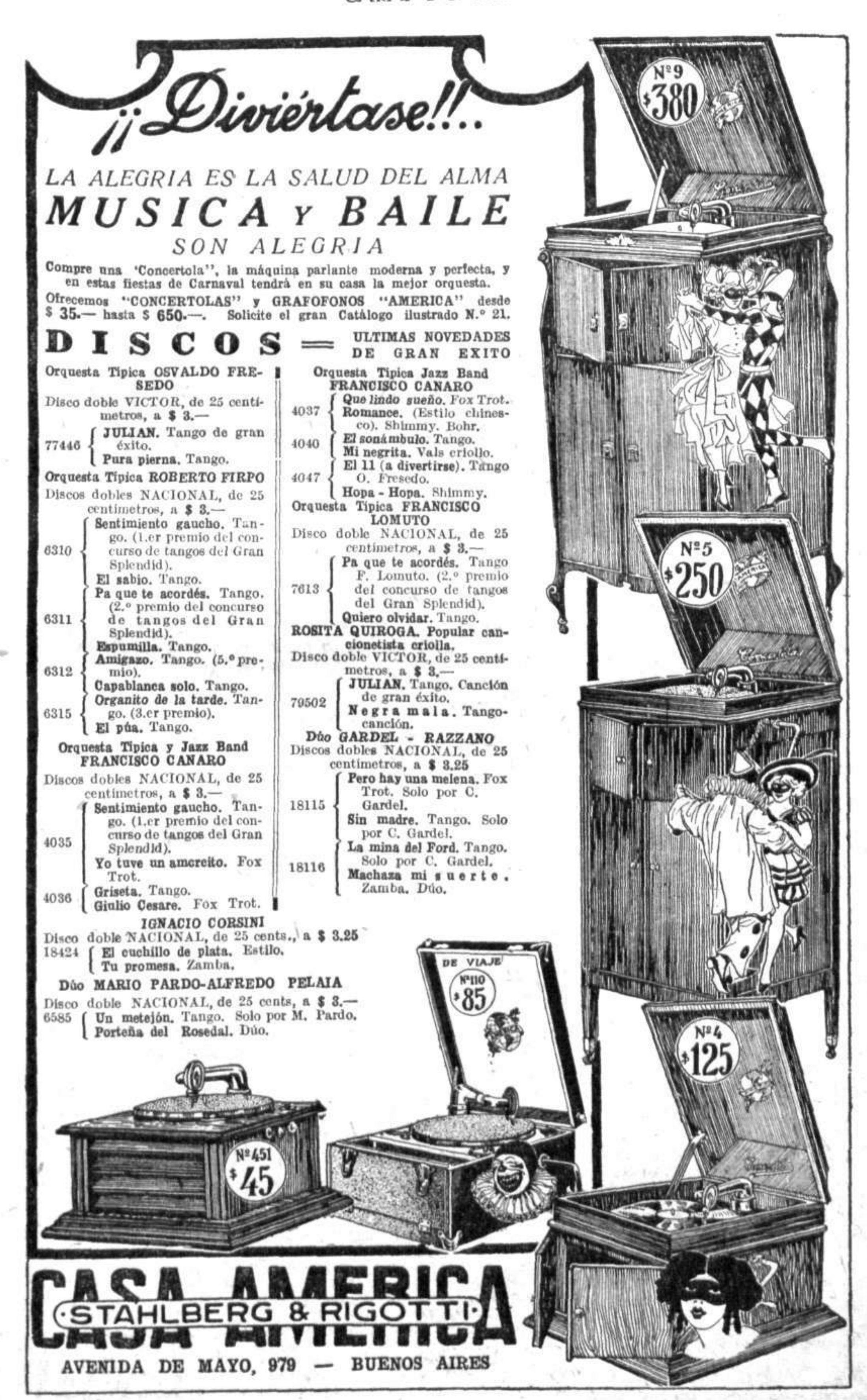
En los yacimientos lacustres de Europa se encuentran objetos de piedra o bronce que semejan pipas, y algunos investigadores se apoyan en ello para decir que el hombre prehistórico conoció el vicio de fumar. Desde luego que no se trata del tabaco, probablemente fumaban hierbas indígenas o semillas tal como los marroquíes fuman en la actualidad el *Kif*.

De cualquier manera que haya sido, lo cierto es que el uso de la pipa desapareció, y solamente después del descubrimiento de América los viajeros, los *indianos*, introdujeron y propagaron en Europa a título de curiosidad primero, como vicio después, la costumbre de fumar en pipas de piedra o barro cocido con tubo de madera tal cual las hacían los Pieles-Rojas. Para la fabricación de las pipas los indios utilizaban la piedra de las canteras diseminadas en las montañas rocosas y las de la región de los Grandes Lagos; piedra arcillosa de color rojizo muy blanda y fácil de trabajar.



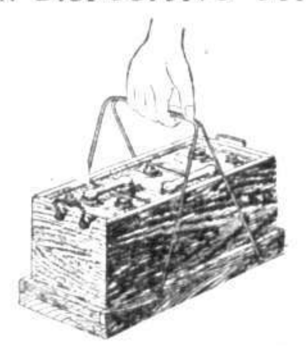
La más famosa de dichas canteras y que sigue explotándose con el mismo fin industrial, se halla situada en el Minnesota, frontera del Canadá, en el lago Superior. El pueblo allí surgido se llama Pipestorín, ciudad de la pipa, y se halla en plena decadencia, el producto no tiene salida más que para satisfacer los pedidos de los museos que desean completar sus colecciones, para los coleccionistas.

Nuestro grabado reproduce a José Taylor, último constructor de pipas, con el cual terminará la precolombiana industria ya que el viejo aborigen no tiene discípulos que le secunden.


¡¡Diviértase!!..
LA ALEGRIA ES LA SALUD DEL ALMA
MUSICA Y BAILE
SON ALEGRIA
Compre una "Concertola", la máquina parlante moderna y perfecta, y en estas fiestas de Carnaval tendrá en su casa la mejor orquesta.
Ofrecemos "CONCERTOLAS" y GRAFOFONOS "AMERICA" desde $ 35.— hasta $ 650.—. Solicite el gran Catálogo ilustrado N.º 21.
DISCOS = ULTIMAS NOVEDADES DE GRAN EXITO
Orquesta Tipica OSVALDO FRESEDO
Disco doble VICTOR, de 25 centímetros, a $ 3.—
77446 { JULIAN. Tango de gran éxito. Pura pierna. Tango.
Orquesta Tipica ROBERTO FIRPO
Discos dobles NACIONAL, de 25 centímetros, a $ 3.—
6310 { Sentimiento gaucho. Tango. (1.er premio del concurso de tangos del Gran Splendid). El sabio. Tango.
6311 { Pa que te acordés. Tango. (2.º premio del concurso de tangos del Gran Splendid). Espumilla. Tango.
6312 { Amigazo. Tango. (5.º premio). Capablanca solo. Tango.
6315 { Organito de la tarde. Tango. (3.er premio). El púa. Tango.
Orquesta Tipica y Jazz Band FRANCISCO CANARO
Discos dobles NACIONAL, de 25 centímetros, a $ 3.—
4035 { Sentimiento gaucho. Tango. (1.er premio del concurso de tangos del Gran Splendid). Yo tuve un amorcito. Fox Trot.
4036 { Griseta. Tango. Giulio Cesare. Fox Trot.
Orquesta Tipica Jazz Band FRANCISCO CANARO
4037 { Que lindo sueño. Fox Trot. Romance. (Estilo chinesco). Shimmy. Bohr.
4040 { El sonámbulo. Tango. Mi negrita. Vals criollo.
4047 { El 11 (a divertirse). Tango O. Fresedo. Hopa - Hopa. Shimmy.
Orquesta Tipica FRANCISCO LOMUTO
Disco doble NACIONAL, de 25 centímetros, a $ 3.—
7613 { Pa que te acordés. Tango F. Lomuto. (2.º premio del concurso de tangos del Gran Splendid). Quiero olvidar. Tango.
ROSITA QUIROGA. Popular cancionetista criolla.
Disco doble VICTOR, de 25 centímetros, a $ 3.—
79502 { JULIAN. Tango. Canción de gran éxito. Negra mala. Tango-canción.
Dúo GARDEL - RAZZANO
Discos dobles NACIONAL, de 25 centímetros, a $ 3.25
18115 { Pero hay una melena. Fox Trot. Solo por C. Gardel. Sin madre. Tango. Solo por C. Gardel.
18116 { La mina del Ford. Tango. Solo por C. Gardel. Machaza mi suerte. Zamba. Dúo.
IGNACIO CORSINI
Disco doble NACIONAL, de 25 cents., a $ 3.25
18424 { El cuchillo de plata. Estilo. Tu promesa. Zamba.
Dúo MARIO PARDO-ALFREDO PELAIA
Disco doble NACIONAL, de 25 cents, a $ 3.—
6585 { Un metejón. Tango. Solo por M. Pardo. Porteña del Rosedal. Dúo.
Nº 9 $ 380
Nº 5 $ 250
DE VIAJE
Nº 110 $ 85
Nº 4 $ 125
Nº 451 $ 45
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

AUTO - MOTO - AVIACION

UN DISPOSITIVO UTIL



Las manijas de los acumuladores, ya de por sí bastante incómodas, suelen muy a menudo romperse a causa de que las filtraciones del ácido corroen su material y cuando hay que transportar éste para ser cargado resulta sumamente incómodo.

El dispositivo del cual da una idea suficiente el grabado que adjuntamos, tiende aun su fácil construcción a evitar esas molestias.

LA QUINCENA AUTOMOTRIZ

Tadeo Taddia, nuestro gran «sidecarista», se ha impuesto netamente en el segundo trofeo «Fernet Branca», disputado el domingo 25 sobre el trayecto Morón-Mercedes-Lobos-San Justo, que representa un recorrido de 249.500 metros. Si tenemos en cuenta que esta carrera es un serio entrenamiento a que se ha sometido la mayoría de los que han de disputar el «Gran Premio Motociclista» a largarse el 15 de febrero, es de destacar la importancia que reviste para nuestros corredores. Los promedios conseguidos no han sido superiores a los 70 kilómetros por hora, por lo que parecerían bajos, pero hay que conocer el estado de las carreteras y otros inconvenientes para darle al segundo trofeo Branca la importancia que merece.

Guillermo Hillcoat ha sido objeto de significativas muestras de aprecio de parte de sus camaradas militares y civiles, como premio a su brillante hazaña de unir por los aires las capitales del Plata y de los Incas.

Pero más que los homenajes mismos hay que hacer resaltar las consecuencias que esas mismas reuniones de aviadores han ofrecido a la aeronáutica nacional. En efecto, han quedado planeadas en esas reuniones las bases de una Asociación Nacional de Aviadores, que, a la vez de reunir en su seno a todos los que directa o indirectamente trabajan por la aviación argentina, buscarán una protección mutua de que hasta ahora carecen quienes dedican sus afanes a las actividades aéreas. Más que una entidad encargada de formar pilotos, que no será su finalidad, ha de buscar la naciente asociación de hermanarlos en una sola entidad para cultivar luego la amistad entre los mismos y sacar como consecuencia una protección que lleve hasta el seno de los hogares la sensación de que hay quienes velan por la suerte personal, y la de sus familias, de todos los que consagran su entusiasmo y su concurso al movimiento aeronáutico argentino.

Si pensamos que a las bellas finalidades enunciadas está unida una comisión dignamente representada y con antecedentes que hablan mucho en favor de los mismos, no cabe la menor duda de que pronto ha de ser una bella realidad la unión y la solidaridad en su más amplio significado, de los aviadores argentinos.

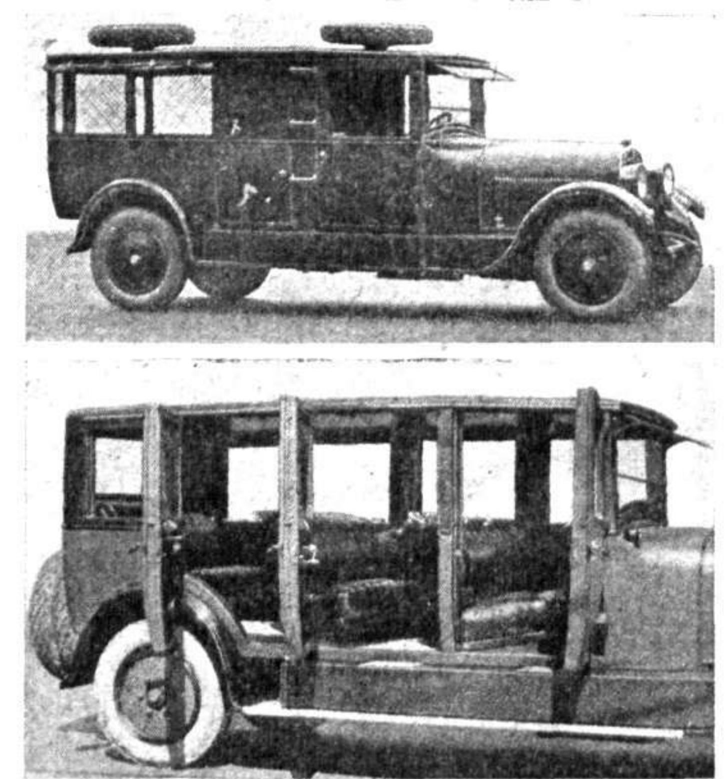
La comisión de carreras del Automóvil Club Argentino ha dado a conocer recientemente las reglamentaciones a que se ajustará este año el «Gran Premio Nacional 1925», a disputarse el 22 de febrero.

La prueba de este año ha de alcanzar mucha más importancia que la del pasado, puesto que hasta ahora, según nuestros informes, se aprontan a intervenir más de 30 volantes de esta capital y de distintos puntos del país.

El recorrido del Gran Premio próximo es el mismo que sirvió para el de 1924, o sea de Buenos Aires a Córdoba y regreso, que representa un trayecto total de 1.500 kilómetros.

«Los caminos tienen la virtud de conducir a los pueblos laboriosos por las rutas de la prosperidad y de la riqueza».

LA DIFUSION DE LOS «OMNIBUS»



Los «ómnibus» que se utilizan en el servicio entre Beirut y Bagdad.

La difusión de los «ómnibus» ha llegado a un punto tal que ya se anuncia la inauguración de líneas de transportes regulares hasta en los más apartados lugares de la tierra. Desde Siria y Mesopotamia, por ejemplo, llegan informaciones de haberse librado al servicio público un servicio entre Haifa, Beirut, Damasco y Bagdad, pasando por el desierto Sirio. Entre Beirut y Bagdad hay 974 kilómetros, distancia que se recorre en 30 horas. Los «ómnibus» transportan pasajeros, carga y correo, habiendo reducido el tiempo entre Bagdad y Londres a 9 días, en lugar de 30 que antes se necesitaban. Más de 400 millas de la ruta se pasa por el desierto, y durante todo este gran trecho los vehículos quedan completamente aislados del mundo.

A. BURGOS SANTILLAN



Un niño sano y robusto llena el hogar de alegría y felicidad.

Esta dicha tan anhelada por todas las madres, reina constantemente cuando se complementa la alimentación de los hijos con la excelente MALTA URANO.

MALTA URANO es un alimento dietético que posee en su inteligente preparación, verdadera malta de cebada superior y lúpulo de la más alta calidad.

De sabor agradable sin ser dulce.

Venta en Almacenes y Farmacias.

Si encuentra dificultad en adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

TELÉFONOS: — U. T. 38 Mayo, 2911. — C. T. Central, 133.



MALTA URANO

IMPORTADA

La preferida por los médicos para su consumo propio.

Dos anécdotas sobre el juego

Obsequiar con objetos que sirviesen para el juego era signo de grande y afectuosa amistad. Graciosísima es la inscripción del siglo IV (a. de J.) encontrada en Epidauro, ciudad famosa por su templo a Esculapio, al cual acudían enfermos de toda la Hélade. La jocosa inscripción fué publicada por Salomón Reinach, en la «Revue Archéologique: — «Eufanio — dice la inscripción, — hijo de Epidauro, sufría del mal de piedra. Una noche creyó ver una aparición. Era Esculapio, el cual dijo: «¿Qué me darás si te curo?» El muchacho respondió: «Diez astrágalos.» Y el dios sonriendo, le aseguró que le curaría. Al amanecer Eufanio estaba curado.»

A propósito de las palabras extrañas usadas en el juego, Valerio Máximo y Tito Livio cuentan un hecho que, si hemos de decir la verdad, se nos antoja un poco inverisímil.

El rey Volunio jugaba a los dados con varios palaciegos. Acababan, por aquel entonces, de llegar de Roma varios embajadores para tratar acerca de las condiciones de la alianza. Volunio, que había hecho un buen punto, dijo a su compañero de juego:

— «Occide».

Con esto quería decir: «Mata al contrario» y daba por terminado a su favor el juego.

Pero todos los presentes, creyendo que aquella palabra significaba la orden de matar, se precipitaron afuera y dieron muerte a los embajadores.

Alevoso asesinato que provocó una cruel guerra.



La madre. — Deseo que no seas egoísta y me des alguno de tus juguetes rotos para los niños pobres. ¿Quieres, Antonín?
Antonín. — Sí, sí... Entonces voy a romper unos cuantos más...



si usa V. con constancia el Jabón Heno de Pravia. Por su pasta neutra y por su abundante y untuosa espuma, posee propiedades emolientes y detersivas. Es el jabón ideal para las personas de cutis delicado. Presta a la piel suavidad, aroma y blancura. Su perfume es intenso y persistente. De venta en los principales establecimientos. Representante general para Argentina y Uruguay: Jorge E. Chadwick. Buenos Aires.



Perfumería Gal.-Madrid.

De los hijos de los apóstoles

Tenemos muy pocos datos sobre las familias de los apóstoles. San Clemente de Alejandría dice que San Pedro tuvo hijos, que San Felipe tuvo hijas y las casó.

«Las Actas de los Apóstoles» dicen que las cuatro hijas de San Felipe eran profetisas. Créese que una de ellas fué casada, y se llamó Santa Hermiona.

Refiere Eusebio que Nicolás, escogido por los apóstoles para cooperar al santo ministerio con San Esteban, era casado con una mujer muy hermosa y estaba celoso. Los apóstoles le afearon sus celos, de cuyo defecto logró corregirse hasta el punto de que les presentó su mujer y les dijo: «Estoy dispuesto a cederla y a que se case con quien quiera». Los apóstoles no aceptaron esa proposición. Nicolás tuvo de su mujer un hijo y varias hijas.

Cleofás, según dicen Eusebio y San Epifanio, era hermano de San José y padre de Santiago el Menor y de San Judas, el cual lo tuvo de María, hermana de la Virgen. De modo que San Judas apóstol, era primo hermano de Jesucristo.



BUENA SEÑA

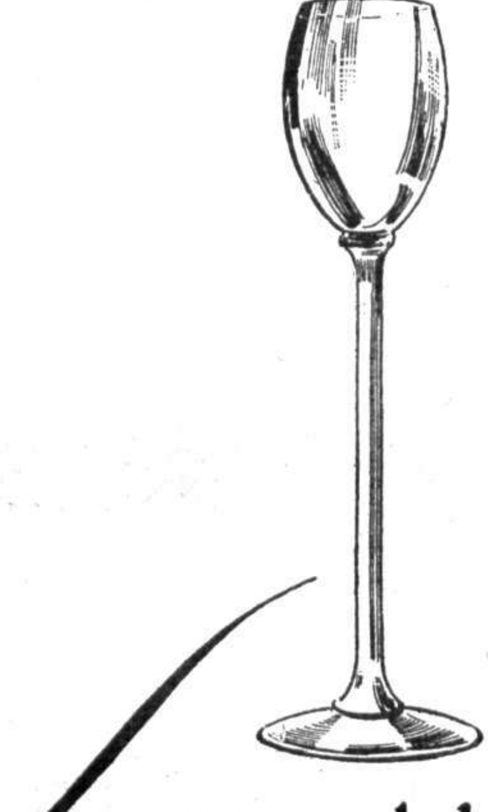
La esposa (contenta). — ¡Mirá, Pedro: creo que la sirvienta se va a quedar, porque se está quitando el sombrero y los guantes!...

Hegesippo, citado por Eusebio, dice que dos nietos de San Judas fueron delatados al emperador Domiciano como descendientes de Dàvid, y, por tanto, como poseedores de un derecho incontestable al trono de Jerusalén. Temiendo Domiciano que quisieran hacer valer su derecho, les interrogó para conocer sus intenciones. Se concretaron ellos a describirle su genealogía, el emperador les preguntó qué fortuna poseían, y ellos contestaron que eran dueños de treinta y nueve fanegas de tierra, por la que pagaban tributo, y que necesitaban trabajar para poder vivir.

El emperador le preguntó también cuándo creían que llegaría el reinado de Jesucristo; ellos le contestaron que llegaría al finalizar el mundo.

Después de este interrogatorio, se despidió Domiciano diciéndoles que se podían ir donde quisieran. Este prueba que ese emperador no era amigo de persecuciones, como generalmente se cree.

Si no estoy equivocado, esto es todo lo que se sabe acerca de los hijos de los apóstoles.



ORTOGRAFIA PRACTICA

«SORDAO» SE ESCRIBE CON «L»



UIÉN puede sostener que el celebérrimo dómine andaluz del conocido chascarrillo no cumplía sus deberes pedagógicos mejor que un maestro «ciruela»? En todos los países hay maestros así. «Valladoliz», «saluz» y «ustez» se escriben con «d», dirá algún pedagogo matritense, y no faltan por nuestros pagos quienes enseñen que «haiga» lleva una «y». Por eso, créome facultado a indicar en esta página errores ajenos. Conque...

—

HAY en la metrópoli una calle larguísima y bastante aristocrática. En todos los rótulos que la distinguen de las otras leemos:

SANTA FÉ

Por muy «acentuada» que sea la fe, no necesita acento ortográfico. La fe tan grande, espiritualmente, sólo tiene para la prosodia y la ortografía, el valor de un monosílabo.

Los vocablos monosilábicos son escasos en nuestro idioma. Pueden tener de una a cinco letras: A, MI, MAS, CUAL, QUIEN.

Antes, por costumbre, se acentuaban la preposición A y las conjunciones E, O, U. ¡Cuánta tinta se ha derrochado gota a gota! Hoy sólo se acentúa *o* cuando va entre números, para evitar confusiones: 1 ó 2, 30 ó 40.

Ahora vienen las palabras monosilábicas de la familia Fe, es decir, las que se componen de dos letras.

DE, preposición, se convierte en tiempo del verbo dar, gracias a la acentuación: DÉ *a Juan el libro* DE *Carlos.* DÉ *usted para él*, no es lo mismo que: DE *usted para él.*

En cambio, DI no se acentúa, aunque el acento podría servirnos para distinguir dos tiempos de los verbos dar y decir.

EL, artículo, cámbiase en ÉL, pronombre personal: *Para* ÉL *es el mundo.*

MI, pronombre posesivo, recibe acento cuando es pronombre personal: MI *padre fué* MI *maestro.*

SE, libre de acento, es una forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, y SÉ, tiempo de los verbos saber y ser: SE *dice fácilmente:* SÉ *bueno, mas yo no* SÉ *serlo.*

SI, conjunción condicional, transfórmase en SÍ, forma reflexiva del pronombre personal, o adverbio de afirmación: SI *no le dejan hablar de* SÍ *mismo no dice que* SÍ.

VE, del

verbo *ver*, se pasa del campo al verbo *ir* en seguida que recibe acentuación: VÉ y VE, no significa lo mismo que: VE y VÉ.

No se acentúan los monosílabos TE y TI; pero sí TÚ, pronombre personal.

Hagamos una fórmula mnemotécnica, fácil de conservar en el meollo: DEDÉ, ELÉL (*niño ignorante que acentúa las palabras agudas terminadas en consonante*), MIMÍ (*la de "Boheme"*), SESÉ, SISÍ, TUTÚ y VEVÉ, (*bebé sin ortografía*) *se pelean por acento de más o de menos.* TETE *no pide* TETÉ. TITI *no juega con el* TITÍ. VIVI *no dice* VIVÍ.

AUN MÁS QUE FUÍ, FUÉ EL QUE VIÓ AÚN AL TÍO. Aceptad, la fórmula en que condenso lo referente a los vocablos monosilábicos de tres letras.

AUN, adverbio de tiempo y de modo, «precediendo al verbo, no se acentúa» — dice la Real Academia, — porque, en este caso, forman diptongo las dos vocales; pero se acentuará, cuando vaya después del verbo, porque entonces se pronuncia como voz aguda bisílaba: ¿AUN *no ha venido? No ha venido* AÚN.

MAS, conjunción adversativa, MÁS, adverbio de comparación. Se distinguen, aparte del acento, en que MAS equivale a *pero:* MAS, MÁS *vale maña que fuerza.*

QUE, pronombre relativo, se acentúa en las frases interrogativas y admirativas, cuando equivale a *qué cosa* y a *cual, cuan* y *cuanto:* ¿QUÉ *dices?* ¡QUÉ *hombre! Tengo un no sé* QUÉ QUE *las trastorno.* Bueno será decir de paso que conserva el acento al ir precedido de *por* o de otra partícula: *¿A qué vienes? ¿Por* QUÉ *vienes?* Si hace oficio de sustantivo, también se acentúa: *El* PORQUÉ *de no sé* POR QUÉ. *No* insistiremos, por hoy, en estas combinaciones.

Fuí, FUÉ, ambos de los verbos *ser* e *ir*, se acentúan. También de pasada diré que *fuese* del verbo *ser* no se acentúa y que *fuése*, del verbo *ir*, conserva el acento.

Dos palabras de cuatro letras: CUAL y CUAN piden acento si se las emplea con énfasis, admiración o interrogación. ¿CUÁL *es el* CUAL? ¡CUÁN *grande fué!*

Para terminar por hoy, agregaré de llapa: *ció, dió, lió, rió, pió, fió, crió, leí, guió*, acentuadas en la vocal fuerte del diptongo: *cía, cío, día, ría, río, pía, pío, fía, fío, mía, mío, tía, tío, cría, crío, guía, guío*, y otras que el paciente y estudioso lector buscará, para ejercitarse en el uso del acento.

En la Argentina, se dice comúnmente *pais, maiz, baul*, en lugar de *país, maíz* y *baúl*.

He procurado encerrar en breves líneas todo lo que hay al respecto, salvo error u omisión.

B A C H I L L E R

DIBUJO DE PALACIO



El salmón con el sangual

En los grandes establecimientos de pesquería en los montes de Mainhard, en Württemberg, se pescó hace algún tiempo un salmón enorme que llevaba como curiosidad singular en el lomo el esqueleto bien conservado de un sangual. Las garras del ave de rapiña se habían incrustado en el lomo del pescado tan firmemente que no fué posible separarlas sino con el cuchillo. Parece evidente que el sangual había acometido al salmón desde las alturas, cuando éste se emergía, y con el afán de librarse de su adversario, sumergiéndose rápidamente, lo llevó consigo a las profundidades del agua, donde debía ahogarse. Durante la agonía el ave clavaba sus presas siempre más profundas en la carne de su víctima pretendida, de suerte que el pez no pudo soltar el cuerpo del águila ni después de la muerte de ésta, el cual se transformaba paulatinamente en esqueleto, mientras cicatrizaban las heridas del salmón. El águila habrá hecho con frecuencia una buena pesca, pero esta vez el pez fué más fuerte.



El pasajero. — ¿Es el tren el que acaba de silbar?
El guarda. — No podría decirle exactamente, porque yo estaba silbando hace un momento...

La creación de las moscas

Un mito de Silesia que leemos en la colección de cuentos populares de la Silesia austriaca, publicada por A. Peters, informa sobre la creación de la mosca. Dice que Nuestro Señor, haciendo un paseo acompañado por San Pedro, vino a un tilo, en cuya sombra un hombre descansaba holgadamente. Preguntóle el camino más corto hasta la población próxima. El hombre, demasiado cómodo para levantarse, indicó la dirección con un flojo movimiento del pie. Entonces Jesús ordenó a San Pedro que tirara al hombre un puñado de tierra. Así lo hizo San Pedro, y ¡oh! milagro, las partículas se transformaron en pequeños insectos alados que comenzaron a molestar al hombre que, primero, no tuvo otro remedio que poner en movimiento siempre más acelerado piernas y brazos, y al fin le obligaron a renunciar a su posición cómoda. Esta es la leyenda de la creación de las moscas que molestan al dejado y castigan al holgazán, en forma indirecta, obligándoles a salir de su inacción.

EL PERFUME DE MODA





LOCIÓN
EXTRACTO
COLONIA
POLVO
TALCO
CREMA

IMPORTANTE

La Perfumería GRIET podría ofrecer REGALOS a los compradores de sus afamados productos pero para esto tendría que aumentar los precios o sacrificar la bondad de sus artículos y prefiere mantenerlos INVARIABLEMENTE DE LA MAS ALTA CALIDAD

POLVO DE TOCADOR

CHELA

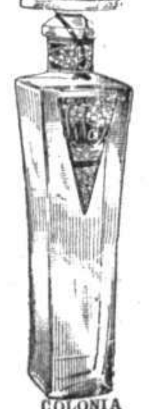
Suaviza y embellece el cutis.

Precio de la caja en la Capital: $ 1.90



Aguas de Colonia de









DENTIFRICO GRIET

El mejor para conservar los dientes

BLANCOS, SANOS y FUERTES

En pasta, el tubo . . . $ 1.20
En líquido, el frasco . $ 1.80

PRECIOS PARA LA CAPITAL



COLONIA Lilas EXCELSIOR	COLONIA Excelsior	COLONIA CHELA	COLONIA para baño SPORTSMAN
	Extra concentrée	El perfume de moda	
Frasco grande. $ 5.90	Frasco grande. $ 8.—	Frasco grande $ 5.80	Frasco grande $ 5.—
» medio.. » 3.20	» medio.. » 5.—		» medio.. » 2.65
	» cuarto. » 3.—		» cuarto » 1.65
			» chico. » 0.60

PRECIOS DE VENTA AL PUBLICO



PERFUMES-EXCELSIOR

LAVALLE, 717.—Buenos Aires.

DESDE EL MIRADOR

PROYECTADO CONGRESO INTELECTUAL

Toda idea, todo acto, toda palabra que tienda a que las naciones latinoamericanas se conozcan mejor cada día, es algo de una importancia tal que apenas si existe mastuerzo que se atreva a negarlo. El mismo origen glorioso, la misma lengua y la misma religión forman la cultura que nos es común, y nada tiene de utopía ni de «lirismo» — como llaman los fenicios del siglo XX a todo lo superior que no comprenden.

La consonancia de todos los valores que dan personalidad a estos pueblos de la América libre, será uno de los fenómenos más formidables de la nueva civilización latina, que se inicia de este lado de los mares. Ese fenómeno apareja la resolución de los graves problemas que amargan al mundo antiguo, después de la Gran Guerra.

En nuestra América, y no en ninguna otra región del planeta, tiene la humanidad el campo que requiere para realizar sus sueños de una vida más justa, más abundante, más equitativa y más *humana*. El hecho de dudarlo constituye una patente de inconsciencia étnica y de ignorancia histórica.

Es por eso que el proyecto de celebrar un congreso integrado por destacados elementos intelectuales de la América Latina, que representen a todos y cada uno de los pueblos que la componen por la gracia de Dios, es de suyo simpático y digno de los mejores auspicios.

El mutuo conocimiento despertará cada día mayor confianza en el anchuroso ambiente bicontinental, y la confianza es afecto y el afecto es fuerza. Acaso la verdadera y la invencible.

«El pensamiento de unión de los países hispanoamericanos gana terreno entre los espíritus selectos del continente», acaba de expresar un diario uruguayo al que nuestro colega «La Prensa» ha dado eco. No hay duda de la evidencia de tal afirmación; y ya se sabe: son y serán siempre las clases intelectuales las llamadas a dirigir los destinos y marcar las orientaciones de la humanidad. Tal apostolado les pertenece por derecho lógico, inmanente e inmutable. De suerte que al reunirse, como ojalá suceda, los voceros de nuestras naciones hermanas, tendrá que salir de la magna reunión parlamentaria un reguero de ideas. Y las ideas son semillas que no se pierden.

LA CULTURA PUBLICA Y EL CARNAVAL

Así como el carácter del individuo se conoce en la alegría o en la tristeza, la tónica — digamos — de un pueblo o de una sociedad se ponen de manifiesto en el carnaval o en la guerra. Haciendo votos porque nuestra tónica no vuelva a compulsarse en la guerra, ya que somos pueblo de paz y de trabajo, los observadores analizarán una vez más nuestra alma colectiva en el carnaval que se avecina.

En las carnestolendas del año pasado nuestra ciudad mereció conceptos elogiosos por parte de la prensa seria y de los extranjeros importantes que nos visitaban por primera vez, debido a la corrección con que las clases populares celebraron los jolgorios de la mascarada. Es de esperar que durante las próximas fiestas estén nuestros conciudadanos a la altura de sus precedentes, de acuerdo con la jerarquía de la capital argentina.

No hay nada que pinte ni hable mejor de un pueblo como su conducta en la alegría. Más, quizá, que en la tristeza...

¡TOMEN LA DERECHA, SEÑORES!

Ya que tuvimos éxito al gestionar del Intendente municipal que las treguas de la calle Florida se alargaran hasta las ocho de la noche, en favor del tráfico pedestre, nos parece consecuente proponer ahora al público beneficiado que sepa transitar por aquella vía clásica de la elegancia porteña.

¿No es verdad que si todos, al andar por Florida, echásemos hacia el lado derecho, nuestros paseos serían más agradables y cómodos? ¿Por qué se obstina el transeunte floridesco (no diremos florido...) en atajar a los que marchan en sentido opuesto? El paseo de tanta gente *chic* como toma parte en las treguas vespertinas, ganaría mucho en gracia y en armonía con la observación de la fácil disciplina que insinuamos.

PANEM NOSTRUM

El proyecto de subir el precio del pan en Buenos Aires es una de las medidas más ilógicas con que se pudieran lesionar los intereses de la vida popular. La sed de especulación, el furor de improvisar fortuna, no deben llegar hasta el comercio del pan, del pan de Dios, bendecido y respetado por todos los ritos desde que el milagro de la espiga se operó en la tierra labrada por el hombre.

¿Por qué, mientras la gleba generosa rinde ciento por uno al hombre, éste se obstina en dar apenas el uno por ciento a sus hermanos?

El proyecto que nos ocupa es tan impopular que, dentro del mismo gremio de panaderos, se considera absurdo.

"CARTA FORZADA" Y FLORES DE TRAPO

¿Por qué existe la costumbre, en muchísimos cafés y confiterías de la capital, de endilgarle inconsultamente a la clientela enormes recipientes con masas, sandwiches y otras golosinas? Expliquémonos: entra usted, por ejemplo, con una dama, a tomar un helado, un te o un café, y le da la orden al mozo: — Tráiganos dos helados de tal o cual cosa. — El mozo, inmediatamente forza la carta, instando con ahinco o trayendo sin que se le pida una gran cantidad de provisiones... Y ustedes, que no querían sino tomar un sencillo helado, porque así les placía y porque no sentían hambre, no pueden ni mover una mano en la pequeña mesa colmada... Colmada, y con el consabido florero de lamentables y desteñidas flores de trapo donde las moscas han hecho todo lo que les ha dado la gana...

Es inexplicable que eso acontezca precisamente en un país donde las flores naturales abundan y donde nadie está famélico.

Eduardo Encina

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADO

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838. SOLICITE EL NUEVO CATALOGO N.o 20.

MODELO N.° 247
En cabritilla gris, verde, charolada, gamuza negra, o cabritilla charolada con talonera de cocodrilo sangre. Tacos de 5 ½ centímetros únicamente. En cabritilla charolada negra, marrón; gamuza marrón, blanca o negra. Tacos de 3 ½ y 5 ½.
$ 14.90



MODELO N.° 264
En cabritilla marrón, camello o negra. Taco de 5 ½ únicamente.
$ 14.90



MODELO N.° 260
En cabritilla marrón, negra y charolada. Taco 7 únicamente.
$ 1490



MODELO N.° 263
En cabritilla blanca o camello. Taco 5 ½ únicamente.
$ 14.90





MODELO N.° 132
Especial para golf, en gum metal marrón.
$ 14.90

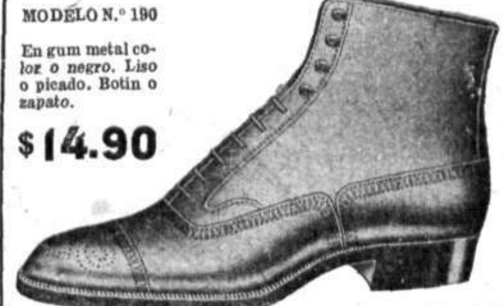


MODELO N.° 268
En gamuza negra. En cabritilla negra, marrón, camello, gris o charolada. Taco 5 ½ únicamente.
$ 14.90



MODELO N.° 183
En gum metal color, negro, oscaria, marrón o amarilla. En cabritilla charolada o negra.
$ 14.90

MODELO N.° 190
En gum metal color o negro. Liso o picado. Botín o zapato.
$ 14.90



Actualmente nuevos modelos de calzados y siempre en la misma calidad de mercaderías que hemos vendido hasta ahora.

Recurso ingenioso

Defendiendo Demóstenes, padre de la elocuencia, a un hombre que iba a ser condenado a la pena capital, algunos de los jueces se divertían entre sí en conversaciones que disgustaron al elocuente orador.

Conociendo entonces que la oratoria sería inútil en un país de sordos, trató de llamar la atención de los jueces; y lo consiguió refiriendo un cuento que enlazó con su asunto, y es el siguiente:

Un aldeano alquiló su asno a un pasajero, principiando la jornada juntos; el pasajero en el jumento y el dueño a pie. Como era en el estío, y la hora de mediodía, el sol incomodaba demasiado; al extremo de haber de apearse el que iba montado, acogiéndose a la sombra del asno. Viendo esto el alquilador, dijo:

— Eso no, buen pasajero; que yo el jumento alquilé, pero la sombra no, y siendo esto así, apártate de ella y déjamela.

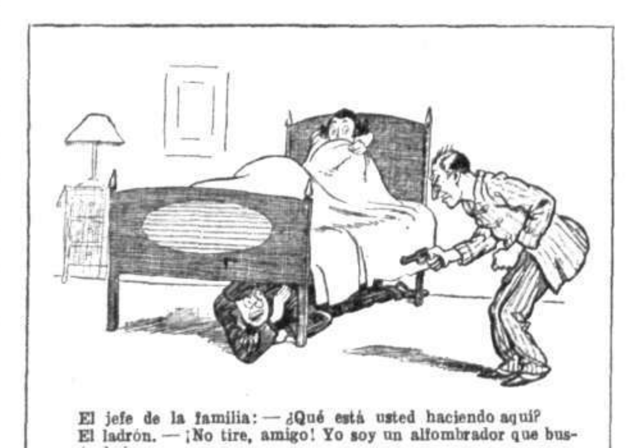
— No estás en lo justo, replicó el otro; porque si el asno no puede apartarse de su sombra, cuando yo pagué su alquiler también pagué su sombra.

— He aquí, dijo Demóstenes, entablado un pleito entre dos partes que van al tribunal, sosteniendo cada cual su derecho y confiando en su justicia y en la imparcialidad de los jueces.

Entre tanto, los que esto escuchaban habían dejado de hablar, y atentos y silenciosos, no podían ocultar el interés que tomaban en el pleito del jumento, ni la extraordinaria curiosidad que tenían por saber la resolución que en él recayó; pero el diestro orador, cambiando de repente de entonación y de asunto, dijo:

— ¡Oh, Senado supremo! el despreciable litigio de un asno llama vuestra atención y no os la despierta la vida de un hombre!

Esta reconvención produjo tal efecto que no se distrajeron más; escucharon al irresistible orador, y el reo fué absuelto.



El jefe de la familia: — ¿Qué está usted haciendo aquí?
El ladrón. — ¡No tire, amigo! Yo soy un alfombrador que busca trabajo...

El fabuloso tesoro de un déspota

MANUEL Estrada Cabrera asumió la presidencia de Guatemala en la última parte del siglo XIX. Su ambición, su avaricia, eran inmensas; y durante su largo gobierno, amasó una enorme fortuna cuya cifra total nunca se ha podido establecer de manera definitiva; pero ha sido calculada hasta en cien millones de dólares.

El viejo déspota, cayó en la manía erótica. Tan loco llegó a estar que se asegura hizo preparar filtros de amor hechos de la sangre de criaturas recién nacidas que servían para inyectarle vida y fuerza.

La conducta escandalosa del mandatario llegó a ser tan insoportable, que la revolución estalló y el tirano fué derrocado. Debido a la protección de los ministros extranjeros, el déspota pudo salvar su vida. Estrada Cabrera fué preso, y por su libertad ofreció devolver 12 millones de pesos oro; mas el gobierno no accedió, en la esperanza de recuperar el enorme caudal detentado a la nación y se empleó toda clase de medios para hacer hablar al prisionero. Hermosas mujeres se le enviaron con instrucciones confidenciales de emplear todos sus encantos y todas sus seducciones para arrancar al viejo tirano el secreto del lugar donde ocultaba sus tesoros. Entre las últimas, una hermosa viuda, la señora Lola Cajas, apresó el corazón del tirano, quien en su cautiverio, acosado por sus enemigos y espiado de día y noche, sentía aun más que nunca la necesidad de una mujer a su lado.



— ¿Adivinas lo que vengo a pedirte?
— ¿Plata?
— Lo has adivinado. ¡No eres tan zonzo como pareces!

Se arregló un matrimonio, que se efectuó en la prisión donde estaba encerrado Estrada Cabrera; pero a su nueva mujer nada lo dijo éste acerca de su fortuna y todo su sacrificio fué inútil. Estrada Cabrera permaneció silencioso al respecto, llevándose a la tumba su secreto.

¿Dónde estará la enorme fortuna que reunió este extraño déspota, constantemente enfermo de amor? Su atavismo indígena pudo haberle inducido a enterrarlo. ¿Existirá en Guatemala la caverna que contiene este oculto tesoro? ¿Hay algún lugar donde el oro y las piedras preciosas, en enormes cantidades, sean encontrados algún día, por algún nuevo Montecristo?

El Hipparión de Tarrasa

Un día, en las inmediaciones de Tarrasa, la azada de un campesino tropezó con un montón de huesos. El campesino examinó un instante el hallazgo, y convencido de que se hallaba ante el esqueleto de un cuadrúpedo vulgar, disponíase ya a reenterrarlo, cuando pasó por allí un profesor de Ciencias Naturales.

—¿Qué huesos son éstos? —preguntó el profesor.

—No lo sé. Algún burro que habrán enterrado aquí.

—Conque un burro ¿eh? ¡Un burro en este terreno? —exclamó el profesor, con cierta sorna. —¿Sabe usted qué terreno es éste?

—¡Ya lo creo que sí! Es un terreno de don Antonio, el fabricante.

—¡Qué don Antonio, ni qué ocho cuartos! Este terreno es un terreno terciario, amigo mío, y ¿quiere usted decirme cómo se explica la presencia de un burro, mamífero posterior a la época terciaria, en semejante terreno?

A esto, el campesino se aturrulló un poco.

—Es posible que tenga usted razón —parece que repuso—, y que éste sea un terreno terciario, aunque yo lo he tenido siempre por un terreno de regadío; pero probablemente, el burro no lo sabía. ¿Por qué no ha de poder pasearse un burro por un terreno terciario? ¿Acaso no nos paseamos por él usted y yo en este mismo instante?

Tales razonamientos, a pesar de la ignorancia que revelaban, no carecían de lógica; pero el profesor ya había formado su plan, y metiéndose el esqueleto en la maleta, lo transportó a Barcelona, donde lo expuso a la consideración del mundo científico, como un fósil Hipparión. ¿De Hipparión? Sí, señor, de Hipparión. El Hipparión viene a ser una especie de caballo que, allá por la época terciaria, estuvo muy a la moda. Era un caballo lanudo, pesado, grotesco; pero, ¿qué se imaginan ustedes que el hombre primitivo se proveía acaso de caballos en las cuadras del Conde de la Cimera? Desde que el mundo es mundo, cada cual se las arregla como puede. Si el gato es el tigre del pobre, como decía no recuerdo quién, el loro es el gramófono del negro y el Hipparión era el caballo del hombre primitivo. Y un fósil de este caballo desaparecido del haz de la tierra desde hace miles y miles de años, era lo que nuestro profesor de Ciencias pretendía haber encontrado en Tarrasa.


Una fotografía «movible.»

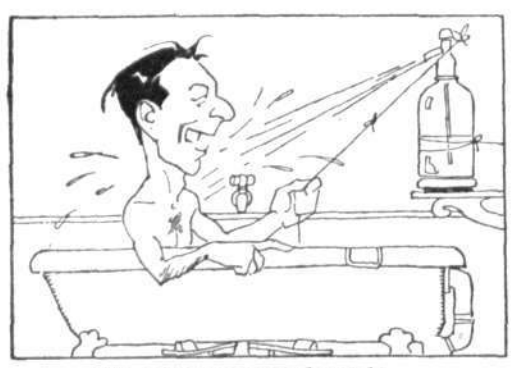
¡Ahí era nada el hallazgo! ¿Qué caballo de carreras se puede comparar a un Hipparión, por pequeño que sea? Jinete en su esqueleto prehistórico, el hombre de Ciencias, podría en lo sucesivo arrostrar toda suerte de obstáculos, pero he aquí que unos labradores vinieron a darle la razón al campesino de Tarrasa, certificando que el Hipparión era un burro de su propiedad muerto recientemente. Sí, señores; el Hipparión resultó ser un burro, y esta historia que parece insignificante, no deja de tener cierta melancolía: la melancolía de todas las tentativas imposibles. Si los títulos en verso no estuviesen fuera del gusto actual, yo lo titularía así:

«El hallazgo del sabio don Odón, o el burro que intentó ser Hipparión».

Julio Camba.

A PUNTA DE

ALELUYAS ESTIVALES.



Aun cuando no está de moda
puedes bañarte con soda.



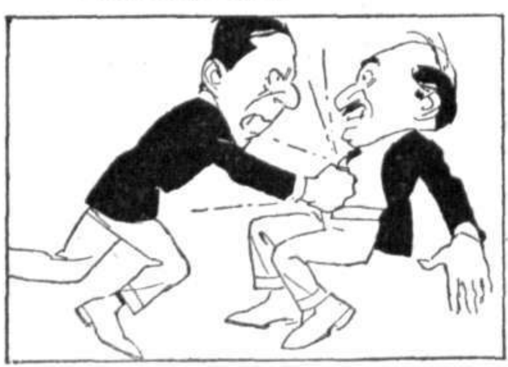
Conserva limpio el pyjama
y respeta a la mucama.



No leas, pues son fatales,
las noticias policiales.



No lleves a la oficina
libros verdes ni gomina.



Si alguien va a darte un pechazo,
métele un puño en el bazo.



Si tienes dolor de muelas
no juegues a las quinielas.



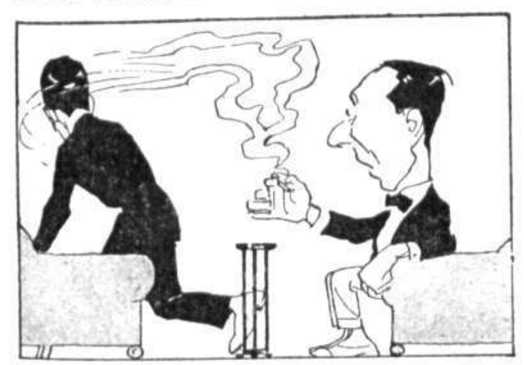
Habla bien del presidente,
del nuncio y del intendente.



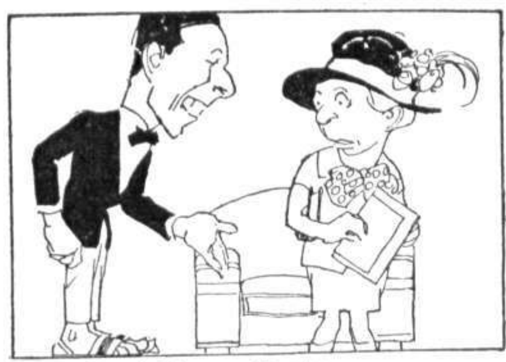
Rechaza, como engañifas,
los números de las rifas.

LAPIZ, POR VALDIVIA

HIGIENICAS Y MORALES



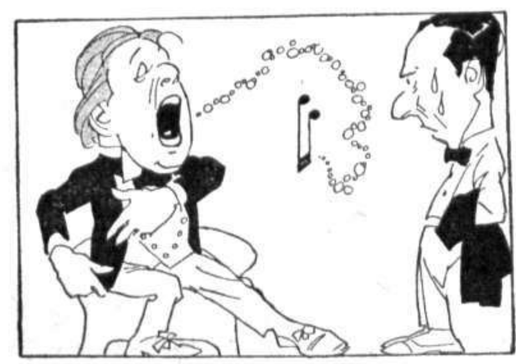
No te atraques de pez palo,
ni fumes tabaco malo.



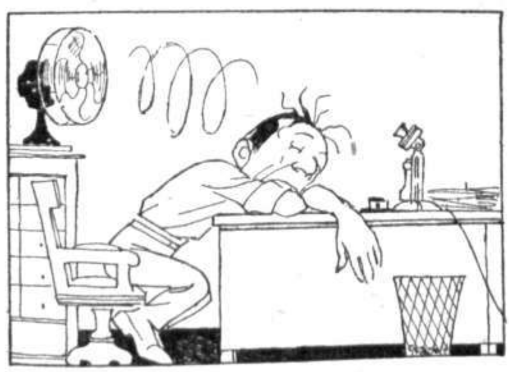
Para hablar con literatas
no te pongas alpargatas.



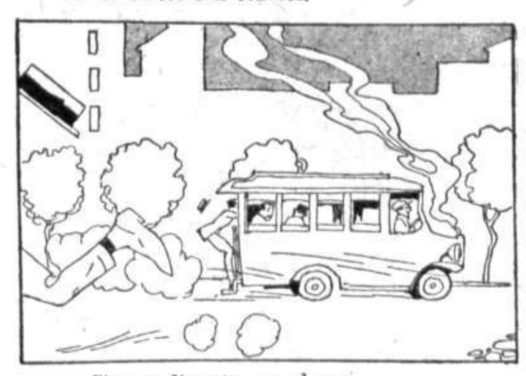
Toma refrescos y evita
el tragarte la pajita.



Cuando aprieten los calores
no te trates con tenores.



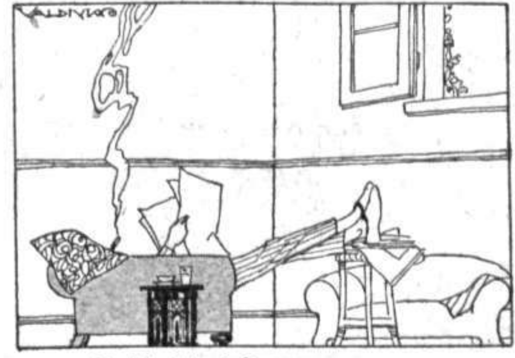
No gastes en vano un peso
ni trabajes con exceso.



Si eres discreto, no abuses
de deportes y autobuses.



No te ocupes noche y día
de radiotelefonía.



¡Y, feliz tú, si dispones
de un año de vacaciones.

Creación del Toisón de Oro

INTERESANTES en alto grado son los orígenes de la orden del Toisón de Oro, la más preciada de las insignias españolas que sólo se concede a soberanos o eminentes y contados personajes.

A diferencia de lo ocurrido con otras órdenes en la fundación del *collar del villocino* de oro intervinieron causas más bien sentimentales que políticas.

María de Cumbruge célebre beldad de la corte del Duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se adueñó de la voluntad de su soberano. La subida coloración de la rubia cabellera de la dama, inspiró mordaces y mortificantes sátiras a los envidiosos de su fortuna, y el enamorado soberano para halagar a la dama y humillar a sus detractores, de un modo contundente y simbólico creó la orden del Toisón de Oro cuyos áureos resplandores, recordase a todos en cuánta estima tenía el duque el dorado toisón de su dama. Y el 10 de Enero de 1429 se promulgó solemne-mente en la catedral de San Salvador de Brujas el establecimiento de la orden.


Insignia del Toisón de Oro.

La insigna del Toisón alude a la historia mitológica del vellocino de oro de Colcos, conquistado por Fason y los argonautas. La divisa de la orden *Pretium non vile laborum* da a entender que ella sería el premio al heroismo. Y el lema *ante fevit cuam flama micet* que ostenta el collar de oro compuesto de eslabones y pedernales: significa: «Antes biere el eslabón que resplandezca la llama» o sea que se debe probar el valor con los golpes del acero para que brille, todos los caballeros tenían la obligación de llevar siempre al cuello este collar, cuya propiedad, dicho sea de paso, es de la orden, y el uso solo del caballero; más andando el tiempo, y como no debería ser muy cómodo ni tranquilizador llevar encima semejante joya, dispuso Carlos Quinto que sólo se usara la insignia del vellón, prendida de una cinta de seda o cordón de oro, forma en que aparece en los retratos de los soberanos españoles.

Ya hemos dicho que el collar del Toisón no es propiedad particular del que lo ostenta. Por tal razón, no puede variarle en lo más mínimo, enriqueciéndole o adornándole, ni menos enajenarle o empeñarle. Al morir, el caballero, sus descendientes tienen que restituír la rica presa al tesorero de la orden.

Al extinguirse la casa de Borgoña, el gran maestrazgo pasó a la casa de Austria y de ésta a la casa real de España, por el casamiento del entonces su gran maestre Don Felipe *el Hermoso*, con la infeliz hija de los Reyes Católicos.

El número de caballeros fué en su primitiva fundación el de 31, pero luego se aumentó varias veces hasta quedar en 53, cuyas vacantes pueden ser provistas por el monarca sin necesidad de convocatoria ni junta del capítulo general, según breves de la Santa Sede.

En la actualidad hay, como decimos antes, 53 collares provistos, de los cuales 12 lo están en soberanos reinantes en diversos estados de Europa; 28 en infantes y príncipes de sangre real, y los trece restantes los poseen grandes de España y otros personajes conspícuos.



3 carabinas

de marcas mundialmente conocidas, cuyos precios constituyen una oferta excepcional. Disponemos de un espléndido surtido de armas de precisión y de caza, de todas clases.

CAPSULAS Y BALAS
para carabinas, en existencia permanente.



N.º 1.— CARABINA calibre 9 m/m, sistema Mauser, alemana, desarmable, con alza de tornillo, culata de nogal con empuñadura forma pistola, anillos para correa, largo 1.02 metros, apropiada para caza... $ **20.-**

N.º 2.— CARABINA Winchester (N. Americana) de un tiro, modelo 1902, desarmable, calibre 22. Indicada para ejercicios de tiro al blanco.................... $ **28.-**

N.º 3.— CARABINA Winchester (N. Americana) de repetición 15 tiros, modelo 1890, calibre 22 desarmable, caño octogonal, largo total del arma 1.02 metros. Adecuada para tiro de precisión y caza pequeña $ **60.-**

CASA

CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía.

(Sucesores)

SARMIENTO esq. MAIPU
BUENOS AIRES

A NUESTRA CLIENTELA DEL INTERIOR

Disponemos de todos los artículos de nuestro ramo: Armería y Cuchillería.

NUESTROS PRECIOS

son siempre los más ventajosos de plaza. Sírvanse solicitarnos detalles.

Literatura

Creo que la alegría es un misterio tan hondo como la tristeza, y creo que hay un matiz de gozo espiritual que es a la alegría lo que la melancolía es a la pena.

Tristeza y alegría tienen motivo y causa: sin causa y sin motivo nacen las almas inclinadas al gozo o melancólicas: todo es vibración y todo acaba en lágrimas. Y las cosas bellas y las palabras que han salido del corazón y las entonaciones cariñosas, y los silencios que están llenos de almas, y los versos que hacen llorar, y el cielo que está azul y el sol que es de oro, y la nieve que cae como ceniza, todo cae sobre los corazones, y en los melancólicos causa una depresión como un valle en que está anocheciendo, y en los predestinados al gozo una exaltación como una montaña sobre la que estuviese el mediodía; pero el valle vibra y la montaña vibra, y en una y en otra nacen flores.

Y son flores hermanas, porque sobre de ellas está el mismo rocío, porque el gozo exaltado hace llorar como la exaltada melancolía, porque el alma *no puede con sus pensamientos.*

No compadezcamos a los tristes; no desdeñéis, tristes, a nosotros los que veis alegres.

¿Qué más da una sonrisa que un ¡ay de mí!?

Pero lloremos juntos por los que no saben reir ni suspirar.

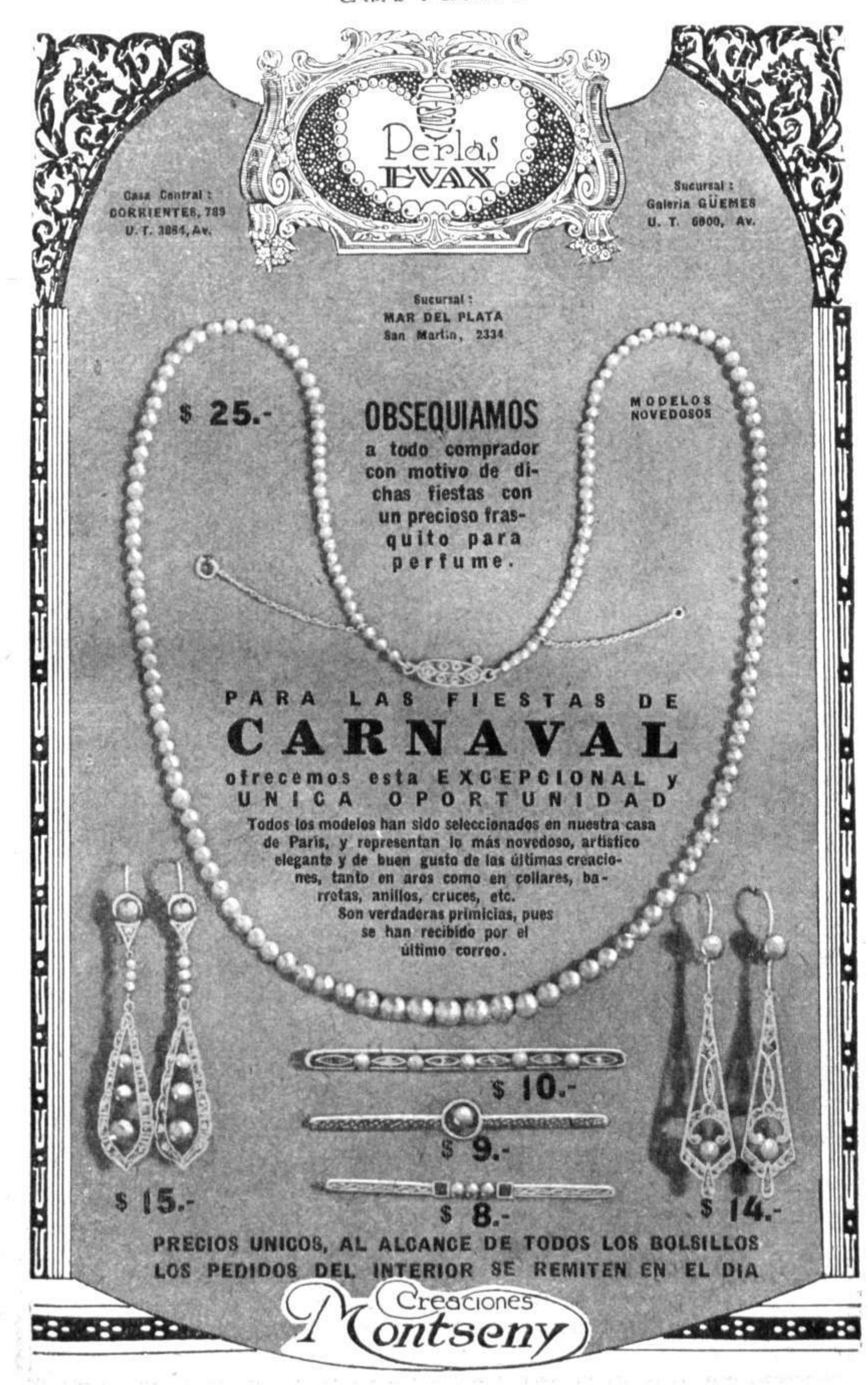
G. Martínez Sierra



LOS "RECORDS" DEL AMOR
La recién casada. — ¡Uf! Querido, esta es la décima-séptima vez que comemos juntos...

La bondad es invencible, siempre que sea verdadera, sin falsedades ni disfraces.

Marco Aurelio.


Perlas EVAX
Casa Central: CORRIENTES, 789 U. T. 3864, Av.
Sucursal: Galería GÜEMES U. T. 6800, Av.
Sucursal: MAR DEL PLATA San Martín, 2334
$ 25.-
OBSEQUIAMOS a todo comprador con motivo de dichas fiestas con un precioso frasquito para perfume.
MODELOS NOVEDOSOS
PARA LAS FIESTAS DE
CARNAVAL
ofrecemos esta EXCEPCIONAL y UNICA OPORTUNIDAD
Todos los modelos han sido seleccionados en nuestra casa de París, y representan lo más novedoso, artístico elegante y de buen gusto de las últimas creaciones, tanto en aros como en collares, barretas, anillos, cruces, etc.
Son verdaderas primicias, pues se han recibido por el último correo.
$ 10.-
$ 9.-
$ 8.-
$ 15.-
$ 14.-
PRECIOS UNICOS, AL ALCANCE DE TODOS LOS BOLSILLOS
LOS PEDIDOS DEL INTERIOR SE REMITEN EN EL DIA
Creaciones Montseny



No es solamente cuestión de gusto
sino también su propia conveniencia lo que inclina a Vd. hacia el

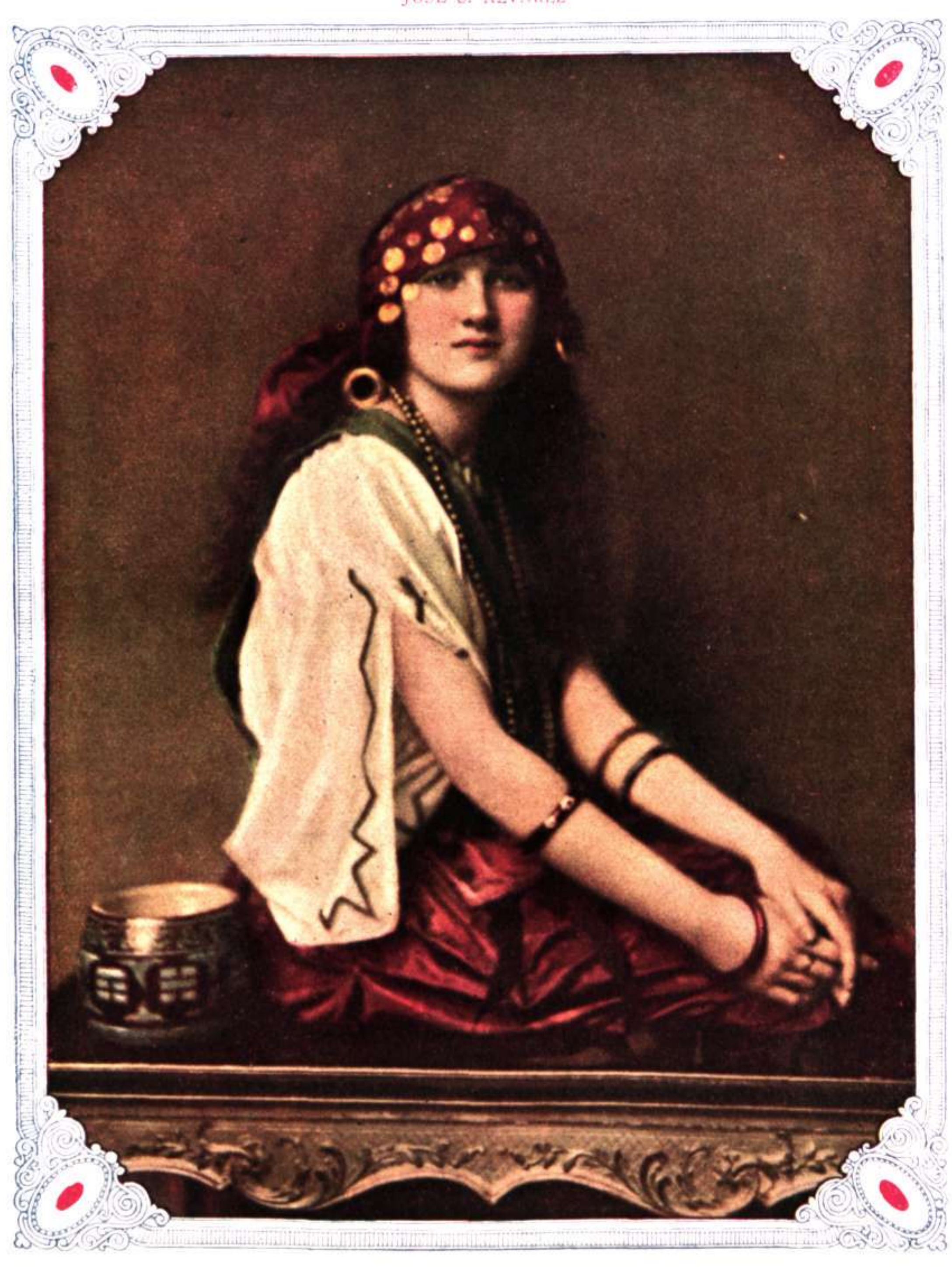
XEREZ-QUINA RUIZ

porque ha comprobado que además de su excelente sabor, este delicioso aperitivo difunde por todo el organismo una saludable acción tonificante.

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 14 DE FEBRERO DE 1925 N.º 1376

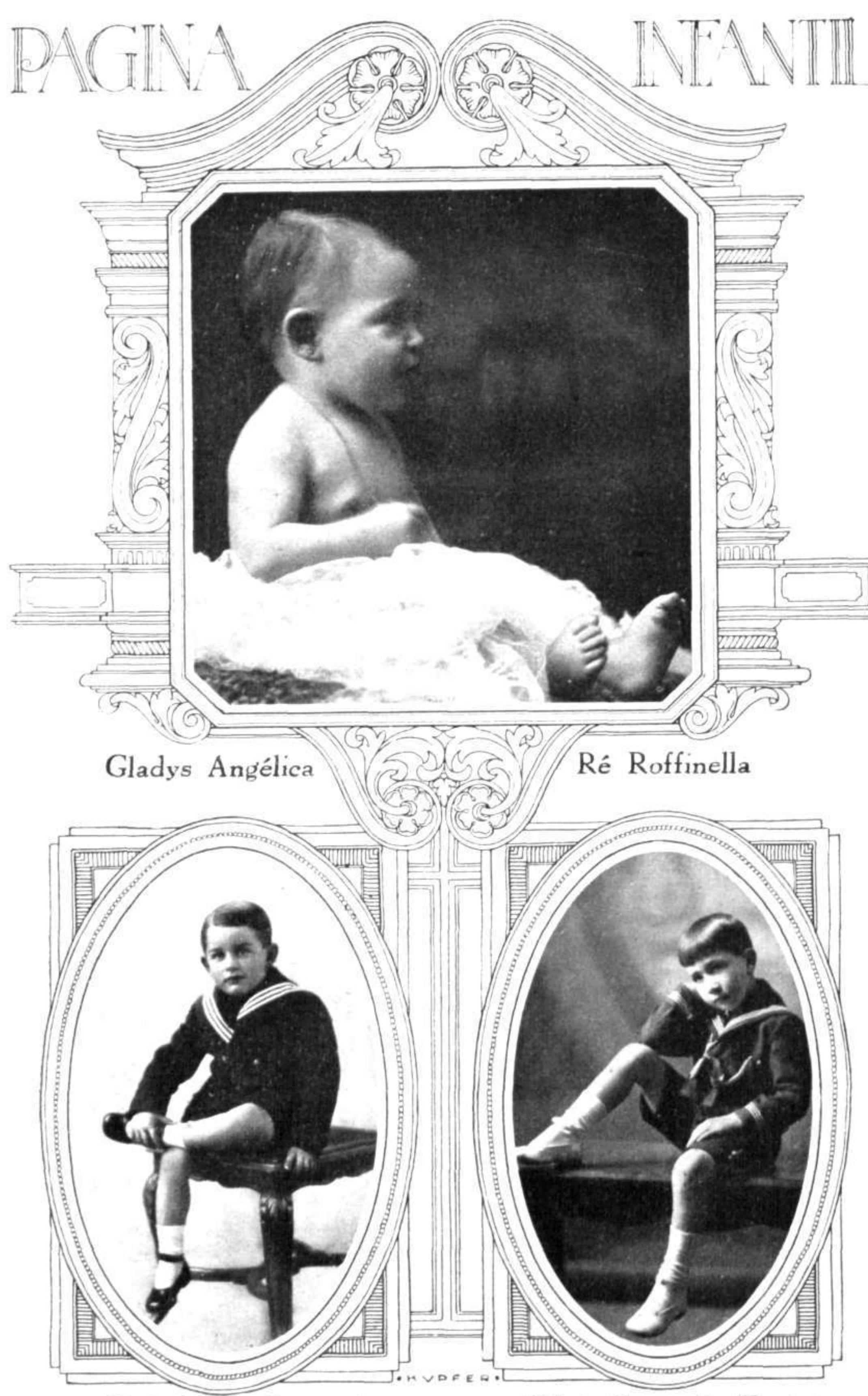
CARAS Y CARETAS

FUNDADOR
JOSÉ S. ÁLVAREZ



Señorita
Elena Jaguier Santamarina

PAGINA INFANTIL



Gladys Angélica Ré Roffinella

Ligio Evar Burroni

Silvio Carzoglio Tonini

PORQUE SE VISTEN LAS MUJERES ?



ENCUESTA SOBRE LA ELEGANCIA

La mujer de nuestros días se viste porque la primera mujer, Eva, debió ser igualmente coqueta. Sólo tenía a su alcance hojas y flores, pero seguro estoy que las empleó de una manera feliz. La mujer... Pero aquí no se trata de mis opiniones particulares, sino de transmitir al público argentino varios votos calificados

BALTAZAR DE LAÓN.

CECILE SOREL, la eternamente dama joven de la "Comedie Française", dice:

*— Nos vestimos por todas las razones que hemos oído a nuestro alrededor, pero sobre todo, por nosotras mismas, porque nos sentimos más fuertes, cuando nos creemos más seductoras. Cuando una mujer no está vestida según su gusto, y "no se encuentra bien", duda de sí misma y de todo. La duda es el obstáculo del éxito y, por esta razón, la coquetería no es una cosa futil, sino **verdaderamente** necesaria a las mujeres en acción".*

*El presidente Consejo de Ministr M. Herriot, que ha crito la **Vida de M** dame Recamier, y ha preocupado así psicología femeni dice:*

— Yo creo que mujeres se visten ú ca y exclusivame contra las otras jeres.

MARTHE REGNIER la deliciosa artista y costurera, dice:

— Yo me visto, para no ser diferente a todo el mundo y porque no se usa andar desnuda. Y ya que hay que vestirse, es preferible hacerlo con elegancia. Cuando vine al mundo me vistieron. Luego continué por costumbre.



MORO GAFFIERI, el más célebre de los abogados, dice: "Cuando veo a una mujer elegante, pienso siempre que es en mi obsequio que se ha vestido. La mujer se viste contra las otras mujeres por el placer de molestar a las amigas. Ante los hombres, la mujer quiere parecer de gusto refinado, más bien que elegante, y es así que una mujer enamorada cuida más de su ropa blanca que de su traje de baile".

La artista dramática REGINA CARMEN, dice: "Yo me visto para el público que viene a verme. Y me visto para los hombres, porque soy mujer. Pero no me visto nunca contra las mujeres. Diez mujeres pueden ser igualmente elegantes sin hacerse mal la una a la otra. Cada cual posee su manera propia. ¿Por qué, entonces, tener celos?"

MLLE. SPINELLY, cuya casa, leones y medias preocupan al París chic, responde brevemente: "Yo me visto: 1.º, por mí misma; 2.º, para "un" hombre; 3.º, contra las otras mujeres".

ROBERTO DE FLERS, el autor teatral y académico, dice: "La mujer se viste exclusivamente por ella. Y así tanto mejor para nosotros. Si ella se vistiera para los otros, no introduciría en su tocado la delicadeza y el refinamiento que nos la hacen querer. "La coquetería es el desarreglo del espíritu", ha dicho La Bruyère. Pero es un desarreglo encantador, lleno de orden y de gracia.



MAURICE DONNAI, el dramaturgo y académico, dice: "No se puede generalizar: Una mujer refinada, se viste por su propio placer. Una mujer enamorada, para aquel a quien ama. Las otras mujeres se visten para que las otras las miren y porque ellas no pueden dejar de seguir la moda".

IVONNE PRINTEMPS, esposa de Sacha Guitry, dice: "No es por mí que me visto. No soy coqueta. Me visto, ante todo y sobre todo, para "un hombre". Luego, por las otras mujeres y no contra ellas. Estoy encantada cuando se hacen un traje parecido al mío".

MAUD LOTI, artista cómica, dice: "Me visto por todas las razones que he oído decir a mis colegas. Y por mí, porque me agrada estar a mi gusto. Por "un hombre" naturalmente. Para mi único amigo, que cree que es el solo, y porque cuando le miento, se lo cree todo".

VAN DOGEN, el extraño pintor holandés,
que ha retratado las mujeres ele
gantes, dice: "Las mujeres s
visten por ellas mismas y n
por las otras mujeres. Ellas sa
ben bien que los hombres no en
tienden la moda. Son incapace
de hablar de trapos durante ci
co minutos, y cuando hacen u
cumplido a una mujer sobre
traje que lleva, es porque, sie
do hombres de mundo, ha
aprendido de memoria una fr
se que repiten como loros. L
mujer se viste, a veces,
para desvestirse".

"CARAS Y CARETAS" EN NECOCHEA

SEÑORITAS DE TEZANOS ORTIZ.

SEÑORITA RITA JERUSHANNI.

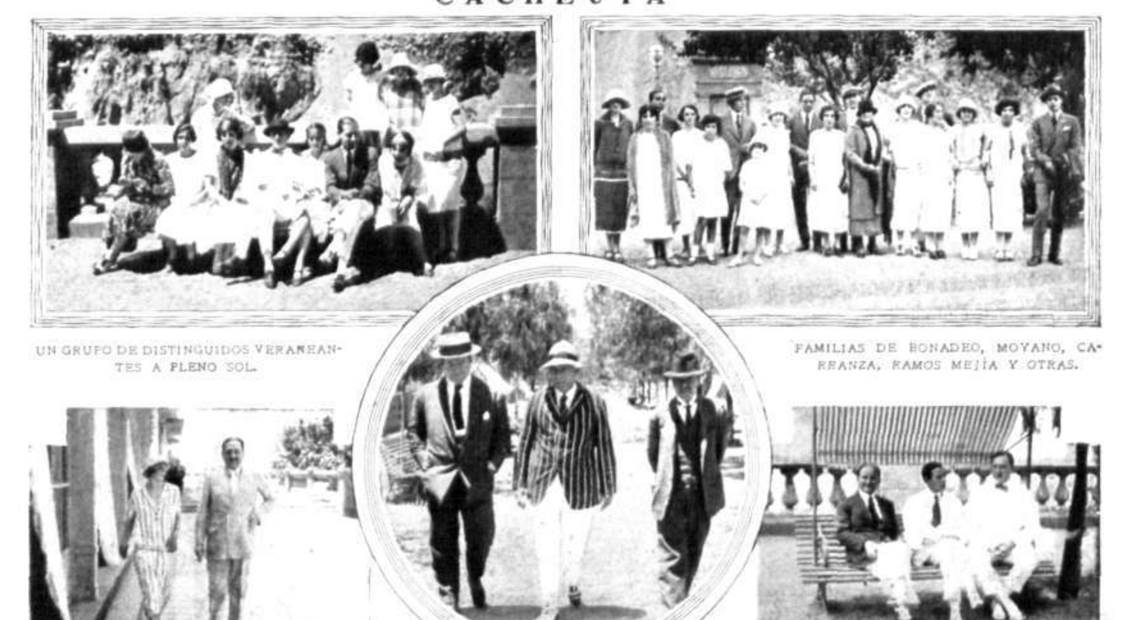
NIÑOS DE DEL VALLE.

ASPECTO GENERAL DE LA PLAYA.

LA RAMBLA A LA HORA DEL APERITIVO.

SEÑORITA EMMA LOGNO

CACHEUTA



UN GRUPO DE DISTINGUIDOS VERANEANTES A PLENO SOL.

FAMILIAS DE BONADEO, MOYANO, CARRANZA, RAMOS MEJÍA Y OTRAS.

SEÑORITA DE LAGOS Y DOCTOR AVELLANEDA.

LOS DOCTORES MELO, ENCINA Y LÓPEZ GÁLVEZ, POLITIQUEANDO.

DOCTORES NUCCI, CORBALÁN Y CABALIER.

LOS BALNEARIOS DE MODA

CARHUE

SEÑORA DE MAGANZ E HIJA.

SEÑOR SAMUEL BERNER Y FAMILIA.

CONTRASTE DE BLANCO Y NEGRO...

SEÑORA MARGARITA F. DE BLAKE.

PUENTE DEL INCA

UN ALTO A 3.500 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR.



DESCANSANDO EN LA SIERRA.





EXCURSIÓN A LAS CUEVAS, ESTACIÓN TERMINAL.

ALTA GRACIA



SEÑORAS Y SEÑORITAS DE L[illegible] BERNER Y



DOCTOR SUÁREZ PINTO Y



EN LA TERRAZA DEL HOTEL, ADMIRANDO EL



¡Quiero una muñeca, una cuna y una mamadera!

EL DOLOR DE LOS NIÑOS

NADA hay tan desalentador como el espectáculo de un pequeño enfermito que os mira con sus ojos empañados de vaga tristeza, y cuyos débiles miembros han perdido la vivacidad y el movimiento de los graciosos ademanes infantiles. Pues parecería como si la vida entera de los niños se trasuntara en sus ojos inquietos, en sus brazos y en sus

Una enfermita que ya se alimenta gracias a los tiernos cuidados que se le dispensaron.

¡Mi mamita vendrá hoy!

En el fondo de cada enfermera del Hospital de Niños hay una madre y conmueve el altruísmo de estas mujeres para quienes cada enfermo es un hijo...



Este aparato, exclusivo del gran establecimiento, corrige las deformaciones de la naturaleza y es empleado con un éxito decisivo.

Bajo las caricias del sol los pequeños convalecientes van recuperando los colores de sus mejillas.

piernas jamás en reposo. La lucha contra el dolor de los niños, emprendida diariamente por los médicos del Hospital de Niños de la capital, es uno de los puntos que más directamente ataca la emotividad del ser adulto. La ternura y los sacrificios de esos médicos solo los conocen los padres atribulados para quienes la figura del médico es como la de un dios benévolo que ha de conjurar los peligros.

El director del hospital de Niños, doctor Alfredo Larguia, el director, doctor Alberto M. Marque, y los médicos internos, doctores Ambrosetti y Rebizo, fotografiados en el momento de iniciar su recorrida diaria por los distintos pabellones.



El escritor don Vicente Blasco Ibáñez rodeado por don Miguel de Unamuno, Mariano Alarcón, Corpus Barga, Eduardo Ortega y Gasset y Joaquín Luna, la víspera de su viaje aéreo por España con fines de propaganda política.

DETRÁS DE LOS PIRINEOS

Baroja describiría admirable y gustosamente esta vida de café parisiense, donde ha reverdecido aquella vieja época de los emigrados españoles. Don Miguel de Unamuno, Blasco Ibáñez, Santiago Alba, Eduardo Ortega y Gasset y otros hombres representativos, han levantado su campamento en Francia, con una franqueza pocas veces vista. Juraron luchar por la España de sus ideales.

Aquí sus acciones y sus gestos preocupan a la opinión pública, porque casi todos los hombres que indico llevan sobre sí el título de desterrados políticos.

El gobierno militar del general Primo de Rivera, los asuntos de Marruecos, la tornante actitud de las figuras monárquicas españolas, han desplazado, por un juego propio, a estos hombres de pensamiento de su patria natal. Hoy es en el rincón de un café de artistas de Montparnasse donde hierve la oposición republicana y es dentro de esa caldera que evoca los tiempos de Quintana o de Espartero, caldera de románticos, en que se elabora el órgano nervio de la idea republicana española. Unamuno (figura central de esta tertulia donde se conversa y trabaja), de cuyos labios surgen siempre originales las ideas y las frases candentes. Eduardo Ortega y Gasset, en otro rincón del café, persuade a un contradictor.

Blasco Ibáñez atrae, con su voz gruesa y su entusiasmo, la atención de los parroquianos. Las figuras de varios políticos conocidos, hoy expatriados, sobresalen por su edad entre un apeñuscamiento de hombres jóvenes, de estudiantes y de obreros que interrumpen su labor para beber en la fuente rebelde la fe y la gracia de los constructores políticos que quieren para España días gloriosamente democráticos.

Por entre este grupo discurre el cronista inquiriendo pareceres, admirado ante el renacimiento de escenas semejantes a las leídas en los libros.

El café montparnasian es actualmente una nota de actualidad parisiense que se une a mil notas originales.

El fotógrafo va a trabajar para la Historia. Un fogonazo y una sacudida de magnesio. Y los parroquianos que asisten desde lejos al conciliábulo de republicanos, creen que una revolución acaba de estallar.

A R G U S

El comité de redacción de "España con honra" se reune en "La Rotonde", café de artistas de Montparnasse, para preparar el periódico y estudiar la forma de introducirlo de contrabando en territorio español.

ESPAÑA CON HONRA

¡CRUZADA!

MARRUECOS

El periódico de los republicanos emigrados.

Galería del Turf



SOSPECHOSA

POR SAINT WOLF Y SOLICITUD

ESTA excelente defensora de la ecurie Círculo de Armas, invicta hasta la fecha, ha ganado, desde su debut en la reunión del 1.º de noviembre de 1924, las siguientes carreras: Premio Omega, 1.600 metros, por cuatro cuerpos en 1.37 3/5; Premio Tingel, 1.600 metros, por un cuerpo y 3/4, en 1.39; Premio Clásico Omega, 1.600 metros, por media cabeza, en 1.38 2/5; y Premio Clásico Ocurrencia, 1.600 metros, por un cuerpo, en 1.36 2/5.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

General JOSÉ S. GARMENDIA

por Macaya

Militar de sólidos y grandes prestigios en nuestro país, goza de unánimes simpatías merced a sus dotes de caballerosidad, siendo una de las figuras más tradicionales de nuestro ejército. El movimiento iniciado con el propósito de que se le ascienda al grado de teniente general, ha encontrado en todas partes un eco de amplio apoyo, pues ello significaría premiar en forma merecida su larga y brillante labor en pro de la institución armada de la Nación.

ACTUALIDADES

EL PRIMER TEAM DE BOCA JUNIORS A EUROPA

ENTUSIASTA E IMPONENTE MANIFESTACION DE DESPEDIDA



Américo Tesorieri, goal-keeper.



Ludovico Bidoglio, back.



Ramón Mutis, back.



Mario Busso, centro-half.



Carlos Artraygues, forward.



Dante Pertino, forward.



Domingo Tarascone forward.





Parte del público que acudió a la Dársena Sur a despedir al cuadro campeón del año 1924 de la Asociación Argentina. Fué una inolvidable demostración a los footballers viajeros, pues se calculan en veinte mil las personas que hicieron acto de presencia en el momento del embarque.

Antonio Cerrotti, forward.



Segundo Medici, half-back.

Alfredo Carasini, forward.



Carmelo Pozzo, forward.



C. A. BOCA JUNIOR'S

SECRETARIA.

BRANDSEN ESQ. DEL CRUCERO

Los dirigentes y foot-ballers del "C. A. Boca Juniors", en viaje hacia la madre patria, saludan por intermedio de la gran revista CARAS Y CARETAS *al pueblo argentino.*





Cesáreo Onzari, forward.



Luis Vaccaro, half-back.



Autógrafo de los jugadores dedicado a "Caras y Caretas", y obtenido en el momento de la despedida.

Manuel Seoane, forward.



[illegible] goal-keeper.



Adelio Cariboni, delegado.



Alfredo Elli, capitán.

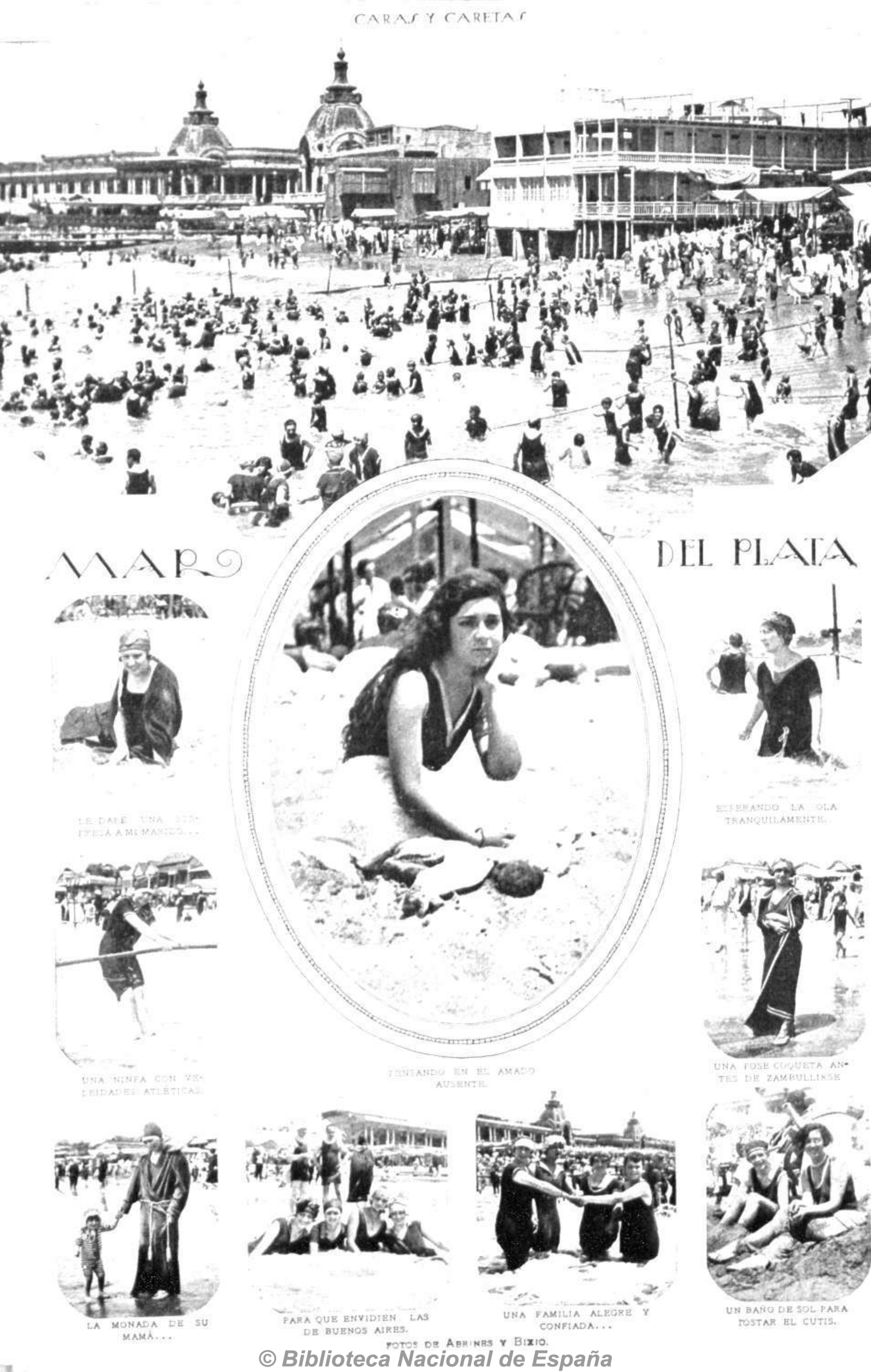


Vicente Decap, delegado.



Roberto Cochrane, back.

MAR DEL PLATA



LE DARÉ UNA SORPRESA A MI MARIDO...

ESPERANDO LA OLA TRANQUILAMENTE.

UNA NINFA CON VELEIDADES ATLÉTICAS.

PENSANDO EN EL AMADO AUSENTE.

UNA POSE COQUETA ANTES DE ZAMBULLIRSE

LA MONADA DE SU MAMÁ...

PARA QUE ENVIDIEN LAS DE BUENOS AIRES.

UNA FAMILIA ALEGRE Y CONFIADA...

UN BAÑO DE SOL PARA TOSTAR EL CUTIS.

FOTOS DE ABRINES Y BIXIO.

CON EL GOBERNADOR DE BUENOS-AIRES
Dr. José Luis Cantilo

A PROPÓSITO DE UNA INTERVENCIÓN



ESTA época aplastante de calores no es muy favorable a las noticias sensacionales en materia política. Pero hay ocasiones en que es necesario revolver un poco la olla, y puesto que éste es el siglo de la publicidad, y la propaganda preside todas las actividades humanas y no humanas, los espíritus avisados no se andan por las ramas con tal de producir un poco de estrépito, aunque transitorio y fugaz, alrededor de un asunto que revolucione el avispero sosegado por la temperatura asaz elevada.

La noticia, echada a volar con bombos y platillos, de una intervención a la provincia de Buenos Aires, causó una enorme sensación en nuestros círculos políticos. Anunciada así de pronto sin previa preparación, sin que corrieran esos vagos rumores a «sotto voce» que son siempre los precursores de las graves determinaciones de acciones decisivas, toda clase de comentarios nacieron entre el público ignorante de los entretelones de la política.

La figura del gobernador de la provincia, doctor José Luis Cantilo, atrajo todas las miradas, y el anuncio de la sensacional nueva tuvo la virtud de reconcentrar en su activa y brillante administración pública los ojos inquisidores de la opinión independiente... y no independiente.

Cuando penetramos en su gran casa señorial de la capital federal un poco de inquietud nos escocía el ánimo. A pesar de la proverbial amabilidad del gobernador, temíamos que el asunto a tratar en nuestra entrevista le hiciera abandonar su conocida actitud benévola.

Sin embargo, a las primeras palabras nuestros temores profesionales se disiparon con la rapidez de una nube de verano. El doctor Cantilo es siempre afable, y, seguramente, no habrá contratiempo capaz de variarle el carácter.

La pregunta tan temida salió como un tiro, acompañada por una sonrisa que quiso llevar toda la candidez del mundo.

—¡Ah, sí! La intervención. Estoy completamente tranquilo al respecto. No creo que pase de ser una noticia exagerada nacida en círculos interesados, pues es imposible evitar la existencia de seres descontentos. Y le digo que estoy tranquilo porque no hay razón seria para una intervención. ¿Ha notado usted que no se han dado los motivos que fundamentaran el envío de la intervención? Eso es un signo importante.

—¿Su visita anterior al presidente tiene algo que ver en este asunto?

—Absolutamente nada. Visito al presidente, por razones de cortesía y amistad, hace más de dos años. También suelo almorzar muy a menudo con el doctor Alvear, a quien me une una cordial camaradería. Imagínese si el primer magistrado no me hubiera puesto en antecedentes en caso de haber algo sobre intervención. Pues el doctor Alvear es un hombre de una sola pieza.

—¿De modo, entonces, que?...

—Puede usted anticipar a los lectores de CARAS Y CARETAS esa «primicia» — añade, sonriendo, el gobernador. — La provincia es demasiado grande, existen demasiados intereses creados para que se pueda de pronto, sin más, llevarse todo por delante. Le repito muy seriamente que esos rumores de intervención han nacido en círculos interesados, ajenos por completo a S. E. el presidente de la república. Y tan es así, que ya ni se habla de ello.

Claro está que la entrevista había terminado. Así lo comprendimos, pero la amabilidad del doctor Cantilo llegó, en máxima gentileza, hasta hacernos un interesantísimo resumen de la obra de su actual gobierno.

CARLOS PONSE

Centenario del Tratado Comercial con Inglaterra



El ministro británico, sir Beilby Francis Alston, acompañado por las más destacadas personalidades de la colectividad al salir de la presidencia, después de haber presentado sus saludos al primer magistrado con motivo del centenario de la firma del tratado de Comercio.

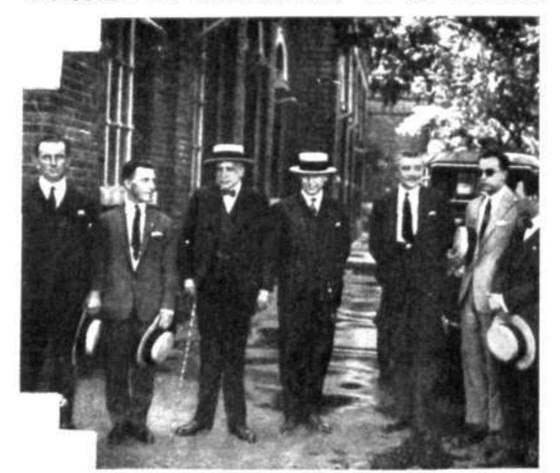
En el Club de Flores





Distinguidas señoritas del aristocrático "Faubourg", que participaron de la amable fiesta organizada por las autoridades de la prestigiosa institución social al distribuirse los premios a los ganadores del concurso deportivo.

Personal del Observatorio de las Orcadas



En el transporte nacional "1.° de Mayo" partió el personal del Observatorio Metereológico que va a relevar al que se encuentra actualmente en las islas Orcadas. El ministro de Agricultura, doctor Le Breton acudió al puerto para despedirle.

Fusión del football argentino



El intendente municipal, doctor Noel y dirigentes de la Asociación Argentina de Football y Asociación Amateurs, reunidos en el despacho de la Intendencia, donde fueran convocados por nuestro Lord Mayor, para tratar definitivamente el discutido asunto.

NOTAS GRAFICAS



Fiesta infantil que tuvo lugar en casa de los esposos Ballesteros con motivo de festejar el padrinazgo presidencial de su séptimo hijo varón.



El doctor Montes de Oca y otras personalidades del comercio que acudieron al lunch con que se celebró la inauguración de las grandes destilerías de petróleo instaladas en Puerto Rosario.

En el Club Náutico de San Isidro

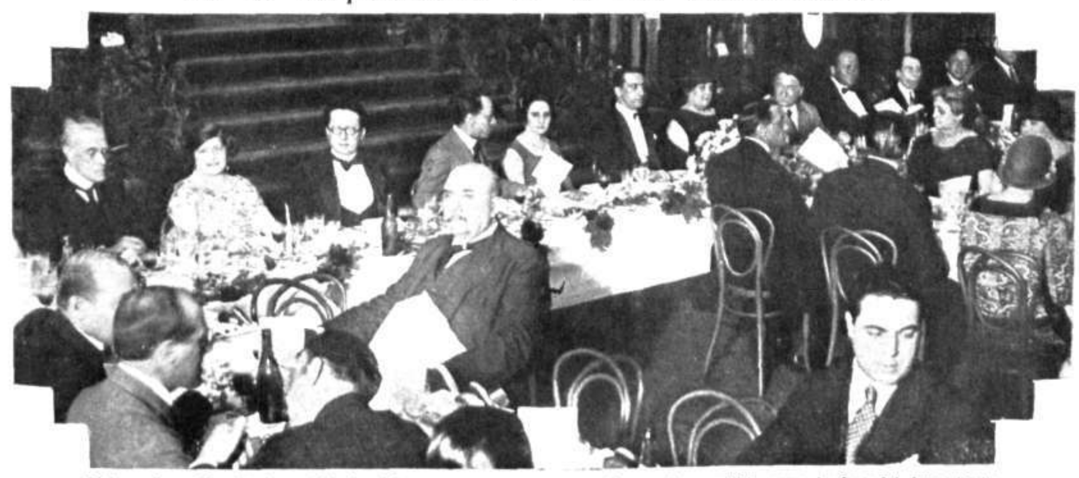






Grupos de conocidas familias de la localidad y de la capital que asistieron al te danzante organizado por una comisión de damas con fines de caridad y el cual transcurrió en medio de un animado ambiente.

En la Exposición de Artes Industriales



El Intendente Municipal presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por la comisión organizadora del importante certamen industrial, festejando el lisonjero éxito alcanzado por la tan importante muestra de trabajos artísticos e industriales.

DE ROSARIO

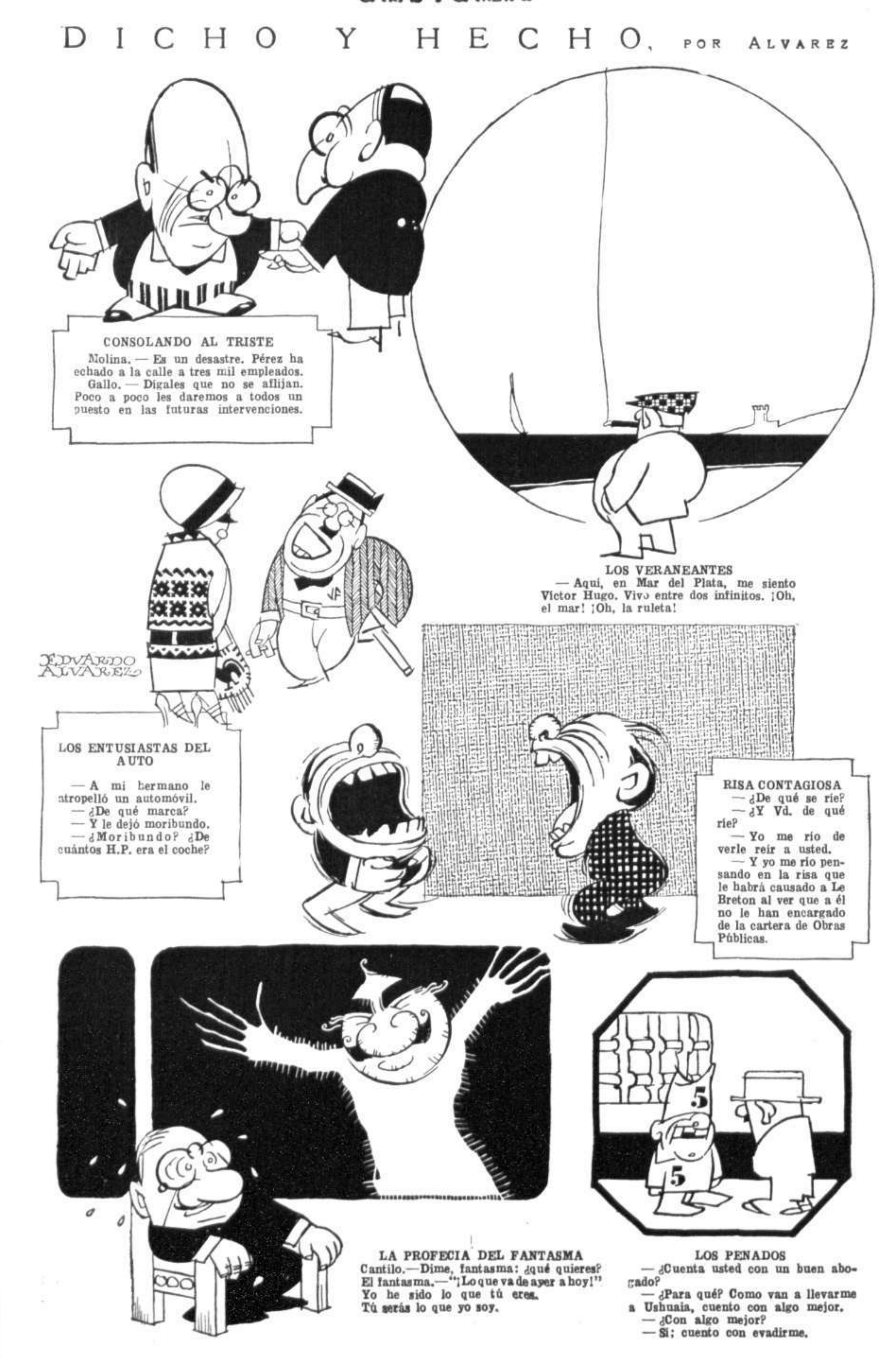


El doctor Giménez, pronunciando su oración fúnebre durante el sepelio de los restos de la señorita Juana Blanco, presidenta y fundadora del Colegio de la Infancia Desvalida; benemérita dama cuyo deceso ha sido muy lamentado.



Los magistrados judiciales rosarinos efectúan todos los años una visita a los establecimientos penales de la ciudad. He aquí a los doctores Paretto, Díaz Guerra, Lassaga, Pedroni y Tasada en el patio de la Penitenciaría.

FOTOS DE ARROYO, BELL, PALERMO Y CHIAVAZZA


CARAS Y CARETAS
DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ
CONSOLANDO AL TRISTE
Molina. — Es un desastre. Pérez ha echado a la calle a tres mil empleados.
Gallo. — Dígales que no se aflijan. Poco a poco les daremos a todos un puesto en las futuras intervenciones.
LOS VERANEANTES
— Aquí, en Mar del Plata, me siento Víctor Hugo. Vivo entre dos infinitos. ¡Oh, el mar! ¡Oh, la ruleta!
EDUARDO ALVAREZ
LOS ENTUSIASTAS DEL AUTO
— A mi hermano le atropelló un automóvil.
— ¿De qué marca?
— Y le dejó moribundo.
— ¿Moribundo? ¿De cuántos H.P. era el coche?
RISA CONTAGIOSA
— ¿De qué se ríe?
— ¿Y Vd. de qué ríe?
— Yo me río de verle reír a usted.
— Y yo me río pensando en la risa que le habrá causado a Le Breton al ver que a él no le han encargado de la cartera de Obras Públicas.
5
5
LA PROFECIA DEL FANTASMA
Cantilo.—Dime, fantasma: ¿qué quieres?
El fantasma.—"¡Lo que va de ayer a hoy!"
Yo he sido lo que tú eres.
Tú serás lo que yo soy.
LOS PENADOS
— ¿Cuenta usted con un buen abogado?
— ¿Para qué? Como van a llevarme a Ushuaia, cuento con algo mejor.
— ¿Con algo mejor?
— Sí; cuento con evadirme.

TRUC FOTOGRAFICO DE CARAS Y CARETAS



TRUC HASTA POR AHI NO MAS. SE TRATA DE UNA FOTO CASI AUTENTICA, TAL VEZ ANTERIOR A LOS PROYECTOS INTERVENCIONISTAS. DOS PULGARES HISTORICOS SEÑALAN FAMILIAR Y PICARESCAMENTE AL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES, SUBRAYANDO UNA BROMA. ¿QUE DIJERON EN ESA OCASION EL PRESIDENTE Y EL MINISTRO DEL INTERIOR? ¿POR QUE SE REIA EL DOCTOR CANTILO?

CRONICA POLICIAL



Fuga de un león



Debido a un descuido del personal, uno de los leones del circo Sarrasani se escapó de su jaula y se dispuso a emprender un paseito por las calles de la ciudad. Como es natural, la presencia del "terrible" animal llevó una considerable alarma por los contornos, pero inmediatamente se organizó una "cacería" que dió por resultado la captura del "comedor de hombres"...

Rotura de un caño de aguas corrientes



A causa de una explosión subterránea, rompióse un caño máximo en Paseo Colón a la altura del número 1159. La salida de las aguas, que se produjo con gran fuerza, inundó una gran extensión de dicha calle. Al querer alejar a unos menores el oficial de policía Arias, que aparece en la fotografía, sufrió un accidente, pues costaló el caballo que montaba, fracturándole una pierna.

Importante incendio de un depósito





En el depósito de papel, existente en la calle Almafuerte 49 al 53, estalló un violento incendio que destruyó todas las instalaciones de establecimiento, ocasionando pérdidas por valor de 120.000 pesos. Tras una ardua tarea, los bomberos lograron reducir al voraz elemento

Drama originado por los celos



Consuelo Salgado, muerta



Patricio Carcas, homicida y suicida.

Consuelo Salgado, española, de 36 años, caminaba con José Reigosa por la calle Paraguay a la altura de Río Bamba. De pronto, Patricio Carcas, español, chófer, de 33 años, que se hallaba recostado contra un árbol, desenfundó un revólver e hizo tres disparos contra la pareja, hiriendo mortalmente a Consuelo y gravemente a Reigosa. De las averiguaciones policiales, resulta que este drama fué originado por los celos, pues Consuelo y Carcas habían mantenido anteriormente relaciones amorosas.



José Reigosa, herido gravemente.

Alevoso homicidio



Adela N., causa inconsciente del drama.

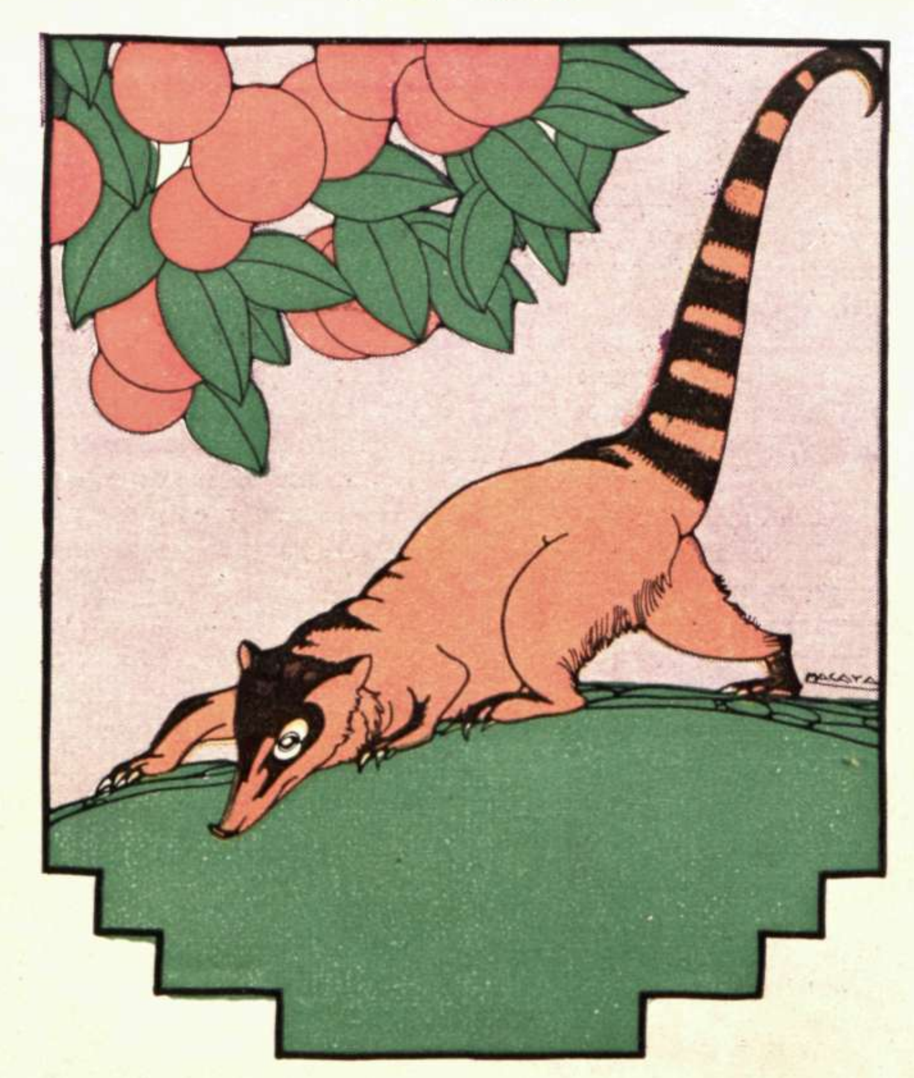


Balbina Rebecchi, herida.

Un hombre impulsivo, que creyó vengarse de un supuesto agravio, cometió un crimen feroz en la persona de un obrero laborioso y honesto, llamado Domingo Varela. Luis Piñeiro, el criminal requirió de amores a Adela N. la cual le rechazó y como el enamorado creyera que ello era a causa de su vecino Varela, lo provocó a una riña matándolo de tres puñaladas. La niña Balbina Rebecchi que quiso detener al homicida recibió un tajo en una muñeca. Varela se presentó espontáneamente en la seccional.



Luis Piñeiro, homicida.



EL COATI

El coatí es un animalito tan alargado de cabeza como de cola, y con ambas arqueadas hacia arriba; que posee un grito de pájaro, agudo y precipitadísimo, y a quien la curiosidad devora vivo.

No hay cosa, en efecto, a que no lleguen el hocico y los dedos del coatí. Por ver lo que hay adentro, es capaz de atarearse en abrir un horno a mil grados. De diez libros a su alcance, y uno de ellos prolijamente embalado para el correo, sólo le interesará este último, y escarbará su cubierta y bajo cubierta, hasta dejarlo al desnudo y con todas las hojas arañadas, pues algo podía haber entre ellas.

El que nosotros tuvimos poseía, fuera de su diabólica curiosidad, un extraño afecto a los hombres — no a las mujeres — a causa de haber sido criado en brazos por un hombre de monte.

El coaticito no había llegado a conocer a su madre. Calor, mimos, alimentación, todo debíalo a aquel hombre solitario, que había sido padre, madre y compañero de in-

fancia del coatí. De modo que ya crecido y en nuestro poder, sus afectos nativos y de sangre, por decirlo así, eran para los hombres. Aceptaba de buen grado las caricias de las mujeres; pero apenas se aproximaba un hombre, tendíale en seguida los brazos.

Tutankhamón (tal nombre le habían dado los chicos), era el candor mismo respecto de los peligros de la vida. Coatí y perro, nadie lo ignora, son polos antagónicos en la existencia. Tutankamón ahuyentaba a los perros que roncaban a su alrededor, lanzándose... a jugar con ellos.

Su sangre era la del hombre, y no otra. Reservaba su antipatía más viva para una piel de coatí que rodaba por casa y que olfateaba sin tregua, hundiendo duramente su hocico por todos lados, hasta arrancarle los pelos, tal como si aquella piel hubiera pertenecido al más grande enemigo de su especie. Comía cuanto es posible comer. Fuera lo que fuera, esperábalo en dos patas. Su gran amor eran las naranjas, que raspaba y raspaba velozmente con sus uñas, hasta abrirlas. Pero si se las dábamos cortadas, las raspaba lo mismo.

A cualquier hora del día que pasáramos por su casilla, estaba dispuesto a dormir un rato en brazos. Si no lo alzábamos, trepaba igual hasta el pecho, e instantáneamente se moría allí de sueño.

Sueño de mimo, por lo demás, pues nunca sus manos quedaban más de un momento quietas: los bolsillos constituían una tentación demasiado viva para él.

Así, los cigarrillos que cargaba en el bolsillo de la camisa sufrían del contacto con el coatí. Al rato de quedarse dormido, abrazado a mi cuello, yo sentía la silenciosa mano de Tutankhamón en el bolsillo, bien que sus ojos continuaran beatamente cerrados. Reprochábale yo entonces su mala acción, su abuso de confianza, con discursos que él entendía perfectamente, estoy seguro, a juzgar por su inmovilidad de vergüenza y pesadumbre. Pero en tanto que yo le hablaba aún, veía sus ojillos adormilados echarme una mirada de reojo, mientras su mano ascendía otra vez despacio hacia los cigarrillos.

Nuestro coatí no fué víctima de su curiosidad, pues vive aún, aunque alejado de nosotros. Sé, no obstante, de otro coatí que sufriendo de un tumor en el vientre, abrió él mismo el abceso con las uñas, mostrándose al parecer contento del resultado, pues no se preocupó más de aquél.

Pero como, sin duda, le escociera la cicatrización, recurrió de nuevo a las uñas, escarbando y escarbando por dentro, hasta retirar algo por la herida.

Enardecida entonces su curiosidad, escarbó y escarbó sin cesar, hasta vaciar completamente su vientre sobre el piso; con lo cual quedó por fin satisfecho, y muerto.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA

EL VIAJE IMPOSIBLE

Ilusión de partir bajo de las estrellas
sobre el mar infinito, sin temor de volver,
como las blancas aves, como las ¡nubes bellas!,
de espaldas a la noche, frente ¡al amanecer!...

Tal vez en el Oriente, maravilloso y puro
hallaremos el signo que el misterio devele,
y el trágico dualismo de nuestro ser obscuro,
en la Unidad integrado, por siempre se consuele.

Más en vano se intenta revivir el segundo,
no es el sitio, es la vida la que el amor agota,
más allá de las olas, en el cabo del mundo,
tu tristeza te aguarda en la playa remota.

Vivimos del pasado, la muerta juventud
luce como el espectro de la rosa en un vaso...
no vuelvas a tocarla con manos de inquietud,
pues caerán, sombra y polvo, sus pétalos de raso.

FERNAN FELIX
DE AMADOR

DIBUJO DE BONOMI







La

Vestido compuesto por un largo delantal, adornado por pequeños grupos de plegados. "Echarpe" y puños de piel. Ulttima creación de Martial y Armand.

Este vestido, simple y elegante, de llamativo cordoncillo enrroscado y dibujado, modela las formas armoniosamente. Creación Alice Bernard.





Moda

Los originales volados de este traje son su peculiaridad y dan a la pollera un aspecto novedoso. Se confecciona en "crepé marocain" impreso.

Encantador vestido de noche con pollera amplia y adornada con un alto borde de plumas de gallo. Hace una silueta delicadísima. Creación de Redfern.

Los Fondillos Rotos



Por Edmundo Montagne

En la época del disgusto con él, Ponciano, como su madre doña Agustina, como su hermana Leandra, se referían a Clodomiro de la Vega con ironías. Leandra lo hacía a su pesar, por seguir a los otros. Llamaban a Clodomiro de la Vega, el conde o el grande de España.

Por eso ríen ahora las dos mujeres, después de haberse emocionado con lástima y protestas. ¡Los fondillos del conde están gastados! ¡Muestran el blanco de las ropas menores! Ponciano les dió la noticia esta mañana, después de haber salido Clodomiro. Hace tres días que Ponciano ve cómo se las compone su amigo para disimular aquello. Se vale de una corbata negra y un par de alfileres de gancho..., precisamente los dos alfileres que doña Agustina ha notado de menos en su acerico.

— ¡Qué muchacho! Pero, ¿Por qué no hablar? ¿por qué no decirlo?

— ¿Decirlo él, mamá? ¡Cómo se ve que no concluye usted de conocerlo!

— Lo conozco de sobra: un orgulloso tonto.

— No, mamá: Ponciano dice bien: la arrogancia de Clodomiro está llena de humo dorado. Y nada más.

— Pues... es una arrogancia que se le irá toda por los fondillos, y se quedará sin pantalones y sin arrogancia.

— ¡Cómo es usted!

— ¡Hija! ¿Me querrás convencer de que alguien deba tener vergüenza de que su ropa se le gaste? Es mal orgullo y no otra cosa que mal orgullo. Y si no, no hubiera olvidado a Ponciano cuando



el famoso banquete.

—¡Ya salió lo del banquete! A Ponciano sólo no olvidó: olvidó también a Melchor Cández, a Sinesio, que vinieron inmigrantitos con él, fueron cadetes de la misma tienda y lo sacaron de apuros muchas veces.

—Pues me das la razón, muchacha.

—No se la doy, mamá. Clodomiro es una criatura. Está embriagado de grandeza, como el niño que disfruta anticipadamente de la alegría de una fiesta.

—¡Vaya! Y a él la fiesta se le aguó. Y aquí lo tenemos, al grande de España..., ¡sin pantalones! Por lo demás, hija, ya sabes que no quiero mal a Clodomiro. No necesita de títulos ni riquezas para ser, como es, un cumplido caballero. Mentiría si dijese que he conocido mozo más prudente.

Leandra no escucha la retahila de elogios con que su madre levanta los cargos anteriormente hechos. No la escucha desde que dijo: «a él la fiesta se le aguó». Porque la madre no imagina cuán grande verdad dijo.

Doña Agustina y su hija al par que cosen, piensan cada cual por su cuenta en Clodomiro de la Vega.

Doña Agustina teme ver mal pagadas las bondades de su hijo Ponciano. Clodomiro ha logrado un empleíto en un diarucho: sesenta pesos y entradas de teatro. «Cuando prospere, piensa, subirá otra vez su orgullo como leche hervida. Y se repetirá lo del banquete. ¿Qué me vienen a mí con que no tuvo mala intención? El caso es que los desairados sufrieron como si la hubiese tenido. Ponciano no era olvidado por Clodomiro cuando éste, con los versos que mi hijo le hacía, se daba tono en casa del señor Montescos. El señor Montescos buscaba la amistad de mi hijo y no la de él; pero como Ponciano no andaba listo, Clodomiro se metió y el pudiente le dió el puesto en la revista «El Globo» y otras comisiones pingües. Se creyó él también un poderoso, se buscó un pretexto, como dice mi hijo, para viajar por Europa, y dándose él mismo un banquete de despedida, convidó a gente espectable, apenas conocida por un saludo: magnates, sabios, un ex ministro y catedrático famoso...» «¡Hacer eso un muchacho como él! — me dice Ponciano. — ¿No ve que estaba loco, mamá? Cómo quiere que se acordara un solo momento de nosotros, sus amigos de siempre?» Me lo dice y repite: «Estaba loco» Temo... Dios me perdone... que siempre haya estado y siga estando así. Aunque, a decir verdad, hoy por hoy no lo parece. ¿Cuánto tiempo quedará con nosotros? Se muestra agradecido a los cuidados de Ponciano. «Venme a ver — le escribió hace dos meses. — Me encuentro enfermo y solo». Mi hijo se sorprendió de aquella carta; fué... y se me presentó de golpe con un de la Vega... ¡Dios nos ampare! Flaco, lleno de granos en el cogote, duro desde la rabadilla hasta la nuca dando gritos por no poder andar. «Clodomiro viene a vivir conmigo, mamá». Y aquí está desde entonces, y ha salido a flote gracias a las cosas raras de mi hijo: hidroterapia, comida vegetal, ejercicios. Lo que no me explico es que hubiese quedado tan solo, después de tanto brillo y grandeza. Sí, «El Globo» se fundió, ahí estaba siempre el señor Montescos...

Esto que no se explica doña Agustina, se lo explica, en cambio, acabadamente, Leandra. Ella había inspirado antes más que simpatía a Clodomiro. Algunas de sus amigas le daban bromas, aludiendo a esa relación que no se salía de lo correcto y corriente, pero que no sabían por qué, parecía otra cosa. Hasta Melchor Gández que con más claridad y decisión la pretendía, se retiró, juzgándose derrotado. Y en ese estado las cosas, le sale a Clodomiro la protección del señor Montescos, crecen sus humos, se cree correspondido por la hija del acaudalado, regresa de Europa con la intención de pedirla... y asiste al casamiento de la rica hija con un diputado. Asiste remordido, y se aleja despechado de la casa del señor Montescos. ¡Ah, ella, entretanto, Leandra; cómo había sufrido su desengaño! ¿Desengaño? No, era otra pena. Porque comprendía que Clodomiro había sido presa de un mareo: ¡el vértigo de las alturas! Ignoraba ella quién y cómo fuera la hija de Montescos; pero estaba segura de una cosa: que la cordial y profunda atracción que ella y Clodomiro se habían inspirado, no podía ser superada. Así es que nunca hizo caso a Nina, su prima hermana, que coqueteaba a Clodomiro. Nina decía, y sigue diciendo, que a Clodomiro de la Vega se le ocurrió cortejar a la hija de Montescos en vista de que ella lo despreció.

— ¿Oyes?

— Sí, mamá: es De la Vega.

Se había oído mover el picaporte y entrar a alguien. Clodomiro saluda desde el patio. Las costureras le contestan desde tras de los vidrios.

— ¿Se habrá ido a dormir? — pregunta al rato doña Agustina.

El silencio lleva a la señora hasta el comedor. Allí, sobre la mesa, Clodomiro ha dejado los periódicos. Los toma la señora, para darse una tregua enterándose de las novedades.

Descuidado, con ese su descuido de siempre, que es una condición más para que Leandra lo quiera, había olvidado Clodomiro entre los diarios una tarjeta fuera de su sobre. Era del señor Montescos. Clodomiro la había recogi-



CULTIVOS INDUSTRIALES: EL TÁRTAGO

En el cuadro general de nuestra producción agrícola escasamente figura este cultivo, que, como planta de clima templado y cálido se la explota solamente en las provincias de Corrientes, Entre Ríos, Tucumán y territorios de Misiones y Chaco; es en éste último donde adquiere mayores proporciones de extensión porque en Resistencia hay una fábrica de aceite que elabora sus semillas; en Tucumán también se iba a instalar una por lo que en la limítrofe de Santiago del Estero ha adquirido mayor importancia su cultivo.

El consumo no tan abundante que se hace del aceite de ricino, que solamente se emplea para usos medicinales y para lubrificante de maquinarias industriales, en la marina y en la aviación, hace que su producción resulte limitada; sin embargo, como trátase de una planta rústica, que no exige especiales ni mayores cuidados, y que ofrece, en su zona, copiosos rendimientos de un producto bastante bien remunerado, pensamos que su cultivo podría extenderse más en las zonas del norte, pues su resultado es seguro, porque ninguna plaga lo ataca, y su producto encontraría siempre fácil y remunerativa colocación en el mercado interno y en sus aplicaciones industriales.

El tártago o ricino (*Ricinus communis*) es una planta muy difundida en el mundo, especialmente en Asia, Africa, Oceanía y América; parece originaria del Africa central, aunque algunos autores opinan que proviene del Asia y precisamente de las Indias; introducida en los países situados en las costas del Mediterráneo, se ha extendido más tarde, y en Italia, en sus regiones meridionales, se reproduce ahora, con frecuencia, espontáneamente, en estado silvestre; lo mismo ocurre también entre nosotros, en Misiones y Paraguay se la encuentra también, en algunas partes, en este mismo estado.



Una linda plantación de tártago en la provincia de Santiago.

Esta planta es anual en zona templada, pero en zona tropical se vuelve perenne; su mismo desarrollo y altura están subordinados a esta condición, por lo cual en la primera es planta herbácea, que no alcanza mayor altura de un metro y medio o dos y en la segunda su tallo adquiere consistencia semileñosa y forma arbórea, llegando a tener hasta 4 y 5 metros de altura; su tallo único, o múltiple, dos o tres cuando más, es erecto, hueco y articulado, de color verde, glauco o rojizo, según la variedad; sus hojas grandes, alternas, de largos pecíolos, palmo-lobadas, con 6 a 9 lobos ovo-lanceolados, acuminados, dentados; sus flores dispuestas en inflorescencias terminales, en forma de racimos, con cimas multiflores; las superiores con flores femeninas pistilíferas, de color rojo vivo; las inferiores con masculinas, estaminíferas; hay también flores mixtas; el fruto es una cápsula, de cáscara fuerte y espinosa, que contiene tres carillas, con cada una una semilla oval, plano convexa, brillante, variada, de color ceniciento y pintitas obscuras y negras; su almendra blanca y tierna es rica en aceite.

Se conocen generalmente tres variedades de tártago: la común, de tallo y hojas verdes, semillas grises y fruto cubierto de espinas; el ricino verde del mismo color tirando a glauco, algo azulado, con hojas de lóbulos agudos y frutos con pocas espinas, a veces desprovisto del todo; y en fin, el ricino sanguíneo o rojo, con tallo, hojas y fruto de color rojo vivo y semillas obscuras rojizas; es esta variedad, la que tiene mayor difusión en el país por su rusticidad, por su adaptación y mayores rendimientos.

El tártago tiene, pues, en la Argentina, una vasta zona donde puede explotarse útilmente, pues en cuanto a clima viene bien donde da el maíz y respecto a suelos no es exigente, aunque prefiere, o da los mejores resultados en los sueltos, areno-arcillosos, profundos y homogéneos.

Su cultivo es de los más fáciles: se da una preparación general al suelo con una arada profunda y una buena rastreada y llegada la primavera, cuando han desaparecido los peligros de las heladas tardías, se procede a la siembra que se efectúa en hoyos pequeños como suele hacerse con los zapallos, con azada en líneas distantes dos metros por lo menos y a igual distancia los hoyos entre sí, en las líneas; en zonas donde adquiere esta planta mucho desarrollo, la distancia ha de ser mayor, hasta 3 metros o más; se echan dos semillas por hoyo, empleándose de 6 a 10 kilogramos por hectárea, según los casos; de las dos plantas nacidas se deja la más fuerte y se suprime la otra.

Los trabajos sucesivos consisten en tener limpio el suelo con carpidos frecuentes y en zonas donde resulta planta vivaz, donde puede durar de 3 a 5 años, se suele podarla de las ramas secas o inútiles, o bien cortar los tallos al pie para que retoñen nuevamente.

La maduración de los frutos es simultánea y la cosecha por tanto es gradual y sucesiva; cosechados los racimos se apalean o se trillan para separar las semillas de su cáscara; su rendimiento puede ser de 1.500 a 2.500 kilogramos de semilla limpia por hectárea, la que contiene del 40 a 60 por ciento de aceite.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

SODA

POMONA

BEBIDA SIN ALCOHOL

ES EL IDEAL

NOTA COMICA DEL



—¿Por qué llevará ese los pies para adentro?

—Para que no le pisen los callos.

De Isla Maciel

Fiesta campestre y banquete del Centro Patrones Panaderos de Avellaneda, celebrado para estrechar vínculos de solidaridad gremial.


MAPA
MUNDI
1924
Five O'Clok café.
A.R.



APOLOGÍA DE LAS MALAS NOVELAS



Los novelistas de pulido estilo y hondos análisis psicológicos están en todos los países indignados porque sus producciones, gloria de las letras, carecen de mercado, mientras las novelas policíacas y de aventuras se venden por millones de ejemplares.

En Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Austria, en todas las naciones de más desenvuelta curiosidad literaria, los escritores llamados serios y transcendentes van perdiendo el público que tenían, quedándoles sólo un grupo selecto que no alcanza a cubrir el costo de las ediciones. Los escritores, cuyo tema es la policía y los ladrones, logran, en cambio, hacer grandes fortunas con los partos de su imaginación.

El gran editor Robert Sutz, que tiene grandes casas de impresión en Stutgart y Viena, ha declarado que no es negocio editar a escritores tan exquisitos como Mann, Haupman y Arturo Schnitzer, literatos que, cual expertos buzos, bajan hasta los más profundos y tenebrosos abismos del proceloso mar de la psicología humana. Por el contrario, las copiosas ediciones de Otto Soyka y de Groller, se agotan al instante, no bien se lanzan a la calle. Lo mismo ocurre en Inglaterra con Conan Doyle. Y en cuanto a Francia, basta recordar el caso de Maurice Leblanc, el escritor actual más leído.

Leblanc sufrió durante veinte años una verdadera «vía crucis» para darse a conocer como escritor transcendente. Provisto de todas las armas de la psicología y del estilo, casi émulo de Flaubert, sus producciones, cuando lograba editarlas, caían como en un pozo situado en el desierto. Un silencio absoluto seguía a su aparición. El público no compraba arriba de una docena de ejemplares. La crítica permanecía muda. De la existencia de Leblanc, no tenía conocimiento más que su propia familia, un conocimiento, además deplorable, consistente en creer que no servía para nada. La familia juzga el valor de sus miembros, no por apreciación directa de sus méritos intrínsecos, sino por el rumor exterior del valor de sus obras.

Un buen día, Leblanc abandonó el transcendentalismo y todos los requilorios del estilo literario. Y para demostrar que también sabía hacer cosas banales y absurdas envió a la revista «Je sais tout» una novelita corta titulada «Arséne Lupin», que es hoy, según los literatos exquisitos (no participo de su opinión) la biblia del género disparatador. Cuando «Je sais tout» terminó la publicación, de todos los puntos de Francia llegaron a la revista millares de cartas pidiendo que el autor continuase la narración de aquellas aventuras. Leblanc estiró a tres volúmenes la novelita inicial, enriqueciéndose con la venta formidable que obtuvieron.

Y abandonó definitivamente el transcendentalismo, las honduras psicológicas y las inmaculadas purezas del estilo. A su primera novela de aventuras insólitas siguieron otras del mismo género, «Labios unidos», «Visión misteriosa» y no sé cuántas más. Descubierto el filón, la mina literaria de Leblanc es inagotable. Y tuvo al punto multitud de imitadores: Pierre Sale, Arístide Bonant, Georges Maldagne, Decourcelles, Menuvel y otros muchos que logran tiradas muy superiores a Anatole France, Bourget, Barbusse y demás autores transcendentalistas.

He leído no sé dónde, que los folletines de Maldagne en «Petit Parisién», han duplicado la circulación del popular diario francés. Las fantásticas patrañas de Maldagne tienen más lectores que las interpretaciones del tratado de Versalles, que también es, como se va viendo, una novela inacabable.

o o

Discurramos breve y someramente sobre este fenómeno literario.

El enojo de los escritores transcendentes por el éxito de la literatura latro-policíaca carece por completo de fundamento. Yo no creo que esta producción sea inferior a la de Kant, por ejemplo. Según Anatole France, la más abstrusa y honda filosofía no tiene más valor que los solitarios que sacan las viejas con los naipes cuando están aburridas y no tienen nada que hacer.

Los partos de un novelista transcendente no son más que combinaciones imaginativas, general-



— ¿Tienes dolor de muelas? ¡Yo me la haría sacar si fuera mía!
—¡Hombre, si fuera tuya también me la haría sacar yo!

mente tediosas. Sus disertaciones psicológicas no suelen tener más realidad que las novelas de Leblanc. La psicología no está a veces, más que en el psicólogo. Es una manera de no velar las sombras y movimientos fantasmales de su propio mundo subjetivo, independientemente de la realidad exterior y verdaderamente vital. Convierten en novela su propio y quieto ombligo, confundiendo su inercia con las rotaciones del Cosmos. La ornamentación, aderezo y requilorios del estilo no alteran esta verdad de fondo. Todo ello quizá no tenga más significación que un nuevo progreso del lenguaje y ciertas posibilidades desconocidas de las gramáticas anquilosadas que rigen los movimientos idiomáticos. Esto que digo en un rato de buen humor, quizá no sea, estéticamente, una horrenda herejía, como acaso crean los pichones del transcendentalismo.

El motivo central de las novelas latropolicíacas, tiene una realidad mucho mayor, o, por lo menos, más visible, que las novelas psicológicas. Este motivo se encierra en dos palabras: quitar el dinero a los que lo tienen. No puede negarse lo universal y evidente de este anhelo. De modo que, en punto a certera visión del mundo, Leblanc y sus colegas no son novelistas fantásticos, sino de una extrema crudeza realista.

Las fantasías e inverosimilitudes no son de fondo, sino de procedimiento; no están en el hecho básico, que es la tendencia humana al robo, como puede observarse en todo el comercio, sino en los accidentes, en los métodos para quedarse con lo ajeno. Pero de estas absurdidades en la manera de desenvolver los asuntos novelescos no están libres los escritores llamados serios, los novelistas pscológicos y filosóficos, que fantasean sobre los caracteres y las pasiones lo mismo que los novelistas de aventuras.

El poner frente a frente la policía y los ladrones, es lo más realista, humano y verdadero que puede intentar un escritor. Y no se puede negar a los novelistas de aventuras aquella poesía que dimana de todo movimiento generoso, ya que, constantemente, se ponen de parte de los ladrones y en contra de los polizontes. En tal sentido, los novelistas de aventuras, al hacer simpáticos a los ladrones, minan más las columnas de la sociedad que los mismos agitadores comunistas. Leblanc, con sus pintorescos rateros, ha llevado más fuertes ataques a la propiedad que Kropokin, Marx y Bakunin. Estos han exparcido doctrinas filosóficas que es muy difícil se conviertan en realidad, mientras que Leblanc, sin filosofar sobre el capital, enseña de una manera más o menos práctica la forma de introducirse en una casa burguesa y meter la mano en una caja de hierro o de un cofre fuerte y llevarse la plata y las alhajas.

El robo de joyas, de valores superfluos e improductivos, condenados por todos los economistas como riqueza substraída a la circulación, quizá no sea una acción condenable, ya que los rateros realizan una función social que los códigos prohiben ejecutar, pero que, en cambio, la filosofía, fundamento de las leyes, y las doctrinas sociales y económicas, reputan pernicioso que se tenga en piedras preciosas una cantidad de numerario inerte que estaría mejor invertida en fomentar el trabajo y la producción. No echo en olvido que los ladrones no convierten los brillantes robados en arados y trilladoras; pero, mientras los negocian y van pasando de mano en mano, vive de ellos mucha gente menesterosa. Además, la ganancia que procuran a los ladrones, sirve para perfeccionar los utensilios que han de abrir puertas, cajas y cofres, con lo cual progresa la cerrajería y, en general, la industria siderúrgica, la mineralogía, los altos hornos, etc. Por último, debido a los ladrones pueden vivir la judicatura, los tribunales, los abogados y la policía, todo ese vasto mundo curial que sostiene, comiéndosela, la institución de la propiedad.

La exageración y absurdidad de las novelas de aventuras no está en el asunto, que es mucho más lógico que los tópicos de los novelistas psicológicos y transcendentes, de estilo alambicado y primoroso. El macaneo no está, en fin, en la elección de la materia novelable, sino en suponer una enemistad terrible entre la policía y los ladrones, y en creer que son dos mundos morales en pugna irreductible. Ya Fouché, famoso jefe de policía, le aclaró en forma muy ingeniosa, este punto a Napoleón. Al protestar el emperador ante la petición de nuevos aumentos de sueldo a la policía de París, exclamó: «¡No veo la razón para nuevas elevaciones!» El jefe, Fouché, sin inmutarse, replicó: «Existe una razón fundamental: es necesario resarcir a la policía en dinero el desprestigio en que va cayendo».

Terminemos. Los novelistas de aventuras, o latropolicíacos, han planteado a la humanidad el más profundo de los problemas, el problema máximo, consistente en que el hombre se decida por uno de estos dos programas: la pobreza honrada, o el robo impune. Todas las honduras psicológicas de los novelistas transcendentes son fruslerías al lado de este formidable problema.

Cierto que lograr la impunidad cuesta muchísimo trabajo, como puede observarse en los relatos de los novelistas de aventuras; pero no es menos trabajosa, sino muchísimo más, la pobreza honrada. Después de todo, el ladrón no tiene que luchar más que con la policía, mientras que el pobre honrado ha de bregar con todas las formas de robo legal que imperan en el mundo, es decir, con toda la humanidad...

El cliente (disgustado): — Hace algún tiempo compré aquí el medicamento para el pelo y vea usted mi cabeza: el ¡resultado es nulo!
El peluquero: — Pero caballero: ¿quién le dijo a usted que se diera las fricciones en la barba?...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

De Lanús





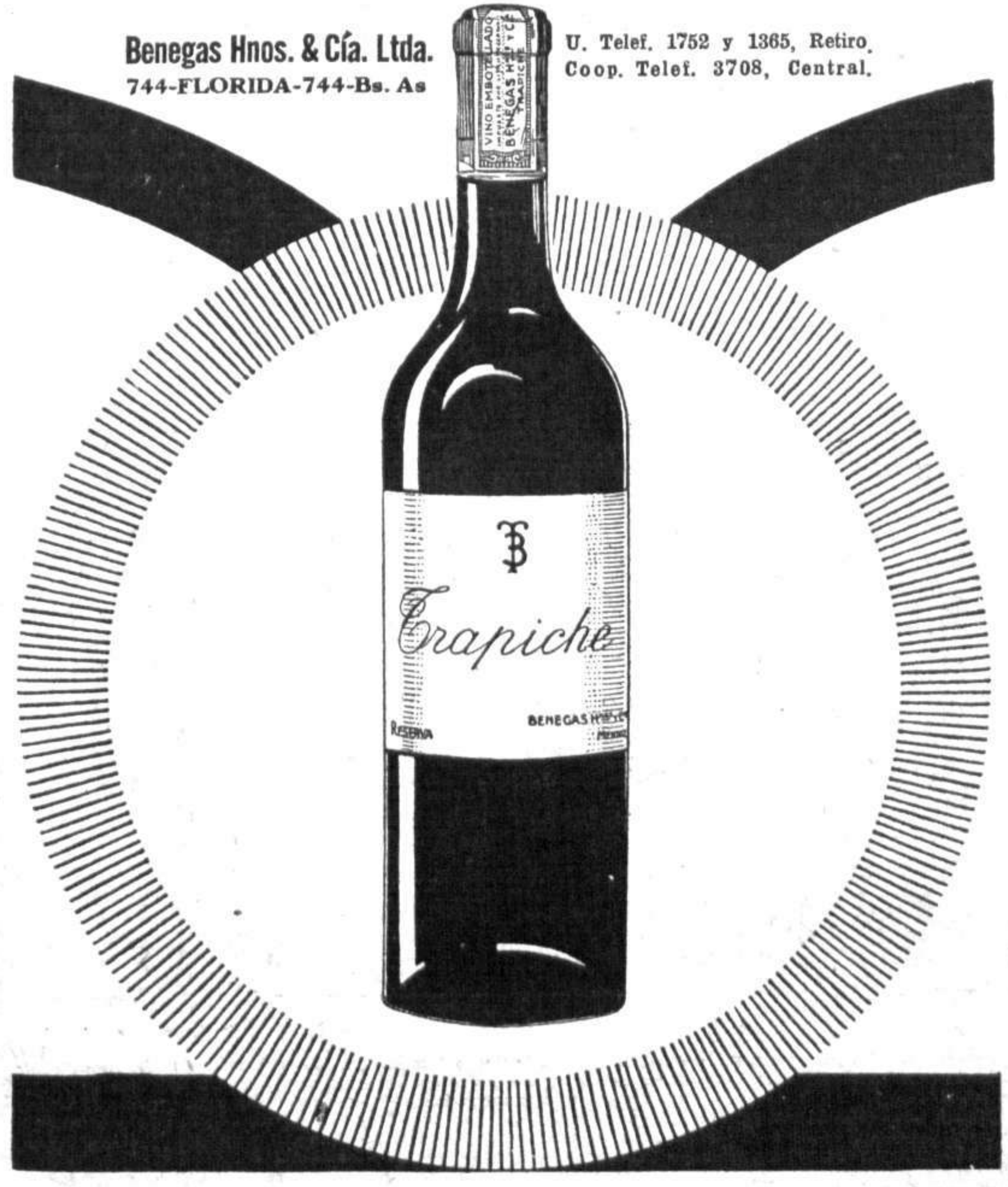


La Comisión mixta organizadora del festival. Jóvenes aficionados que prestaron su desinteresado concurso.

Velada artística-danzante y distribución de premios a los vencedores del torneo atlético organizado por la Sociedad recreativa La Estrella del Sud de Lanús y Club Atlético Personal de la Compañía Tranvías Eléctricos del Sud.

VINOS TRAPICHE

Indispensables cuando se prefieren los mejores VINOS.





ADORNOS Y TEJIDOS

La boga del tejido crochet ha alcanzado en estos últimos años el máximo de su éxito, confeccionando bufandas, chaquetas y vestidos, para los cuales hay variado surtido de modelos y gran diversidad de puntos. El modelo de puntada que hoy damos, es de lo más útil y novedoso; útil, pues no a toda la gente le está dado poseer ricas pieles; este tejido de lana permite adornar de un modo idéntico sacos, bufandas, sombreros, echarpes, guantes, etcétera, tranformándolas en prendas elegantes y confortables en las estaciones de otoño y de invierno especialmente.

Este trabajo se hace por tiras, para que sea manejable. Se emplean agujas de 11 mlm. de diámetro, y estambre ceférico de dos hilos, los colores sombreados dan muy bonitos efectos. Sobre la aguja se montan la cantidad de puntos necesarios para que correspondan a la altura de la banda que se desee, ya sea para cuellos, puños o cualquier otro adorno.

Con la otra aguja se toma la malla por atrás, después, dejando la aguja sobre el segundo dedo, se pasa la hebra de estambre, enrollando a la vez la aguja y el segundo y tercer dedo, repitiendo esta operación dos veces, en seguida se teje una cadena pasando el estambre de tres de la aguja y reuniendo sobre él las argollas, al mismo tiempo que se retira el dedo, y se teje todo; obteniendo así sobre la aguja de la mano derecha 4 mallas, ya que el estambre ha sido tejido doble, y así sigue sucesivamente el tejido hasta terminar una vuelta.

La segunda vuelta se hace de punto sencillo, tomando siempre por detrás el grupo de puntos. Al principio parecerá difícil la ejecución de este trabajo, pero después se facilitará, causando asombro la rapidez con la que se teje este punto.



NUESTRAS PEQUEÑAS ENFERMEDADES

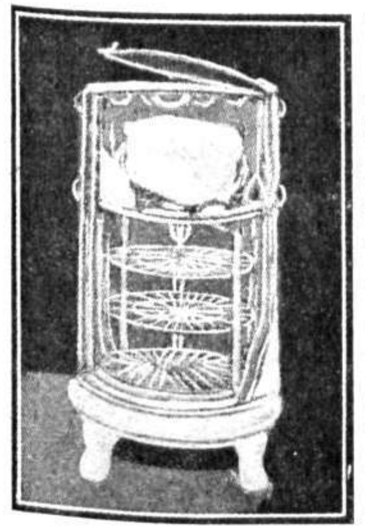
Jaquecas. — Las causas son múltiples. Empero provienen casi siempre del estómago.

El agua acidulada de vinagre, el agua de Vichy, la leche, el te de los Alpes, la disipan algunas veces; existen igualmente las aplicaciones externas de agua de Colonia o de agua sedativa. Las aguas salinas fatigan los intestinos, porque, con frecuencia, la bilis en abundancia determina estos dolores.

Si la neuralgia facial produce esta indisposición, hay que procurarse quietud y calor y pedir al médico una fórmula para combatir esa dolencia tan molesta que tiraniza de continuo a la mujer.

EL CONFORT EN EL SERVICIO DE COCINA

El refrigerador o heladera.

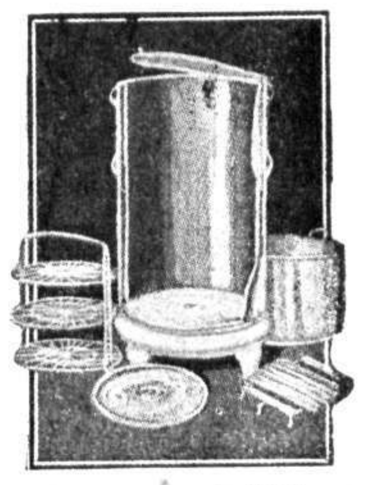


La industria refrigeradora ha venido a proveer la gran demanda provocada por los higienistas modernos, que claman sin cesar por la conservación de los alimentos.

Todas sabemos por propia experiencia que hay alimentos adquiridos en las mejores condiciones por la mañana, multitud de veces, sobre todo en verano, ya en la tarde están descompuestos y aun pueden llegar a constituirse en venenos, máxime cuando requieren ingerirse al día siguiente; pues la compra de tales alimentos casi siempre se verifica, no cuando se hallan cabalmente frescos, sino que están a punto de que se inicie la alteración en ellos. El remedio radical, el preventivo único está demostrado en esta nueva heladera o refrigerador. Todo alimento que llega a la casa, por inmediata previsión, debe llevarse a la heladera.

El sistema del cual ofrecemos hoy dos grabados es el más adecuado para ese fin. Ejecutado en materiales prácticamente indestructibles, la cámara para provisiones está siempre bien fría, pura y tan seca, que su contenido se conserva bien fresco, a prueba de microbios, puro y salubre. Como en su construcción no se utiliza la más mínima parte de madera, no hay nada que pueda torcerse, hincharse, enmohecerse, ni hacerse dañoso.

Todas las partes que la integran



pueden sacarse con facilidad para limpiarlas, con la única excepción de aquellas que contienen depósitos para agua fría, y aun esas se pueden quitar también aflojando las conexiones. El lavado puede hacerse a cubos de agua o a chorro de manguera sin causar el menor daño.

CUIDADOS DE LA BELLEZA

Las espaldas.

La hermosa línea de la espalda es a veces afeada por sobresalir los omoplatos o por la acumulación de grasas, o por la curva hacia adelante, frecuente entre los que se encuentran mal de salud, y por la presentación de erupciones, sarpullidos, granos, etc.

El vicio de arrugar la espalda, desde la más tierna infancia, conviene impedirlo, obligando a sacar el pecho, inclinando atrás el cuerpo, hasta que éste se yerga completamente derecho. Más tarde, si el vicio no se corrige, la inclinación está adquirida y es muy difícil corregirla si no es por medio de corsés especiales.

El masaje es igualmente indicado. En lo que concierne a erupciones, sarpullidos, etc., precisan los depurativos y demás cuidados indicados al hablar de estas enfermedades cutáneas.

Las espaldas marmóreas, de líneas puras y gráciles, presentando una encantadora caída, de buen color, son la riqueza de una mujer en la plenitud de su belleza; la mujer joven, con raras excepciones, no tiene aún la línea, los huesos aun se vislumbran; la mujer cuando camina hacia su ocaso, tiene espléndidas espaldas, pero, a veces, comienzan a ser opulentas en demasía.

Sea cual fuere la forma con que la naturaleza se haya complacido en dotar a aquellas que muchas veces se ven obligadas a exponerlas a la pública mirada, es siempre posible, sin modificarlas completamente, atenuar a lo menos sus defectos, bien sean hereditarios, bien nacidos del adelgazamiento producido por una



enfermedad crónica, grave o aguda.

Una alimentacin abundante, un régimen fortalecedor, pueden devolver a las espaldas la morbidez perdida; pero es mucho más difícil corregir un defecto de estética debido a la mala posición que hace que en un movimiento de abandono, se baja una espalda mientras se levanta la otra.

Como es natural, las mujeres procuran conservar el más largo tiempo posible la apariencia de juventud, y las espaldas son el objeto de sus preocupaciones.

Es, en efecto, penosísimo para la mujer que debe seguir el movimiento mundano, la llegada del instante en que se diga que su desaparición se impone ya, que debe ocultar a la vista de todas aquellas espaldas un tiempo admirables y que dentro de poco sólo serán ruinas de una belleza perdida.

Para conservar a las carnes su morbidez y a la epidermis su frescura y nitidez, el mejor medio consiste en hacer a diario, sobre esas partes, abluciones de agua fría, y esto en todo tiempo. No hay que aguardar a que la edad haga necesarios esos cuidados; hay que adoptarlos desde la primera juventud, adquiriendo el hábito de esa higiene.

NOVEDAD

Si queréis estar muy a la moda, lectoras amigas, no titubéis en usar en playas o paseos durante esta temporada, la sombrilla de seda roja, a cuadros amarillos y tosco puño campesino. Todas estas preferencias por los estilos rústicos se explican fácilmente como repliegues y subterfugios de la coquetería femenina, siempre inagotable, y a este respecto debemos recordar los románticos tiempos de la desdichada reina María Antonieta de Francia, que había puesto de moda en su época el disfraz de pastores para sus cortesanos, disfraz con el cual cuidaban verdaderamente vacas y corderos en los establos construídos especialmente en los bellos jardines del maravilloso Trianón de Versalles, las más bellas y aristocráticas marquesitas.

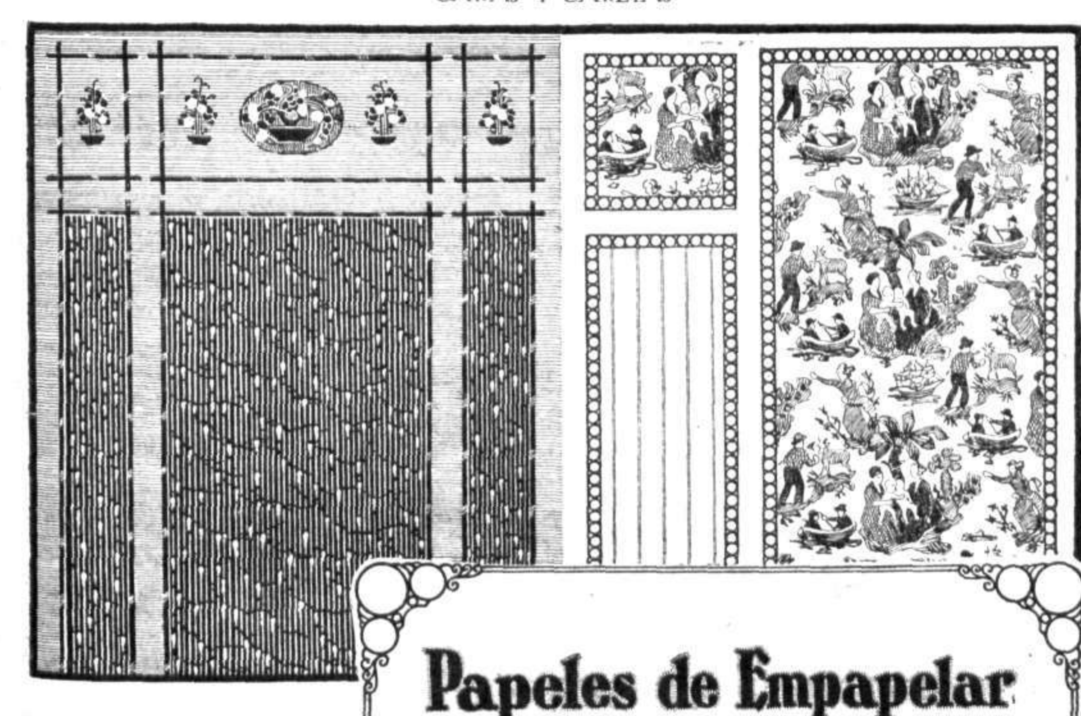
.. I V O N N E

De Villa Urquiza



Comisión organizadora del corso y festejos del Carnaval, elegida por el vecindario de esta villa.

Conjunto de pugilistas que tomaron parte en el festival del Círculo General Urquiza. Los jóvenes atletas han sido muy felicitados por su brillante presentación.



De Tigre



Grupo de señoritas en uno de los intervalos de la danza que amenizó la interesante fiesta.

El salón de la Sociedad Española durante el baile celebrado por el "Club Atlético Nacional".



ESPOLIQUE DE LA ALTIPLANICIE

De pie sobre la cumbre de la montaña, destaca su perfil de hombre recio en el fondo impoluto del cielo. Insinúasele lejana metrópoli, y a ella convergen las simétricas veredas tendidas a lo largo de las navas peladas.

Desde el amanecer recorriera las fragosidades con el azapico a cuestas, derribando matas leñosas en acopio para dos haces pesados.

Cada vez que, desde aquella culminación, presintiera a la urbe, enjaretábasele el espíritu con la humillación de su inferioridad de campesino y foráneo. Nunca viera próxima la ciudad, pero transcendía hasta él con el prestigio de una vorágine donde su mezquindad de ilota, desaparecía con las socaliñas y asechanzas de tanta gente felona y descastada.

Porque, cuantos llegaran, cabe una inquietante ausencia, al abrigo de sus paupérrimas chozas, traían manifestaciones y huellas del tratamiento que allá recibieran: desvalijados, éticos.

Por eso, su mechinal amarrido, en la razón de un paisaje agreste, le era más cordial y seguro que la expectativa de su ausencia. El agro, duro y usurero, le extendiera un acrecido cariño como para privarle de que se trasplantara a la hurañía de un país desconocido.

Mas, ya se hallaba aleccionado de su incipiente servidumbre. Como todos los demás paisanos del funco, aun no concluída la adolescencia, debiera allegarse a la casa de los patrones en la ciudad, ocho días todos los años, en isocronía inevitable, hasta que declinara en virilidad.

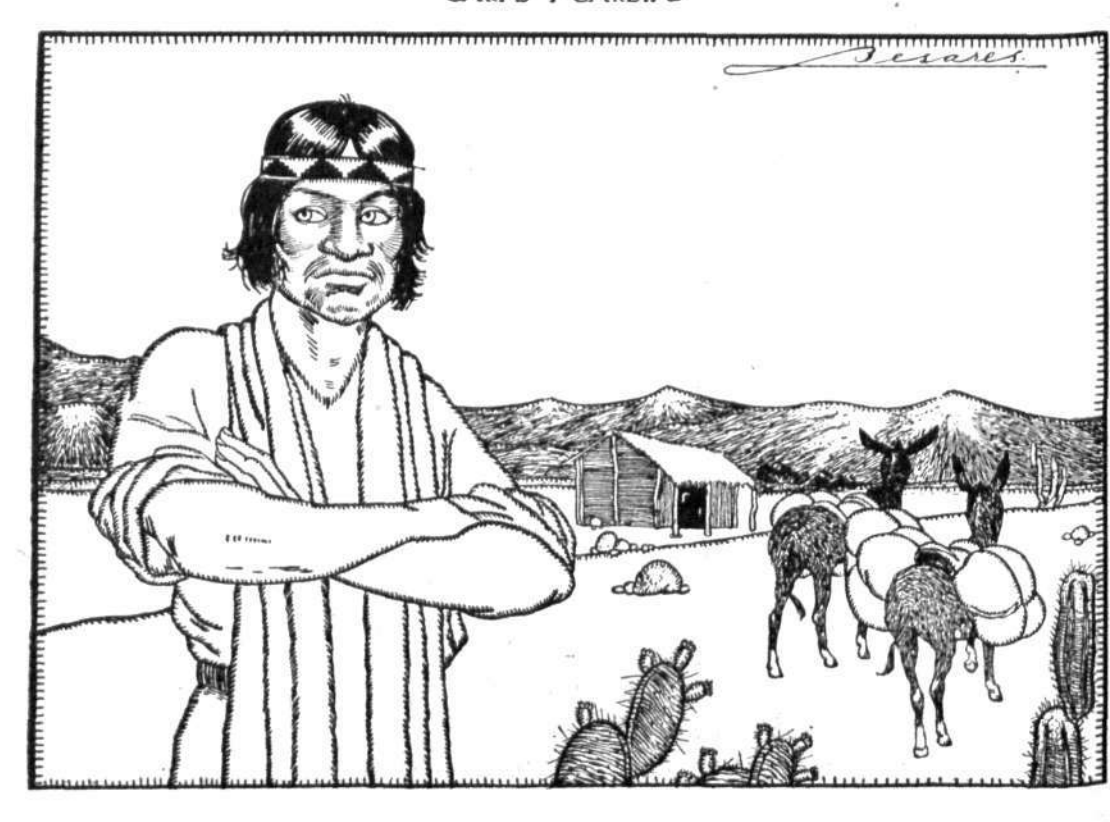
Esa semana, en la urbe, importara para cada colono la más servil y fatigante oblación; las complejidades del servicio aturdieran siempre a los recién llegados y aun a los que no eran ya bisoños; en este ajetreo, los amos despotizaran inexorables por cualquier leve desaguisado.

Vago temor de párvulo amedrentado por estantigua carcamal y fugaz le hiciera aferrarse más que nunca en el cariño de los panoramas familiares; en la soledad bucólica que, como madre comprensiva, acogíalo libre, destrabado y le brindaba la inmensa latitud de sus horizontes para que, suelto como un carnero, retozara su espíritu en contemplaciones infinitas.

Con la murria de su presunta ausencia, descorazonado y laxo, descendiera aquella tarde al hombro los haces que, a fuer de tributo, debiera ofrecer a los amos para engrosar su despensa de combustibles.

Soliviada la imaginación con una anticipada nostalgia, presiéntese ya, de peón ínfimo entre la servidumbre; sobre él convergieran las recriminaciones del patrón avinagrado, los denuestos de la consorte y las notas de los demás, hasta empequeñecerlo aun más lejos de su triste y pringosa insignificancia.

En la noche, advertido para hacer una larga jornada, durmiera sobresaltado, en su delgado jergón, aprontárase, más expedito que sus padres, cuando todavía las estrellas no se eclipsaran con las luces del alba, y dispusiera sus flacos serones en el lomo de los dos asnos, acostumbrados a estas albadas y resignados a tantos e inútiles trajines; mientras las dos arrias, con el abdomen prieto por la cincha, rumiaran un puñado breve de cebada en el corralón de bardales derruídos y pedregosos, la madre del mozo, activa, avellanada, con una muda e imprecisa sensación por la próxima despedida, hurgara el fuego del estrecho fogón donde cociérase una mezcla de gofio y agua con algunos granos de fécula helada; y cuando el gazpacho, denso y nutritivo, nivelárase en una honda escudilla y humeara tentador, en otra olla redonda, de alfarería primitiva, torrara los maíces saltarines y estallantes, para colmar con ellos



las faltriqueras de su hijo. Un poco ahíto el mozo con su bazofia, esta vez más copiosa que las refacciones habituales, concluyera los detalles de su equipo, y acicalara el zurrón que llevara en la espalda. Los asnos, franciscanos y resignados, discurrían por la solera vacía en procura de alguna brizna para su sobremesa.

La vieja india observaba la escena con una tristeza que no llegara hasta su fisonomía un tanto hierática e inexpresiva. Luego, ambos dialogan con frases sobrias y largos intervalos en los que se ocultan las congojas que cada uno estrangulara más allá de la garganta. Ella le instruye con sus consejos rústicos e ingenuos, y el mozo, con el corazón apretado, solloza íntimamente, a la manera de los suyos, sin que ningún dolor trascienda a la epidermis ni a los parcos ademanes. En la escasa luz del amanecer, algún viejo transita haciendo chasquear la delgada suela de sus abarcas, y un rapaz, con voz lejana, desde el fondo de su alcoba, con el sueño defraudado y el hambre prematura, musicaliza el silencio de esas horas con el largo eco de sus gemidos.

A la zaga de sus borricos dóciles, con una simple frase de despedida, como en una escena habitual y cualquiera, sin besos teatrales ni expresiones gesticulantes, inició el mozo su largo viaje.

Emergiera la primera luz dorada del sol cuando el mozo había vencido ya más de dos leguas, doblado por la pesadumbre de una gruesa bolsa de patatas y por un carnero recién derribado para obsequio de los amos.

El sol llueve caluroso, los asnos, ya mediada la jornada, marchan cansinos y despaciosos, trompicando en las asperezas; pero el mozo, más nuevo que su pareja de arrías, con el hábito de estos luengos trajines, amasado desde su infancia en el deambular, a través de dilatadas etapas, no se rinde a la fatiga, y bebe por todos sus poros la caricia fresca de una brisa postrera con que se despide la mañana, bañándole el dorso caldeado y la frente sudorosa.

En tanto que con sus pasos, acostumbrados a un golpeteo igual y acompasado, lo llevaran como en trote menudo, su imaginación estimulada por el silencio le multiplica las figuras comunes de las escenas en que hiciera su vida campesina. Palpitaran vivas las siluetas huesudas de sus bueyes mansos arrastrando el arado crujiente por los surcos de las parcelas. Asomárase furtiva la música bulliciosa de tambores y flautas con que, exaltado por su misma juventud, danzaba al son de esas charangas con el atavío policromo de los festivales. Extiéndese vaga la era aladrada y esmeralda, donde las patatas acrecieran con el jugo de la linfa pluvial y el obsequio de la tierra pródiga.

Los asnos, en la culminación de un alcor y donde se levanta un hito de piedras adosadas con barro, detuviéronse en reclamo de tregua, con los hocicos caídos y las patas flaqueantes.

Apoyárase el mozo en la desmoronada fábrica del leguaje y, desapetecido e indiferente, extrajera su magra ración de patata helada, negra, convertida en fécula pura y blanda. Con bocados lentos, casi litúrgicos, hace su refacción sobria; los dos animales fuéranse más allá del camino para arrancar la escasa grama que aparece amarillenta y desnutrida.

En dirección opuesta asómase otro indio viajero. Viene de la ciudad y váse para la estancia. Caminara como los demás labriegos a pasos cortos, golpeando las plantas chasqueantes de sus sandalias, con las rodillas en breve ángulo.

— Buenos días — se dicen ambos caminantes a tiempo de cruzarse y no se detienen a hacer plática a que convidara tan luengo y cansado viaje.

A medida que el otro se empequeñece, le envidia su regreso;

como él, quisiera aproximarse a la heredad y, cerca de ella, cuando el crepúsculo caiga lento, llevar el silencio y anunciar su retorno con la monorrima de un aire lamentable extraído de su flauta compañera.

Mientras más avanza, la ciudad pierde su relieve; no se asoma la torre blanca de la iglesia más alta ni se advierte la atmósfera hermosa que él advirtiera desde la cumbre de sus serranías.

Declina el día y el camino ofreciérase más hollado. Ya estaría el amo esperándolo con el ceño ensombrecido y la voz áspera. Dictárale sus órdenes con su imperiosa brusquedad, pero él, ansioso de cumplirlas, haría zalemas obsecuentes, besara la manos de los patrones y pusiérase alegre a comenzar su faena.

Es sábado y en las calles arrabaleras enciéndense bombitas de luz mezquina. Las dos arrias, exhaustas, ambulan torpes y no pudieran encabritarse con los rumores de los vehículos. Van desatentadas por la calzada y desvíanse por los corredores causando el escándalo de los transeuntes o de los que temen el atropello de sus puestos callejeros.

El mozo, con su traje rústico y sus pantorrillas desnudas y musculosas, destácase inconfundible en el gregarismo de la ciudad. Es viandante menospreciado por su rusticidad; con la vaga intuición de su pequeñez, presiéntese intruso y, para disminuír su pecado, recogiérase en sí mismo a fin de hacer menos sitio en las calles y dar menos espectáculo a los transeuntes.

Guiado por otro indígena, a quien desde esa noche reemplazará, alcanza el sórdido portón de la casa; sus borricos, antiguos huéspedes, se cuelan ansiosos de un buen descanso; en el establo, aliviáralos el mozo y luego, humilde como un ilota, ofreciérase para saludar a los amos.

Pero en esos momentos, la familia cena; ufánase la cocinera; el otro peón, que esta noche concluyera su menestra, va del comedor a la cocina, infatigable, listo para todas las órdenes.

Temeroso de hacer lo que no debe, el mozo recién venido, de quien nadie se ocupa, arrímase a la puerta de una habitación cerrada, y pusiérase a devorar su puñado de maíz tostado, abierto su apetito por el aroma de los aderezos culinarios con que se sacian los patrones en su comedor.

Ante sus ojos estoicos desfilan los platos colmados que vuelven inclusos a la cocina donde los arrebañara con el dedo la voraz cocinera, sin dejar una miga para el peón que le secunda; la insipidez de su humilde condumio le parece, por el contraste, odiosa y paupérrima.

Cuando le advierten que debe entrar a saludar a los amos, estuvo perplejo con el pensamiento lejos. Dejárase el gorrillo cónico y sucio sobre la cabellera desgreñada, cruzara sobre el pecho sus brazos musculosos y llevara pendiente de una mano el sombrero de fieltro duro y faldas aleras.

El amo es obeso y achaparrado; retrépase en su butaca amplia y deslucida; fuera un indio transfigurado por los trajes y los nuevos hábitos de una fortuna esquilmada en el campo a los labriegos tímidos, y usufructuada en la ciudad. Los caracteres imborrables de su fisonomía y el cutis atezado no pudieran borrarse ni con el halago de la vida poltrona.

Es el «afincado» que se singulariza por su ludibrio a los aborígenes, de entre los cuales emergiera, y por su ordinariez, que le priva de elevarse en otro rango mejor.

Aproximárasele el mozo con los brazos abiertos fingiendo un pronunciado homenaje, y arrodillárase para besarle las manos regordetas, cuando el amo le dijera:

— ¡Bueno, bueno!—anodino y esquivo. — Aproxímcuase luego a la mujer, vulgarmente deformada por sus múltiples partos y por su acendrada orfandad de elegancia y delicadeza.

Ella, ufana de su señorío, diérale aleccionamientos para su tarea, pero la memoria conduce al mozo a la libertad agreste de sus días adolescentes ante el contraste de su actual servidumbre y su opreso rencor al aire imperioso de los patrones.

Desde entonces equivoca la secuela de obligaciones diarias, novicio y torpe, puede conocer penosamente las innumerables complicaciones de su faena ruda. Muy de mañana limpia las soleras y la calle, sacude el polvo de las habitaciones, ofuscándose entre los muebles, enciende el hogar, allégase al mercado, lava la vajilla, junta los platos al comedor, cumple recados haciendo de mandadero infatigable, enjabona las ropas, lleva voluminosos fardos de una casa a otra a riesgo de extraviarse en la ciudad desconocida y, finalmente, muy entrada la noche, cuando la calle misma se dispone a dormir, arrebújase en las pieles de carnero que, extendidas en un trecho mezquino del zaguán principal, le sirvieran de lecho, donde su sueño se interrumpe a cada instante con los aldabonazos de los inquilinos trasnochadores.

A la hora de la cena viera, fijo como una estatua ruda, los extraños manjares que consumen sus patrones. Inundárase su paladar con el deseo, conturbado por la indiferencia con que los amos arrebañan sus platos o se guardan los restos; sólo, algo más tarde, en cualquier ángulo subrepticio de la casa, masticara sus hojas de coca amarga para distraer su ansia insatisfecha de aquello que, por el egoísmo de los patrones, nunca pudiera saber en su paladar.

Viniéranle, ante escenas semejantes, ímpetus de lanzarse sobre los platos que, zafios y glotones, sus señores, devoran ruidosamente, chasqueando la lengua en una gustación delectable y tentadora. Mas, constriñe su sorda necesidad y permanece incólume, fijo, como si nada de aquel banquete estuviera en los alcances de su animalidad.

Después de una semana larga y torturante, resueltos sus titubeos, de sirviente primerizo, y cuando, sin protestar ni con una pequeña lágrima recibiera el ultraje de su amo irritable, ese domingo abandonara temprano, exhausto el organismo, la ciudad aún dormida, por la intemperancia del sábado.

Lleva la intuición de que su pequeñez se atenuaría al trocar sus vestidos burdos; sabe de tantos otros vernáculos arrancados a la gleba campesina, asimilados luego a la ciudad a fuerza de maña y artilugios y que, sintiéndose liberados con esta violenta transición, trocáranse luego en descoronazonados amos de los compañeros de la víspera, dueños únicos otrora de la tierra usurpada.

En tanto que camina, al arreo de sus dos asnos desvalijados, flácido el zurrón y consumido el puñado de gofío, agítasele dentro una singular alegría, cediera su sitio a otro mozo novicio como él, y, libre al fin, enfila a la estancia mísera, donde medrara lenta su raza desalojada. Un odio mayor se le ha arraigado y le recrudeció la enemiga a los usurpadores; comprendía, entonces, mejor que con las pláticas de sus viejos congéneres, el rencor incurable de los suyos, la razón de su desconfianza y el secreto recóndito de su estoicismo.

JOSERMO MURILLO VACAREZA

DIBUJOS DE BESARES

De San Fernando



Distinguidas señoritas que integran la comisión organizadora de la fiesta dada en el Teatro Tamagni a beneficio del hospital local.



El veterano insubstituíble

60 años de camino ascendente han llevado su fama a todos los países del mundo civilizado; reconocimiento elocuente de sus cualidades higiénicas, que podrá constatar quienquiera, a condición de que exija siempre la marca bien conocida, el producto genuíno, **único.**

FERNET-BRANCA

ESTOMACAL INDISPENSABLE

Importadores: HOFER & Cía.
Buenos Aires

De Lomas de Zamora y San Nicolás



Lunch ofrecido a las empleadas de la Unión Telefónica de Lomas por la directora, señora de Sherpa, con motivo de su jubilación.



Nuevos maestros y maestras normales con el director de la escuela, señor Fabio Aramburu.



"SNOB"

Por LUZ Y SOMBRA



Hubo una época, que nos cuesta recordar, enla que hubo el «snobismo» de hablar con palabras revolcadas: «feca con chele»... Y a esta broma macabra prestáronse los niños «bien», los empleados, los fifí... «Snob», en su verdadero significado, se puede traducir: epidemia de las costumbres.

El último «snobismo» consiste en el psicoanálisis. Freud, un estudioso de psiquiátrica, nos habla de este nuevo sistema, o tesis, en forma muy grave, capaz de volver loca a la parte sugestionable de la humanidad. Por la verdad, un cerebro sano «in corpore sano» no encontraría más que una confusión de disparates y fantasías absurdas. Eso consiste, en fin, en relacionar cada mínimo acontecimiento de la jornada con nuestro porvenir, nuestros éxitos y nuestros fracasos.

La teoría no es nueva.

Desde que existe sal en las mesas y hierba en los campos úsase decir que volcar el salero y encontrar un carro de paja son presagios de seguras contrariedades. Romper un espejo es el peor de los indicios, no precisamente porque habrá luto en casa sino porque la superstición quita la tranquilidad a toda la familia, y no se tendrá paz hasta tanto que no haya acontecido algo que le haga decir: «¿Han visto ustedes por qué se ha roto el espejo?»

¡Ay del marido imprudente que, regalando un paraguas a su esposa supersticiosa, lo abre en el cuarto para mostrárselo! Habrá que pasar agua bendita para echar la «jetta». Hay mujeres capaces, al encontrar un cura solo en la calle, de pararse, dar una vueltita alrededor de sí mismas, y seguir el camino, tranquilizadas. He asistido más de una vez a la justa indignación de un fraile a quien habían tirado del cordón, porque «es una mascota»...

Tropezar al entrar en una casa, quiere decir que se tendrán disgustos con sus dueños; si eso pasa yendo en busca de empleo o algo por el estilo, es que se tendrá buena acogida.

La panoja trae abundancia... pero ¿de qué? Yo recuerdo, en una época en que alguien había colocado una magnífica panoja en un cuarto de la casa de mis padres, haber tenido abundancia de dolores... ¿Sueñas con uva blanca? Tendrás disgustos de palabra con parientes o amigos. ¿Con nieve? Recibirás dinero.

En tiempo de guerra, cuando un soldado oía hablar de muerte o peligros, se tocaba las estrellitas cosidas al cuello del saco militar. Ponerse la media al revés, es seguro indicio de malos negocios durante el día. Y mil otras fantasías más, en las que los espíritus débiles creen con verdadera religiosidad, y los otros, los que quisieran ser fuertes, ríen, pero quedan como subyugados por la amenaza, y esperan los acontecimientos, para dar o no razón a la creencia.

Ahora pasamos a lo que constituye el nuevo «snobismo». Si usted, lectora, sufre de superstición, le aconsejo que doble la hoja y no siga leyendo.

Yo les ruego, lectoras mías, no tomen en serio el sistema Freud, o de otra manera habré hecho lo mismo que hizo Mantegazza escribiendo la Fisiología del Placer para que los jóvenes, aprendiendo las costumbres viciosas y sus consecuencias, huyeran de ellas.

Tal vez, hablando, la lengua tropieza, equívoca; ¿y cree usted que eso es por distracción o por cansancio? Nada de eso, dice Freud. Es la Verdad, que, libre de toda imposición, sobrenada.

Cualquier gesto involuntario, distracción que parece banal, sería, al contrario, la brutal revelación de nuestra suerte.

Un señor distraído, decía, saludando a una dama: «Tengo el honor de ofrecerle mis respetos». Una expresión funeraria, ¿no es cierto? Pues, según afirma Freud, la dama murió en el año.

¿Bautizar la campana nueva de una iglesia con el nombre de la madrina? Esta muere al año siguiente.

Un señor, pasando cerca de su mujer, por distracción no la reconoció. Al año tenía que divorciarse de su mujer.

Y aquí hago observar a mis lectoras que no es necesaria esa distracción del marido para que se imponga el divocrio: ¡basta con creer en la superstición!

Una novia, en la mañana de la boda, no recibe a tiempo el traje nupcial. Sin embargo — ¡oh imprudencia! — se casa el mismo día, unas horas más tarde. Bueno; dos meses después quedaba viuda.

Otra, ensayando el traje blanco unos días antes de la boda, había sido sorprendida por el novio. ¡Desgracia! Al día siguiente murió alguien de la familia de él, y el casamiento no tuvo lugar.

No os digo la parte teórica del sistema Freud. Se habla de los Complexos, el Subconsciente, el Preconsciente, la Sublimación, el Yo, etc. Nada de relatividad, entonces. No somos hombres, ya. Somos muñecos que vivimos, obramos y erramos bajo el imperio de una voluntad misteriosa desconocida. Los fatalistas, al lado de Freud, resultan los seres más alegres de este mundo.

Sin embargo, si los espíritus débiles, los supersticiosos, reflexionaran más serenamente, si examinaran cada acontecimiento sin prevención, verían que se puede romper un espejo sin tener desgracias en familia, más que la de tener que reemplazar el espejo roto. A veces la superstición misma acarrea desgracias y disgustos.

¡Serenidad, serenidad! Recuerdo una señora, supersticiosa hasta lo increíble, que un día, comprando en la calle un muñequito de la suerte de un peso, en el que tenía confianza ciega, cambió un billete de mil pesos. Cien metros más allá, un ladrón le quitó alegremente de la cartera hasta el último centavo, y le dejó el muñequito de la suerte...

El juego es peligroso. Pero si ustedes son espíritus fríos, el juego puede servirles para «tomar el pelo» a otro espíritu débil. ¡Psicoanalicen, señores!



En el crepúsculo de la vida...

Al transponer el umbral de la última etapa de nuestra vida, cuando disminuyen las energías físicas y las facultades espirituales, a consecuencia de la deficiente asimilación de los alimentos, es cuando más necesita el organismo integrar elementos nutritivos de gran valor, para restituír las reservas gastadas.

La Malta Palermo es el tónico reconstituyente natural que reintegra las fuerzas vitales de los ancianos, enriqueciendo la sangre y levantando el espíritu decaído. Es muy agradable en la mesa.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



Enlaces



Señorita Angélica Campos con el señor José M. Agustinoy. — Córdoba.



Señorita Vicenta Q. de Cáceres con el señor Pedro A. Oliva. — Capital.



Señorita Josefa Schaler con el señor Francisco Russi. — San Carlos Centro.



Señorita Josefina Ferro con el señor Fermín Machado. — Casilda.



Señorita Ana Debouis con el señor Manuel Aarizcuren. — 9 de Julio.

Fajas Elásticas

Bajo esta denominación se venden en el país artículos fabricados con materia prima de dudosa o mezquina calidad; es decir, que tanto las telas como los **filamentos de goma,** adolecen de la **clase** requerida para que el artículo dé positivos resultados de ajuste y duración.

La Casa IZQUIERDO

consecuente siempre con su norma, importa los **tejidos de goma** directamente de la fuente productora y los selecciona escrupulosamente antes de proceder a la confección de las **fajas.** De esta manera las **fajas elásticas** de la

Casa IZQUIERDO

prestan a las señoras constante y provechoso servicio, a la par que una duración extraordinaria.

Solicite Nuestro Nuevo Catálogo.



Presentamos nuestro modelo "MERCEDES".

Riquísima faja (35 centímetros de alto) cerrada atrás y con ballenas adelante, confeccionada en el mejor tricot elástico inglés mercerizado y cuatro ligas de seda.............................. $ **30.-**

Casa Izquierdo

La más importante de Sud América.

C. Pellegrini, 490. - Buenos Aires.

Unión Telefónica, Mayo 0313.

De Olivos y Vicente López



OLIVOS. — Concurrentes al picnic dado por el club "América Latina".

Señoritas que organizaron la fiesta.



VICENTE LOPEZ. — Festival campestre realizado por el Centro Recreativo Israelita.



¡MI REGIMIENTO!

de empleados y viajantes está ya en contacto con todos los comerciantes del interior y exterior.

Y declaro firmemente que a pesar de la enorme suba de las lanas, mis precios serán, más o menos, los mismos de la pasada estación, contribuyendo en esta forma eficaz al abaratamiento del costo de la vida. Mi frazada de pura lana

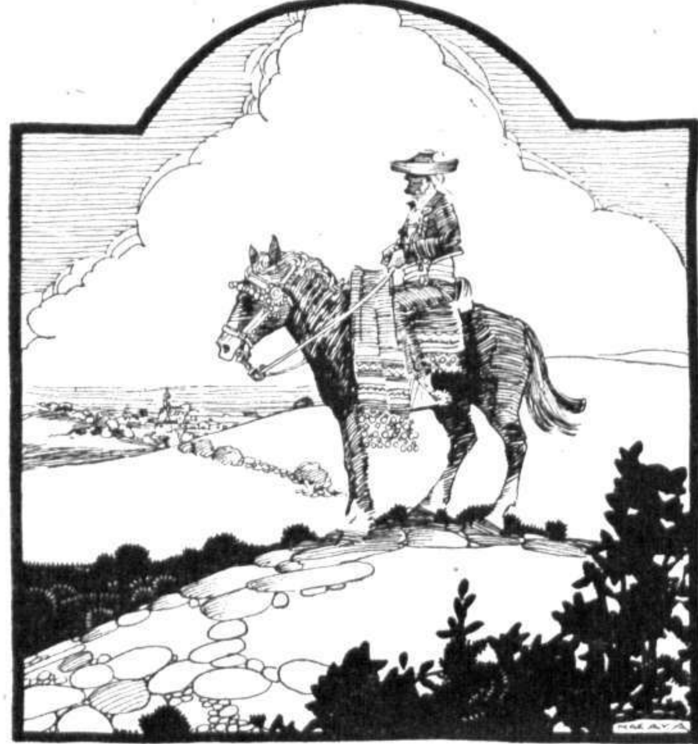
"LA SIBERIANA"

es la única que se ha impuesto en plaza debido a su excelente fabricación y calidad.

Mis paños, gabardinas y casimires NACIONALES de pura lana, revolucionarán al mundo de la moda en la próxima estación por su inmensidad de clases, gustos y colores.

Los comerciantes que no compran en mi casa no pueden competir con los demás.

Fernando Sanjurjo — Alsina, 1000





DE·ALLAN·KARDEC Y·DEL·GAZPACHO

Bien de mañana, con la fresca, Clímaco aparejó su yegua pía. Bajo, retrechete, dispondrón iba como azacán de un lado a otro, estirando el pellejo de su papada a cada esfuerzo de apretar la cincha; moviendo sus inquietos ojos de sordo, siempre azogantes y escamones como los de un macaco; pulcro al pasar por bajo el vientre de la bestia, achicándose para no coger pelos en la ropa; perspicaz en la iguala de los estribos, y triunfador, al fin, y sonriente, cuando las carrileras del bocado brillaron, como plata nueva, ante el sol libre.

Arrimada la yegua a un arrumbado rulo que ante la puerta de la casa servía para aquello, para montar los débiles, cigarro en boca y el *pavero* atrás, subió Clímaco al comodín de borlas, con la ufanía y el contento de cualquier *arrivista* afortunado.

Iba la yegua airosa, a paso castellano, trenzando con sus finas manos ágiles un compás gallardísimo, dando relinchos altaneros bajo los nogales, en punta las orejas al pasar el puente, gorda, rolliza, de cuadril lustroso, luciendo sus arreos ricos con todo el continente provocador de una matrona de buen ver.

Enfrontando el molino de Santa Lucía, que blanco y señoril con sus escudos a la puerta, tenía en la cimera de sus tejados el rústico penacho de una gran rosa de los vientos, divisó Clímaco en el umbral un extraño grupo de gentes, como de haber suceso gordo. Acabada hacía un mes la molienda, sin funcionar aun los alambiques, casi a fines de Julio que era entonces, el hortelano se devanó los sesos, sin alcanzar porqué en tal hora había en el molino tanta gente. También los del molino al verlo ir, puestas las manos esquivando el sol, le hacían señas de avivar, por lo que, dando un cerratazo, hizo a la yegua echar al trote.

Cuando, ya cerca, distinguió las caras, Clímaco se pasmó de lo que veía. Fuera del *Rostro* y de su mujer Adoración, ambos caseros del molino, las ocho o diez personas allí presentes le eran desconocidas en absoluto. A más que ni sus fachas ni sus trajes tenían nada de campiñeses, y sobre todo aquella señorita con sombrero y de guantes como una gran marquesa, atestiguaba el que eran todos gente de campanillas o de ciudad.

El *Rostro*, con pañuelo de rodete, picado de viruelas y con chirlos, comenzó a darle gritos estentóreos:

— ¿Ande se va a estas horas? ¿Qué? Ha puestosté a la yegua como pa premiá. ¿Quéee? No hay más guisao que es el quearse. ¿Quéee?...

Y como todo aquel que habla con sordos, más que hablar él, le preguntaba. El ¿qué? no se le iba de la boca, y los mohines y aspavientos amenazaban acabar en baile.

La señorita rubia y blanca asomaba bajo el sombrero un gesto irónico. El velillo con motas, trémulo al reir, flotaba por detrás elegantemente, y con las enguantadas manos finas se apoyaba en el puño de la sombrilla airosamente, perezosamente, como un pastor contemplativo en su cayado.

Los demás señores, bien vestidos, tenían ese aire de burlona benevolencia que tiene para el campo ingenuo la ciudad, sabia por dolor. Fumaban, sonreían correctamente, y a cada exclamación del *Rostro* daban señales de admirarse como esas tropas de turistas que encierran entre ¡ohs! ¡ahs! el pintoresco verbo de un intérprete.

Al fin se salió el *Rostro* con la suya. Se apeó Clímaco; Adoración llevó la yegua ante las manillas, la ató a una y regresó ufanada, moviendo bajo su refajo azul las enormes caderas rústicas y retemblándole el mantón de *espuma* con las oscilaciones de sus pechos péndulos.

El pobre sordo estaba *asperges*, y sus ojillos de macaco se revolvían inquirentes y con escama. Lo de haberle obligado a descabalgar, era pasable: primero, porque no tenía prisa; iba al pueblo a mandados, a comprar pólvora, a traer jabón de olor a la *Real hembra*, a que el albardonero le enseñase jáquimas; y en segundo lugar, porque, de antiguo, él y el *Rostro* habían sido como uña y carne, y hasta hubo mala lengua que disfrazó el dicho, dicho, diciendo que si el *Rostro*, por lo que de Clímaco arañaba, era la uña, para el apetito del hortelano, era la gorda Adoración. En fin de cuentas, que a Clímaco, hecho a pararse en el molino, aquello de la detención le supo bien; pero que lo otro del forasterío, fiscal y juez de su sordera, le hacía, la verdad, muy poca gracia.

Mitad por señas, mitad a gritos, enteróse Clímaco de que los forasteros eran amigos del extraño marqués y conde de Santa Lucía, dueño de aquel molino y de otros predios, señorón de Madrid, misógino que, en su regio palacio de la Castellana, era el último y bravo abencerraje del espiritismo. Y ya, con este notición, cambió el *Sordo* de cara y de voluntad, pues él también era devoto de Allán Kardec, y con el *Rostro* y con su mujer Adoración capitaneó mucho tiempo las sesiones en que el famoso *medium* Frasco Ruiz, impulsado y con textos de Proudhom, sembró la alarma entre los ricos y despertó a los pobres con la recia diana de un clarín anárquico.

Fué entonces cuando el *Sordo*, recién viudo, jornalero sin más que el día y la noche, floreció en delirios rebeldes, fundando el «Centro de la Aurora», repartiendo por los cortijos *Las Dominicales*, dando lectura pública en las eras del famoso *Sueño del Papa*, de Víctor Hugo, y yendo con Volney, entre *Las ruinas de Palmira*, tras el espléndido fantasma de la igualdad social. Fué también, por entonces, cuando Araceli, su hija, fundó en aquel trajín bohemio la gallarda aureola de su altivez gitana. Bella y lozana en sus harapos, tejió en noches de hambre y de desvelo una guirnalda de ambiciones fuertes. Y coronada así, joven y enérgica, sintió pasar sobre sus trenzas núbiles las mismas ráfagas de ensueño que ondularon entre la cabellera de Judith.

La tempestad de odio a los ricos estallaba en su corazón frecuentemente, y en los fulgores de sus ojos hambrientos brillaban los relámpagos del rencor paria. Al fin, un día histórico y cruel, padre e hija se hubieron de rendir. Ya los ricos hicieron germanías feudales, y la Guardia civil, su gesto fuerte, paseó, poderosa, por el pueblo. El hervir jornalero se perdió en la noche, como un mugir de playa que se aquieta. Clímaco, sin ejército, fué cautivo, y la misma mañana en que de la plaza salió, con otros jornaleros, a peón, dió su hija, en rehenes de criada, al notario don Julián, solterón rico. Así, entre un escardillo y una escoba, como entre dos ladrones Cristo, murió crucificado y entre befas aquel ensueño libertario...

Presentado a los forasteros con apologías, Clímaco relató estas cosas con sus gritos de sordo y con su verbo pintoresco de anarquista rústico:

— Yo ya estoy mu machucho; pero les digo astés que antonces, ¡antonces era yo temible!

La señorita del sombrero, curiosa, era un Ripalda preguntando:

— ¿Y su hija estuvo mucho tiempo de criada en casa de don Julián?

— Estuvo... estuvo... Cayosté que me acuerde. U jueron veinte meses u dos años. Una temporá larga, larga. Y juese estao toa su vida, porque don Julián, el probe, la quería muncho. Pero como ocurrió lo que ocurrió..., pos ya osté ve...

— Y ¿qué ocurrió ?— dijo la dama.

— ¿Cómo desiasté? — preguntó el *Sordo*.

El *Rostro*, entonces, gritó fuerte:

— ¿Qué, qué pasó? Que cuentosté lo e don Julián.

A esto intervino Adoración, diciendo que el gazpacho estaba listo y que, como el pepino de aquel día no era muy allá, convendría comerlo pronto, para no darle tiempo a que se amargase. Dicho lo cual, se encaminó a la casa, seguida de los forasteros y del *Sordo*, quien, a grito pelado, como siempre, marchaba a la cabeza, diciendo:

— Verán ostés, verán ostés quí historia la e don Julián tan terrible.

Dos mozas, limpias y ágiles, con moñas de jazmines en el peinado, mostraban, al revuelo de los delantales, el pinturero garbo de sus medias. Arremangándose los brazos, cuya morena desnudez lució triunfal, mantelaron la mesa en un amén, y tras extender bien los cortinones, dejando la cocina entre penumbras frescas, una puso en la mesa el gran dornillo de gazpacho, y la otra, subida en una silla, descolgó la bonita jaula rueda, en donde, ufanamente, un colorín cantor hacía sus gimnasias de titiritero.

Distribuídas las cucharas familiarmente, todos, incluso las criadas, se sentaron en corro ante la mesa. En el dornillo pontifical, ligeramente colorado por el tomate, verde, a trechos, por ruedas de pepinos, se esponjaban las sopas, igual que pavos al hacer la rueda. Y un olor a frescura, con aromas sanos, incensaba el aire.

Fuera sonaban las cigarras pródigas; el lamentar sonoro de una acequia evocaba el suspiro de las flautas, y en sus jaulas de bóvedas las perdices miraban hacia el techo con mirada augur.

Clímaco rompió plaza con sus gritos:

— ¡A estilo de cortijo, cabayeros!

Jesús y mojo,
¡Al último que se le salte un ojo!

Con las risas entró la francachela. La señorita del sombrero, a cada cucharada, decía: *¡Es riquísimo!* Y las criadas, curioseándola, no le quitaban ojo.

Sonó un chillido agudo, extraño; se esponjó la cortina de la puerta y, espléndido y altivamente hermoso, apareció un pavo real. Los forasteros, encantados, dieron exclamaciones; la dama blanca y rubia se levantó exaltadamente, y el animal bellísimo picoteó, nervioso, el suelo.

— ¡Chiquito, chiquito! — le decían las mozas, entre fiestas.

— Dejarlo a ver si hace la ruea.

— No quedrá.

— Son unos bichos mu caprichosos.

— ¡Chiquito, chiquito! Estati quieto, *hombre*...

— A ver. Ya va a empezar. Arretiresosté una miaja, señorita.

— Dejosté rancho, que la va a jaser. ¡Verasté qué primor de bicho!

Alejóse la dama un trecho, recogiéndose bien la falda, gentilmente ceñida, y elegante bajo el sombrero de velillo. Chilló el pavo real dos o tres veces, alargó el cuello a lo alto, hinchóse el buche en vanagloria, y como un abanico de Cleopatra — polícroma en magnificencias, suave ropón de Juno augusta, — la cola desplegó sus esplendores.

Corrió la dama hacia él en tal instante, adoptó el continente estatuario, se desató el rodete bajo el sombrero y dichosamente febril, admirablemente lírica, dijo con grave majestad:

— ¡La diosa Juno! ¡Vedme!

Cristóbal de Castro

DIBUJO DE MACAYA

De Santa Lucía F. C. C. C.



Comisión de señoras y señoritas que tuvieron a su cargo la venta de rifas y bazares en las romerías organizadas a beneficio de la Sociedad de Socorros Mutuos y Sala de Primeros Auxilios.



ELEGANCIA
DURACION
SOLIDEZ
ECONOMIA

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

OBIGLIO & HIJOS...

Bme MITRE 1215 - BUENOS AIRES

Bodas de Oro y de Plata



La señora Rosa Ceriani de Banfi y el señor Angel Banfi, en el día de celebración de sus bodas de oro.— General Rodríguez



Señor Enrique Kieuet y señora, quienes festejaron recientemente las bodas de plata. — Romange (Santa Fe).



Señor Francisco Lattanzio y esposa, en la conmemoración del vigésimo quinto aniversario de su enlace. — San Nicolás.



Señores Carmelo Pelegrini y Catalina G. de Pelegrini, celebrando el cincuenta aniversario de su matrimonio.



De agente de investigaciones para perseguir a penados evadidos.

De penado evadido, reincidente y recalcitrante.

De jubilado por la ley 11.289.



De radio - lata - fonía.

De injertado por el doctor Voronoff.

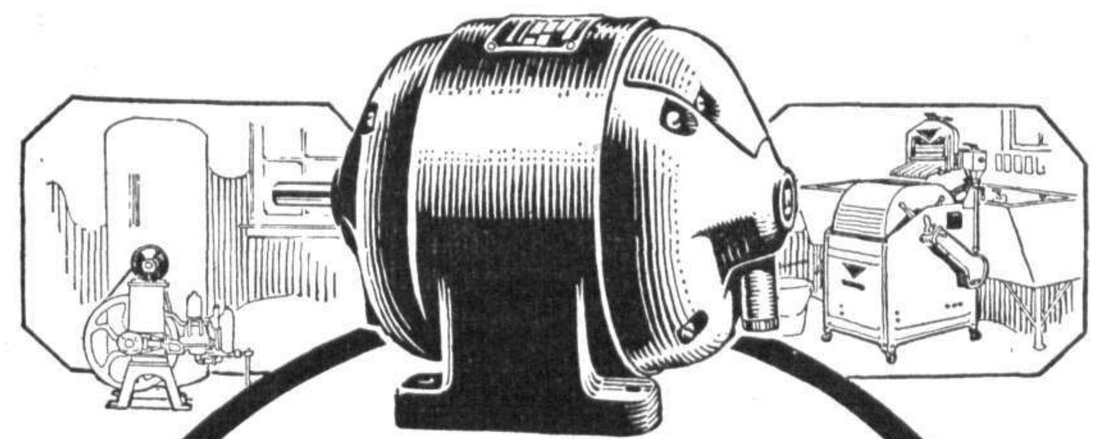
De personalista peludo.



De impersonalista pelado.

De casero implacable.

De inquilino mártir.



Un motor económico de alta calidad

En la adquisición de un motor pequeño, el comprador muchas veces se fija en el precio del aparato más bien que en la calidad y en la duración del mismo.

El mecanismo de un motor es tan complejo y tales sus detalles estructurales, que el precio no debe influír de manera decisiva en el ánimo del que compra.

El motor Westinghouse, aparte de ser de la más alta calidad, es económico tanto para adquirir como en su funcionamiento.

Se pueden usar para: máquinas de coser, talleres de joyerías y pulidos, letreros luminosos y muchos otros en uso. Tamaños de 1/20 - 1/2 HP. 32, 110 y 220 volts.

Solicite precios y catálogos No. M-6.



86

Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Av. de Mayo, 1035.
BUENOS AIRES

Colón, 59.
CORDOBA

De Córdoba

MOLDES (F. C. P.). — Niños que recibieron la primera comunión el día 8 de diciembre, preparados por la ex alumna de María Auxiliadora, señorita María Angélica Nan.

MOLDES (F. C. P.). — Grupo de alumnos asistentes a la doctrina cristiana.

De Santa Fe

SAN GUILLERMO (F. C. C. A.). — Dos aspectos de la procesión celebrada en ocasión de las Santas Misiones en la Colonia Santa Rosa.

Grupo de niños que tomaron la primera comunión preparados por el reverendo padre Victorino.

De 9 de Julio



El profesor señor Enrique T. Luppo, rodeado de sus alumnas en la demostración que le ofrecieron con motivo de ausentarse de la localidad.

LA ESPERANZA

La esperanza... es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad.

—La vida no es más que una antesala. El jugador espera su carta, el asesino espera su víctima, el hombre espera su cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más.

La esperanza es la fe de los deseos.

La esperanza es el castigo de la razón.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito, sin estimación, pero no se puede vivir sin esperanza.

—La esperanza, no son las cosas; detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

—Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en el camino de ella.

Parecen reflejos más o menos confusos, más o *menos lejanos de una esperanza suprema.* Son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos. Por eso la esperanza es siempre risueña, brillante y azul como el cielo.

—Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara a recoger el último aliento de nuestra vida.

L. ROCHEFOUCAULD.

La vaca Segis Pieterge Prospect, campeona mundial de producción, dió en un año 17.000 litros de leche.




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1910. — Un partido interesante.
CARLOS BOYD.



1911. — Una salvada notable.
ANTONIO COZZI.



1912. — Aprendiendo a
CHARO VÁZQUEZ DE NOVOA.



1913. — El nuevo autobús.
JOSE M. LLOSAS.



1914. — Mi caballo.
DELFOR A. PECOTELE.



1915. — Después del choque.
VIOLETA BETANCOUR.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al couche, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



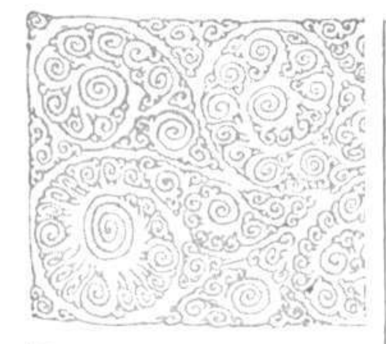
Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 115.

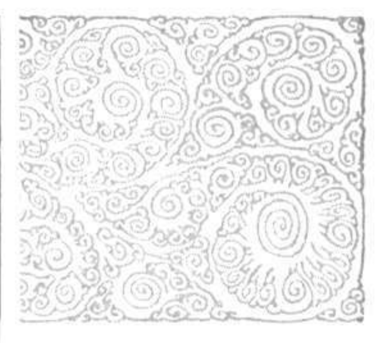
Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.





La TEMPESTAD *y el* MATRIMONIO MC WILLIAMS



Sí, señor Twain — dijo el señor Mc Williams; — no hay enfermedad comparable con el terror que causa el rayo. Pero esta enfermedad, como otras muchas de las que afligen a la desdichada especie de que formamos parte, hace sus estragos principalmente en las filas del sexo femenino. No es difícil ver a un perro atacado por el miedo a la electricidad atmosférica, y hasta los hombres se sienten, no pocas veces, cruelmente azotados por la funesta enfermedad a que me refiero; pero las mujeres son su presa habitual; ¡y de qué modo! Yo he visto mujeres, la mía, por ejemplo, capaces de luchar ventajosamente con el mismo diablo — mujeres a quien no arredra la vista de un ratón, — que caen, sin embargo, anonadadas cuando oyen el fragor de una nube tempestuosa. No las censuremos. Compadezcámoslas, señor Twain. Como le venía diciendo, al despertar oí un gemido... Oí una voz; era una voz distante, ahogada, que salía de regiones ignotas.

— ¡Humberto! ¡Humberto!

¿Quién me llamaba? Ya despierto, pregunté dudando:

— ¿Eres tú, Carolina? ¿Qué pasa? ¿En dónde estás?

— Aquí.

— ¿Dónde? No comprendo.

— En la covacha. En la covacha de los zapatos. ¿No te da vergüenza quedarte dormido con esta tempestad?

— Pero ¿cómo podía darme vergüenza estando dormido? Carolina, tu lógica flaquea.

— No quieres comprender, Humberto. Lo sabes.

Oí un sollozo ahogado.

Ese sollozo impidió que saliera de mis labios una frase satírica. Enternecido, dije:

— Siento infinitamente, querida mía; lamento lo que pasa. No tenía la intención... Ven a mi lado.

— ¡Humberto!

— Di, amor mío.

— Pero ¿estás todavía en esa cama?

— Evidentemente. ¿En dónde puedo estar mejor que en esta cama?

— Sal de ella al instante. Ya que no te preocupa la conservación de tu propia existencia, piensa, al menos, en la mía y en la de tus hijos.

— Pero, amor mío, dime, ¿cuál es el acto criminal de que estoy acusado?

— Es inútil que pretendas ignorarlo. Sabes bien que el lugar más peligroso durante la tempestad es la cama. Lo dicen todos los libros de física. Y te quedas en esa condenada cama, sin otra razón que el deseo de disputar conmigo.

— ¿Quién dice que estoy en la cama? No estoy en la cama. Con trescientos de...

Un súbito resplandor interrumpió mi frase. Siguió el ruido atronador del rayo. Entre el relámpago y la voz colérica del cielo, se oyó el chillido de espanto de mi esposa.

— ¡Ya ves el resultado! ¡Humberto, Humberto! No comprendo tu impiedad. ¡Lanzar juramentos en este instante solemne!...

— Yo no he lanzado juramentos. Y, en todo caso, yo no soy autor del trueno. Es cosa independiente de que hable yo o de que me quede callado como un muro. Sabes, Carolina, o debieras saberlo, que cuando la electricidad atmosférica...

— Sí; razona, razona, razona. ¡Tienes una calma admirable! Yo no la comprendo. Ves que en toda la casa no hay un solo pararrayos, y que toda tu infeliz familia está absolutamente en manos de la Providencia... ¿Qué haces? ¿Es una cerilla? ¡Estás loco de atar!

— ¿Qué mal hay en que yo encienda una cerilla? Esta alcoba es una boca de lobo.

— Apaga; apaga esa cerilla al instante. *¿Quieres sacrificarnos a todos?* La cerilla es el elemento más adecuado para atraer el... Rrrrr... Crac... Pum... Pum... Pum... Puuuum...

— ¡Ya oyes! Es el resultado de tu temeridad.

— No niego la posibilidad de que una cerilla pueda atraer el rayo, pero no es la causa del rayo. Y apuesto lo que quieras. Además, ¿qué va a atraer, ni qué ocho cuartos? Si, efectivamente, el rayo fué dirigido contra mi cerilla, la tempestad tiene una puntería admirable; no acierta en un millón de disparos. Ningún circo la contrataría.

— Ten, al menos, el pudor de tu impiedad. Estamos en la presencia augusta de la muerte. ¿No piensas en el más allá?..¡Humberto!

— ¿Qué hay?

— ¿Has rezado?

— Pensé hacerlo; pero me divagué por ver si sabía de memoria cuántas son doce por trece. Después...

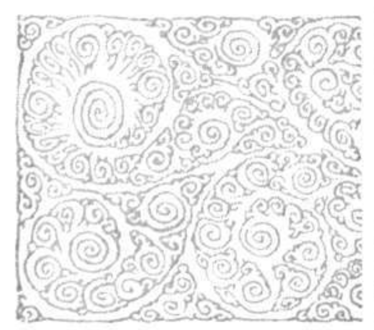
Psssst... Pum purum... Puuum... Puuuuum... Chas...

— ¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos sin remedio! ¿Cómo has sido capaz de cometer esa negligencia? ¡Y en un momento como éste!

— Cuando yo me acosté, el momento no era solemne. El cielo estaba diáfano. Y ¿quién puede suponer que todo el estrépito de esta noche es resultado de un olvido







inocente? No me parece justa tu exaltación, sobre todo tratándose de cosas que pasan cada mil años. Te juro que no había dejado de rezar desde aquel día en que fuí causa del terremoto, y eso pasó hace mucho tiempo.

— Tienes un modo de hablar... ¿Ya olvidaste lo de la fiebre amarilla?

— Escucha, Carolina, y deja ya eso de la fiebre amarilla, pues me parece una insensatez. Sabes bien que ni los telegramas llegan de aquí al Tennesee, ¿e iba a llegar la acción de mi nefanda impiedad? Admito lo del terremoto, puesto que yo estaba en el teatro de los acontecimientos; pero que me ahorquen si tengo culpa en esa condenada fie...

Pum... Purumpum... Pum... Pum... Puuuum...

— ¿Te haces cargo, hijo mío? Estoy segura de que ha caído en alguna parte... ¡Humberto, Humberto! No veremos el día de mañana. Y ya recordarás después que tu lenguaje impío...¡Humberto!

— Bueno. Di qué quieres.

— Ya oigo tu voz. Juraría que estás enfrente de la chimenea.

— Justamente, ese es el crimen que acabo de cometer.

— Apártate de allí. ¡Pronto! Tienes la resolución deliberada de causar nuestra muerte. ¿Ignoras que el mejor conductor del rayo es el tubo de una chimenea? ¿En dónde estás?

— Junto al cuadro del «Hijo Pródigo».

— ¡Por Dios, Humberto! ¿Quieres asesinarme? Aléjate. Un niño de pecho sabe el peligro a que se expone situándose junto a una ventana cuando hay tempestad. Este es mi último día, Humberto Di.

— ¿Qué he de decir?

— ¿Qué movimiento es ése?

— No hay movimiento.

— ¿Qué haces?

— Me pongo el pantalón.

— ¡Arrójalo lejos de ti! ¡No pierdas tiempo! ¿A quién se le ocurre vestirse con un tiempo como este? Y, sin embargo, no puedes alegar ignorancia, pues todas las autoridades científicas están de acuerdo en que las telas de lana atraen el rayo. No bastan las causas naturales de peligro. Todavía te empeñas en hacer cuanto es humanamente posible para agravar la situación. ¡No cantes, por Dios, no cantes! ¿En qué piensas?

— No veo la maldad que puedo cometer con mis pobres notas.

— ¿No la ves? Pues, si no han sido cien veces, habrán sido diez mil las que te he dicho que el canto *origina vibraciones* en la atmósfera; que estas vibraciones desvían la corriente eléctrica, y que... ¿Abres la puerta?

— Sí, la abro. ¿Otro atentado contra la paz pública?

— No; es un acto muy inocente. El asesinato es inocente. Basta haber abierto el compendio más vulgar para saber que las corrientes de aire constituyen una invitación directa a la descarga de la electricidad atmosférica. Y dejas una hendidura. Cierra bien. Apresúrate, antes de que perezcamos. ¡Qué horror habrá comparable al de vivir con un loco de atar! ¿Qué haces?

— Nada.

— ¿Nada?

— Lo equivalente a nada. Doy vuelta a la llave del agua. ¿Quién resiste este calor? Todo está cerrado a piedra y lodo. Voy a lavarme la cara para ver si así puedo respirar.

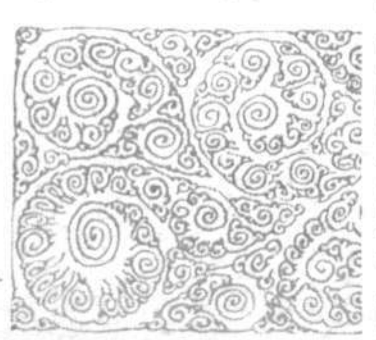
— Has perdido la cabeza. ¡Infeliz, te compadezco! Sabes que de cincuenta rayos, cuarenta y nueve caen sobre el agua. ¡Cierra esa llave! No hay salvación... ¡No hay salvación posible! ¿Qué pasa?

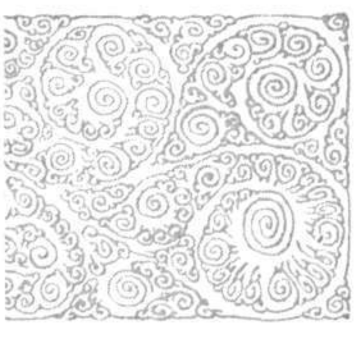
— Este condenado, mil veces condenado. Nada, nada. Es un cuadro que se vino abajo.

— ¡Estás cerca del muro! Jamás he visto una imprudencia como la tuya. ¿Sabes que los muros son buenos conductores de la electricidad? ¡Lo sabes, lo sabes! ¡Apártate, apártate, por Dios! No jures, te lo ruego. ¿Cómo puedes ser tan criminal viendo a toda tu desdichada familia en este peligro inminente? Aseguraría que no pediste aquella colcha de que te hablé.

— Había olvidado tu insistente recomendación.

— ¡Olvidado! Puede costarte la





vida. Si hubieras traído esa colcha gruesa, podrías tenerla en medio de la alcoba y acostarte sobre ella. Eso te inmunizaría. Ven, ven al instante; ven antes de que puedas cometer otra locura de efectos desastrosos.

Pretendí entrar en la covacha; pero ¿íbamos a estar allí los dos, con la puerta cerrada, sin ahogarnos dentro de aquel infiernito? Teníamos a nuestra disposición dos metros cúbicos de aire, cantidad tan pequeña, que se iniciaron los síntomas de asfixia en los dos habitantes de la covacha. Yo salí. Mi esposa me llamó.

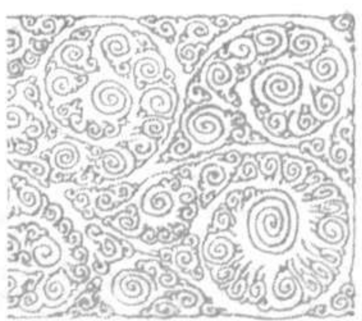
— ¡Humberto! — me dijo; — es necesario proveer a tu seguridad. Dame ese libro alemán que está sobre la repisa de la chimenea. Trae también una bujía. No la enciendas. *Yo lo haré aquí, donde* no hay peligro. Ese libro contiene algunas instrucciones.

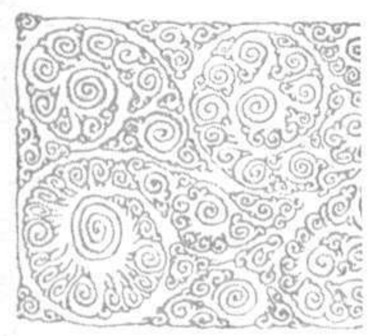
Tomé el libro sin otro inconveniente que la destrucción de un vaso y de algunos objetos del mismo tamaño y de mayor fragilidad. Mi esposa encendió la bujía y se absorbió en la lectura. Pocos minutos después llamaba a su cónyuge.

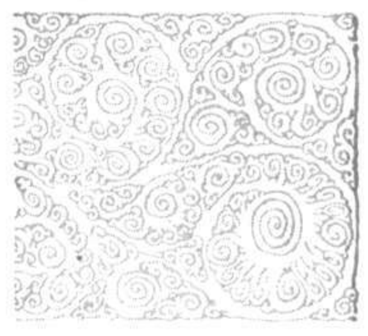
— Ven, Humberto. ¿Quieres decirme lo que ocurre?

— No soy yo; es el gato.

— ¡El gato! Había olvidado ese peligro. Cógelo y enciérralo en la cómoda del lavabo. ¡Pronto, amor mío! Los gatos son animales saturados de electricidad. Tengo la seguridad de que al despuntar la aurora, mis cabellos estarán más blancos que la nieve. Eso se entiende si sobrevivimos a la catástrofe.







Oí de nuevo los ahogados sollozos de la mártir. Su aflicción me impulsó a una tentativa que no habría iniciado por propia y deliberada voluntad. A pesar de las tinieblas, salvando cuanto obstáculo se me interponía — todos ellos más o menos duros y limitados por cortantes aristas, — me apoderé del gato, que había buscado refugio bajo la misma cómoda que iba a ser su cárcel. El importe de las pérdidas no pasó de cuatrocientos dólares, pues fueron pocos los objetos destruídos durante la caza, aunque algunos de ellos eran de cierto valor. En las pérdidas no se computa la piel de mis dos espinillas.

Los sollozos de la covacha empezaron a hablar:

— Dice el libro que lo más seguro es ponerse en pie sobre una silla, en medio de la estancia amenazada por la tempestad eléctrica. Hay que colocar las patas de la silla sobre cuatro cuerpos no conductores. Yo te aconsejo que traigas cuatro vasos.

Psssst... Pum... Pum... Purum... Puuuum...

—¿Estás oyendo? ¡Pronto, Humberto, antes de que tu cabeza atraiga el rayo!

Busqué los vasos. Logré llevar los cuatro últimos, después de la infalible ruina del aparador. Aislé concienzudamente la silla, y pedí nuevas instrucciones.

— Voy a traducir el texto alemán — dijo la voz de la covacha. — «Durante la tempestad es necesario tener cerca... metales... esto quiere decir... anillos; conservar, relojes, llaves... y no se debe jamás... no estar en lugares en donde haya metales o cuerpos que estén unidos unos a otros, como estufas, parrillas, verjas...» ¿Qué significa esto, Humberto? No sé si debe uno conservar los metales o abstenerse... La negación. Sí; es una negación... No; son dos negaciones...

— Yo no puedo decir con toda seguridad. Hay cierta confusión. El alemán es siempre más o menos obscuro. Sin embargo, creo que debe entenderse ligado a... unido a, relacionado con... Hay que fijarse en el dativo y no confundir el genitivo con el acusativo. Para mí, hay que tener todos los metales cerca.

— Sí; eso ha de ser. Y salta a la vista. Es el principio de los pararrayos. ¿Comprendes? Cúbrete con tu casco metálico de voluntario de bomberos.

Nada más metálico, en efecto, y por lo tanto, nada más pesado, más embarazoso, más incómodo que mi elegante casco de bombero, sobre todo en una noche de verano y en un cuarto cerrado herméticamente. El calor era tal que la ropa de dormir me parecía una armadura.

— Humberto, no basta proteger la cabeza. Hay que proteger el cuerpo. ¿Tendrías la bondad de ceñir tu sable de guardia nacional?

Obedecí.

— Humberto, ¿has pensado en los pies? Cálzate las espuelas.

Me puse las espuelas en silencio, procurando conservar la calma...

— Oye lo que sigue Humberto: «es muy peligroso, no se debe... no hay que abstenerse de repicar... durante la tempestad... las campanas... la corriente de aire... la altura del campanario... de la campana que puede atraer el rayo». ¿Quiere decir esto que es peligroso no repicar durante la tempestad?

— El sentido es evidente, siempre que el participio pasado, como me parece indudable, se relacione directamente con el sujeto... La altura del campanario y la falta de movimiento en las capas de la atmósfera, hacen muy peligroso no repicar durante la tempestad. ¿No ves que la expresión?...

— Sí; conforme. Pero no perdamos un tiempo precioso. Ve y trae la campana grande. Yo la vi en el vestíbulo. Pronto, Humberto, y piensa que esto puede ser la salvación.

Nuestra quinta está en la cumbre de un collado y domina todo el valle. Las granjas de los alrededores son muy numerosas, y la más próxima se encuentra a un tiro de escopeta. No habrían transcurrido aún cinco minutos desde que comencé la tarea de menear aquella condenada campana, cuando sentí que saltaban hechas mil pedazos las persianas de la alcoba. Un vivo fulgor penetró por la abertura. A la vez decía la voz de un hombre que llevaba una linterna sorda:

— ¿Pero qué diablos pasa aquí?

Junto al hombre de la pregunta había otros muchos hombres. Los ojos de todos ellos miraban con estupor mi desnudez guerrera.

Yo dejé caer la campana y salté de la silla, avergonzado y confuso.

— No es cosa de mucha importancia, amigos míos. Lo que yo hago está indicado en las obras científicas para conjurar el peligro de la tempestad.

— ¿De la tempestad?

— De la tempestad.

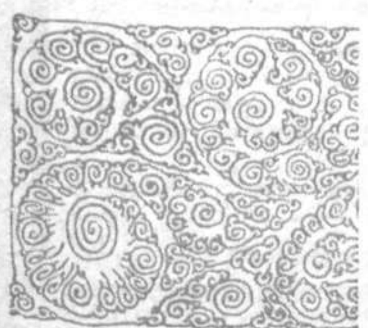
— ¿Está usted en su juicio, señor *Mc Williams*? No hay una sola nube. Asómese usted para que vea las estrellas.

Me asomé, en efecto, y fué tal mi sorpresa que no acertaba a articular una palabra.

—No comprendo—dije.— Aquí hemos oído el rugido del trueno y hemos visto el fulgor de los relámpagos.

Todos los presentes cayeron por tierra, muertos de risa. Dos fallecieron en el acto. Uno de los supervivientes, dijo:

— Si usted hubiera corrido las cortinas y abierto las persianas, Sr. Mc Williams, habría visto que se disparaba un cañón y que teníamos una iluminación de fuegos de Bengala. Acaba de recibirse el telegrama de la elección de Garfield.



MARK TWAIN



A J E D R E Z




Nota de la Redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO INTERNACIONAL DE NUEVA YORK, EN 1924.

APERTURA RUY LOPEZ

	BLANCAS F. D. Yates	NEGRAS A. Alekine
1	P 4 R	P 4 R
2	C 3 A R	C 3 A D
3	A 5 C	P 3 T D
4	A 4 T	P 3 D (1)
5	0 - 0 (2)	A 2 D
6	P 3 A (3)	P 3 C R
7	P 4 D	A 2 C
8	A 5 C R	C R 2 R
9	P × P	P × P
10	D 3 D (4)	P 3 T
11	A 3 R	A 5 C
12	D 2 R (5)	0 - 0
13	C D 2 D (6)	P 4 A
14	P 3 T R	A 4 T
15	A 3 C jaque	R 1 T (7)
16	P × P	P × P
17	P 4 C	P × P
18	C 1 R	C 4 D
19	P × P (8)	C × A
20	P × C	D 4 C !
21	A 6 R	A × P !
22	D × A (9)	D × P jaque
23	R 1 T	D × C (7 D)
24	T 1 C R	D 4 C
25	D 3 T	D 3 A
26	A 5 D	C 2 R
27	A 4 R	C 4 A
28	C 3 A (10)	C 3 D
29	A 5 D	P 3 A
30	T × A (11)	R × T
31	T 1 C R jaque	R 1 T
32	C × P	P × A (12)
33	D 5 T	C 5 R
34	C 6 C jaque	R 2 T
35	D × P D	C 6 C jaque
36	Abandonan (13)	

NOTAS:

(1) La defensa Steinitz diferida (F).

(2) Hubiera sido preferible jugar P 4 D de inmediato, a saber: 5, P 4 D, A 2 D (si 5..., P 4 C D; entonces 6, A 3 C, C × P; 7, C × C, P × C; 8, A 5 D, T 1 C; 9, D × P) 6, A × C, A × A; 7, C 3 A, C 3 A; 8, D 3 D, P × P; 9, C × P, teniendo las blancas una posición ventajosa (F.).

(3) Si ahora 6 P 4 D, las negras ganarían un peón por 6..., P 4 C D; 7, A 3 C, C × P; 8, C × C, P × C, y las blancas no podrían jugar 9 D × P, porque 9.... P 4 A D; seguido por 10... P 5 A, ganando el alfil por dos peones (F.).

(4) D 2 R hubiera ganado tiempo de inmediato (F.). Como las blancas no desean cambiar Damas, esto resulta una pérdida de tiempo y era preferible 10 C D 2 D (O.).

10 D 2 R, conceptuamos superior, por cuanto amenaza T 1 D y C 3 T (D.).

(5) Después de D × D las negras quedarían ventajosas. Alekhine ya ha conseguido buena posición, y prepara el ataque, que comenzará con P 4 A R (P.).

Hubiéramos preferido D × D jaque, seguido de C D 2 D, con partida igual (D).

(6) 13, T 1 D, tomando posesión de la línea abierta, hubiera dado a las blancas una pequeña ventaja de posición (F.).

(7) Alekhine hace notar que 15..., R 2 T; sería malo, porque si 16 P × P, P × P; 17, C 5 C jaque, R 3 C; 18 P 4 C ! (O..)

(8) Mucho mejor hubiera sido 19, A × C, seguido por 20 P × P (F.).

(9) Si 22, A × A, P 4 T R, recuperando la pieza y al mismo tiempo manteniendo el peón de ventaja.

(10) Esto pierde una pieza, pero de cualquier modo las blancas tenían la partida perdida (F.).

(11) Desesperación, pues de lo contrario pierde una pieza (O.) Obligado, puesto que si 30 A 3 C, D × C jaque; ganando (P.)

(12) Y no 32..., D × C; por D × P jaque (P).

(13) Porque, si 36, T × C, D 8 A jaque; 37, R 2 T (si 37, T 1 C D, 6 T jaque mate), T 7 A jaque; 38, T 2 C, T × T jaque; 39, D × T, D × D jaque; 40, R × D, T 1 C R, finis. Con esta partida se venga Alekhine de su derrota ante Yates en Karlsbad (O.).

(Notas tomadas de la «Revista del Club Argentino de Ajedrez».

Debido a la falta de espacio nos hemos visto obligados a suprimir algunas notas. (P) Notas de «La Prensa»; (O.) de «The Observer»; (F.) «The Field»; (D) de la Dirección de la mencionada revista.)

A NUESTROS LECTORES

De acuerdo con nuestra promesa, en la próxima publicación iniciaremos una serie de problemas y finales, de estos últimos daremos preferencia a los del renombrado Rink, reconocido como uno de los más hábiles en esa interesante rama del ajedrez.

De Santa Fe



CERES (F. C. C. Argentino). — Fiesta campestre que se les ofreció a los jóvenes conscriptos antes de partir a incorporarse en las filas del ejército.

HUMBERTO I. — Personal directivo y docente de la Escuela Fiscal número 468.



EL AUTOMÓVIL-DE-TURISMO DODGE BROTHERS

La potencia de reserva que tiene el Automóvil de Turismo DODGE BROTHERS causa al conducirlo inusitada satisfacción.

Tiene abundante fuerza motriz para subir las grandes pendientes. No hay que preocuparse por las dificultades de los malos caminos, ni por la constante necesidad de tener que usar la palanca del cambio de marcha.

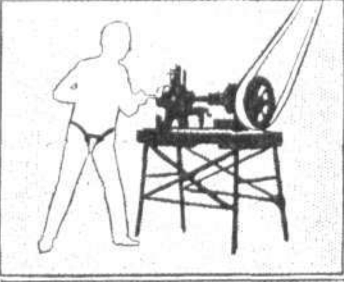
Los dueños de los automóviles DODGE BROTHERS viajan rápidamente, con toda comodidad, y con el esfuerzo mínimo.

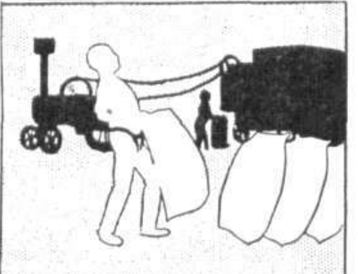
Eso después de todo, es lo que constituye la verdadera base de la economía del automovilismo.

PRECIO DEL DOBLE FAETON
equipado con su quinta goma $ **4.400.-**
(puesto sobre vagón Buenos Aires.)

JULIO FEVRE Y CIA.
AV. LEANDRO N. ALEM 1620 - 1640 - BS AS
SUCURSAL, ROSARIO ENTRE RIOS 579

HERNIADOS





LA HERNIA DESAPARECE

cuando se usa un Reductor DORAT

En los trabajos del campo y de la ciudad; durante los viajes en tren, auto, sulky o a caballo; en cualquier momento, **todo herniado puede llevar aplicado el Reductor DORAT.**

No le molestará absolutamente nada; y podrá dedicarse a sus ocupaciones habituales **con la misma tranquilidad que si no tuviera hernia.**

El Reductor DORAT (marca registrada) se confecciona sobre medida y exprofeso para cada herniado, asegurando la contención o reducción perfecta de la hernia, por antigua y voluminosa que sea.

Pida hoy mismo Catálogo de los nuevos modelos DORAT, perfeccionados, científicos, único sistema eficaz y positivo.

Unicamente a:

Reductor DORAT - Esmeralda, 577, Bs. As.



El Reductor DORAT aplicado. No molesta ni abulta nada. Uselo, y quedará tranquilo

Debilidad

Es el origen de graves enfermedades, entre ellas la **Anemia, Clorosis, Neurastenia,** etc. Para evitar la debilidad se impone el tratamiento enérgico y eficaz del

VINO IODOTANICO NELSON

el gran tónico reconstituyente creador de energías y vitalidad. Enriquece la sangre, fortifica los músculos y el cerebro y equilibra el sistema nervioso.

Se vende en las buenas farmacias a $ 3.60 la botella. Interior, agregar 0.50 para franqueo.

Exija el envase original y rechace sustitutos.

Prerarado en los Laboratorios y

FARMACIA NELSON

Suipacha, 477 — Buenos Aires

U. T. 4750, Rivadavia y 3580, Mayo.



CHUSCHAMPI

(Bálsamo Argentino)

Maravilla insuperable contra fístulas, llagas, tumores, dolores reumáticos, úlceras, dolor de espalda y riñones, glándulas, várices, etc., etc. Precio... $ **3.20**

BUSTAMANTE, Pueyrredón 1371. U. T. 6491 Juncal, Bs. As.

MALUGANI Hnos.



ESPECIALISTAS en COCINAS

SOLICITEN CATALOGO

Cevallos, 1357 - Bs. Aires.

GRAMOFONO "SPORT"

FABRICACION ALEMANA — CATALOGO GRATIS

Se remite con 6 piezas y 200 púas a cualquier punto de la República.

POR SOLO

$ 28.—

LIBRE DE TODO GASTO



Caja 32 ½ × 27 × 17 ctms., de metal charolado, de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a "CASA CHICA" de A. Ward

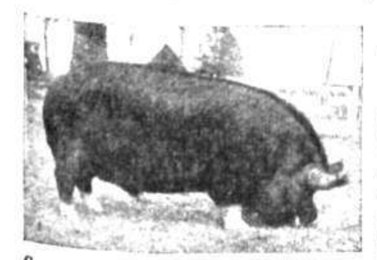
CALLE SALTA N.° 674-676 BUENOS AIRES

ACEPTAMOS estampillas «Pour la Noblesse» y «43» valor 2 ctvs. c/una

GANADERIA

¿POR QUE NO ADELANTA LA INDUSTRIA PORCINA?

SE HA REDUCIDO CONSIDERABLEMENTE EL NUMERO DE ANIMALES SACRIFICADOS, COMO TAMBIEN, LOS PRODUCTOS EXPORTADOS DURANTE EL AÑO 1924



Campeón macho Berkshire en la última exposición de Palermo.

Hace casi diez y ocho años que el que escribe estas líneas empezara a interesarse en la industria porcina en la República Argentina, y desde un principio afirmó, como afirma todavía, que la crianza de animales porcinos y la preparación de los productos derivados de ellos constituyen una industria muy lucrativa. Como conozco personalmente a la mayoría de los criadores de animales finos de las diversas razas, y a un gran número de personas que se ocupan de la crianza y alimentación de porcinos con fines comerciales, he tenido la buena suerte de conseguir, fácilmente y a primera mano, detalles fidedignos que han servido para la preparación de los numerosos artículos que han emanado de mi pluma, y que se han publicado tanto en inglés como en español. Todas las circunstancias son favorables para que la República Argentina llegue a ser uno de los principales países del mundo en lo que se refiere a la crianza de animales porcinos, así como es, hoy día, la mayor productora de carne vacuna de primera clase. Pero sucede, desgraciadamente, que la industria porcina no ha llamado mayormente la atención de las personas más indicadas para ocuparse de ella. No se ha demostrado, para la producción de porcinos, el mismo entusiasmo que para la crianza de animales vacunos, ovinos y equinos. De los centenares de criadores que se han embarcado en esta industria, de tiempo en tiempo, durante las últimas dos décadas, los que se han mantenido firmes en sus propósitos y han obtenido buen éxito en su empresa podrían contarse con los dedos. No hay duda de que se hayan perdido grandes sumas de dinero por personas que hayan pretendido ocuparse de esta crianza sin tener la experiencia ni la constancia necesarias, y quienes, desde un principio, han malgastado miles y miles de pesos en instalaciones complicadas, ridículas, costosas e innecesarias, puestas muchas veces en terrenos enteramente inadecuados para el fin que se perseguía.



Campeón hembra Berkshire en la última exposición de Bahía Blanca; tiene 13 meses.

En otros casos los criadores han prosperado muy bien hasta la aparición de las enfermedades, y entonces una gran mortandad les ha descorazonado de tal manera que han abandonado el negocio completamente, caracterizándolo como uno de aquellos en que es imposible ganar dinero. El punto decisivo de toda cuestión es el siguiente: la industria porcina es un negocio que exige una vigilancia y una administración constantes e inteligentes. Es un negocio en que la falta de conocimientos prácticos, o falta de método, o negligencia, o una organización y administración defectuosas reciben, sin tardanza, su condigno castigo. El buen éxito en la industria porcina exige que el criador atienda personalmente a muchos detalles insignificantes; cosa que no sucede en otras clases de la industria ganadera. La crianza y alimentación de los animales porcinos y su engorde, para producir, así, animales de la edad y del peso exigido por los consumidores locales y para la exportación no es, por cierto, tarea para un novicio. Es de lamentar que centenares de personas hayan emprendido esta industria, así como centenares han emprendido la avicultura, con la idea de que todo lo que era necesario era tener un capital suficiente para comprar los reproductores y *para construir las instalaciones*. En la gran mayoría de los casos parece que se haya ignorado, por completo, la necesidad de conocer, hasta cierto punto, las diferentes crías y el modo de cuidarlas, el modo de evitar y de tratar las diferentes enfermedades y el punto importantísimo de la debida alimentación; como si todo esto no fuese indispensable si se quiere que la empresa sea coronada por el éxito. ¿Qué ha resultado de esto? El desastre. Y no podía esperarse otra cosa.

Los animales porcinos de la República Argentina no están más propensos a enfermarse que los de cualquier otro país. Pero un descuido prolongado y el desconocimiento de las precauciones necesarias, combinados

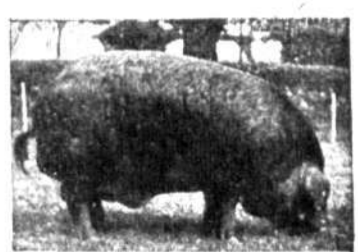


Un espléndido macho Poland China, criado en el país y campeón en Palermo.

con la tendencia que existe en este país de confiar demasiado en la divina providencia, han sido la causa exclusiva y única del enorme progreso realizado por dos de los males más grandes a que los animales porcinos están expuestos, a saber: el cólera y la tuberculosis. Es grato recordar que hay unos cuantos criadores de animales porcinos que han combatido ambos flagelos valientemente y con buen éxito, y ellos obtienen, relativamente, mayores beneficios pecuniarios que sus colegas que se ocupan de la crianza de animales vacunos y lanares. Pero, desgraciadamente, por cada éxito hay de diez a veinte fracasos, y por esta razón estamos confrontados con el hecho de que, durante los últimos tres años, la elaboración de productos porcinos en la República Argentina ha disminuído de una manera alarmante. He aquí las cifras relativas al número de animales porcinos sacrificados en los diferentes frigoríficos y en los mataderos municipales durante los últimos tres años:

En el año 1922, 316.367; en el año 1923, 152, 197; en el año 1924, 97.525.

Es un hecho generalmente reconocido que, en los últimos años, haya habido un aumento considerable en el consumo local de carne y productos porcinos. Pero, por otra parte, *ha habido una disminución muy* considerable en la exportación; y es un hecho bien comprobado que, durante el año 1924, los frigoríficos



Un excelente ejemplar de la raza Duroc Jersey, criado en el país, y campeón de la raza en Palermo el año próximo pasado.

locales dedicaron mucha más atención a la exportación de aves domésticas y de caza que a la elaboración de los productos porcinos. Y es un hecho que la disminución de los rebaños de porcinos ha sido tan alarmante, en este país, que el doctor Le Breton, ministro de Agricultura, ha ordenado que se practique una investigación con el objeto de conocer las causas de ella. Una de las razones mencionadas para justificar la investigación ordenada es que, en el año 1924, las exportaciones de carne porcina eran menos de 70 toneladas; y esta cifra parece pronosticar que, dentro de poco, la República Argentina estará importando, una vez más, jamones y tocino en grande escala en vez de ser uno de los mayores productores de estos artículos.

Los criadores de porcinos no tienen ningún motivo de queja en lo que se refiere a los precios pagados en los Mataderos, y en otras partes de la República Argentina, por animales en pie; y además hay que tener presente que durante los años en que había una desanimación general en el comercio el valor de los


Una hembra Middle White Yorkshire, criada en la provincia, y campeón en 9 de Julio.

porcinos era el que sufría menos entre la depreciación de los valores en general. Pero persiste un hecho principal, y es que las rebaños de animales porcinos han disminuído; y no sólo esto sino que, también, su calidad se ha deteriorado notablemente. Si se preguntase a los frigoríficos locales por qué permanecen inactivas sus espaciosas instalaciones dedicadas especialmente al sacrificio de aimales porcinos y a la elaboración de sus productos, ellos seguramente contestarían que, hoy día, no se pueden obtener en la República Argentina la clase y la calidad de porcinos exigidos para la exportación. Y, por desgracia, esto es demasiado cierto. La investigación ordenada por el doctor Le Breton explicará la razón de esto. El que escribe estas líneas cree que, en el presente artículo, ha mencionado los factores más importantes de la cuestión. Vamos a ver.


Un lindo grupo de machos Poland China, criados en el país y premiados en Palermo.

Estamos seguros de una cosa, y es que si los criadores no adoptan las medidas necesarias para mejorar la calidad de sus animales, y si no demuestran prácticamente que están dispuestos a cooperar con eficiencia en la extirpación de las enfermedades que existen actualmente, y a adoptar las medidas precaucionales del caso, para impedir que estos flagelos vuelvan a estallar, todo aumento en la población porcina en esta república sería más bien una desgracia que una ventaja. La República Argentina está especialmente adaptada a la producción de porcinos en grande escala. Las razas Berkshire, Tamworth, Large Black, Duroc Jersey, Poland China y la Large y Middle White Yorkshire se desarrollan y prosperan si se les proporciona un tratamiento adecuado. Pero lo que se necesita es que criadores capaces y diligentes sepan proporcionarles este tratamiento. Créanme: la crianza de animales porcinos es una industria muy lucrativa.

GMO. ST. J. PETERS

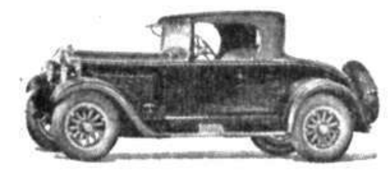

Un buen macho Berkshire de 9 meses, primer premio y campeón en la última exposición de Bahía Blanca. Criado y expuesto por José María Imaz e hijo.

15 NUEVOS STUDEBAKERS

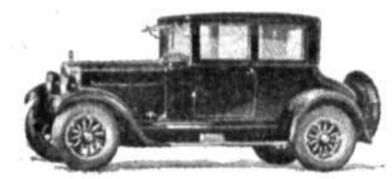
Jamás se ha producido algo semejante



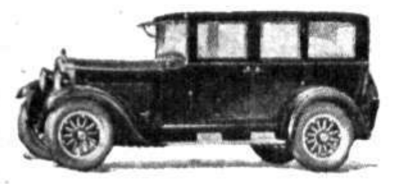
Factón Duplex Seis Especial
$ 6.850.— m/n



Duplex-Roadster Seis Especial
$ 6.850.— m/n



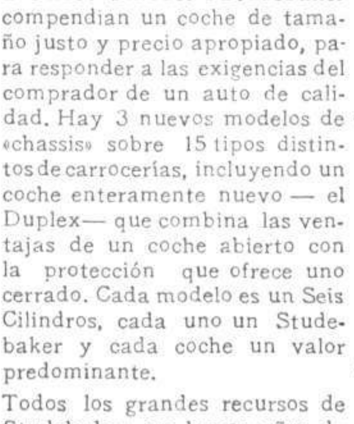
Victoria Especial Seis
$ 8.750.— m/n



Sedán Especial Seis
$ 9.100.— m/n



Factón-Duplex Standard Seis
$ 5.200.— m/n

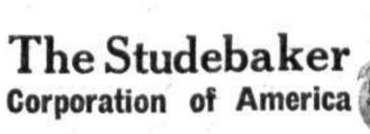


Los nuevos modelos Studebaker compendian un coche de tamaño justo y precio apropiado, para responder a las exigencias del comprador de un auto de calidad. Hay 3 nuevos modelos de «chassis» sobre 15 tipos distintos de carrocerías, incluyendo un coche enteramente nuevo — el Duplex— que combina las ventajas de un coche abierto con la protección que ofrece uno cerrado. Cada modelo es un Seis Cilindros, cada uno un Studebaker y cada coche un valor predominante.

Todos los grandes recursos de Studebaker, sus largos años de experiencia, coronada de éxitos, y sus facilidades sin igual en el campo de la ingeniería y producción, han sido utilizados para construír una clase de automóviles todavía mejores a los que dan tanta satisfacción a cerca de un millón de propietarios.

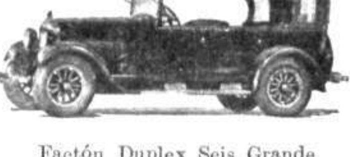
Materiales escogidos y mano de obra insuperable se concentran en la construcción de los automóviles Studebaker. No hay fabricante de ningún otro automóvil de cualquier precio que pueda ofrecerle nada mejor.

Con una serie completa de automóviles de la más alta calidad, no es de extrañar que los agentes de coches Studebaker tengan un éxito universal.

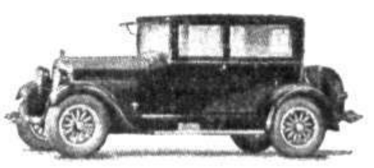


The Studebaker
Corporation of America

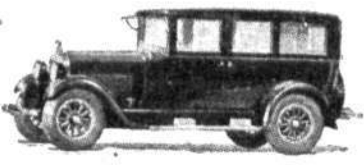
Av. de Mayo, 1235
Buenos Aires



Factón Duplex Seis Grande
$ 8.200.— m/n



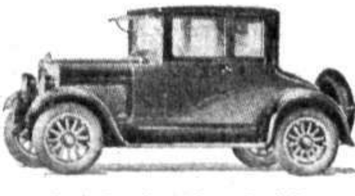
Cupé Seis Grande
$ 11.000.— m/n



Sedán Seis Grande
$ 11.500.— m/n

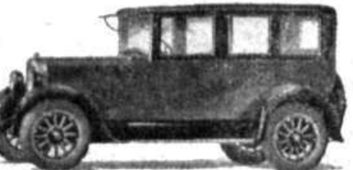


Berlina Seis Grande
$ 11.750.— m/n

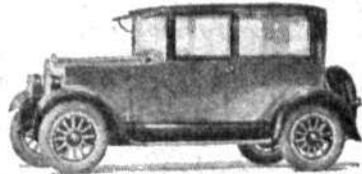


Cupé-Roadster Standard Seis
$ 6.000.— m/n

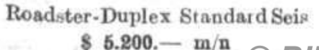
Roadster-Duplex Standard Seis
$ 5.200.— m/n



Sedán Standard Seis
$ 6.800.— m/n



Cupé Standard Seis
$ 6.500.— m/n



LA GRUTA GIGANTE

Me voy convenciendo que no pienso como piensa la mayoría y que deben tener razón los que me consideran algo raro.

Acabo de volver de Trieste y los conocidos me han acosado a preguntas:

— ¿Qué tal?... ¿Te gustó el castillo de Miramar?...

— ¡No lo he visto!...

— ¿No has visto el Castillo de Miramar?... ¡Hombre!... Un castillo célebre en la historia de la familia de los Absburgos... De ahí salió Fernando Maximiliano para hacerse coronar emperador de Méjico...

— Ya sé pero no lo he visto...

— Sí, queda a siete kilómetros y hay un sinnúmero de medios de transporte a todas horas...

—Está bien, pero no lo he visitado...

— Y Barcola, ¿tampoco entonces?

— ¿Barcola?... ¡Tampoco!

— Pero hombre... Hay allá un espléndido establecimiento balneario...

— Como para baños estamos dada la estación...

— Siquiera hubieras visto el estado de los trabajos para el faro de la Victoria. Ha sido ideado por el arquitecto Arduino Berlam... Será el segundo faro del mundo: 68 metros de alto sobre la planta baja. En todo, 128 metros sobre el nivel del mar.

Muy bien. No digo lo contrario..., pero no lo he visto... Esperaré a que lo hayan terminado.



R. R. Gruta de Postumia, Trieste. — La columna gótica.

— ¿Quieres decirme que vas a ver vos en las ciudades que visitas?

— ¿Yo? Voy a ver lo que no es posible encontrar en otras partes. Castillos como los de Miramar los hay por docenas a lo largo del lago de Como y de las playas marinas de Italia. Establecimientos balnearios..., no hablemos. Antes de superar Mar del Plata... Fuí a ver la Gruta Gigante.

— ¿La Gruta Gigante?... ¿En Postumia?

— ¡Qué Postumia!... Postumia es una cosa y Trieste es otra... Hay dos horas de tren entre Postumia y Trieste... Postumia queda a seiscientos metros sobre el nivel del mar... en pleno Carso... Es otra cosa...

— No la conozco...

— Ahora soy yo que debo decir: ¡pues hombre!, ¿qué es lo que visitas cuando vas a una ciudad? Grutas no se encuentran todos los días y menos tan fantásticas como las de Trieste y sus alrededores.

La Gruta Gigante se encuentra en Villa Opicina, una aldea situada sobre una altura que domina el golfo de Trieste. Se puede llegar a Opicina con tranvía eléctrico o en cuarenta minutos por la Escala Santa, que, resulta diabólica para los que no cuenten con las energías de los veinte años.

Mejor el tranvía eléctrico, pues el recorrido no deja de ser emocionante, debido a la subida casi vertical en ciertos trozos de la línea.

Son emociones que se saborean sentados y hay todo el tiempo posible para sentirlas intensamente, sin pensar en el cansancio físico.

Una vez llegados arriba, no es el caso de creer que la gruta está ahí lista para recibirnos. Todavía es preciso recorrer tres kilómetros en una carrindanga, cuando la hay, y a pie, en caso contrario.

Los casos contrarios son mayoría.

No hay equivocación posible. Grandes carteles con flechas indican el camino, que parece largo si se recorre solo como lo he recorrido yo; pero en realidad resulta agradable. A cada cien metros se lee: «Caverna Gigante» y cuando el camino dobla a la izquierda o derecha, los carteles aumentan de tamaño, y las flechas también, de manera que a Opicina llega el más nuevo a estas alturas.

La aldea es muy humilde, como casi todas las aldeas eslavas que rodean Trieste. El silencio religioso que reina en todas partes se halla alterado por la música rabiosa de un piano automático que toca dentro de un restaurant de último orden.

Como los carteles avisadores han dejado de aparecer, pregunto por la Gruta Gigante y me indican el restaurant que encierra el piano automático.

— ¿Para entrar en la gruta?

— Aquí mismo, señor... Aquí se venden las entradas... ¿*Cuántos son los que quieren* entrar?

— Creo que soy solo.

— Entonces debe pagar por tres personas: nueve liras. Mando buscar el guía y podrá usted salir en el acto...

— ¿Muy lejos de acá?

— Unos ochocientos metros.

Mientras aguardo la llegada del guía, contemplo unas parejas masculinas que bailan furiosamente las danzas que acostumbraban un tiempo. Vals, mazurca, polca... Todavía no ha llegado hasta Opicina la ráfaga del tango y menos la del shimmy.

Aquí se baila, diremos, por higiene; sin segundos fines. La cosa es activar la circulación de la sangre, despertar el apetito y con el apetito la sed.

El restaurant está adornado con motivos de chanchería. Cuelgan del techo, de las paredes, decenas de jamones, chorizos, mortadelas, salamines, toda una orgía de embutidos, exquisitos según aseguran en Trieste, y, sobre todo, legítimos, sin una pizca de carne que no sea de cerdo.

La cocina del boliche está a la vista, y una mujer grasienta, redonda, vieja y sucia, tapa y destapa las ollas, revuelve los manjares, que despiden olorcillos múltiples, entre los que predomina el del repollo.

El vino istriano corre a apagar la sed producida por los chorizos y el baile; las parejas masculinas se desafían a quién baila más tiempo y mejor. Según parece, la vida no debe ser tan difícil para los que saben vivir. ¡He aquí una gente feliz!...

— Señor... ¿es usted quien quiere visitar la Gruta Gigante?... Cuando quiera, estoy a sus órdenes.

El que hablaba, un muchacho de diez y seis o diez y siete años, se iba armando de los utensilios indispensables para bajar a la gruta: lámpara al magnesio, lámpara de acetileno, llaves y una cuerda.

En las afueras de la aldea, a la orilla de un caminito medio abandonado, un cerco cuadrangular, en fierro, encierra una especie de embudo, un pequeño cráter, que constituye la entrada a la Gruta Gigante.

El muchacho advierte que tendremos que bajar cuatrocientos noventa escalones. La noticia no resulta muy agradable, pues pienso que habrá que subirlos. Pero una gruta como la Gruta Gigante merece el sacrificio de una hazaña semejante, y no digo nada.

— Cuidado, que los escalones son algo húmedos, y es peligroso resbalar. No hay peligro de caer en ningún abismo por ahora, pero el piso es de roca pura y...

— Ya entiendo.

Después de unos veinte escalones nos encontramos delante de una puerta cancel, que el guía abre con cuidado y vuelve a cerrar.

—Atención ahora... ¡Sígame a mí!

La luz de la lámpara no ayuda gran cosa, pero algo se ve de aquella inmensa habitación subterránea. De todas partes el agua gotea, y el piso, mojado, obliga a caminar con mucho cuidado, para que no queden estampadas en el sobretodo las memorias de aquellas formaciones calcáreas, que el agua fué destilando durante siglos.

El guía grita:

—¡Ahooo!...

De lejos, de muy lejos, contesta otro grito:

—¡Ahooo!...

—¿Qué es eso? ¿Hay otros visitantes adentro?

—Una pareja de recién casados... ¿Ve usted esa luz allá al fondo? ¡Ahí están!

En las grutas, alumbradas con sistema primitivo, es decir con lámparas de mano, se pierde la noción de la distancia. Todo parece muy grande y muy alto, y al mismo tiempo lo pequeño, como la luz de una cerilla, vista de lejos parece un farol.

El muchacho me hace notar una por una las maravillas de la gruta:

—¡Vea usted si ésta no es una verdadera cabeza de elefante...

Miro... Sí... Un bloque de materia calcárea con un apéndice muy largo y relativamente delgado... Sí... Una cabeza de elefante.

—¿Qué me dice de esta columna?

La columna es realmente imponente: doce metros de alto por ocho de circunferencia.

—¿Y esta palma? Seis metros de alto...

—Elegantísima...

Parece en realidad copiada de uno de los mejores ejemplares que se admiran en el reino vegetal que existe... arriba, sobre la superficie de la tierra...

La que, sin embargo, deja aplastado es la gran caverna de la gruta, que mide 240 metros de largo por ciento treinta y ocho de alto.

Si esta cueva fuera alumbrada por electricidad como lo está el salón de baile de la gruta de Postumia, el espectáculo sería fantástico.

Seguimos en las entrañas de la tierra, pero el camino se va haciendo más y más accidentado, tanto que opto por volver, mucho más que lo más interesante ha pasado y las formaciones calcáreas no revisten mayor originalidad.

—Cuando la guerra—dice el guía—los austriacos habían implantado aquí dentro una estación telefónica. ¿Quién iba a molestarlos? Todos los días un oficial estaba de servicio en este mismo punto que ahora cruzamos nosotros. Pero, con todas las grutas innumerables de que disponían, la guerra la perdieron lo mismo.

No tenía tiempo para contestar una palabra. La ascensión era dura, penosa, y desde el fondo del embudo en que me encontraba me parecía imposible alcanzar el agujero de salida.

—¡Para qué me habré metido aquí dentro!...

La pareja de recién casados iba más despacio que nosotros, así que pudimos colocarnos a la par de ellos. La señora no aguantaba más, y el maridito no tuvo otro remedio que ayudarla, no tomándola de la mano sino empujando.

El guía de ellos se ofreció galantemente a dar una mano al esposo, pero este no quiso de ninguna manera. Y se explica; ¿cómo iba a permitir que la señora se sintiera ayudada mediante una fuerza de propulsión aplicada en partes cuya jurisdicción legalmente pertenece al marido?

Cuando Dios quiso volvimos a «riveder le stelle», es decir, el sol, y nos pareció respirar libremente. La falta de alumbrado eléctrico quita mucho a la belleza de la Gruta Gigante.

El regreso a Trieste no era el caso de intentarlo a pie. Cualquier medio de locomoción habría venido bien, y lo mismo opinaba la pareja de recién casados. Por otra parte, la señora se sentía de tal manera emocionada que daba lástima. Pálida, con los ojos desencajados, se hubiera dicho que allá en la gruta se le hubiese aparecido el mismo Belcebú en persona.

—¡Qué espanto, Dios mío!... ¡No volvería más aunque me pagaran una fortuna!

—¿Y por qué, señora?

—¡Tuve la sensación de que me rozaran los espíritus!...

—Mientras que sean espíritus, deje no más que rocen... ¡Qué pueden hacerle!

—¡Todas sugestiones!—sentenció el marido.

—¡Claro!

—Serán sugestiones, pero siento que no puedo más...

El dueño del boliche ofreció una carrindanga para que nos llevara hasta el tranvía eléctrico, y aceptamos la oferta con entusiasmo.

La carrindanga era más antigua que Noé. Podían caber en ella dos personas, y en el pescante, muy apretado, habría podido sentarse otro pasajero, al lado del conductor.

Como al timón de la carrindanga no veíamos atado más que un solo caballo, no nos dimos prisa, esperando que ataran el otro; pero como el hotelero notara nuestra expectativa, creyó su deber decirnos que cuando quisiéramos, no más, podríamos salir rumbo al tranvía eléctrico.

—¿No atan dos caballos?

—Uno solo... No hay otro.

Y así seguimos viaje triunfalmente, arrastrados por un matungo medio muerto de hambre. Los peatones nos miraban y se reían, lo que nos molestaba un poquito. Pero la razón verdadera de las sonrisas no era lo clásico del atalaje, sino el grupo de muchachos sentado en el eje de las ruedas posteriores que viajaba de arriba.

Un detalle: cuando estuvimos por poner pie en el estribo y subir a la carrindanga, dejé paso a la señora, como era mi deber, y... tratándose de recién casados, quise ser atento también con el marido:

—Siéntese usted, señor, al lado de su esposa...

El marido me miró, miró también a la señora, y no se hizo rogar dos veces. De manera que yo tuve que sentarme al lado del cochero, dejando colgar las piernas afuera, pues era imposible tomar una postura más cómoda y conveniente.

Si debo decir la verdad, esperaba un poco más de consideración hacia la nieve caída sobre la cumbre de mi cabeza, pero me callé.

El cochero, en cambio, no se calló. En cierto momento se dió vuelta, como si antes no se hubiese percatado de nada, y se hizo el sorprendido.

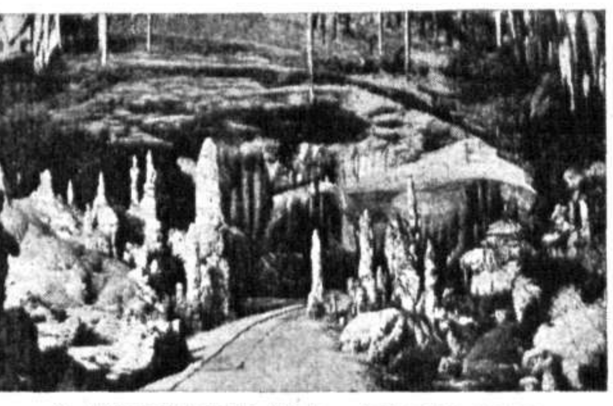
—¡Cómo señor! ¿Usted, que es un anciano, sentado a mi lado, y en esa postura?

El marido se puso colorado como un tomate. Yo me sonreí, y le dije en voz baja al marido:

—¡No haga caso, señor!... ¡Es un pobre ignorante!...



Dr. A. Vaccari



R. R. Gruta de Postumia, Trieste.—Camino de la columna.

De Tucumán



El presbítero Javier Navarro Segura, rodeado de su familia con motivo de festejar sus bodas de plata sacerdotales.



La señora Elisea de Velázquez, presidenta del Centro "Ciencia, Trabajo y Caridad", con las socias que organizaron un festival a beneficio de los niños pobres.









es el tratamiento científico moderno más eficaz para combatir la GONORREA, URETRITIS, PROSTATITIS, FLUJOS DIVERSOS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc.
Este tratamiento evita tomar medicinas por la boca, las que perjudican el estómago, riñones y otros órganos.
Por sus propiedades Electro-Activas bastan dos inyecciones diarias para destruír completamente los gérmenes de las enfermedades

SECRETAS

por antiguas que sean y siempre el resultado es seguro y completo.
Su empleo es sencillo y cómodo; no irrita y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.
El ACTIVON sirve también como PRESERVATIVO EFICAZ contra la GONORREA y aun la SIFILIS. — Pídanos folleto.
Venta en toda farmacia, a $ 8.— el frasco.
Laboratorio del ACTIVON
CORRIENTES 2517 — BUENOS AIRES

MODELO "CASA CHICA" Nº 100

Con 6 piezas, 200 púas y sólido embalaje.
CAJA 35x35x18 centímt. de alto, MAQUINA movida a resorte, 20 x 65 m/m. PLATO 25 centímt. brazo plegable.

Al contado únicamente
$ 35

Pedidos a:
"CASA CHICA" de A. Ward.
SALTA, 674 - 676 Buenos Aires.
FOLLETOS ILUSTRADOS GRATIS



ACADEMIA DE BAILES MODERNOS

Director y Prof. P. ANTONINI - Suipacha 347 - Bs. Aires.
Son 5.409 los Alumnos que se lucen por los salones. Aprovechen prepararse para los Carnavales, el Tango, Shimmy Fox Trot. El profesor Antonini, enseña 14 horas diarias, a su numerosa clientel. que concurren de toda la repúbli a. SECCION ENSEÑANZA por CORRESPONDENCIA remita $ 2.— m/n. en giro o con su nombre y recibirá la lección preparatoria de bailes, y tenga la seguridad que en pocos días usted bailará en salón.



¿QUIERE USTED CRECER 8 CENTÍMETROS?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad, con el grandioso CRECEDOR RACIONAL del profesor Albert. Procedimiento único, que garantiza el aumento de talla y desarrollo. Pedid explicación que remito gratis y quedaréis convencidos del *maravilloso invento, última palabra* de la ciencia. Representante en Sud América: F. Más, Entre Ríos, 130. Buenos Aires.

REGALAMOS

a todo comprador de una o más alhajas esta hermosa placa religiosa, de metal plateado, artísticamente cincelada, con un pie en el respaldo.

Alto 10 centímetros por 4 1/2 de ancho.

N.º 574. — GEMELOS oro 18 Fix, finamente cincelados, gran moda, el par, a pesos.............. 8.50

PRECIO ESPECIAL

N.º 557. — BONITA pulsera de moaré fino con reloj forma de moda, plaqué de oro 18 kilates inalterable, máquina fina con 15 rubíes y garantida por 5 años............ $35
La misma de oro 18 k. sellado, garantido máquina áncora con 15 rubíes. Precio nunca visto.......... $. 55.-

N.º 548. — ANILLO de oro 18 kil., Fix cincelado y un brillante químico fino, a.......... $ 14.00

N.º 580. — BONITOS AROS plaqué, 18 k. inalterables y químicas finas, por sólo........ $ 5.90

N.º 141. — PLATA 900 con iniciales en esmalte, a....... $ 5.00
De oro 18 k. sell. de 20 gr. y esmalte fino.. $ 50.—

GRAN MODA

N.º 576. — PULSERA de acero, plaqué oro 18 k. inalterable, de 7 hilos, con iniciales que se deseen en esmalte, para señora o señorita.................. $ 10.00
La misma, de tres hilos, para nenita.............. $ 4.50

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos ctvs. c/uno.

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - BUENOS AIRES

De Mendoza



Destacados miembros de la Industria y del Comercio, con el presidente del Crédito Público, que asistieron al acto de la incineración de 16 millones de pesos en letras de Tesorería.

El ministro de Hacienda, doctor Guastavino, en el momento de dar posesión de su puesto al nuevo director de la Oficina de Trabajo, señor Leonardo F. Napolitano.



Corrientes 1172-80
Buenos Aires

UNA OPORTUNIDAD QUE TERMINA

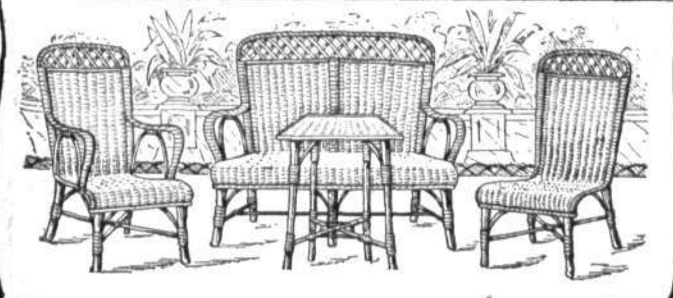
Sólo es cuestión de 20 o 30 días más y las grandes rebajas que anunciamos terminarán. A Vd. le conviene comprar sus muebles ahora que los ofrecemos, por falta de espacio, a mitad de su valor.



DORMITORIO, en roble n/americano macizo, o cedro paraguayo. Compuesto de: 1 ropero 3 cuerpos, cuerpo central saliente, con divisiones, 1 «toilette» cómoda, 1 cama matrimonial con elástico patent. 2 mesas de luz con repisa y 2 sillas; luna bisel. aplicac. y herrajes de bronce cincel. El juego, a pesos. **495.**

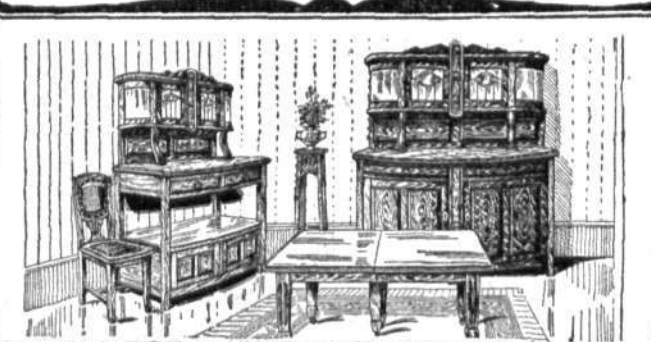


HELADERA norteamericana de alta refrigeración, modelo 344, igual al grabado, construída en roble finamente lustrado, 3 puertas, herrajes de bronce niquelado, interiores chapa de acero galvanizado, a. $ **150.—**

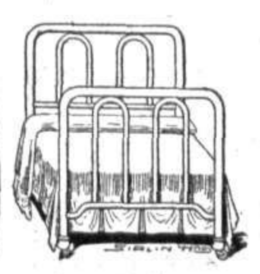


JUEGO DE MIMBRE, modelo 1401, en color natural, reforzado, modelo de gran aceptación. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo de las 6 piezas, ... $ **38.**
El mismo juego substituyendo los sillones por 2 hamacas, a $ 44.-

GUARDARROPA construído en nogalina maciza, lustre imitación roble, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes y aplicaciones de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. Precio de gran reclame.. $ **95.—**



JUEGO DE COMEDOR, modelo 1170, en roble norteamericano, lustre a muñeca, color claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador gran formato, «vitraux» armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, 6 sillas tapizadas con asiento y respaldo en cuero búfalo, herrajes de bronce, mármoles color seleccionados. El juego completo, a $........... **440.**



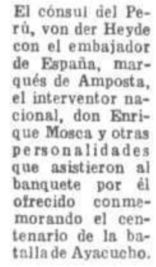
CAMA DE HIERRO esmaltada al «laqué», armada con elástico imperial reforzado a doble tejido, con estiradores; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plaza, $ 35; 1 plaza $ **25.—**

CATALOGOS EN CIRCULACION

General de Muebles, edición.	N.º 9
Camas de Hierro, nueva edición....................	» 2
Juego de Mimbre, edición..	» 3
Heladeras Importadas, edic.	» 1

PEDIDOS DE CATALOGOS
Unicamente para el interior
Rogamos a nuestros favorecedores mencionen el artículo que deseen adquirir, a fin de remitirles el catálogo correspondiente.

De Mendoza



El cónsul del Perú, von der Heyde con el embajador de España, marqués de Amposta, el interventor nacional, don Enrique Mosca y otras personalidades que asistieron al banquete por él ofrecido conmemorando el centenario de la batalla de Ayacucho.

Banquete ofrecido al interventor federal, doctor E. Mosca, en el Club de Gimnasia y Esgrima.

VIAJE ALREDEDOR DE UN EXITO

Escena:
La habitación del crítico.

PERSONAJES:

El crítico.
La primera tiple
La tiple cómica.
El compositor.
El criado.

Tres puertas.
Mesa de despacho.
Teléfono.

I

EL CRÍTICO Y EL CRIADO

EL CRÍTICO *(sentado ante la mesa de despacho, lee la tarjeta que el criado le acaba de entregar)*... Compositor. ¡Ah! ¿El músico autor de la opereta que se estrenará esta noche? Que entre el desgraciado.

EL CRIADO. — ¡Está bien! *(Abre la puerta.)* ¿Quiere usted pasar?

EL COMPOSITOR *(entra tímidamente)*. — Buenos días, caballero.

EL CRÍTICO. — Buenos días, mi joven amigo. *(El criado sale)*.

EL COMPOSITOR. — Muy honrado, querido maestro. Sé que tuvo usted la amabilidad de asistir ayer al ensayo general de mi piececilla; pero, desgraciadamente, no tuve ocasión de presentarme... Así es que he pensado venir para tener el honor...

EL CRÍTICO. — Muy amable, por su parte; pero no merecía la pena el que usted se molestase... era superfluo...

EL COMPOSITOR. — ¡Oh, no! Sé que es conveniente... sé que depende mucho de la benevolencia de usted... y yo, como modesto principiante...

EL CRÍTICO. — No siga usted, se lo ruego... Mi benevolencia está a la disposición de todo hombre de talento, y usted lo tiene...

EL COMPOSITOR. — Maestro, usted me abruma, verdaderamente me abruma...

EL CRÍTICO. — No, no hago más que ser justo. Sincero y justo. No pertenezco a ningún grupo, a ningún partido; no protejo a ninguna primera tiple; soy objetivo como una lente... objetivo y justo. Usted tal vez haya oído decir que mis colegas me llaman, a mí, al doctor Matías Pók, crítico de teatros de *La Verdad a perra chica*, Matías el Justo.

EL COMPOSITOR. — Sí, maestro; así lo he oído.

EL CRÍTICO. — Todo eso porque jamás tomo parte en ningún soborno, porque no escribo obras, porque tampoco las traduzco, porque no frecuento los cuartos de los artistas, porque no hago el amor a las primeras tiples, porque no protejo coristas, porque soy un hombre sincero y justo, al que no pueden sobornar ni con dinero, ni con palabritas amables, ni con carantoñas...

EL COMPOSITOR. — ¡Oh, lo sé!... Precisamente por eso es por lo que me he atrevido a venir... Pues la situación de un pobre músico como yo es terrible... Es mi primera obra... *El ángel en pantalones*... El libreto es de Godolloi, quien con éste lleva ya escritos cincuenta libretos. Es un buen muchacho; pero no se puede vivir con él, tan vanidoso es... Hace borrar mi nombre de las gacetillas de contaduría. Y además, las cómicas... toda la gloria la quieren para ellas solas... temo que no quede nada para mí...

EL CRÍTICO. — No tenga usted ningún temor. *(Se acerca a la mesa.)* Precisamente antes de que usted llegase estaba comenzando a escribir la crítica de *El ángel en pantalones*. Oiga usted, voy a leérsela: «Para ese libreto vulgar...»

EL COMPOSITOR. — «Libreto vulgar», está muy bien. Godolloi reventará de rabia, pero esto me hará gozar... ¡Oh, perdón!...

EL CRÍTICO. — «Para ese libreto vulgar, el joven y desconocido Octavio Zusmarai ha escrito una música muy alegre, original y graciosa. En ella se suceden los números encantadores, marchas fogosas, canciones alegres, valses dulces y acariciantes...»

II

Los mismos y EL CRIADO.

EL CRIADO. — Señor...

EL CRÍTICO. — ¿Qué ocurre, animal?

EL CRIADO. — Ruego a usted... *(Señala al compositor)*.

EL CRÍTICO. — Acércate *(en voz baja)*. ¿Qué es lo que pasa?

EL CRIADO *(le sopla al oído)*. — La señorita Tavaszmezei está ahí...

EL CRÍTICO. — ¿Tavaszmezei? *(Al compositor.)* Querido amigo, perdóneme; pero no le retengo más... Me reclaman para un asunto de gran importancia... y...

EL COMPOSITOR. — ¡Oh, maestro! Le ruego...

EL CRÍTICO. — Por otra parte, bien ha visto usted cómo hablo de usted... añadiré algunas líneas cariñosas...

EL COMPOSITOR. — Beso a usted la mano. Y si se cree usted todavía en el caso de tratar con más severidad aun a Godolloi...

EL CRÍTICO. — Lo haré, soy un hombre justo.

EL COMPOSITOR. — Muchas gracias. *(Quiere marcharse.)*

EL CRÍTICO. — No, por ahí no. *(Al criado.)* Esteban, lleva al señor por ahí.

EL CRIADO. — Sí. Cuando usted guste. *(Salen por la derecha.)*

III

EL CRÍTICO Y LA PRIMERA TIPLE.

EL CRÍTICO *(abre la puerta)*. — Entrad, querida. *(Cierra la puerta con llave.)*

LA PRIMERA TIPLE. — Buenos días, hombre malo.

EL CRÍTICO. — ¡Hombre malo! ¿Por qué soy yo un hombre malo?

LA PRIMERA TIPLE. — Pues sí, porque ayer asistió

usted al ensayo general sin venir a verme. Y, sin embargo, hubiera deseado tanto hablar con usted... conocer su opinión... Bien sabe usted que no escucho más opinión que la suya... Las de los demás me tienen sin cuidado...

EL CRÍTICO. — Me hace usted demasiado honor, pero...

LA PRIMERA TIPLE. — Bueno, bueno... Representa usted el papel del hombre frío. ¡Me gusta! Naturalmente, cuando se trata de Tsupi Pintyokei entonces se muestra usted más entusiasta. A la única que no quiere usted es a mí.

EL CRÍTICO. — Se engaña usted, querida; la quiero a usted tanto como a la señorita Pintyokei. Soy un hombre justo, sincero y justo... no se me puede sobornar...

LA PRIMERA TIPLE *(con coquetería)*. — ¿Con nada?

EL CRÍTICO. — Con nada.

LA PRIMERA TIPLE. — Sin embargo, tal vez...

EL CRÍTICO. — Cuando la puerta está cerrada con llave, no es imposible que...

LA PRIMERA TIPLE. — Comprendo.

EL CRÍTICO. — Es usted una mujer muy inteligente.

LA PRIMERA TIPLE. — ¿Cómo lo sabe usted?

EL CRÍTICO. — Lo he visto ayer.

LA PRIMERA TIPLE. — ¿En qué?

EL CRÍTICO. — En vuestras mallas.

LA PRIMERA TIPLE. — Vamos; hablemos francamente. ¿Qué es lo qué va usted a decir de la señorita Pintyokei? ¿Bueno o malo?

EL CRÍTICO. — La verdad.

LA PRIMERA TIPLE. — ¡Entonces malo!

EL CRÍTICO. — ¡Entonces bueno! Además, no se trata de un secreto. Escúchelo usted con sus mismos oídos. *(Se aproxima a la mesa, levanta las cuartillas y lee)*. «Entre las artistas es preciso mencionar en primer lugar a la señorita Tsupi Pintyokei, que interpretó con su encanto y sus encantos habituales el papel de la baronesita. No hay que poseer un gran talento para predecir que el nombre de esta muchacha estará dentro, de muy poco en boca de todo el mundo...»

LA PRIMERA TIPLE. — ¿Eso es lo que ha escrito usted de ella?

EL CRÍTICO. — Sí.

LA PRIMERA TIPLE. — ¿Y eso se va a publicar?

EL CRÍTICO. — Claro está.

LA PRIMERA TIPLE. — Es imposible. La puerta está cerrada, luego es imposible que eso se publique.

EL CRÍTICO. — Comprendo. En ese caso inesperado, hágame usted el favor de pasar al cuarto de al lado.

LA PRIMERA TIPLE. — ¿Para qué? *(Le amenaza.)* ¡Hombre malo!

EL CRÍTICO. — Sí; soy un hombre malo, pero justo. *(La sigue al cuarto de al lado.)*

IV

EL CRIADO Y LA SEGUNDA TIPLE

(Breve pausa. Fuera, voces agitadas. La puerta se abre a medias.)

EL CRIADO *(su voz)*. — Le ruego a usted... es imposible...

LA SEGUNDA TIPLE. — Yo puedo... *(Abre la puerta a la fuerza y entra.)*

EL CRIADO *(siguiéndola)*. — Advierto a la señorita que el señor se pondrá muy enfadado...

LA SEGUNDA TIPLE. — Déjeme usted a mí... Yo haré que se le pase el enfado... Conozco los medios de conseguirlo...

EL CRIADO. — No creo que el señor esté de humor muy conciliador...

LA SEGUNDA TIPLE. — ¿Sabe usted si ha enviado ya a la Redacción la crítica.?

EL CRIADO. — Todavía no.

LA SEGUNDA TIPLE. — ¿Es cierto?

EL CRIADO. — Completamente cierto. Todavía llega usted a tiempo. *(Se ríe.)*

LA SEGUNDA TIPLE. — ¡Impertinente!

EL CRIADO. — Vuelvo a advertir a la señorita que no puede permanecer aquí... Ya verá usted cómo va a tener algún disgusto...

LA SEGUNDA TIPLE. — Bien, bien... Pero... ¿dónde debo estar?

EL CRIADO. — Haga el favor de entrar en el salón, por aquí... Diré al señor que ha llegado usted...

LA SEGUNDA TIPLE. — Pero antes de que envíe la crítica...

EL CRIADO. — Déjeme usted hacer a mí... *(La empuja al salón.)*

V

EL CRIADO, EL CRÍTICO *y después* LA PRIMERA TIPLE.

EL CRÍTICO *(sale de espaldas y habla dentro)*. — En seguida; voy a ver si puede usted salir... sí; puede usted salir... ¿Qué ocurre?

EL CRIADO. *(le sopla al oído)*. — ¡Cuidado! En el salón le espera a usted la señorita Pintyokei.

EL CRÍTICO. — ¿Quién?

EL CRIADO. — ¡La Tsupi! *(Sale.)*

EL CRÍTICO. — ¿La Tsupi? *(Habla para adentro.)* Pronto, querida; dese usted prisa.

LA PRIMERA TIPLE. — Ya me la doy. *(Sale.)* Está claro, hombre malo; ahora quiere usted librarse de mí... pero no me iré de aquí... Cuando quiero a alguien...

EL CRÍTICO. — ¡Oh, sí, márchese! Llegará usted tarde... y me esperan en el salón... Es preciso que no la vean, pues si no estoy comprometido...

LA PRIMERA TIPLE. — ¿Usted? ¿O tal vez yo?

EL CRÍTICO. — Para usted comprometerse es una suerte; pero para mí... el heraldo de la justicia... ¿Qué piensa usted?

LA PRIMERA TIPLE. — ¿De modo que será tal como me lo has prometido... querido?...

EL CRÍTICO. — Palabra por palabra... ángel... *(La empuja hacia la salida.)*

LA PRIMERA TIPLE. — Antes que nadie, yo, y de la Pintyokei, ni una palabra... querido...

EL CRÍTICO. — Ni una palabra... ángel...

LA PRIMERA TIPLE. — No olvides que has dado tu palabra de honor... querido...

EL CRÍTICO. — No creas que es por eso, sino únicamente porque soy un hombre justo. Y ahora hasta la vista... ángel mío...

LA PRIMERA TIPLE. — Hasta la vista... hombre justo... *(Sale.)*

VI

EL CRÍTICO. *Después* LA SEGUNDA TIPLE.

EL CRÍTICO. — ¡Puf! *(Va a la puerta del salón y la abre.)* ¡Entrad, querida!

LA SEGUNDA TIPLE. — ¡Vamos, que bien difícil es entrar en su casa!

EL CRÍTICO. — ¡Oh! Pero, ¿tiene usted idea del quehacer que tengo?

LA SEGUNDA TIPLE. — Y ahora... ¿qué acaba usted de hacer? Apostaría a que tenía usted a una mujer en su casa.

EL CRÍTICO. — ¿En mi casa? Es imposible...

LA SEGUNDA TIPLE. — Una tiple.

EL CRÍTICO. — Aun es más imposible todavía. Por principio, no recibo mujeres honradas. Usted es la primera qué se ha introducido aquí.

LA SEGUNDA TIPLE. — Me he introducido... tiene usted razón. Pero ¿qué quiere usted qué haga? Se trata de la jornada más importante de mi vida... Si fracaso esta noche no podré nunca más levantarme... Y esa Tavaszmezei, esa vieja...

EL CRÍTICO. — Vamos, no es tan vieja como usted dice.

LA SEGUNDA TIPLE. — ¡Ve usted! Usted también la defiende.

EL CRÍTICO. — No la defiendo; no hago más que ser justo. Es preciso hacer justicia a todo el mundo. Usted es joven; ella es bien formada...

LA SEGUNDA TIPLE. — ¡Si usted supiese cómo ha intrigado en contra mía! Rabia de envidia porque yo tengo éxitos... porque los críticos me elogian... en fin, los críticos que me quieren... Usted, usted no me dedica elogios porque no me quiere. Usted...

EL CRÍTICO. — Se engaña usted ángel mío pues yo la quiero a usted tanto como a la señorita Tavaszmezi. Y por lo que se refiere a la crítica yo no juzgo nunca según mis preferencias personales... yo soy el heraldo de la justicia...

LA SEGUNDA TIPLE. — No crea usted que vengo a suplicarle protección; soy demasiado orgullosa para hacerlo. Unicamente tengo curiosidad por saber qué es lo que va usted a decir de la Tavaszmezei.

EL CRÍTICO. — Con sumo gusto. Casualmente puedo satisfacer su curiosidad, pues he escrito ya esa parte de la crítica. *(Lee.)* «Entre las artistas, es preciso mencionar en primer lugar a la señorita Tsupi Tavaszmezei, que interpretó con su encanto y sus encantos habituales el papel del ángel en pantalones. No hay que poseer un gran talento para predecir que el nombre de esta muchacha estará dendentro de muy poco en boca de todo el mundo...»

LA SEGUNDA TIPLE. — ¿Es eso lo que ha escrito usted de ella?

EL CRÍTICO. — Sí.

LA SEGUNDA TIPLE. — ¿Y eso se va a publicar?

EL CRÍTICO. — Claro está.

LA SEGUNDA TIPLE. — ¡Ah! *(Vacila.)*

EL CRÍTICO. — ¿Qué tiene usted? ¡Oh, se ha desmayado!... ¡Pronto... pronto... un vaso de agua!...

LA SEGUNDA TIPLE. — No... nada de agua... Aquí... es aquí donde sufro... *(Indica su corazón.)*

EL CRÍTICO. — ¿Vuestro corazón?

LA SEGUNDA TIPLE. — Sí. Mi corsé... es preciso... que me lo quite... pues me ahogo... ¡Ah!...

EL CRÍTICO. — Sí, quíteselo... quíteselo pronto yo no miro...

LA SEGUNDA TIPLE *(en tono indiferente.)* — Vamos, entonces (si él no mira) no tiene sentido... Además, estoy tan débil...

EL CRÍTICO. — Entonces, si usted permite... voy a ayudarla *(Se acerca a ella.)*

LA SEGUNDA TIPLE. — Eso es lo que iba a pedirle... hombre sin corazón... hombre malo...

EL CRÍTICO. — Hombre malo... Todavía... tiene usted la manía de llamarme hombre malo. No soy malo, no soy más que justo.

LA SEGUNDA TIPLE. — ¿Qué hace usted?

EL CRÍTICO. — ¿Que, qué hago? Ayudarla... a... el corsé...

LA SEGUNDA TIPLR. — ¿Aquí?

EL CRÍTICO. — Tiene usted razón... Hágame el favor de entrar aquí... *(Indica el cuarto de dormir.)* No, no, aquí... *(Señala el salón.)*

LA SEGUNDA TIPLE *(en la puerta).* — ¿Se portará usted como es debido?

EL CRÍTICO *(con voz amarga).* — No me atrevo a prometerlo. *(Entran los dos.)*

VII

EL CRIADO. *Después* EL CRÍTICO *y* LA SEGUNDA TIPLE.

(Suena el teléfono. Breve pausa. Vuelve a sonar.)

EL CRIADO *(entra).* — ¿Qué es eso?... ¡Diga! ¡Diga!... No; no es él, es su criado... Sí. A sus órdenes, señor Godolloi. Está ocupado... ¡Eh! ¡Sí!... No puedo decir su nombre... Con mucho gusto... Haga el favor de dictarme y yo lo escribiré... «Querido amigo: Espero que me harás el favor, a tu antiguo amigo, de ayudarme un poco con motivo de mi estreno de hoy. Doce obras mías han fracasado esta temporada, y no quisiera que la décimatercera corriese la misma suerte, pues soy muy supersticioso. Te recomiendo especialmente al compositor, ese Octavio Zuzmarai, que es un tipo, un puerco vanidoso; si puedes reventarlo, te quedará eternamente reconocido tu antiguo compañero, *Elemér Godolloi.*» Sí... la pondré sobre su mesa... ¡Claro está! Asistiré y aplaudiré. ¡A sus órdenes!

EL CRÍTICO *(sale).* — ¿Con quién hablabas?

EL CRIADO. — Con el señor Godolloi. Os hace decir esta carta. *(Se la entrega.)*

EL CRÍTICO *(leyendo).* — ¡Claro está!

EL CRIADO *(señala al salón).* — ¿Se ha marchado?

EL CRÍTICO. — ¿Y a ti qué te importa?

EL CRIADO. — Porque si se hubiese marchado entonces tal vez pudiera hacer entrar a la tercera.

EL CRÍTICO. — ¿Qué?

EL CRIADO. — La tercera, Boske Babér... que representa la tiple cómica en la obra de esta noche.

EL CRÍTICO. — ¿Boske Babér está ahí?

EL CRIADO. — Está sentada en la antesala. ¿Puedo hacerla entrar?

EL CRÍTICO. — ¡Aguarda un poco! *(Va al salón.)* ¡Querida!

LA SEGUNDA TIPLE *(sale).* — ¿Qué hay, querido?

EL CRÍTICO. — Tienes que marcharte al momento... Por ahí, por el salón, si no quieres que te vean... No te enfades... mi criado te acompañará.

LA SEGUNDA TIPLE. — Está bien, malo. De modo que...

EL CRÍTICO. — No diré de ella ni una palabra. Pero no porque haya dado mi palabra de honor... No, sino porque es justicia. Y yo soy justo... ya te lo he probado...

LA SEGUNDA TIPLE. — Sí, lo has probado... Te beso... Hasta la vista... hombre justo. *(Al criado.)* Ve usted, a pesar de todo lo he reconciliado.

EL CRIADO. — ¡No ha debido ser cosa fácil! *(Los dos salen por el salón.)*

VIII

EL CRÍTICO. *Después* EL CRIADO.

EL CRÍTICO *(solo, va hacia la puerta, después reflexiona y se acerca al teléfono.)* — ¡Diga!... Central!... 295 - 12... ¿Sí?... Oiga... ¿*La Verdad a perra chica*?... ¿Sí?... ¿Eres tú?... Aquí, Matías Pók... Te lo ruego... hay una complicación... no puedo ir al estreno... ¿Qué?... Sí, estoy enfermo... ¿Qué? Sí, toda la tarde en la cama... ¡Dios mío! Envía a cualquier otro... no importa, a cualquiera... ¿Qué qué es lo que debes decir? ¡Bah! Lo que quiera... la verdad, nada más que la verdad... ¿Qué? ¡Naturalmente! ¡Ya lo creo! Que se meta con la opereta todo cuanto quiera... no hay que perdonar a nadie ni citar a nadie... Sí... sí... cada palabra favorable es un perjuicio... ¡Hasta la vista! *(Cuelga el auricular. Al criado, que ha vuelto.)* ¡Y ahora, haz entrar a esa señorita!

(Telón.)

EUGENIO HELTAI

De Tucumán

Niños que tomaron parte en el festival organizado por el "Comite Billiken, Corazón Sublime", al objeto de allegar fondos a beneficio de los niños pobres.





Profesoras y alumnas de la Academia de música que participaron en el concierto dado en la Escuela Superior de Música.



La directora de la Escuela Normal Nacional, señorita Burgos, acompañada de las nuevas profesoras, señoritas Agustina Arzuaga, Elvira Camaño y Elvira Meneghini.

HERNIAS

Un nuevo dispositivo, inteligentemente creado por el Dr. Heiser de la Facultad de Medicina de París, nos permite ofrecer a toda persona atacada de hernia, la garantía más absoluta sobre la contención y reducción de la misma por más rebelde y voluminosa que sea.

Por otra parte, son numerosas las cartas de agradecimiento que tenemos a disposición de todo interesado, en las cuales consta que con el Compresor del Dr. Heiser, han obtenido la suspensión total de su hernia y estar actualmente libre de él.

Solicite hoy mismo las instrucciones y catálogos que enviamos gratuitamente por correo o personalmente.

Nota. — Toda consulta por correo o personalmente es absolutamente gratis. Dirigirse al Comp. Dr. Heiser, Avenida de Mayo, 1172, Buenos Aires. Representante en el Paraguay, MARTINEZ y Cía. S. en C. 15 de Agosto N.º 226, Asunción.

REGALAMOS

instrucciones para fabricar juguetes y otros artículos de papier, y le compraremos todo lo que usted fabrique a buen precio. Señoras, señores y niños, todos pueden dedicarse a esta ocupación en su misma casa, sin desatender la que ya tienen.

Es un trabajo fácil, entretenido y limpio. En horas perdidas puede usted ganar un buen sueldo mensual y sin abandonar el puesto que ya tiene. Escriba hoy mismo a

FABRICA Y DEPOSITO DE JUGUETES DE PAPIER
Calle 3 de Febrero, 386 — San Isidro F. C. C. A. — Buenos Aires.



Ante todo para las personas especializadas en

ODONTOLOGIA y en OBSTETRICIA

es de gran valor conocer las palabras autorizadas de 126 especialistas en todas las ramas de la medicina moderna, contenidas en el

DICCIONARIO de MEDICINA PRACTICA

Abarca toda la medicina general y describe con pormenores las operaciones de cirugía menor y alta cirugía. Es la obra más completa y original editada en castellano. Científica, y, sin embargo, bien comprensible también para los legos que en los lugares apartados podrán por ella conocer cualquier enfermedad y prevenir su desarrollo, hasta tanto llegue el facultativo.

Todas las materias se exponen con máxima concisión y claridad, eliminando o reseñando brevemente las teorías no comprobadas o desprovistas de utilidad inmediata, a fin de conceder mayor espacio al

DIAGNOSTICO - PRONOSTICO - TRATAMIENTO

Ofrecemos esta obra pagadera también en pequeñas cuotas mensuales, sin fiador. Pase Vd. a examinarla, en nuestros salones de Exposición y Venta, o solicite más informes enviándonos el cupón.

THE UNIVERSITY SOCIETY, Inc.
1185 — CANGALLO — 1191. BUENOS AIRES.

En Montevideo: Calle Treinta y Tres número 1325

Son dos grandes volúmenes lujosamente encuadernados, con lomo de piel (no tela), con más de 2.000 páginas de texto y multitud de grabados y láminas en colores.

The University Society Inc.
Casilla de Correo 1195. Buenos Aires. C. C.
(Montevideo: Casilla N.º 156).

Sírvanse enviarme gratis y sin compromiso, prospectos y condiciones de pago del DICCIONARIO DE MEDICINA PRACTICA.

Nombre...
Calle.............................. N.º.........
Ciudad.............................. F. C.........

De San Luis



Alumnas del Conservatorio Beethoven en la Escuela Normal de Maestras, después de rendir examen.



Alumnas del conservatorio de Música con el examinador, señor Retamar.

Las profesoras señoritas Pinto y Garro, tocando a cuatro manos en el festival celebrado en la Escuela Normal.

HAGASE FUERTE Y VIGOROSO



Todos sus músculos pueden alcanzar su más alto grado de desarrollo mediante los nuevos *métodos y aparatos de mi invención.*

Medite en lo que significaría para Vd. quintuplicar sus fuerzas, sentirse lleno de energía, vitalidad y salud; ser capaz de realizar increíbles hazañas de fuerza. Todo lo que Vd. necesita es practicar diariamente ejercicios apropiados para que los músculos alcancen su desarrollo máximo, dándole el valor, potencia y energía que ello trae consigo.

EL APARATO, McFADDEN PATENTADO, DE 10 CABLES PARA EJERCICIOS PROGRESIVOS

dará resultados infalibles. Desarrollará tres centímetros los músculos de sus brazos, piernas, cuello y pecho. Aumentará la capacidad de los pulmones y corazón, mejorará la circulación de la sangre y le dará más salud y vitalidad.

MI NUEVO APARATO PARA DESARROLLAR LAS PIERNAS

dará una forma admirable a los muslos y pantorrillas. El desarrollo muscular de las piernas es indispensable y este es el único aparato para lograrlo.

Para ser fuerte es necesario, también, que el cuello esté bien *desarrollado y*

MI CABEZADA AJUSTABLE, McFADDEN PATENTADA, engrosará EL CUELLO

Mis aparatos completos con mi curso de instrucción de 12 semanas valen $30, pero para darlos a conocer al público los ofrecemos al

PRECIO ESPECIAL DE $9.00 (oro americano), con portes pagados.

Vea lo que adquiere y lo que ahorra

Aparato de 10 cables para ejercicios progresivos..	$8.00
Asas patentadas, para ejercicios progresivos, con una resistencia de 454 kilógramos....................	2.00
Estribo patentado, para ejercicios progresivos, con una resistencia de 454 kilógramos..................	1.00
Cabezada patentada, para ejercicios progresivos, la única de su clase; se ajusta a cualquier cabeza y cuello	3.00
Curso de instrucción de 12 semanas, el mejor que se ha escrito; sin rival..........................	15.00
Enciclopedia de Michael McFadden...............	1.00
Valor total (oro americano)........................	$30.00

No es posible conseguir otro curso ó aparatos como estos a ningún precio.

Los recomiendan los mejores atletas. Encamínese hoy mismo en la ruta hacía la FUERZA y SALUD pidiéndonos en seguida el equipo completo, McFadden, para el desarrollo de los músculos y del cuerpo humano en general.

Envíese giro postal a

Michael McFadden Dept. B 103 E. 13th St. NEW YORK, E. U. A.

(Referencias—The Corn Exchange Bank, New York)

CORSETERIA

"A LA HERMOSURA"



B. de IRIGOYEN, 571. — Buenos Aires.
U. Telef. 1275, Rivadavia

Necesito agentes en el interior:

¿DESEA COMODIDAD?

Adquiera una faja como el modelo, toda elástica, alto 25 centímetros (con cuatro ligas de seda), desde .... $ 10.—
Alto 30 centímetros, desde .... » 14.—
En tricot elástico, según alto, desde » 20.—

Especial para Sport y toda clase de ejercicios.

Medias elásticas, Artículos para Corsés y Fajas.
Solicite Catálogo. La casa no cierra los sábados.

$ 5.500



Empresa Constructora.

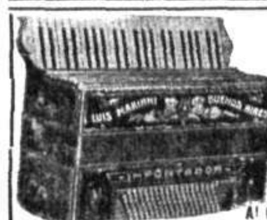
R. CHACON y Hno.
Buenos Aires - Montevideo
ALSINA, 1537
U. T. 38 Mayo 3547 - C. T. 3633 Cen.

NUESTRO GRAN RECLAME
Especial para la CAMPAÑA. Material cemento armado Sistema CHACON.
Patente Universal

La campaña es lugar de producción, recreo y descanso. ¡Aprovechen nuestro gran reclame! No dejen pasar esta oportunidad. Precioso chalet, comp. de 3 dormitorios, comedor, w. c., cocina, hall, galería, y patio, terminado, pronto para habitarse. Estética, economía, comodidad, duración indefinida.



En nuestra casa de Montevideo, R. O. del Uruguay, calle Treinta y Tres N.º 1433, como a nuestra casa de Bs. As. puede Vd. solicitar informes, croquis y presupuesto que le remitiremos gratis.



Casa LUIS MARIANI

PARANA, 628 - Bs. Aires.

VENDE

Acordeones Italianos y Bandoneones Alemanes

SE HACEN COMPOSTURAS

PIDA CATALOGO

Al hacer su pedido mande su dirección

LA AMERICANA

de RUJENSKY Hnos.
1356 - CORRIENTES - 1356
TALLERES PROPIOS

Pesos 160



REGIO DORMITORIO, roble macizo, 3 cuerpos, entrante o saliente, 4 patas... $	380.-
REGIO DORMITORIO, de roble macizo, formato 3 cuerpos, 3 lunas, a...... $	295.-
El mismo juego, con 1 luna, a............. $	270.-
El mismo, imitación roble o cedro, a........ $	195.-
El mismo, más chico, a pesos.................	160.-
COMEDORES, desde pesos.....................	160.-

Solicite catálogo 1925, con la nueva rebaja de precios.
Embalaje y acarreo gratis.

Clisés usados

Se venden clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires.



AUSTRIAS Y BORBONES

por Adolfo Danvila

El tercer volumen de la serie de «Las luchas fratricidas de España», del señor Danvila, no desmerece absolutamente nada cuando se le compara con los dos anteriores, lo que quiere decir que la singular maestría del autor no desfallece un punto al avanzar en el interesantísimo período histórico que ha resuelto novelar. La acción pasa primero en Toledo, y la pintura de los aspectos, del ambiente y de las gentes de la imperial ciudad, es por todo extremo digna de la pluma del mejor de los maestros. El lector va encontrando poco a poco a muchos de los personajes que ya conoce; y cada encuentro resulta grato, como el de viejos amigos que se estiman. Como el título de la obra lo indica, el señor Danvila narra ya las primeras manifestaciones precisas, por decirlo así, del sentir de los pueblos castellanos ante la lucha trabada entre el archiduque austriaco y el nieto de Luis XIV por el trono de los Reyes Católicos. Adrede hemos puesto castellanos porque, a la verdad, los españoles se decidieron en la lucha, siendo los castellanos los más firmes, tenaces y leales defensores de Felipe. La lucha dura aún, si no en los campos de batalla, en los libros de los historiadores españoles, pues unos lamentan la derrota de los Austrias y otros consiran como la mejor bienandanza de la historia moderna de España el advenimiento de los Borbones. Al lector americano ya no le interesa mayormente la lucha entre Austria y Borbones, a pesar de que no dejó de tener repercusiones en las Indias; pero el insuperable arte del autor hace que dicho lector sienta avivado en mucho grado tal interés, que tiene de lo novelesco y de lo histórico; todo ello envuelto en las bellezas de un estilo que es sencillamente de primer orden, por lo castizo, por lo sobrio y por lo elegante y preciso.







ORO, INCIENSO Y MIRRA

por Delfina Bunge de Gálvez

Los libros de la señora Bunge de Gálvez son como frescos, risueños oasis en el desierto de literatura sin valor ético alguno que tantas veces nos es forzoso recorrer. No lo llamamos desierto porque creemos que siempre la obra literaria ha de tener un valor ético, lo llamamos desierto porque esa literatura carece con frecuencia no solo de tal valor sino también de todo valor literario positivo. Bien es verdad que para leer con satisfacción este y otros libros de la distinguida autora, es menester crearse un estado de ánimo que no es el más frecuente entre las gentes actuales, como probablemente no lo ha sido entre la gente de ningún tiempo; sin embargo, una vez logrado ese estado de ánimo, la lectura resulta singularmente sedante y confortante, como que la autora derrama suavemente en las almas el dulce bálsamo de sus creencias religiosas, tan profundas y sinceras que aun al más incrédulo mueven a pensar en las ventajas con que pelean el combate de la vida quienes en esas condiciones las poseen. Bellos y sugerentes grabados de Butler avaloran más si cabe, el bello libro de que se trata.

LA VENGANZA DEL CÓNDOR

por Ventura García Calderón

El distinguido escritor peruano que con su hermano Francisco constituye una magnífica pareja en la literatura hispanoamericana ha reunido en este volumen hasta veinticinco narraciones o cuentos, todos ellos de asuntos peruanos, siendo la mayor parte de sus héroes indios, esos pobres indios del Perú, y de otros países que no han encontrado en el régimen de independencia y república lo que sus abuelos anhelaron en vano en los tiempos de coloniaje y rey. El señor García Calderón no pertenece el número de los escritores de cuentos que creen que la excesiva minucia en el detalle, la sencillez degenerada en trivialidad, lo borroso de las siluetas para hacer impresión de misterio, son con algunos otros los ingredientes más eficaces para escribir buenos cuentos; el señor García Calderón tiene a las veces, mucho de la brevedad y realidad angustiosa de Maupassant, y en ningún caso echa mano de aquellos ya tan sobados recursos. Es tan excelente escritor de cuentos como crítico y literato.

EL POEMA DEL DOLOR

por Francisco Iriarte

No ha de faltar, seguramente, algún lector malicioso que diga que esta novela ofrece la ventaja de que algunos de sus diálogos son casi monólogos, pues lo que dice o debe decir uno de los interlocutores está meramente señalado con unos puntos suspensivos; pero habría en esa opinión tanta malicia como inexactitud, pues no es imposible que si los dos interlocutores hablasen el lector se divirtiese más. En muchas ocasiones hemos señalado los peligros del concepto que algunos tienen, de que escribir novelas es cosa extraordinariamente llana y sencilla; por lo contrario, la novela es uno de los géneros más difíciles de la literatura. El autor no lo ha entendido así y ha escrito esta novela, bien que, como vulgarmente se dice, se pone el parche antes de la herida cuando en la primera página previene: «No es esta una novela; es la narración histórica de hechos que se han producido tal como se consignan y en la forma en que los han vivido los personajes que en ella figuran.» Entonces, ¿a qué la forma novelesca y no la sencilla narración de fisonomía periodística o histórica si se quiere, y que habría resultado más eficaz, dadas las condiciones del autor? Por lo demás, estamos perfectamente de acuerdo con éste, cuando más adelante expresa este pensamiento digno de detenida consideración: «La verdad es para todos los hombres una cosa tan molesta como peligrosa».

ALEMANIA EN LA PAZ Y EN LA GUERRA

por Eduardo Labougle

No es aventurado apuntar que este nuevo libro del señor Labougle, como que completa el anterior suyo sobre la revolución alemana de 1918 es incuestionable en el caso alemán, ha sido durante la gran guerra y después de ella, excepcionalmente, interesante desde todo punto de vista, y en especial desde aquel que no poco enfáticamente se llama psicología de los pueblos, y en este libro hallará el curioso de esas cosas abundantes informaciones de







primera mano acerca del estado de ánimo del pueblo y de las autoridades alemanas desde los comienzos de la guerra. El señor Labougle, al revés de otros diplomáticos de ésta y de todas las tierras, tiene agudo espíritu de observación, preparación en todas las disciplinas intelectuales y sobre todo, una sindéresis a prueba aun de las exigencias más premiosas de la simpatía o de la sentimentalidad. De ahí el valor excepcional de su libro, que quedará como uno de los mejores sobre la materia, y como el mejor, sino tal vez el único debido a la pluma de un diplomático sudamericano.

SOBRE EL GRAN SACERDOCIO Y OTRAS PÁGINAS

POR ENRIQUE PÉREZ COLMAN

El prestigioso presidente del Círculo de la Prensa, doctor Rodolfo N. Luque, termina el substancioso prólogo que ha puesto en este libro diciendo: «Es evidente que el libro del doctor Pérez Colman tiene más transcendencia de la que a primera vista puede ofrecer la colección de los trabajos intelectuales realizados por un joven de talento, ilustrado y animado de los más nobles entusiasmos. Los lectores del presente hallarán en sus páginas, además de bellos artículos y discursos, al servicio siempre de las causas más nobles, provechosas enseñanzas sobre *la democracia* entrerriana; y los del porvenir tendrán en esta obra un interesante documento que les revelará los principales aspectos de la vida de una provincia argentina, al iniciarse la segunda centuria de la emancipaciónn nacional.» Sería imposible señalar en mejores términos a los lectores serios, la atención que debe merecerles el nutrido y bien sazonado libro del doctor Pérez Colman.



LOS ATORMENTADOS

POR JORGE PAZ

Si en la vida no hubiese cosas que no se entienden ni se entenderán nunca, la verdad es que apenas valdría la pena de vivirlas. La tragedia de Patricio, el héroe, para darle el nombre corriente a este drama, es una de esas cosas *que no se entienden y que, por* lo tanto, debe atribuírse a la fatalidad, como bien señala el autor. Patricio, como que tenía el presentimiento de que habría de ser el matador de su linda y alegre hermanita rubia: es la tragedia a la luz del sol que se realiza; pero no cabe desconocer que si no es un enfermo, un loco o un semiloco, es frecuentemente un majadero, majadería originada tal vez en algo que él no se atreve a confesar. De la combinación, para la acción dramática de la sentencia inapelable de la Fatalidad y de la enfermedad, o lamajadería de Patricio—y la no será también una enfermedad? — brota, como quien dice el pugnante interés del drama del señor Paz, aun no representado. En algunos puntos como que recuerda la enfermedad, que también suele ser majadería; del héroe de los «Espectros». Sin duda, el señor Paz es ibseniano, sobre todo en aquello de poner en las palabras aun aparentemente más sencillas de sus personajes y sobre todo del principal cierta transcendencia circunstancial, la llamaremos. En todo caso, una obra sincera y bien escrita.

EL PASAJERO SUGERENTE

POR JORGE CALLE

Por mucho que la modestia del autor quiera quitar importancia a su libro, la tendría y grande, así no fuese sino por el hecho de ser un Glosario Sarmientino, porque todo lo que tiene relación con la vida y la obra de Sarmiento es importante. Por lo demás, el autor no es uno de tantos comentadores, de aquellos que creen que por obra de cierto inefable mimetismo, puede haber lectores que los confundan con los autores que comentan. El señor Calle no aspira a que se le confunda con nadie, pues tiene fisonomía propia como escritor y como crítico inteligente, condiciones que con frecuencia no van aparejadas. Sus comentarios *sobre Sarmiento* y en particular sobre sus libros de viajes, son dignos de lo comentado, y están escritos en una lengua que tiene bastante de lo sabroso y lo jugoso de la lengua de Sarmiento, con más un estilo fresco y elegante. Son de particular interés las páginas en que el autor habla de las «Mujeres de Sarmiento» iniciando la galería, por desgracia demasiado corta, con la «rara beldad moral» que fué la madre del gran don Domingo Faustino.



LA PRENDA AGRARIA

POR JUAN CARLOS DURÁN

La Prenda Agraria es cosa que está muy distante de quienes no tenemos prendas, ni agrarias ni de ninguna clase, que empeñar; pero debe de ser cosa singularmente importante, dado el estudio que le ha dedicado el señor Durán y los apéndices con que lo ha enriquecido. Dice el ator que ha procurado resolver todas las cuestiones que, según sus noticias, con motivo de discusión, de divergencia o que han despertado mayor interés, y no parece excesiva sino todo lo contrario, su esperanza de que el que llama su modesto aporte, resulte de alguna utilidad. A simple título informativo, apuntaremos que el autor reconoce que los inconvenientes que parasu aplicación encontró la ley, son debidos, más que a la naturaleza del texto, a «nuestra idiosincrasia». Al buen entendedor, salud.

Peritos Mercantiles egresadas de la Escuela Superior Comercial de Mujeres de la Nación


C. Schmunis.


D. Carta.


M. Bros.


Y. Albano.


A. J. Steinberg.


C. Partenio.


B. Maroni.


A. Groisman


A. Maroni.


L. Steiman.


S. Barreiro.


M. T. Butta.

LOS EFECTOS DE LOS RAYOS X Y EL PLOMO

Todo el mundo tiene noticias de los rayos X. Todo el mundo sabe que son rayos luminosos que pueden penetrar perfectamente en el cuerpo humano. Pero no todas las gentes saben cómo se producen; los males que pueden provocar; y, finalmente, la manera de evitar esos daños. Cuando dos hilos metálicos separados por algunos centímetros y colocados dentro de una campana de cristal donde se ha hecho el vacío, reciben una corriente eléctrica de 100.000 volts, partículas infinitamente pequeñas se escapan de uno de esos hilos metálicos y van a precipitarse sobre el otro. Los choques de estos obuses microscópicos sobre el metal del alambre, engendran radiaciones semejantes a los rayos solares, pero con propiedades diferentes: son los rayos X. También se llaman rayos Roentgen.

Peritos Mercantiles egresadas de la E. S. C. de Mujeres de la Nación


R. Rubin.


M. C. Juárez.


E. Arataz.


A. Cerino.


A. N. Roca.


Z. Pedotti.


D. Schapira.


M. E. Ojeda.


E. Uberti.


R. Zlacheski.


M. Capdevielle.


M. C. Capriotti.


E. Manzi.


M. A. Zamboni.


L. Alvarez.


E. Miserendino.


P. Romeo.


C. Rubio.

Morera Blanca

Por Allan Súllivan



A veces, a las personas menos indicadas, la suerte depara grandes aventuras, y esta historia relata cómo a un modesto almacenero de un suburbio de Londres le trajo una aventura romántica.

El árbol estaba en frente mismo al banco en que me hallaba sentado en los jardines de Kew. Un árbol común, excepto que tenía hojas muy delicadas y puntiagudas, y parecía haber mucho espacio entre sus ramas. Yo lo estaba mirando sin ningún interés particular cuando vi encaminándose hacia mí a un hombre alto y corpulento. Parecía muy solo en el camino en que se paseaba. El también echó un vistazo al árbol, miró la etiqueta colgada en el tronco, y se paró, inclinándose un poco para adelante, con las manos apoyadas en el bastón. Entonces sentí un ligero gruñido.

— «Morus Alba» — dijo, frunciendo las cejas; — nunca lo había oído llamar por este nombre — me hizo un ligero saludo. — ¿Sabe algo de árboles, señor?

— Muy poco — le contesté.

El quedó callado un rato.

— Raro, cómo los olores y las cosas le hacen pensar a uno. ¿Se ha dado cuenta de eso alguna vez? Las cosas más que las gentes, y los olores más que las cosas.

Yo asentí. No había nada en su apariencia que despertara la imaginación. Una cara ancha con una tez de mal color; unas manos grandes y lisas y un cuerpo grueso y flojo del que caía su traje arrugado y deformado. Sus ojos eran muy pequeños y de un gris verdoso.

Caminó despacio alrededor del árbol y volvió.

— Qué raro que yo haya venido derecho a este árbol. Apuesto que en los jardines de Kew no hay un hombre que

tenga por una morera blanca los sentimientos que tengo yo. ¿Usted no esperaría eso de un individuo que tiene un pequeño almacén en Clapham, verdad?

Era tan obvio que él deseaba conversar, que yo me limité a estarme tranquilo, agradable y afable. Por lo menos hasta que supiera lo que le pasaba por la mente. No había en él nada misterioso, ni nada sospechoso en su manera de ser; pero nunca se puede saber. De todas maneras, yo disponía de una hora de ocio.

— Morera blanca — murmuró él. — ¡Por Dios, por Dios!

Me reí un poco.

Metió un dedo grueso en el hornillo de su pipa, prendió un fósforo y comenzó a chupar despacito.

— Hace veinticinco, no, veintiséis años yo vivía entre moreras blancas. Era vivir aquello, comprende bien — divagaba él, — y no mantenerse vivo no más, como lo hago ahora. Usted no sabe quién soy yo, nunca lo sabrá. ¿Le molesta que hable así?

— De ningún modo. Diga lo que quiera.

— Muy bien; eso me ayudará bastante. Es extraño que yo haya venido a Kew para decirlo. Siempre me pasa eso: topo siempre con lo que menos esperaba. Pero, ¿de qué vale esperar las cosas? Casi siempre uno se equivoca.

Coincidí con su filosofía, y él parecía explicarse poco a poco. Comprendí que era su método de comenzar. Examinándolo más de cerca, me hacía recordar algo, que yo no me supe explicar.

— Volviendo a «Morus alba» — continuó, moviendo la cabeza como si recordara reminiscencias, — ¡eso hace desfilar por mi mente tantos cuadros; cuadros que en una época eran frescos, y al ser barnizados vuelven a recuperar su frescura! Son las cosas que uno está siempre manoseando las que se ponen viejas, no las guardadas en el estante. Aquel árbol viene de Asia.

— Así dice la etiqueta.

— Sí, está muy bien. Allá estuve yo, al norte de Birmania. ¿Ha estado allá?

— No.

— Cuando se sube el río Irrawady viajando en dirección al nordeste, se llega a la provincias de Shan. Allí están las colinas de Mong también. Yo estuve negociando en aquellas partes. Poco me importaba también en qué negociaba. Uno se pone así, y nada le importa mayormente. A lo menos a mí nada me importaba. Todo lo que quería era vivir; y, por Dios, ¡qué vida era la mía!

Pregunté algo respecto a los habitantes.

— Bueno, no son como los birmanes, que no matan. Eso es contra la religión de Buda. Allí en las provincias de Shan son distintos. Yo vagué por allá algún tiempo, conseguí unas cuantas esmeraldas, y después seguí viajando por las fronteras del sur de la China.

— Usted estaba muy lejos de la civilización — aventuré yo.

El movió su cabezota.

— Es ahí donde se equivoca usted. Yo estaba en medio de una civilización mucho más vieja que la nuestra. De todas maneras, ¿qué es lo que se comprende por civilización? ¿El radio y el cine? Ya lo creo que no. Tengo un aparato de dos válvulas en mi casa de Clapham. Fuí obligado a comprarlo. Mi mujer, ¿comprende? Yo lo odio. Prefiero mil veces sentir una campana de iglesia a través de un valle. La campana que siento ahora es la maldita cosa que suena cuando se abre la puerta del almacén. A mi mujer le gusta eso. Yo no me quejo. Ella es muy buena, hasta cierto punto. ¿Casado?



— No — respondí.

— Bueno; no importa. No se case, a no ser que le obliguen a ello. El azúcar subió medio penique la libra esta mañana, y me cansé tanto explicando que yo no ganaba más con eso, que me mandé mudar y vine para acá. Ahora he topado con «Morus alba», y eso me ha hecho recordar. ¡Azúcar! ¡Al infierno!

Yo aguardé.

— Es un país rarísimo aquel límite del sur de la China. No se puede saber en dónde empieza la China, y Dios sabe dónde acaba. Entre esa gente, lo que más me llamaba la atención era que saben mucho más de lo que dan a entender. No le gustan los extranjeros, y yo no les gustaba. Seguramente los monjes eran la causa de esto. Yo negociaba durante algún tiempo, recibiendo de vez en cuando insinuaciones de que por el bien de mi salud sería conveniente que siguiera viaje. Claro, yo seguía viaje. ¿Le gustan las esmeraldas?

— Mi piedra predilecta.

El quedó callado un momento.

— Me enloquezco por ellas — dijo despacio. — Hay algo en el verde que no puedo resistir. Preferiría tener una piedra realmente buena y guardarla para mí, que cualquier otra cosa en el mundo. En ese país de que hablo, las hay en abundancia. Los comerciantes ricos las aprecian muchísimo. Tienen sus propias minas en las colinas y no permiten el acceso a ningún extraño. Si uno entra en una propiedad de esas, le garantizo que no sale más. Comprendí eso perfectamente, y les daba toda la razón. Por eso aumentaba más aún mi codicia. Había un tipo, Peng Yung, que tenía la reputación de poseer más esmeraldas que nadie en el distrito. No vendía ninguna. Jugaba con ellas, me dijeron y las dejaba gotear por entre sus dedos. Un día lo encontré, y en cuanto me vió se dió cuenta del motivo de mi presencia allí. Lo supe por su manera de sonreír.

— Entonces, ¿le invitaron a seguir viaje?

— Sí; más tarde. Peng Yung negociaba en seda, y despachaba fardos de capullos. Tenía hectáreas de moreras blancas. Un día yo estaba conversando con él, comprendiendo su jerga lo mejor que podía, sin hacer ninguna pregunta sobre aquello que más me interesaba, y bien se daba cuenta él, cuando vi unos ojos negros que miraban por un biombo detrás de él. Yo adiviné en seguida lo que me decían.

— ¿Su hija?

— Sí; Laknee, su única hija, la cosa que más quería después de las esmeraldas. Su nombre no lo supe sino algún tiempo después. Parecía que la tenía bastante encerrada, y la iba a casar con otro comerciante de seda cuyo establecimiento era limítrofe con el suyo. Un hombre, más o menos, de la misma edad de él. Una especie de arreglo comercial, por lo que yo veía. Pero a Laknee no le parecía bien ese compromiso y se hallaba resuelta a hacer cuanto estuviera en su poder por eludirlo. Yo vivía en aquel entonces en una casita en las afueras de la ciudad. Las plantaciones se hallaban más arriba, en las colinas. Un día, cuando yo estaba sentado bajo un árbol («Morus alba»), pasó una mujer, me miró por encima del hombro y me hizo una seña de que la siguiera.

— Era un poco peligroso, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

— Supongo que era; pero ¿qué me importaba? En aquel país en todo había cierto riesgo. De cualquier manera,



la seguí, y al rato llegué a una pequeña cañada cerca de la plantación. En el fondo corría un pequeño arroyo, y al lado estaba Laknee. Allí fué el comienzo de todo el lío.

Se detuvo de repente, raspó su pipa, la volvió a llenar y la puso en el bolsillo. Yo me di cuenta de que en ese momento el tabaco había perdido su sabor. Encontré muy sugestivo e impresionante ese gesto de él. Tuve la convicción de que en Clapham no hablaba de ese modo.

— No vale la pena contarle los sucesos de los dos o tres días subsiguientes— continuó la voz fuerte y tranquila. — Yo tenía treinta años, era soltero, y la sangre me ardía en las venas. Laknee poseía cierta fogosidad fría y tranquila que... bueno, que me enloquecía. Podíamos hablar muy poco; pero eso, como usted comprenderá, no era necesario. No era amarilla como su padre: poseía una tez pálida color crema, con ojos como la endrina. Se vestía como un ramito de flores. Manos y pies pequeños, y un pescuecito redondo sobre sus bien modelados hombros. Una cabellera negra, negra como la noche, y siempre admirablemente peinada. Unas uñas que parecían almendras. Arrogante, también. No me daba demasiada confianza, pero muchas veces se sentaba, mirando con aire distrído, hasta que yo la creía una pagana diosa de la belleza y tenía miedo de tocarla. Paulatinamente me percaté de que ella planeaba la manera de efectuarlo.



Con mucha delicadeza introdujo la punta del kris entre mis dedos e hizo saltar la esmeralda.

— ¿Efectuar qué?

— La fuga. No se me había entregado completamente, como lo hubiera hecho otra muchacha cualquiera. ¡Demasiado orgullosa! No podía hacerlo mientras no estuviésemos fuera de ese sitio y viviendo solos. Eso aumentaba aun más mi amor por ella.

El agitaba la cabeza en profunda meditación.

— Me daba una impresión de que en su fondo había latentes cualidades excelentes; como tradición, sabiduría y experiencia; una especie de código. No sé; ella era de buena sangre, sangre antigua, y aristócrata. Yo era un pobre negociante. ¡Parece raro que uno pueda hacer semejante comparación con una muchacha pagana!

Dejó caer su pesado cuerpo sobre el duro banco.

— ¿Qué es lo que es un pagano? Me doy por vencido. ¡Y eso que he visto tantos!

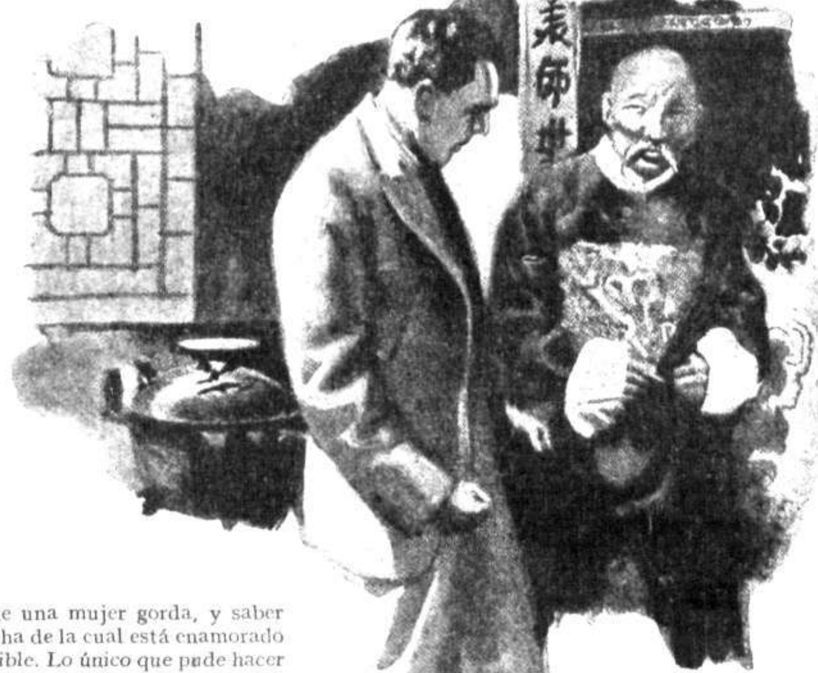
Yo, vacilante, contesté:

— Raciocinando así, yo tampoco estoy muy seguro.

— Mi conclusión, también. Nosotros creemos que sabemos todo, ¿no es cierto? Pero, por Dios, cuando comparo a Laknee con mucha gente en Clapham, empiezo a ver lo que es realmente un pagano. Espere hasta que le cuente todo, y comprenderá. No está aburrido ya, ¿verdad?

— Muy al contrario.

— Bueno — continuó. — Yo sabía que el asunto no podía durar mucho tiempo. Estaba asombrado de su coraje en esperarme allí como lo hacía, y



descubrí que sus sirvientes particulares, los cuales la adoraban, hacían las veces de centinelas. Nunca los vi. Fuí a su casa por mi propia cuenta para encontrar al padre y hacerle ver que no le temía. Es una sensación rara el sentir sobre uno los ojos de un chino y saber en lo que está pensando (en degollarlo alguna noche), y tomar te con él (te que vale una libra por onza) en unas tacitas decoradas de laca, en que cabe tanto como en el dedal de una mujer gorda, y saber también que la muchacha de la cual está enamorado está allí no más, e invisible. Lo único que pude hacer fué jugar un gran «bluff». Luego, un día, ella me dijo que la fuga estaba arreglada. Se haría con una caravana que transportaba capullos de seda. Disfraz y lo demás. Todo lo había arreglado ella.

— ¿En qué dirección iba la caravana?

— Por el sur de China, y, según yo veía, hacia Tientsin. Semanas de viaje. Nunca la había visto tan nerviosa, hasta que un día se abatió del todo y lloró en mis brazos como una criatura. Luego me besó y sacó una bolsita de seda que llevaba colgada del pescuezo por un hilo. En cuanto la toqué supe lo que contenía.

— ¿Qué?

— ¡Esmeraldas! Yo pensaba antes que había visto algunas piedras buenas, pero no era cierto. Usted conoce aquel verde, verde marino, verde del agua, aquel que a la piedra más pequeña le da una profundidad de una milla. Ella las volcó en mi mano, entre risas y llantos, diciéndome que ya no era un hombre pobre. No sé cuántas fortunas estaban en la palma de mi mano en aquel momento, pero sabía que me hubiera dolido muchísimo enajenar aunque fuera la más pequeña de ellas. Yo había alzado una (puede ser que usted se haya fijado que el hombre que entiende de joyas no elige siempre la más grande para admirar primero), cuando sentí detrás de nosotros una especie de risa. ¡Era Peng Yung!

Se detuvo otra vez, con sus ojos entornados; luego continuó, como si hablara a la punta de su bastón, la cual había metido dentro de la tierra.

— Lo que más me sorprendió fué su cara. Estaba absolutamente sin expresión. No expresaba sentimiento alguno; nada de enojo o ferocidad o venganza. Si usted puede imaginarse una especie de autómata oriental designado con el propósito de cumplir un reglamento cualquiera; que no tenga ni sangre ni pulso ni nada, excepto lo que yo solamente puedo describir por «propósito», y el cual automáticamente cumple ciertos requisitos cuando se infringe algún reglamento, entonces tendrá, más o menos, el semblante de Peng Yung en aquel momento. No pude hablar, y miraba a él y a la muchacha alternativamente. De pronto ella se envejeció enormemente. Su cutis era de una palidez mortal y toda su persona parecía haber experimentado un cambio inexplicable. Sus ojos parecían aun más envejecidos, absolutamente sin expresión ninguna. No había más ruido que el viento en las moreras. — El miró al «morus alba». — Me alegro que no haya viento hoy. ¿Qué sucedió entonces? No quise enojarme. El momento no era propicio. Peng Yung estiró la mano, los dedos doblados en una curva. Una mano flaca, seca y amarillenta. Sus uñas sobresalían más de una pulgada. Uñas angostas, puntiagudas, color de leche sucia. Volqué en su mano las esmeraldas, pero conseguí conservar una prendida entre mis dedos. Peng Yung esperó un segundo; luego, sacando una especie de kris malayo, con mucha delicadeza introdujo la punta entre mis dedos y la hizo saltar. Tampoco dijo palabra. Limitóse a hacer un gesto, y, obedeciéndole, le seguimos. Laknee conservaba la bolsita, y Peng Yung todavía guardaba silencio. En el viaje de regreso a su casa pasamos a mucha gente del pueblo. No parecía tomar ningún interés en nosotros. Seguramente juzgaba más prudente no interesarse. Cuando llegamos allí (no tuvimos más remedio que ir, y yo no hubiera abandonado a Laknee de ninguna manera), la muchacha desapareció, y su padre, señalándome una habitación que no había visto antes, me invitó a pasar. Después él también se retiró. Di vuelta a la manija de la puerta. Estaba cerrada por fuera. Una ventana de la pared exterior daba sobre un patio en el que se hallaba una media docena de sujetos, y nada pude hacer sino aguardar los acontecimientos. Usted no tiene idea de lo que pasó entonces.

— Dígamelo — repliqué.

— Durante veinticuatro horas, es decir, hasta el anochecer del día siguiente, fuí tratado a cuerpo de rey. La casa parecía llena de sirvientes cuyo único deber era atenderme, a mí, pobre negociante ambulante. Finalmente apareció un chino joven, que hablaba muy bien el inglés, y me



informó que Peng Yung me había invitado a comer. Me hizo traer un traje de brin blanco con una etiqueta de Shanghai, me afeitó y luego me invitó a salir de la habitación. Lo seguí. No tuve otro remedio. Peng estaba sentado en el piso, al lado de otro hombre de más o menos su misma edad. El mismo tipo de cara, pero más feo. Los mismos ojos inexpresivos. Nos saludamos y comenzó aquella comida infernal. Duró más de una hora. Comimos al estilo de ellos, con palitos, ¿sabe? No me acuerdo de lo que comimos, pero me ahogaba. Yo esperaba escuchar la voz de Laknee. Tenía la terrible idea de que tal vez la estuviesen castigando, allí cerquita, mientras que me alimentaban a mí como medida preparatoria, y que podría en cualquier momento sentir sus gritos. Era un modo de proceder que podría ocurrírsele fácilmente a un hombre como Peng. Pero ni un sonido; y durante todo ese tiempo, ni una palabra. Me di cuenta que el otro hombre era Sim Lee, el otro comerciante en seda, con el cual estaba comprometida Laknee. Tenía razón. Era de cara redonda, con escasos pelos negros sobre sus labios y barbilla; pelos erizados como los de un cerdo. Me miró con una especie de curiosidad despreciativa; pensando, supongo, por qué la muchacha me prefería a él. Yo comenzaba ya a perder la paciencia, y estaba presa de una gran excitación nerviosa. No esperaba vivir mucho más tiempo, ¿sabe?

— Bueno — dije; — desde entonces ha vivido unos veinticinco años. Eso vale algo.

El frunció las cejas.

— Tal vez. Y, reflexionando de otra manera, tal vez que no. Depende de lo que esos años contienen. Si usted negociara en grasa y fideos tal vez pensaría de otra manera. No sé calcular el tiempo por libra. ¿Hasta dónde había llegado yo?

— Estaba comiendo.

— Sí; eso es. En cuanto hubieron retirado del piso la última fuente, Peng batió palmas, y entró el hombre que me había afeitado. Peng conversó un rato con él en una jerga para mí incomprensible, y Sim Lee escuchó con una sonrisa de satisfacción asintiendo con su cabeza diabólica, tal cual una horrible imagen con una bisagra en el pescuezo. De pronto Peng Yung se calló, me señaló con la mano, y el hombre empezó a hablar.

— Tengo que decirle — dijo — que Peng Yung ha resuelto cuál ha de ser su castigo. Usted intentó raptar a su hija. El hubiera podido hacerlo azotar, o torturar, o matar, pero no será nada de eso. Dice que siendo usted joven y muy ignorante, no le mueve ningún deseo de herir su cuerpo; también que el cuerpo se cura, de manera que, poco a poco, todo se echa al olvido. Por lo tanto, él castigará su mente, porque sólo los pensamientos del hombre lo siguen atormentando. De suerte que imprimirá en su imaginación un cuadro que jamás se borrará. Esto lo verá ahora. Cualquier tentativa suya de hablar o intervenir significará la muerte. El pone la vida de usted en sus propias manos. También, cuando usted haya salido de este sitio, no dirá absolutamente nada. ¡El brazo de Peng es largo! Peng batió palmas y cayó una cortina que tapaba un extremo de la habitación, y allí estaba Laknee, sentada como una imagen sobre una pila de almohadones. Sus hombros y pecho estaban desnudos, y adornados con hileras de esmeraldas. Sobre la garganta tenía un gran «cabuchón» del tamaño de una avellana. Sus cabellos eran maravillosos, sus cejas ennegrecidas, y sus ojos, como grandes y tristes estrellas, me miraban fijamente. Era como para enloquecer a un hombre. Hasta que al fin leí en sus ojos algo que me decía que yo debía procurar comprender y aguantar hasta el final por ella. Miré a Sim Lee, calculando cuánto tiempo necesitaría para estrangularlo. El pensamiento de que una belleza como la de Laknee debería ser sacrificada a un cerdo, ardía en mis adentros como un fuego lento. Comencé a comprender lo que Peng quiso decir por castigar la mente. Yo no me hubiera afligido tanto si nuestro amor hubiera sido un amor común. Pero no lo fué. Parecía como si Laknee hubiese venido a mí a través de los siglos y que yo hubiese remontado siglos para encontrarla. A la

La última cosa que ella hizo fué arrodillarse a sus pies.




vez que nos amábamos nos respetábamos también. ¿A usted le parece posible todo eso, ahora, sentado ahí?

— Sí — respondí; — perfectamente posible.

— Está bien, entonces, y «Morus alba» no me ha hecho divagar. De todas maneras, es la verdad. Entonces se dió comienzo a la ceremonia; el casamiento, quiero decir. Hubo muchos ritos, que no comprendí, e incienso. Ella siguió toda la ceremonia siempre con los ojos clavados en mí, y sin proferir una palabra. Parecía que Sim Lee ya no se acordaba más de mí, mas a Laknee la devoraba con los ojos de una fiera hambrienta. Tal vez lo hiciera en beneficio mío. La última cosa que ella hizo fué arrodillarse a sus pies. Leí adiós en sus ojos, y dió vuelta la cabeza.

Se calló, casi ahogado. En su cara habían aparecido unas manchas rojas, y en su cutis se veía un sinnúmero de arrugas nuevas. Luego miró fijamente a la «Morus alba».

— Fué mientras que ella se arrodillaba cuando se clavó en el pecho un puñal. No vi más que el brillo de algo en sus manos, y sentí un pequeño grito. Se inclinó hacia adelante y quedó inmóvil. Luego una vocecita ronca que balbuceaba: «¡Harree!, ¡Harree!», siendo esa su mejor pronunciación de mi nombre. Las esmeraldas, sobre su seno izquierdo, estaban rojas como rubíes. ¡Muerta!, exclamé, emocionado. Nunca más se movió. Yo me enloquecí. No sé qué es lo que sucedió, pero pude agarrar a Sim Lee por la garganta, mas me sacaron en seguida. Lo único que recuerdo es que sentí cerca de mi cara un raro y delicioso perfume, y luego un cansancio por todo el cuerpo y un sueño irresistible. Era ya de día cuando me desperté, y el intérprete estaba de pie a mi lado. «Partiremos ahora», dijo. Nada más. Jamás vi a Peng o a Sim Lee. El intérprete me acompañó hasta que llegamos al río Irrawady, donde tomé pasaje en un vapor del río para Rangún. Al subir a bordo, él me tomó por un brazo. «El mensaje de Peng Yung para usted, dijo, es que conserve vivo el cuadro, y para que no se empañe, tengo que entregarle esto». Me puso algo en la mano, y emprendió el regreso a las colinas de Mong.

— ¿Qué fué? — regunté.

— A eso vengo ahora. No traté de volver a Inglaterra en seguida, pero anduve vagando por todas partes, procurando olvidar. Mas no pude. «¡Harree! ¡Harree!», oía de día y de noche. Mujeres, sí, no faltaban, pero para mí era como si no existiesen. No es tan fácil consolarse cuando aún perdura indeleble en la memoria la imagen de aquella cuyo amor era tan puro y sincero. Peng castigó mi cerebro, y ha continuado haciéndolo implacablemente desde entonces. Fué por eso por lo que me casé.

Quedé asombrado de su falta de reserva.

— ¿Usted quiere decir como una especie de refugio?

— Hasta cierto punto, sí; pero no absolutamente. Calculé que el casamiento con cierta clase de mujeres podría hacerme olvidar de que tengo cerebro. Por Dios, hace veinte años que no hago otra cosa que vender manteca. Después de algún tiempo me olvidé un poco. Mi cerebro se puso pesado e inactivo. Eso es el resultado de mantenerse con vida sin realmente vivir.

— ¿Su mujer sabe todo eso? — aventuré.

— ¡Qué esperanza! Aunque lo supiera no lo comprendería, pero no me quejo. Yo supe con quién me casaba, y me hubiera enloquecido si hubiera seguido vagando por mucho más tiempo. Es raro hablar a un extraño como le ha hablado a usted, pero casi todas las cosas son raras si uno medita sobre ellas bastante.

— Puede ser que tenga razón en eso. No me ha dicho qué es lo que le dió el intérprete.

— ¡Oh, aquello!

Puso la mano en el bolsillo, y sacó una pequeña piedra verde.

— Es la esmeralda. Aquella que Peng alcanzó a ver entre mis dedos. El sabía que yo no podría venderla a causa de Laknee. Fué para hacerme que me acordara de ella, y ha cumplido bien su misión. Mi mujer cree que es de vidrio.

El volvió a mirar el árbol.

— Morera blanca es «Morus alba». Pues yo no lo sabía. Espero que no lo he molestado a usted ¡Adiós!

Quedé estupefacto.

Casualmente yo entendía bastante de esmeraldas, y aquella que me había mostrado valía por lo menos mil libras esterlinas.

¡Tanto valor en el bolsillo de un almacenero de Clapham! ¡Increíble!

Un mes más tarde pensé de otra manera.

Mis asuntos me llevaron a Clapham, donde estaba verificando los títulos de una finca, y, caminando por una de las tristes calles de aquel hormiguero humano, descubrí a mi amigo de Kew dedicado al comercio.

El gas estaba prendido, y por la vidriera pude ver su ancha y pálida cara.

Me detuve un momento y entré.

Miró fijamente, y al rato me reconoció.

— ¿Cómo le va — dije, — y cómo andan los negocios?

Contestó, refunfuñando:

— Es la grasa, ahora. Subió medio penique ayer.

Expresé mi simpatía.

— Mire — dije yo: — ¿quiere tener la bondad de mostrarme aquella...?

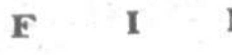
En el fondo del negocio chilló una puerta.

Entró una mujer, y al verla supuse que era su esposa, en el acto. Una mujer grande, pesada e indolente. Su cara era apacible, pero por debajo de su aparente suavidad había algo que insinuaba que podría ser terrible si fuese contrariada. Se sentó en un banquito y comenzó a tejer. Cada puntada denotaba autoridad.

Mi amigo se dió vuelta dándole la espalda y apoyando su grueso dedo sobre su pesado labio, me hizó una rápida seña imperativa. Miré otra vez, y comprendí lo que quería decirme.

— Media libra de grasa de primera, por favor— dije.





Traducción de
Robert D. Atkinson





Comentarios

Oye hablar de intervención,
y Cantilo, hombre sensato,
dice con moderación:
— Yo no tengo vocación
de mártir. Venga otro plato.
Ni perfidias ni asechanzas
me harán proferir un grito,
y, como hecho a estas andanzas,
perderé las esperanzas,
pero nunca el apetito.

* * *



Cada vez que una muela le dolía
al juego se entregaba.
Así se distraía
y el dolor olvidaba,
aunque siempre perdía.
Y está desesperado
porque el dolor de muelas le ha arruinado.

* * *



— Como su mamá la educa
tan mal, hace mil zonceras
y se pinta unas ojeras
que le llegan a la nuca.
— Es una chica tan rara
que temo que en ocasiones
le llegue hasta los talones
la pintura de la cara.

— ¿Y Alvear?
— Dándole la prensa
un palo tras otro palo,
él no piensa en su defensa.
— Nadie sabe en lo que piensa.
— Ni él tampoco. Eso es lo malo.

* * *



— El padre de Ana es un oso.
— Y la mamá es una arpía
— Y, además, tiene una tía
de un carácter espantoso.
— No tanto como la abuela
que es del todo insoportable.
— Y ella es más inaguantable
que toda su parentela.

* * *



Palabras de un melenudo,
envidioso por lo tanto:
— Ya sé que entran en el cielo
rápidamente los calvos.
Porque apenas ve San Pedro
acercarse a algún pelado,
le dice, con simpatía:
«Entra, correligionario».

MONOS DE REDODNO

Correo sin estampilla.

E. T. — Buenos Aires. —
Eso es horrible, tétrico,
desolador y amargo.
Y, además, kilométrico.
Sea más optimista y menos largo.

H. C. S. — Buenos Aires. —
Nos maravilla que a su edad
tenga tan vasta ilustración,
y nos produce admiración
su encantadora ingenuidad.

G. B. — Buenos Aires. —
Aprovecha el estío
y dedícale versos a tu tío
pidiéndole una suma
que tu tío no juzgue exorbitante.
Si te la manda, ¡bravo! y adelante.
Si no, rompe la pluma.

P. X. — Buenos Aires. —
¿Le duelen los riñones?
¿Los lunes se resfría?
¿O tiene la manía
de las persecuciones?

T. C. — Buenos Aires. —
Asunto para su cuento
consigue encontrar y, al punto,
echa a perder el asunto,
sin ningún remordimiento.

M. O. L. — Buenos Aires. —
Derrocha tesoros
de ripios candentes,
de ripios sonoros,
de ripios ingentes;
e brotan los ripios por todos los poros.

R. A. V. — Buenos Aires. —
Cuando a las playas vayas,
no escribas pavaditas en las playas.

J. M. B. — Buenos Aires. —
Esa dama sobresale
por su tino extraordinario
y es una vocal que vale
por todo el abecedario.

Pelafustán. — Buenos Aires. —
Por tus atroces majaderías,
«Pelafustán»
merecerías
que te insultasen en alemán.

NUESTRO PROXIMO NUMERO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La vitalidad de las víboras, por **Horacio Quiroga**. La casa abandonada, por **Ricardo Gutiérrez**. El hombre que pensaba una hora, por **Leopoldo Torres Ríos**. La corrida de sortijas, por **Santiago Maciel**. Por el camino, tango campero, por **José Bohr**, letra de **J. González Castillo**. Por un caballo se descubrió un crimen, por **Jack Beckmann**. Piensa y ejecuta, por **Arcadia de Mulbrodh**. Pitipón, por **Horacio V. Dutra**. Triste fin de un hombre que leía los diarios, por **Aníbal Ravagnan**. Viejo perfume, por **Augusto González Castro**. Toribio el tonto, por **Gregorio Guzmán Saavedra**. Decisión de un abúlico, por **Manuel Trigo Viera**. Mañana sonora, por **Carlos Rodríguez Pintos**. El amante perfectísimo, por **Matilde Serao**. Mentirosa, por **Mauricio Level**. Apellidos argentinos: Agudo. Las últimas novedades de la moda, para **"Caras y Caretas"**. La villa de Avilés, por **Adolfo Posada**. ¡El!, por **J. Marni**. Caricaturas de deportistas. Momentos embarazosos, caricaturas por el dibujante norteamericano **Charles Dunn**.